

2
87



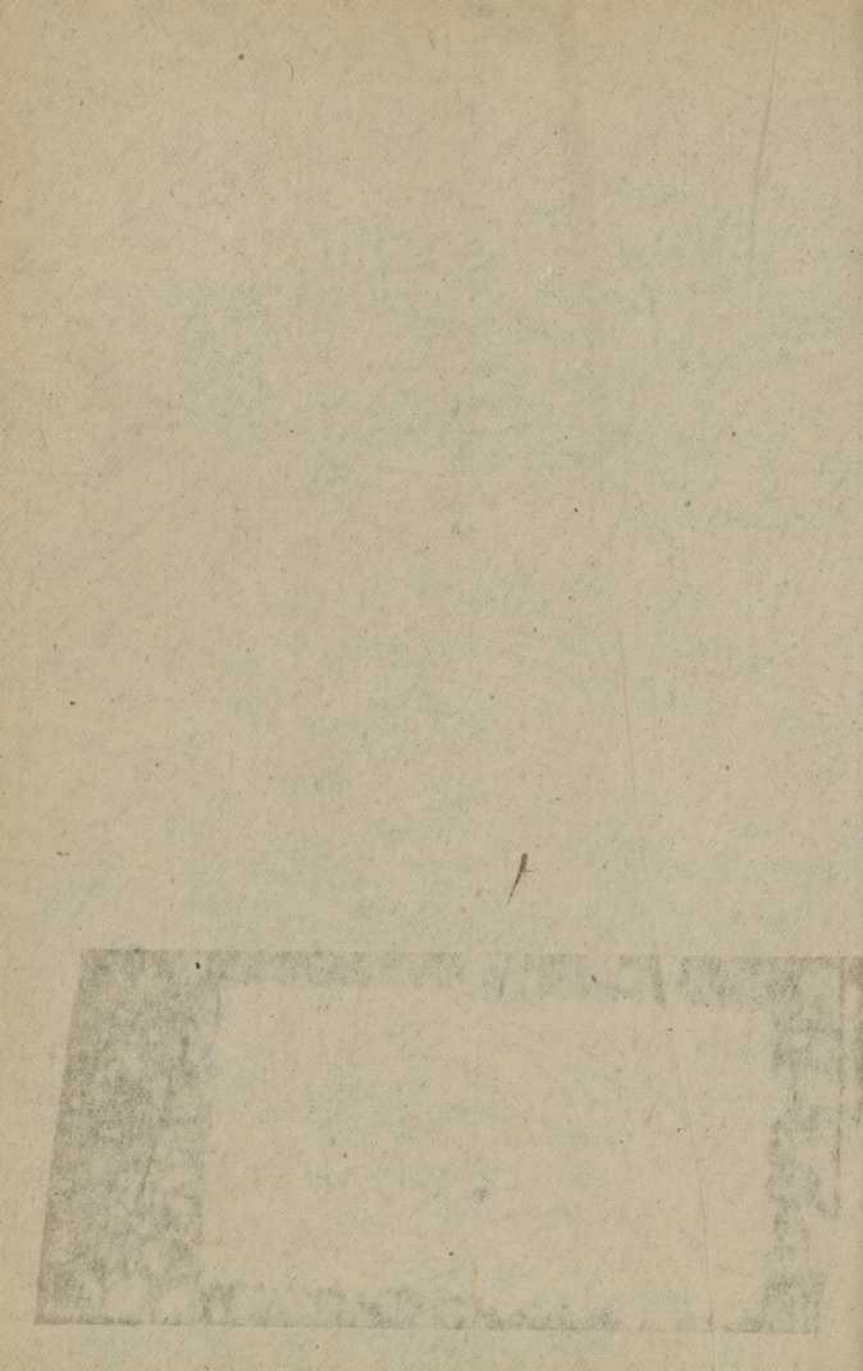
S.G

5.908

B.P. de Soria



61084846
D-2 12387



INICIACIÓN AL ESTUDIO DE LA HISTORIA



84846

D-2

12387



R:4011

Dr. RAFAEL BALLESTER y CASTELL

Catedrático y Académico

CLÍO

INICIACIÓN AL ESTUDIO DE LA HISTORIA

OBRA DECLARADA DE MÉRITO RELEVANTE
POR LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

Cuarta edición refundida

TOMO I

Edades antigua y media con 306 grabados

Tarragona, 1931



ES PROPIEDAD. Reservados todos los derechos

PRÓLOGO



Con todos sus defectos, este manual, cuya primera edición data de 1913, ha venido siendo objeto de lisonjeros juicios y del constante aprecio del público. Al proceder a esta nueva edición me he creído más obligado que nunca a depurarla, rectificarla o modificarla lo necesario para establecer la verdad histórica con arreglo a los adelantos aportados por la investigación serena y desinteresada de la ciencia, introduciendo mejoras ya en el texto, ya en la ilustración, que desde luego no obedece a una finalidad decorativa, sino a que sea complemento documental del texto. Sin excederme en el número de páginas, con relación a las ediciones anteriores, he ampliado y refundido singularmente algunos capítulos de la Edad Antigua, que resultaban excesivamente sobrios, pues de medio siglo acá, los progresos de la arqueología han renovado los estudios y multiplicado indefinidamente la publicación de obras especiales, ya vulgarizadas. En cuanto a las ilustraciones he puesto singular empeño en su autenticidad y he procurado enriquecerlas, lo mismo que la Bibliografía, de la que he eliminado aquellas obras que iban siendo anticuadas, incluyendo, en cambio, otras más modernas y desde luego asequibles a los lectores españoles. No obstante, he querido conservar el plan primitivo de esta obra, ya que sigo creyendo que el mejor medio de dar a conocer el pasado consiste en la simplificación de los hechos, prescindiendo de narraciones extensas y difusas con el siguiente bagaje de nombres, fechas, episodios secundarios y otros detalles de mera curiosidad o erudición que «a fuerza de acumular hechos eclipsan la Historia».

R. BALLESTER

Tarragona, 31 mayo 1931.

INFORME DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA



Esta Real Academia de la Historia ha examinado la obra titulada *Iniciación al estudio de la Historia*, de que es autor el catedrático del Instituto de Gerona don Rafael Ballester y Castell, y que le ha sido remitida para informe, a los efectos de la Real orden de 28 de febrero de 1908.

Es el empeño acometido por don Rafael Ballester y Castell tan benemérito en el propósito como difícil en la ejecución. Escribir un tratado de Historia Universal contenido en dos tomos en 8.º mayor, de 328 páginas el primero y de 349 el segundo, con numerosas ilustraciones, parecía empresa rara si no la viéramos felizmente realizada en la obra a que se refiere el presente informe.

Las vicisitudes todas por que atravesó la Humanidad, desde los tiempos arqueológicos hasta nuestros días, narradas están en esas páginas clara, amena y sistemáticamente, y la sobriedad, inevitable en límites tan reducidos, lejos de ser un defecto, constituye un atractivo más. Huye el autor del fárrago de nombres y atiende, más que a los personajes, a los acontecimientos históricos, no ciñéndose a la esfera política, sino abarcando también la cultural y la económica. Las ilustraciones, eficaz complemento gráfico del texto, han sido elegidas con gran tino y severo espíritu crítico, y las notas bibliográficas insertas al final de algunos capítulos guían discretamente al lector que desee ampliaciones del texto, sin amedrentarle con la prolija enumeración de todas las historias particulares, referentes a la época del asunto.

De lamentar es que quien, como el señor Ballester, modifica con tan excelente acuerdo tantas prácticas rutinarias, usadas hasta hace poco para escribir manuales de Historia, mantenga, no obstante, las fechas clásicas al separar unas de otras edades. Con razón nota el autor en la página 131 del tomo I que «ni la división del Imperio romano por Teodosio en 395, ni la caída de Constantinopla en poder de los turcos en 1453, fechas que señalan el comienzo y el fin de la Edad Media, tienen la significación que ha querido dárseles. Son dos fechas puramente convencionales, como la Historia misma nos demuestra». — Lógicamente debiera el docto catedrático haber roto también con este convencionalismo, escogiendo para término de la Edad Antigua la fecha del Edicto de Milán, o la en que el propio Teodosio dió fuerza de ley a los decretos del Concilio Nacianceno, y para comienzo de la Moderna el año que se ultimó la invención de la Imprenta, o el en que se dió a luz la Biblia de Maguncia. Porque, así el entronizamiento de la civilización cristiana, como el uso de la letra de molde, alteraron la fisonomía del Mundo, y pueden y deben servir de jalones en la Historia de la Humanidad. Cosa análoga acontece con la fecha de 1714 en que Jaime Wat instaló la primera máquina de vapor, más adecuada ciertamente para señalar el principio de la Edad Contemporánea que no la de la toma de la Bastilla, fortaleza tantas veces y de tan varias maneras reedificada después de su famosa destrucción.

Muy atinadamente dice en el prólogo el señor Ballester que «saber Historia es dificultad que no puede resolverse con uno ni con veinte libros»; por eso añade modestamente que sólo se propuso escribir «un libro explicativo, que, además de satisfacer las exigencias mínimas de los conocimientos usuales en el período de la segunda enseñanza, pueda servir, a cuantos lo deseen, de orientación para ulteriores estudios». — Fiel a este plan mantiénesse el autor en el curso de toda la obra y de fijo logrará hacer amable a sus alumnos esta disciplina, que él reputa poco más que arte de adorno y útil ejercicio pedagógico. — En efecto, para el señor Ballester (pág. 15 del tomo I) «la historia no enseña nada práctico. No enseña reglas de conducta provechosas a los individuos, ni a los pueblos, porque las condiciones en que se producen los hechos o actos humanos rara vez son idénticas

para que puedan servir *como ejemplo*. — Importa poco que quienes en lo futuro se consagren a este género de investigaciones por haber leído y saboreado la *Iniciación al estudio de la Historia* compartan al comienzo el criterio del señor Ballester. — Es muy posible que sus propios trabajos les conduzcan a la convicción contraria, y que no vean entonces en la Historia sino la repetición monótonamente ejemplar de las mismas causas, determinando, bajo todos los climas y en todas las edades, idénticos efectos. Quizá, disintiendo del señor Ballester para coincidir con Cicerón, opinen que la Historia, maestra de la vida, aprovecha tan poco a los pueblos como la experiencia a los individuos, y, buscando el libro que les inspiró la afición a este género de actividad intelectual, anoten al margen de la página 15 del tomo I: «No es que la Historia no enseñe nada práctico a los hombres: es que son muy pocos los hombres que la estudian y muchos menos los que la aprenden.» Por eso merecen alabanza y alientos los autores de manuales capaces de difundir el amor a la Historia en las nuevas generaciones, y, siendo este el propósito de don Rafael Ballester, y habiéndolo logrado, a nuestro juicio, no vacila esta Real Academia en proponer que su obra «*Iniciación al estudio de la Historia*» sea declarada de mérito relevante, y digna, por tanto, etc., etc.

(*Boletín de la Academia de la Historia*, noviembre de 1914).

ÍNDICE DE MATERIAS

PÁGINAS

PRELIMINARES 17

¿Qué es Historia?, 17.—Las fuentes de la Historia, 17.—
Maneras de conocer los hechos: carácter de los hechos históricos, 18.—Importancia de las fuentes para la ciencia de la Historia, 19.—Heurística: depósitos de documentos, 19.—
Bibliografía histórica: su importancia, 19.—Ciencias auxiliares de la Historia, 19.—Clasificación de las fuentes históricas, 21.—
Documentos de carácter especial: tradición: sus clases, 21.—
La leyenda: cómo se forma, 22.—Anécdota, 22.—Crítica histórica, 22.—Clases de crítica histórica, 23.—Hecho histórico: posibilidad de probarlo, 24.—Clasificación de los hechos históricos, 24.—Condiciones de conservación de los hechos, 24.—Inverosimilitud: sus condiciones, 25.—Milagro, 25.—
Análisis documental: en qué consiste, 25.—Naturaleza científica de la Historia, 26.—Categorías de hechos: elementos constitutivos del conocimiento histórico, 26.—Aspecto bajo los cuales pueden ser estudiados los hechos históricos: dualidad del concepto de la Historia, 27.—Construcción histórica: su carácter, 27.—Cómo ha sido entendida la Historia, 27.—
Obras históricas: sus clases, 29.—El lenguaje en los libros de Historia, 31.—Utilidad de la Historia, 31.—Cuándo comienza la Historia, 31.—*Bibliografía*, 32.

LA PREHISTORIA. 33

Qué es Prehistoria, 33.—Su origen, 33.—División de los tiempos prehistóricos, 34.—Período paleolítico, 34.—El hombre paleolítico, 35.—El arte cuaternario y su significación, 36.—Período neolítico, 36.—Período de los metales, 40.—Resultados adquiridos por la Prehistoria, 40.—Edades de la Historia, 41.—*Bibliografía*, 41.

ANTIGUOS PUEBLOS DEL ORIENTE

EL EGIPTO	42
Noticia geográfica, 42. — Tiempos primitivos, 44. — Organización social y política, 45. — Noticia histórica de la monarquía faraónica, 46. — Religión del antiguo Egipto, 51. — Las bellas artes, 52. — Progreso material, 54. — La escritura, 54. — <i>Bibliografía</i> , 55.	
MESOPOTAMIA	57
El país y los habitantes, 57. — Tiempos primitivos, 59. — Imperios de Babilonia y Asiria, 60. — Gobierno, religión y cultura de los pueblos mesopotámicos, 63. — Las artes, 67. — <i>Bibliografía</i> , 68.	
EL PUEBLO DE ISRAEL	69
Importancia de su historia, 69. — Idea de la Biblia, 69. — País habitado por los hebreos, 71. — Su historia, 71. — Organización del pueblo hebreo: la religión. Los Profetas, 74. — <i>Bibliografía</i> , 76.	
FENICIA	77
Fenicia y sus habitantes, 77. — Carácter de su historia, 78. — Religión, 78. — El arte, 79. — Industria, comercio y colonias, 81. — El alfabeto, 82. — Cartago, 82. — <i>Bibliografía</i> , 83.	
LOS PERSAS	84
El Irán y sus habitantes, 84. — Religión de los Persas, 86. — El imperio persa, 87. — Su organización y cultura, 88. — <i>Bibliografía</i> , 89.	

HISTORIA DE GRECIA

TIEMPOS PRIMITIVOS	90
Importancia de la historia de Grecia, 90. — El país y los habitantes, 90. — Civilizaciones prehelénicas, 92. — Tiempos primitivos de Grecia, 94. — La colonización griega, 96. — Religión: dioses y héroes, 97.	

LAS CIUDADES GRIEGAS. ÉSPARTA Y ATENAS 100

Organización política de Grecia, 100. — El pueblo espartano, 101. — Lycurgo y sus leyes, 101. — El Atica y Atenas, 102. — Clases sociales e instituciones políticas de Atenas, 103.

LAS GUERRAS EN GRECIA 104

Guerras médicas: su origen, 104. — Principales episodios, 104. — Fin de la guerra y sus consecuencias, 105. — Razón del triunfo de los griegos y su significación, 105. — Guerra del Peloponeso, 106. — Sus resultados, 106.

LA CIVILIZACIÓN ATENIENSE 107

El siglo de Pericles, 107. — Atenas y sus monumentos, 108. — Caracteres del arte griego: escultura y pintura, 110. — Las artes industriales, 115. — La vida pública en Atenas, 116. — Ciencias, filosofía y literatura, 116. — Las grandes fiestas, 118. — Vida privada: costumbres, 119.

LA CONQUISTA DE ORIENTE POR LOS GRIEGOS 121

Supremacía de Macedonia, 121. — Alejandro Magno: la conquista del Asia, 122. — Sus resultados, 123. — Los reinos helénicos, 123. — *Bibliografía*, 125.

EL PUEBLO ROMANO

LOS ORÍGENES 128

Italia: pueblos primitivos, 128. — Los etruscos, 130. — El Lacio y sus habitantes, 131. — Fundación de Roma, 131. — La monarquía romana, 132. — Constitución primitiva de Roma, 132.

LA REPÚBLICA ROMANA 134

República romana, 134. — Instituciones políticas de Roma, 134. — Religión e instituciones religiosas de Roma, 136. — Discordias entre patricios y plebeyos, 138. — Primeras guerras de la República romana, 139.

LAS CONQUISTAS DE ROMA..... 140

Guerras púnicas, 140. — Cartago, 140. — Primera guerra púnica, 140. — Segunda guerra, 141. — Tercera guerra y destrucción de Cartago, 142. — Conquista de la península Ibérica, 142. — Conquista del Oriente, 143.

LAS LUCHAS POLÍTICAS EN ROMA 144

La vida privada en Roma, 144. — Vida pública: la sociedad romana, 144. — Gobierno de las provincias, 146. — Consecuencias de las conquistas, 147. — Revoluciones en Roma: los Gracos, 147. — Dominación de la aristocracia: las dictaduras, 148. — Los triunviratos, 149. — Dictadura de César, 151. — Fin de la República romana, 152.

IMPERIO ROMANO 153

Imperio romano, 153. — Epoca de Octavio Augusto, 153. — Sucesores de Augusto, 156. — Los Flavios, 157. — Los Antoninos, 158. — Anarquía militar, 160. — Diocleciano: la tetrarquía, 160. — Constantino el grande, 161. — Teodosio: división del Imperio, 161.

LA CIVILIZACIÓN ROMANA..... 162

Caracteres del régimen imperial, 162. — La sociedad romana bajo el imperio, 163. — Diversiones públicas, 163. — Obras públicas y monumentos, 164. — Las artes y las letras, 166. — Influencia de Roma en la civilización, 168.

EL CRISTIANISMO Y LA RUINA DEL IMPERIO ROMANO .. 169

El cristianismo, 169. — Su propagación, 170. — La Iglesia primitiva, 170. — Las persecuciones, 172. — Triunfo del cristianismo y organización de la Iglesia, 173. — El arte cristiano primitivo, 173. — El imperio romano en 395, 175. — *Bibliografía*, 176.

EDAD MEDIA

LOS PUEBLOS BÁRBAROS..... 179

Edad Media, 179. — Los bárbaros, 180. — Las invasiones, 181. — Reinos bárbaros en Occidente, 182. — Los francos, 185. — Caracteres de la monarquía merovingia, 187. — Las invasiones en Inglaterra, 188. — *Bibliografía*, 188.

ITALIA Y CONSTANTINOPLA 190

El imperio de Oriente: su carácter, 190. — Justiniano: restauración de la autoridad imperial, 191. — Los lombardos en Italia, 191. — Trabajos legislativos de Justiniano, 192. — Civilización bizantina, 193. — Comienzos del poder de los papas: San Gregorio el Grande, 194. — San Benito y la regla benedictina, 196. — *Bibliografía*, 197.

LOS ÁRABES Y EL ISLAM 199

Arabia y sus habitantes, 199. — Mahoma y su obra, 200. — La religión mahometana: el Corán, 202. — El califato, 202. — Su desmembración, 204. — La civilización árabe en Oriente y Occidente, 205. — Las bellas artes, 207. — Servicios prestados por los árabes a la civilización, 209. — *Bibliografía*, 209.

EL IMPERIO CARLOVINGIO 211

La monarquía franca: los carlovingios, 211. — Naturaleza de la monarquía carlovingia, 211. — Carlomagno: sus guerras, 214. — Restauración del imperio de Occidente, 215. — Gobierno de Carlomagno, 215. — Renacimiento de las letras, 216. — Desmembración del imperio carlovingio: tratado de Verdun, 217. — Los normandos, 218. — Últimos Carlovingios, 218. — *Bibliografía* 219.

EL FEUDALISMO 220

El Feudalismo, 220. — Sus orígenes y naturaleza, 220. — Sus caracteres distintivos, 221. — Señores y vasallos: reciprocidad de deberes y derechos, 222. — Sociedad feudal: sus elementos constitutivos, 223. — Jerarquía feudal, 223. — La Iglesia feudal, 224. — El pueblo, 224. — Estados feudales, 226. — Las guerras feudales, 226. — Justicia feudal, 227. La Caballería, 227. — *Bibliografía*, 228.

LAS CRUZADAS 229

Las Cruzadas, 229. — Sus causas, 229. — La primera cruzada: sus resultados, 231. — Las cruzadas durante el siglo XII, 233. — Las últimas cruzadas, 235. — Carácter y consecuencias de las cruzadas, 236. — *Bibliografía*, 237.

ALEMANIA E ITALIA FEUDALES. EL PONTIFICADO Y EL IMPERIO 238

Alemania feudal: el sacro imperio, 238. — Italia feudal: la Iglesia y la reforma cluniacense, 239. — Gregorio VII: la cuestión de las investiduras, 241. — Los Hoenstaufen: güelfos y gibelinos 243. — *Bibliografía*, 245.

LAS MONARQUÍAS FEUDALES DE OCCIDENTE..... 246

Inglaterra: la conquista normanda, 246. — Dominación normanda, 248. — Monarquía inglesa: la Carta Magna, 249. El Parlamento, 251. — Francia: los Capetos, 252. — Reinado de Felipe Augusto, 253. — San Luis, 254. — Reinos cristianos de la península Ibérica, 255. — Castilla y Aragón: caracteres de aquellas monarquías, 256. — *Bibliografía*, 257.

LA IGLESIA EN LOS TIEMPOS MEDIOS. 258

Supremacía del pontificado, 258. — Las Ordenes mendicantes, 259. — Las herejías durante los siglos XII y XIII, 261. — Cruzada albigense, 262. — La inquisición, 264. — Apogeo del poder pontificio, 265. — *Bibliografía*, 266.

EL RÉGIMEN COMUNAL 267

Poblaciones urbanas y rurales, 267. — Las ciudades durante la Edad Media, 267. — Causas de la revolución comunal, 268. — Factores y extensión del movimiento comunal, 269. — Comunidades: sus clases, 271. — Aspecto de las ciudades durante la Edad Media, 273. — Emancipación de las clases serviles, 273. — Nacimiento del estado llano, 275. La industria en los tiempos medios, 276. — El comercio en la Edad Media, 277. — *Bibliografía*, 278.

LA CIVILIZACIÓN MEDIEVAL. 279

Carácter de la civilización medieval, 279. — Creencias, costumbres y supersticiones, 279. — Lengua romances, 281. — Literatura, 281. — Ciencias y enseñanzas: las universidades, 283. — La escolástica, 286. — Las bellas artes: arquitectura románica, 289. — Arquitectura gótica, 292. — Escultura y pintura, 297. — *Bibliografía*, 300.

EL PODER REAL Y LA DECADENCIA DEL PAPADO..... 301

Engrandecimiento del poder real: la monarquía francesa, 301. — Felipe el hermoso: los legistas, 301. — Querrela con Bonifacio VIII: atentado de Agnani, 302. — Translación de la Santa Sede a Avignon, 304. — Proceso y supresión de los Templarios, 305. — Instituciones de Felipe el hermoso, 307. — Extinción de los capetos, 308. — *Bibliografía*, 308.

DECADENCIA DEL FEUDALISMO (1328-1453)..... 309

Guerra de cien años, 309. — Sus períodos, 309. — Advenimiento de los Valois: origen de la guerra, 309. — Situación de los adversarios, 310. — Comienzos de la guerra: Crecy y Poitiers, 311. — Regencia del Delfín; revolución prisién; la Jacquerie, 313. — Segundo período de la guerra: Carlos V y Duguesclin, 314. — Tercer período: borgoñones y armagnacs, 317. — Carlos VII: sitio de Orleans: patriotismo de los franceses, 319. — Juana d'Arc, 320. — Fin de la guerra, 322. — Resultado de la guerra de los cien años, 322. — Decadencia del feudalismo en Inglaterra, 323. — *Bibliografía*, 324.

DECADENCIA DE LA IGLESIA 325

El «cautiverio de Babilonia», 325. — Cisma de Occidente, 326. — Wiclef y Juan Huss, 328. — Concilio de Constanza: fin del cisma de Occidente, 329. — Otros concilios: consecuencias del cisma, 330. — *Bibliografía*, 331.

ALEMANIA E ITALIA EN EL SEGUNDO PERÍODO DE LA EDAD MEDIA 332

Alemania: el largo interregno, 332. — Advenimiento de los Habsburgo, 333. — Emancipación de Suiza, 333. — La bula de oro, 334. — Engrandecimiento de la casa de Austria, 335. Italia: reinos, repúblicas y tiranías, 337. — Las repúblicas: Génova, 338. — Venecia, 339. — Florencia, 341. — *Bibliografía*, 342.

LA AURORA DEL RENACIMIENTO. LOS GRANDES INVENTOS 343

El Renacimiento, 343. — Precursores del Renacimiento: Dante, Petrarca y Boccaccio, 344. — Comienzos del Renacimiento: causas que lo favorecieron, 345. — Renacimiento de las bellas artes: arquitectura, pintura y escultura, 347. Los grandes inventos, 353. — *Bibliografía*, 357.

LOS PUEBLOS ORIENTALES 358

Europa oriental, 358. — Reinos de Bohemia y Polonia, 358. — Hungría, 359. — El imperio de Oriente, 359. — Los turcos, 360. — Los mogoles, 360. — Caída de Constantinopla, 361. — Imperio otomano, 361. — Rusia, 362. — *Bibliografía*, 362.

FORMACIÓN DE LAS MONARQUÍAS ABSOLUTAS 368

Las monarquías absolutas, 363. — Francia durante la segunda mitad del siglo xv, 363. — Casa de Borgoña, 363. — Luis XI y Carlos el Temerario, 364. — Triunfo de la monarquía en Francia, 366. — Establecimiento del absolutismo en Inglaterra, 366. — España: los Reyes Católicos, 367. — Unidad territorial: conquista de Granada, 369. — Unidad religiosa: la Inquisición, 369. — La sucesión de los Reyes Católicos, 371. Cisneros, 371. — Hechos que señalan el ocaso de la Edad media, 372.

PRELIMINARES

¿Qué es Historia? — Historia es el conocimiento del pasado.

Generalmente la Historia se nos presenta en forma de *narración* y nos cuenta las vicisitudes de los pueblos.

Por ella sabemos quiénes fueron nuestros antepasados; cómo vivían; qué relaciones tenían entre sí; sus usos y costumbres, su comercio y sus guerras; de qué modo se reunieron y formaron naciones regidas por las mismas leyes, y cómo paulatinamente aprendieron toda suerte de adelantos materiales y morales. El conocimiento del pasado nos explica el presente de la sociedad en que vivimos, y nos alienta e instruye para conducirnos mejor.

El hombre no ha sido siempre el mismo. Un niño de diez años es distinto de otro de cinco. A medida que crece, sus miembros se fortifican y su inteligencia se desarrolla. Así ocurre también con las sociedades humanas. Hubo tiempo en que nuestros antepasados vivían como las bestias, sin saber leer ni escribir; ignoraban las artes útiles; habitaban en cavernas; se vestían con pieles de animales, sus armas eran sus dientes o sus uñas. Más tarde el hombre descubrió el fuego y aprendió a utilizar la piedra y los metales. Aun hoy día existen salvajes, ignorantes y crueles, en distintas comarcas de Africa y Oceanía. No todos los pueblos son igualmente civilizados.

Se llama *civilización* la suma de adelantos llevados a cabo por los hombres a medida que van siendo más instruídos, más ricos y mejores.

Las fuentes de la Historia. — Si la Historia es el conocimiento del pasado y el pasado no existe, ¿cómo podremos conocerlo? Por los vestigios de nuestros antepasados.

Así como el periódico nos cuenta diariamente los sucesos de la víspera, nunca han faltado gentes que tuvieran la ocurrencia de escribir lo que hicieron, lo que vieron o lo que oyeron contar. A veces poseemos su correspondencia, que nos enseña lo que pensaban acerca de los sucesos de su tiempo; guardamos los *documentos* de que se servían para justificar los actos de su vida: partidas de nacimiento, de matrimonio, de defunción; contratos de compraventa, testamentos, donaciones, tratados de paz o de comercio, etc., etc. Durante mucho tiempo la imprenta fué desconocida. Antes de que existiera este maravilloso invento los hombres escribían sobre papel o pergamino. Aquellas escrituras se llaman *manuscritos*. También grababan sus pensamientos o sus actos sobre piedra, ladrillo o metal. Tales escritos se llaman *inscripciones*.

Además de los *documentos*, manuscritos o impresos, se conservan los *monumentos*, esto es, toda clase de *construcciones* y *objetos antiguos*, a saber: templos, palacios, fortalezas, arcos de triunfo, estatuas, monedas, armas, muebles y utensilios de toda especie, que nos dan a conocer los hechos pasados y el género de vida de los hombres que nos precedieron. De estos vestigios, unos recuerdan ciertos acontecimientos ruidosos, como batallas y grandes empresas, así militares como civiles o religiosas; otros retratan fielmente a los grandes personajes o nos hablan de las costumbres del pueblo.

Documentos y *monumentos*, esto es, *vestigios del pasado*, huellas dejadas por el pensamiento o por los actos de nuestros antepasados, tales son las *fuentes de la Historia*.

Maneras de conocer los hechos: carácter de los hechos históricos. — Todo hecho, sea de la clase que fuere, puede ser conocido de dos maneras: 1.^a *directamente*, por observación propia; 2.^a *indirectamente*, estudiando sus vestigios. Lo primero es propio de las ciencias experimentales (física, química, biología, geografía, etc.); lo segundo de la Historia.

El carácter de los *hechos históricos* consiste en que nos son conocidos indirectamente.

Todos los hechos físicos, químicos, geográficos, políticos, económicos, religiosos, sociales, militares, etc., pasan a ser *históricos* cuando se les conoce indirectamente, esto es, estudiando sus vestigios. V. gr., una sesión de Cortes es un *hecho político* de observación propia para el que asiste a ella; pero se convierte en *hecho histórico* para quien lo lee en una reseña. La erupción del Vesubio acaecida el año 79 de J. C. es un *hecho geológico conocido históricamente*. No hay *hechos históricos* en el sentido de *hechos de índole especial*.

Importancia de las fuentes para la ciencia de la Historia. — Fácil es comprender que sin vestigios de los hechos pasados, sin *fuentes históricas*, la Historia no existe. El hombre no conoce, ni mucho menos, la vida de la humanidad en todas sus manifestaciones y en todas sus épocas, sencillamente por falta de documentos. Un hecho que no dejó huella es como si no hubiese sucedido. Si no hay documentos no hay Historia. La Historia se hace con documentos.

Heurística: depósitos de documentos. — Se da el nombre de *heurística* al *conocimiento previo de la existencia, número y calidad de documentos indispensables a la formación de la ciencia histórica.*

La primera labor, indispensable a la construcción de la Historia, consiste en averiguar si existen o no documentos; recogerlos, conservarlos, y estudiarlos. De aquí el cuidado con que los Gobiernos custodian los vestigios del pasado en edificios públicos, llamados *Archivos, Bibliotecas y Museos*, administrados por funcionarios especiales (archiveros, bibliotecarios y arqueólogos), quienes procuran, además, la formación metódica de catálogos descriptivos, índices, inventarios y repertorios de documentos, a fin de que los ciudadanos estudiosos puedan utilizarlos sin pérdida de tiempo.

Bibliografía histórica: su importancia. — *Bibliografía* es la «ciencia de los libros». Comprende numerosas ramas, una de ellas la bibliografía histórica, esto es, la que da a conocer los trabajos preparatorios emprendidos para utilizar los documentos del pasado. Su conocimiento es indispensable al investigador, al que quiere contribuir a que pueda escribirse científicamente la Historia.

Ciencias auxiliares de la Historia. — Se llaman así los *conocimientos encaminados a suministrar o facilitar los medios de analizar y comprender los documentos.* Las principales son:

La *Arqueología*, ciencia que estudia toda clase de vestigios materiales, a saber:

- a) Obras arquitectónicas: *templos, palacios, fortalezas, etc.*
- b) Obras escultóricas: *estatuas, relieves, etc.*
- c) Obras pictóricas: *cuadros, lienzos, frescos, etc.*

	{ utensilios (cerámica) armas trajes (indumentaria) monedas, medallas (numis- mática) escudos y blasones (heráldica) alhajas (orfebrería) glíptica (arte del grabado)
d) Artes útiles, decorativas	
y suntuarias	

El dominio de la Arqueología es inmenso.

La *Filología*, que estudia las lenguas en que están escritos los documentos.

La *Epigrafía*, que enseña a leer las *inscripciones* o documentos escritos sobre piedra o metal (ladrillos, mármoles, bronces, etc.).

La *Paleografía*, que enseña a leer las escrituras antiguas o documentos escritos sobre papel, pergamino, papiro, etc.

La *Diplomática*, que facilita reglas para juzgar de la autenticidad o falsedad de los *diplomas* o documentos de carácter oficial. De ella dependen la *Cronología técnica* o estudio de las fórmulas empleadas antiguamente para datar los documentos, y la *Sfragística* o estudio de los sellos.

La *Historia Literaria* o conjunto de resultados adquiridos por los críticos que han estudiado los documentos literarios; poemas, cantares, novela, teatro, etc.

La *Historia Literaria*, considerada como fuente histórica, abarca dos grandes grupos de escritos, a saber: *documentos historiográficos* o *fuentes narrativas*, y *documentos literarios* o *fuentes indirectas*.

Las *fuentes narrativas* son aquellos antiguos escritos de *historia* cuyos autores, de un modo análogo a los periodistas de hoy, se propusieron contar los sucesos de su tiempo, o de una época determinada, relatar la historia de su país, la vida de algún individuo famoso, etc. Tales escritos se llaman, según su índole y extensión, *anales*, *crónicas*, *crónicas*, *biografías*, *gestas*, *memorias*, *diarios* o *diarios*, *efemérides*, etc.

Anales son relatos en que los hechos acaecidos se cuentan por años; v. gr., los *Anales Compostelanos*, que refieren sucesos pertenecientes a la historia de Castilla, Aragón y Navarra, desde los comienzos de la Era vulgar hasta el año 1248. Es una forma de escribir la Historia caída en desuso. Se emplea la palabra *anales* en el sentido de *acontecimientos referentes al pasado de un pueblo*. Se dice *los anales de la humanidad* para expresar la *Historia Universal* en su más amplio sentido.

Cronicones significa relatos breves, distribuidos por períodos de tiempo; v. gr., *Cronicón burgense*. Análogos a los anales, fueron una forma característica y usáronse en idéntico sentido en la Edad Media.

Crónica significa relato histórico por orden cronológico de sucesos. Fué la forma preferente de escribir la Historia en los tiempos medios; v. gr., *Crónica de don Juan II*, etc.

Biografía significa *historia de una sola persona*.

Memorias son escritos de índole privada (cartas, confidencias, etc.) en que un autor habla, muchas veces incidentalmente, de los sucesos de su tiempo. En general esta clase de documentos es de gran valor, porque sus autores los escribieron sin intención de *hacer historia*.

Diarios son *memorias* en que los sucesos están consignados día por día.

Ejemérides son *días de aniversario* que recuerdan o celebran sucesos importantes.

Las *fuentes indirectas* son aquellos escritos literarios o de puro pasatiempo, como novelas, cantares, poemas, sátiras, comedias, etc., que pintan o describen la vida que, en términos generales, designamos con el nombre de *vida privada*.

Los antiguos consideraron la *Cronología* (ciencia del tiempo) y la *Geografía* (ciencia del espacio) como las dos principales ciencias auxiliares de la Historia, y las calificaron de *ojos de la Historia* (duo lumina historię).

Clasificación de las fuentes históricas. — Las *fuentes históricas* pueden clasificarse en dos grandes grupos:

1.º *Vestigios materiales*: aquellos cuyo estudio constituye el objeto de la Arqueología. Se llaman vulgarmente *monumentos*.

2.º *Vestigios psicológicos*: los que contienen la descripción o relación escrita de un acontecimiento (inscripciones, manuscritos, impresos). Se llaman vulgarmente *documentos*.

Documentos de carácter especial: tradición: sus clases. — Tradición es la transmisión anónima de un hecho; v. gr., la venida de Santiago a España. La tradición es de dos clases: *escrita* y *oral*.

La *tradición escrita* es la que ha sido recogida de boca del pueblo. Como la escritura fija la afirmación, esta clase de tradición se transmite fielmente. Por el contrario, la *tradición*

oral, o no escrita, se altera continua y sucesivamente, deformándose a cada transmisión y dando origen a la leyenda.

La leyenda: cómo se forma. — Leyenda es la tradición exclusivamente oral.

Prodúcese en las sociedades o grupos humanos que no disponen de otro medio de transmisión que la palabra, entre gentes bárbaras o de escasa cultura; v. gr., campesinos, soldados, etc. Los hechos transmitidos oralmente toman forma legendaria, es decir, *parecen cuento*. En los orígenes de cada pueblo hay un período legendario, y aun en los tiempos civilizados el pueblo continúa forjando leyendas acerca de los acontecimientos que le conmueven y que, por lo general, no son sucesos importantes, sino oscuros episodios locales. La leyenda no debe considerarse como mezcla de verdad y error, de sucesos verdaderos y fabulosos, sino como producto espontáneo de la imaginación de un pueblo, v. gr., la aparición de Santiago en la batalla de Clavijo.

Anécdota. — Se llama así todo hecho de carácter íntimo perteneciente a la vida privada; v. gr., frases o detalles acerca de algún personaje.

En rigor, las anécdotas no son más que restos de la tradición oral, supervivencias confusas de algún hecho, que se conservan simultáneamente con la tradición escrita. Por esto se las define diciendo que son *la leyenda de los pueblos civilizados*.

Como la leyenda, la anécdota, suele formarse de recuerdos confusos, reminiscencias, alusiones, interpretaciones erróneas o fantasías de toda especie acerca de personajes o acontecimientos determinados: reyes, caudillos, legisladores, santos, ministros, filósofos, etc. En el fondo no son otra cosa que creencias populares, detalles supuestos o atribuidos a un hecho concreto o personaje determinado (1). Forma parte del *folklore*, no de la Historia.

Crítica histórica. — Los hechos pasados son conocidos por los vestigios que tras sí dejaron: por los documentos. A diferencia de lo que ocurre con las ciencias experimentales, en Historia hay que partir *del documento* para llegar al conocimiento del hecho que lo motivó. Ahora bien: para establecer la relación existente entre el *documento* y el *hecho*

(1) V. gr. la anécdota del emplazamiento de Fernando IV, rey de Castilla, por los Carvajales.

y llegarlo a determinar con toda claridad, son necesarias numerosas operaciones y racionios, cuyo conjunto constituye la crítica histórica.

La *crítica histórica* puede definirse, pues, diciendo que es el análisis minucioso de los racionios que del estudio y comprobación material de los documentos conduce al conocimiento de los hechos.

Clases de crítica histórica. — La crítica histórica es de dos especies: *crítica externa* o *erudita* y *crítica interna* o *de racionio*.

a) La *crítica externa*, o erudita, es la serie de operaciones previas y necesarias para poder utilizar los documentos; v. gr., estudios acerca de la escritura, lengua, forma y restitución de textos, procedencia, clasificación y colección de los mismos, etc. La crítica externa es meramente preparatoria, es un medio y no un objeto.

Es imposible entender los documentos sin conocer la lengua ni saber leer la escritura en que estén escritos. De aquí la necesidad del conocimiento de las lenguas y demás *ciencias auxiliares*. Como no es posible *saber de todo*, el oficio de historiador exige la división del trabajo, y una preparación o aprendizaje especial, según sea la rama o parte de la Historia que se quiera cultivar. Los que practican las operaciones y estudios propios de la crítica externa se llaman *eruditos*. Las colecciones de documentos históricos, metódicamente clasificados, se llaman *Corpus* cuando reproducen los documentos *in extenso* (íntegros); *Regesta* cuando únicamente los publican analizados y descritos.

b) La *crítica interna*, o de racionio, es el análisis de las diversas circunstancias que concurren en el autor del documento, a fin de discernir lo que en éste puede ser aceptado como cierto.

Los que, previos los trabajos de crítica, elaboran «la narración del pasado», son historiadores. Su labor es un trabajo crítico por excelencia.

Hasta hace poco, las profesiones de *erudito* y de *historiador* eran distintas y aun ajena la una a la otra. Los que se titulaban *historiadores*, escribían *libros de historia*, sin preocuparse de la labor de los *eruditos* o *anticuarios*. Estos, por su parte, establecían, mediante sus investigaciones y trabajos críticos, la condición o los *materiales*

de la Historia, sin cuidarse de hacerla. Obraban como si la erudición fuese un fin y no un medio, mientras que los escritores de historia pretendían reconstruir o resucitar las realidades desaparecidas valiéndose únicamente de la reflexión y del arte, aplicado a los documentos no siempre de buena ley. Hoy existe la tendencia a establecer íntima comunicación entre *eruditos* e *historiadores*, pues los trabajos de ambos son recíprocamente necesarios, se compenetran y tienden al mismo fin: *el conocimiento del pasado*.

Hecho histórico: posibilidad de probarlo. — *Un hecho histórico no es más que un juicio afirmativo sobre la realidad exterior.* Como los documentos no suelen, por lo general, suministrar más que hechos mutilados o mal comprobados, sujetos a múltiples probabilidades de engaño o error, resulta que *la posibilidad de probar un hecho histórico depende:*

- 1.º *Del número y calidad de documentos conservados acerca del hecho mismo, y*
- 2.º *Del azar o casualidad de su conservación.*

Clasificación de los hechos históricos. — Los hechos históricos pueden clasificarse en dos grandes grupos:

1.º *Hechos cuya certeza es posible afirmar, o hechos generales, y*

2.º *Hechos limitados o particulares.* Los primeros son extensos y duraderos, a saber: usos, doctrinas, instituciones, grandes acontecimientos; v. gr., el cristianismo, la invención de la imprenta, el descubrimiento de América, etc. Siendo más fáciles de observar por las muchas ramificaciones y consecuencias que de ellos derivan, por su gran persistencia a través de las edades, son más fáciles de probar. Son históricamente evidentes.

Los segundos son de naturaleza limitada y, por decirlo así, caduca, de certeza inasequible; v. gr., un gesto, una palabra, un acto momentáneo.

Condiciones de conservación de los hechos. — Varían según los tiempos y el estado de cultura, siendo mucho mayores en los tiempos modernos, gracias a los procedimientos de información, reproducción y conservación de que disponemos: periódicos, fotografías, taquigrafía, fonógrafo, depósitos públicos de documentos, etc.

Para la antigüedad y tiempos medios (anteriores a la invención de la imprenta) el conocimiento histórico cierto se reduce a los *hechos generales* (instituciones políticas, sociales o religiosas; v. gr., el feudalismo, la inquisición, el mahometismo, etc.), a causa de la escasez de documentos.

En el período contemporáneo el conocimiento histórico se extiende a los *hechos particulares*, si bien el vulgo, a menudo confuso y perplejo, desconfía de la exactitud de los sucesos contemporáneos sobre los cuales ve circular relatos contradictorios y cree sin vacilar en la de los antiguos, porque nadie los desmiente.

Inverosimilitud: sus condiciones. — Se dice que un hecho es *inverosímil* cuando está en contradicción con nuestros conocimientos, fundados en la observación directa, o bien con un conjunto de hechos conocidos históricamente.

La inverosimilitud no es una noción científica, porque varía según los individuos. Para un salvaje el telégrafo es más inverosímil que un fantasma. De modo que para rechazar un hecho como inverosímil hay que examinar las condiciones de las personas a quienes parece tal.

Milagro. — Se llama así todo hecho que está en contradicción con las leyes científicas establecidas por el método regular de una ciencia constituida.

Vulgarmente se dice que el milagro (lo sobrenatural) *está en conflicto con la ciencia*. La Historia no admite los hechos milagrosos. No basta el *testimonio* para acreditar la verdad de un hecho. La existencia del diablo, v. gr., está afirmada por millares de testimonios y, sin embargo, no es un hecho histórico.

Análisis documental: en qué consiste. — Como el conocimiento histórico deriva del análisis crítico de los documentos, *el análisis documental consiste en distinguir mentalmente las enseñanzas que el documento contiene y examinarlas una a una*, operación que nos lleva a la *visión de los hechos*, visión que nada tiene de real, sino que es puramente abstracta y mental.

Naturaleza científica de la Historia. — *La Historia, dada la naturaleza de los materiales de que dispone, lejos de ser una ciencia de observación, es una ciencia de raciocinio forzosamente subjetiva.*

Categorías de hechos: elementos constitutivos del conocimiento histórico. — Los documentos, fuente única del conocimiento histórico, nos ilustran acerca de tres categorías de hechos:

1.^a *Seres vivientes y objetos materiales.*

Los seres humanos, las condiciones materiales de la vida social y muchos de los objetos fabricados por el hombre, cuya existencia conocemos por los documentos, fueron *un día* fenómenos materiales percibidos directamente por el autor del documento; pero que *hoy* son para nosotros *fenómenos mentales*, hechos vistos a través de la mente del autor, imágenes representativas de sus impresiones, imágenes que nosotros formamos por analogía con las suyas. V. gr., la batalla de Lepanto, las Cortes de Cádiz, el Templo de Jerusalén, fueron acontecimientos militares, políticos, o bien objetos materiales que nosotros no podemos ver. Únicamente podemos *figurárnoslos*, es decir, hacer de ellos una imagen análoga a la de las gentes que los vieron y describieron.

2.^a *Actos humanos.*

Los documentos refieren actos y palabras de hombres desaparecidos, actos y palabras que fueron *en su día* hechos materiales, vistos y oídos por el autor o autores del documento, pero que, para nosotros, no son sino recuerdos representados por imágenes subjetivas, análogas a las que nos muestra la observación directa. V. gr., don Alvaro de Luna murió ajusticiado; los golpes que le asestó el verdugo fueron vistos; las palabras pronunciadas por la víctima antes de morir fueron oídas. Para nosotros no son más que imágenes.

3.^a *Motivos y concepciones.*

La causa de los actos humanos, el *motivo* o el *impulso* que los consuma es difícil de determinar. No podemos imaginarlo como no sea en forma de *estados de ánimo*, representaciones interiores vagas, indefinidas, análogas a las que concebimos de nosotros mismos y que solemos expresar con palabras metafóricas. Tales son los hechos psíquicos, vulgarmente llamados ideas y sentimientos.

Seres vivientes y objetos materiales, actos humanos (individuales y colectivos), *hechos psíquicos*, tales son los elementos constitutivos del conocimiento histórico. Los hechos históricos, lejos de ser observados directamente, son imaginados. El historiador opera sobre imágenes.

Esto no quiere decir que el trabajo del historiador sea quimérico y que la historia no sea ciencia. Los recuerdos no son más que imágenes y no obstante son muy reales. Así, pues, la historia es la representación de las realidades pasadas.

Aspectos bajo los cuales pueden ser estudiados los hechos históricos: dualidad del concepto de la Historia. Los hechos históricos pueden ser estudiados bajo dos aspectos distintos:

1.º En lo que tienen de individual o particular, pasajero y transitorio (hechos propiamente tales); v. gr., la paz de los Pirineos, la conquista de Sevilla, la abdicación de Carlos V, etc.

2.º En lo que tienen de colectivo o general, duradero y permanente (instituciones); v. gr., la institución monárquica, el cristianismo, etc.

En el primer caso la historia es *la narración de los hechos acaecidos a nuestros antepasados*, y se llama *externa* o *narrativa*. En el segundo es *la descripción de los hábitos sucesivos por que ha pasado la humanidad*, y se llama *interna* o *de la civilización*.

Construcción histórica: su carácter. — La construcción histórica supone el estudio de los hechos bajo los dos aspectos ya indicados. La Historia viene obligada a combinar con el estudio de los *hechos generales* el de *ciertos hechos particulares*. Tiene, pues, un carácter mixto, indeciso, entre ciencia de generalidades y relato de aventuras.

Cómo ha sido entendida la Historia. — La Historia fué concebida antiguamente como *narración de acontecimientos memorables*, con objeto de conservar el recuerdo y difundir el conocimiento de hechos gloriosos o importantes de la vida de un individuo, de una familia o de un pueblo, por vanidad patriótica o como preparación para la carrera militar o política.

El historiador se proponía instruir deleitando. Por eso la Historia fué un género literario, como la novela, y los historiadores literatos sólo se cuidaban de escribir bien, prescindiendo muchas veces de decir la verdad. Los hechos o accidentes políticos, guerras, alianzas y revoluciones, constituyeron la materia de la exposición histórica, reducida a la narración de la vida de algún personaje (biografía), a la de un conjunto o período de la existencia de un pueblo (*historias, anales, comentarios, décadas, etc.*). Tal fué la historia para los antiguos griegos y romanos, pueblos los más civilizados de la antigüedad. Como Roma llegó a ser la señora del mundo y el Estado romano dominó sobre todos los pueblos cultos del mundo entonces conocido, la historia de Roma se convirtió en la *historia universal*, computándose por la cronología romana la historia de todos los pueblos.

Posteriormente, al desaparecer la *unidad política* llamada Imperio romano, los escritores cristianos de los siglos V y VI (Eusebio de Cesárea, Orosio, etc.) concibieron, en armonía con las doctrinas de San Agustín, una unidad superior a la de Roma (*la ciudad de Dios*), el cristianismo, y, substituyendo la vieja cronología romana por la del pueblo de Israel (como *pueblo escogido*, antepasado directo del fundador del cristianismo), anudaron a la historia de Israel la de los demás pueblos que habían constituido el imperio romano, forjando así otro concepto falso y anticientífico de *historia universal* en la forma que ha llegado hasta nosotros.

Los escritores del Renacimiento (siglos XV y XVI) imitaron directamente a los antiguos griegos y romanos, si bien respetaron y mantuvieron la tendencia universalista de la Historia, tan en boga en la edad media.

En el siglo XVIII, aunque los relatos de acontecimientos políticos y militares constituyen el fondo de la Historia, comienza a despertar interés la evolución de las ciencias, de las artes y de la industria. Empieza a usarse el término «historia de la civilización», el campo de la Historia se ensancha y la exposición objetiva de los hechos substituye, poco a poco, a las antiguas formas oratorias, sentenciosas, patrióticas o filosóficas.

El romanticismo (renacimiento literario de principios del siglo XIX) retardó el progreso científico de la Historia. Los historiadores románticos fueron grandes artistas, elocuentes escritores que sólo buscaron el efecto, *el color local*, deslizándose por la pendiente de la novela histórica (Walter Scott), y «aunque trabajaban con piedras cuyo color es verdadero, compusieron un mosaico falso».

Las formas científicas de exposición histórica no empezaron hasta la segunda mitad del siglo XIX, hasta que estuvieron en armonía con el concepto de que «la historia no se propone deleitar, ni ofrecer reglas de conducta, ni conmover, sino *sabern*».

Obras históricas: sus clases. — Por «obras históricas» se entienden las destinadas a exponer los resultados de un trabajo cualquiera de construcción histórica. De ellas se excluyen, por su carácter de labor preparatoria, los trabajos críticos acerca de los documentos.

Los historiadores han concebido de distinta manera el objeto de la Historia (*o de la obra histórica*), ya en lo que se refiere a la naturaleza de los hechos escogidos, ya en la forma de ordenarlos, exponerlos o probarlos.

Actualmente, y en armonía con el objeto de la Historia, se distinguen las siguientes formas de exposición histórica:

1.^a *Monografías*. Son aquellos escritos que se proponen dilucidar un punto especial, un hecho o serie limitada de hechos, v. gr., un período de la vida o la vida entera de un personaje, un acontecimiento o serie de acontecimientos acaecidos entre dos fechas determinadas. Los asuntos, objeto de toda monografía, son innumerables.

2.^a *Obras generales*.

Dentro de esta clasificación se comprenden:

a) Los *repertorios* o conjunto de hechos probados, es decir, acompañados de textos y otras pruebas críticas, de género determinado — militares, políticos, sociales, religiosos, económicos, etc. —, expuestos metódicamente, por orden cronológico o alfabético. En el primer caso se llaman *Anales*; en el segundo, *Diccionarios* o *Enciclopedias históricas*.

b) Los *manuales científicos*. Análogos a los repertorios, tienen por objeto especial hacer el inventario minucioso de los conocimientos adquiridos por la crítica en las diversas ciencias históricas, o ramas del conocimiento histórico, para facilitar los resultados de aquéllos, evitar repeticiones estériles y servir de punto de partida a ulteriores investigaciones. Estas obras son útiles particularmente a los especialistas o profesionales, es decir, a las personas que consagran su vida a la profesión de erudito o historiador. En España no hay manuales de esta índole (1).

c) Las *Historias*, en el sentido vulgar de la palabra. Son las obras destinadas a presentar el relato de los *acontecimientos particulares*, es decir, de aquellos hechos que han ocurrido una sola vez

(1) Para conocer el objeto de cada uno de estos libros especiales, y los más importantes que existen, en los países extranjeros, puede consultarse, en castellano, el libro del señor Altamira, *La enseñanza de la Historia* (Madrid, 2.^a ed., V. Suárez, 1895), y en francés, el excelente *Manuel de Bibliographie historique* de Ch-V. Lacroix (Paris, Hachette, 1901-1904-

y de los *hechos generales* que abarcan el conjunto de las evoluciones especiales (historia narrativa, social y política; evolución religiosa, artística, científica, industrial, etc.), relegando a segundo término las galas retóricas y renunciando a las afirmaciones sin pruebas.

En este grupo se comprenden las *Historias generales* nacionales —Historia de España, Historia de Roma, Historia de Francia, etc.— y las tituladas *Historias universales* — v. gr., el César Cantú — (1), caídas en descrédito, porque ya no se considera a la Humanidad como un conjunto (una familia), unida por una evolución única, *con destino especial*, y, además, porque es absurda tarea para un hombre solo la de pretender escribir la *Historia de la Humanidad*. Hay, sin embargo, bajo el nombre de *Historia universal*, libros de positivo mérito, pero que no son sino colecciones de monografías — v. gr., la de G. Oncken — (2).

3.^a *Manuales de vulgarización*, llamados vulgarmente *manuales*, *tratados*, *epítomes*, *resúmenes*, *compendios*, etc. Tienen por objeto ofrecer al público, condensada en pocas páginas, la labor científica total.

Cuando estos libros no se hacen concienzudamente y el vulgarizador no está al corriente de los principales trabajos publicados acerca del asunto, adolecen de graves defectos, contribuyendo a propagar el error y a desacreditar el estudio (3).

(1) La *Historia Universal* del italiano César Cantú (1804-1895) gozó en España de gran popularidad. La mejor edición castellana es la de Gaspar y Roig (Madrid, 1870, 10 vols.) traducción de Fernández Cuesta. El éxito de esta obra fué debido a que Cantú era un hombre sincero, nacionalista ardiente y católico liberal, apologista del Pontificado. Es obra útil para formarse idea de la cultura histórica alcanzada por las generaciones de la segunda mitad del siglo XIX.

(2) *Historia Universal escrita parcialmente por reputados profesores alemanes bajo la dirección del eminente historiógrafo Guillermo Oncken*, etc., traducción directa del alemán por don Nemesio Fernández Cuesta (Barcelona, Montaner y Simón, 1890-1894, 16 vols. folio. Otra ed. en 46 vols. en 8.^o). Mejores que el Oncken, que por lo general se reduce a los hechos externos, son las obras análogas de H. Berr, *L'évolution de l'Humanité* (Paris, La Renaissance du Livre, 1920 y ss.) o la de Halphen, *Peuples et civilisations* (Paris, F. Alcan, 1926 y ss.). Obra de vulgarización, de amena lectura, muy bien orientada y excelente ilustración es la *Historia del Mundo*, de J. Pijoán (Barcelona, Salvat, 1926), en publicación.

(3) Los manuales de *Historia Universal* no son muy numerosos en España. Pueden consultarse las Bibliografías periódicas, que suelen registrar su publicación. Casi todos ellos están calcados en idénticos modelos, concediendo más importancia a la historia puramente narrativa o externa. Los mejores, o son anticuados o traducidos del extranjero. Gozó de mucha estima, entre otros, el *Compendio de la Historia Universal* del Dr. Gr. Weber, traducido por don Julián Sanz del Río (Madrid, 1853-1855, 4 vols.), libro bien hecho para su época. El profesor de la Universidad de Madrid, don Fernando de Castro, publicó, hace medio siglo, un *Compendio razonado de Historia General*, que algunos años más tarde rehizo en su parte antigua y continuó don Manuel Sales y Ferré, obra que, sin embargo, no va más allá del siglo XIII, faltándole además Grecia y Roma, que se proponía escribir de nuevo su continuador. De algunos años acá la tendencia a modificar nuestros manuales docentes se ha iniciado en España con la difusión de los libros similares extranjeros, principalmente franceses. Ver, por ejemplo, la *Historia Universal redactada por varios especialistas y profesores* (Barcelona, Suc. de Juan Gili, 1927), en publicación.

El lenguaje en los libros de Historia. — Sean cuales fueren los trabajos de exposición histórica, la importancia del trabajo crítico, que es el principal, no excluye las galas del lenguaje. El historiador no debe escribir incorrecta ni vulgarmente. El menosprecio de los adornos retóricos no significa que se pueda escribir mal.

Utilidad de la Historia. — La Historia no enseña nada práctico. No enseña reglas de conducta provechosas a los individuos ni a los pueblos, porque las condiciones en que se producen los hechos o actos humanos rara vez son idénticas para que puedan servir *como ejemplo*. La utilidad de la Historia es indirecta, pudiéndose formular los siguientes axiomas:

1.º Explicándonos el origen y *procesus* de la sociedad actual, nos hace comprender su situación presente.

2.º Es indispensable para la constitución de las ciencias, cuyo objeto de estudio es el hombre (lingüística, derecho, economía, ciencia de las religiones, etc.), llamadas ciencias *morales y políticas*, porque a la observación directa de los fenómenos sociales presentes añade el estudio de su desenvolvimiento en el tiempo, es decir, *su historia*.

3.º Es útil, porque la práctica del método de investigación nos preserva del espíritu de credulidad tan nocivo al progreso.

4.º Porque, por el conocimiento de numerosas y distintas sociedades humanas y por el estudio de sus transformaciones, nos predispone a la tolerancia, preservándonos, además, del temor de las innovaciones.

5.º Porque nos educa políticamente.

En efecto, la Historia enseña el mecanismo social, habitúa a comprenderlo y estimula en el ciudadano el deseo de tomar parte activa en la marcha de la sociedad política a que pertenece.

La Historia, escrita antiguamente para la enseñanza de príncipes, se ha convertido en la gran educadora del pueblo.

Quando comienza la Historia. — La Historia no comienza hasta que el hombre, habiendo inventado la escritura, nos dejó escritos sus actos o sus pensamientos. Este *momento* difiere según los países, pues mientras en

Egipto, por ejemplo, el comienzo de los tiempos históricos remonta hasta 5000 años antes de J. C., en Grecia hay que llegar al siglo VIII (?); en España al siglo VI, y en América a la época del descubrimiento por los europeos. Todo conocimiento anterior a los primeros relatos o textos escritos pertenece, pues, a la *Prehistoria* o *arqueología prehistórica*.

BIBLIOGRAFIA. — Para el estudio de las cuestiones de metodología y crítica históricas puede el lector español consultar los siguientes libros, en los que encontrará la orientación necesaria:

R. Altamira: *La enseñanza de la Historia* (2.^a ed., Madrid, V. Suárez, 1895); Id., *De historia y arte* (id., 1898); Id., *Cuestiones modernas de historia* (Id., Daniel Jorro, 1904); P. Zacarías Villada: *Cómo se aprende a trabajar científicamente. Lecciones de metodología y crítica históricas*, t. I de la *Historia Universal* publ. por el

editor Sucesores de Gili, citada.

Entre los extranjeros, que son numerosos, han sido traducidos recientemente: Hinsdale: *El estudio y la enseñanza de la historia*, trad. de D. Barnés (Madrid, D. Jorro, 1912), y Xenopol: *Teoría de la historia* trad. de D. Vaca (Madrid, id., 1911).

Los que puedan leer en francés deben consultar: Langlois et Seignobos: *Introduction aux études historiques* (París, Hachette, 1899); Langlois: *Questions d'histoire et d'enseignement* (París, Hachette, 1902).

LA PREHISTORIA



Qué es Prehistoria. — Prehistoria o arqueología prehistórica es la ciencia de las antigüedades anteriores a los documentos históricos más antiguos.

Como en todos los países la aparición del hombre precede a la existencia de los más antiguos monumentos y documentos escritos, una larga serie de siglos escapa a la investigación histórica. Sin embargo, los grupos humanos primitivos dejaron abundantes vestigios de su existencia, diseminados en los lugares que habitaron o sepultados en sus tumbas. La arqueología prehistórica busca y clasifica estos vestigios, determina su antigüedad relativa y logra esbozar en sus orígenes el desarrollo de la civilización.



BOUCHER DE PERTHES
(litografía de 1833).

Su origen. — La Prehistoria nació, a mediados del siglo pasado, con el estudio, clasificación y comparación de restos humanos pertenecientes a edades remotísimas, sepultos en el suelo o hallados en el interior de grutas naturales. Dichos restos consisten en huesos humanos, esqueletos, utensilios y monumentos.

Aunque los estudios prehistóricos han alcanzado en nuestros tiempos considerable desarrollo, es todavía un misterio el origen de la sociedad humana. Se desconocen los caracteres físicos de los hombres primitivos, el tiempo en que vivieron, su idioma, creencias, leyes y costumbres.

Se considera como fundador de la Prehistoria al arqueólogo francés Boucher de Perthes (1788-1868), quien, a mediados del

siglo pasado, previo estudio de los antiguos aluviones de la Somme (Francia), halló, mezclados con osamentas de grandes mamíferos (rinocerontes, hipopótamos, mamuths), hachas de pedernal groseramente talladas en forma de almendra, y demostró que eran utensilios primitivos modelados por la mano del hombre. Demostrada y admitida la existencia del hombre cuaternario por los productos de su industria, fueron después hallados en cavernas y aluviones restos óseos humanos primitivos. La paciente exploración de numerosas cavernas reveló la existencia de dibujos, grabados y pinturas, y con ayuda de otras ciencias, como la geología, la paleontología y la etnografía, se procedió a la clasificación cronológica de los tiempos prehistóricos, que ha dado y continúa dando lugar a numerosas discusiones entre los especialistas de los diversos países.

División de los tiempos prehistóricos. — La prehistoria carece de cronología precisa. Divídese, no obstante, en períodos de duración desconocida, que nos dan idea de la *antigüedad relativa* de los restos pertenecientes a cada uno de aquéllos. Estos períodos se llaman: 1.º de la *pedra tallada* o *paleolítico*; 2.º de la *pedra pulimentada* o *neolítico*, y 3.º de *los metales*, con arreglo a la materia que el hombre primitivo empleó en la fabricación de utensilios (1).

Período paleolítico. — Es probablemente el más antiguo y de mayor duración. Abarca este período cierto número de subdivisiones, designadas con nombres topográficos tomados de los diversos lugares (todos ellos de Francia) donde han sido hallados sus vestigios. Son los siguientes:

- a) *Chellense* (del yacimiento de Chelles, al E. de París).
- b) *Achelense* (de Saint-Acheul: en el valle de la Somme).
- c) *Musteriense* (de Le Moustier: en la Dordogne).
- d) *Auriñaciense* (de la cueva de Aurignac, en Haute-Garonne).
- e) *Solutrense* (de Solutré, cerca de Macon, en Saone et Loire).
- f) *Magdaleniense* (de la cueva de la Madeleine, en la Dordogne).

Los tres primeros (más antiguos) constituyen el *paleolítico inferior* y los otros tres (más modernos) el *paleolítico*

(1) Esta división cronológica de la Prehistoria, que se ha hecho tradicional, se debe a sir J. Lubbock.

superior. Cada uno de aquéllos comprende un lapso de tiempo considerable. De mayor antigüedad es el período llamado *prechellense*, caracterizado por una industria lítica muy tosca.

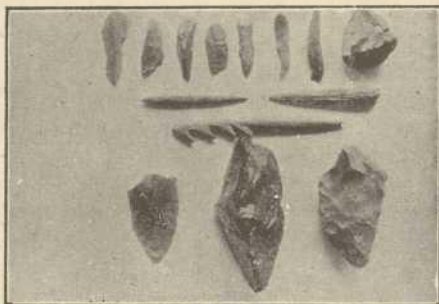
Los más antiguos huesos humanos conocidos han sido hallados en terrenos cuaternarios y clasificados en dos grandes grupos: 1.º y más reciente, que comprende todo el paleolítico superior, el de la raza llamada de *Cromagnon* (1), 2.º y más antiguo, que comprende el paleolítico inferior, el de la raza de *Neandertal*, impropriamente llamada de *Canstadt* (2), cuya remota existencia está aseverada por hallazgos de esqueletos, bien conservados y completos, descubiertos en las últimas décadas. Los restos del hombre de *Neandertal* pertenecen al período *musteriense* (paleolítico inferior) y han aparecido en todo el Antiguo Continente. Muestra diferencias marcadísimas con las razas actuales, no apreciándose formas de transición entre él y la raza de *Cromagnon*. Los restos del hombre de *Cromagnon*, ascendiente directo del europeo actual, han sido hallados en el paleolítico superior o más reciente (*auriñaciense*, *solutrense*, *magdalenense*) llamándosele también el *hombre auriñaciense* y *homo sapiens*. De él se han hallado abundantes restos en Europa y Africa, presentando dos variedades: la raza de *Grimaldi* y la raza de *Chancelade*. Ignórase su origen, sospechándose que pueda ser africano; pareciendo fuera de duda que se trata de una raza muy mezclada. Se ha reconocido también la existencia de otro tipo llamado el *hombre solutrense*, y de otro más primitivo que el de *Neandertal* llamado el *hombre chellense* y *achellense*; pero sus escasos e incompletos restos óseos no permiten afirmar nada en concreto.

El hombre paleolítico. — El hombre paleolítico, contemporáneo del mamuth, del oso de las cavernas, y de otras especies desaparecidas, llevó una existencia nómada, ignorando probablemente el arte de construir. Desconocía los metales, el arte de pulimentar la piedra, y no disponía de animales domésticos ni de cerámica. A favor de la benignidad del clima (antes del período geológico *glaciar*) acampaba al aire libre, en las cuestas de los collados, al pie de

(1) Gruta de Francia.

(2) Cueva de Alemania.

taludes rocosos o en los arenales de los ríos. Conoció el fuego, que le protegía contra las fieras. Utilizaba hachas



UTENSILIOS DE PIEDRA TALLADA. (Mus. de Valencia. Colección Casurro).

de pedernal, puntas de flecha, harpones, cuchillos, raspadores, etcétera, toscos utensilios de piedra tallada que revelan, no obstante, un grado de cultura superior al de ciertos salvajes actuales que viven en el mayor aislamiento (los *pigmeos* del Africa central, los *negritos* de Filipinas, los *andamanes*, etc.), algunos de los cuales no conocen aún el uso y trabajo de la piedra. Enterraba los muertos. Sus sepulturas y ritos funerarios, deducidos de los objetos hallados junto a los esqueletos o de la posición de éstos, atestiguan que tuvo creencias religiosas.

Durante los períodos del paleolítico superior, los toscos instrumentos pétreos fueron reemplazados por otros más finos, fabricando también el hombre objetos de hueso, de marfil y de asta de reno, a la vez que los cambios sufridos en el clima hicieron que buscarse habitación en las cavernas o grutas naturales.

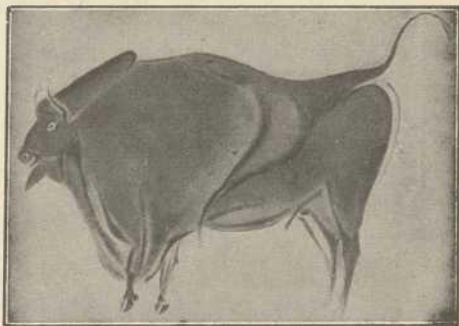
El arte cuaternario y su significación.—El hombre primitivo, cazador nómada que no cultivaba la tierra,

supo esculpir y dibujar. Desde la época cuaternaria existe



SEPULTURA NEOLÍTICA DE LA NECRÓPOLIS DE EL-AMRAH (según Déchélette).

el arte, que alcanzó muchas veces gran perfeccionamiento en la ejecución y fidelidad con que reproducía la vida real. Los primeros esbozos del arte prehistórico aparecen en el período auriñaciense, y consisten en reproducciones de animales (reno, caballo, ciervo, mamuth, toro, bisonte, pájaros, peces, etc.), en esculturas y relieves, estatuillas humanas y relieves en las rocas. Las cuatro quintas partes de los grabados cuaternarios representan animales, singularmente el reno, presa codiciada por las múltiples aplicaciones que el hombre hacía de sus restos.

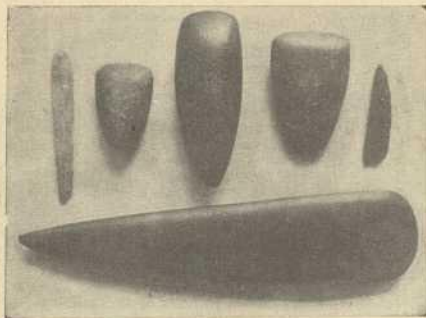


BISONTE DE LA CUEVA DE ALTAMIRA (Santander).

Las pinturas rupestres, tan admirables por el realismo y la sobriedad con que están ejecutadas, singularmente las figuras de animales y las cacerías, tenían por objeto asegurar la multiplicación de la caza, de la que dependía la subsistencia del *clan* o de la tribu. El artista paleolítico no pretendía *agradar* sino *evocar*. El arte prehistórico no fué, pues, un lujo, sino «la expresión de un culto grosero pero intenso». El hombre paleolítico enterraba los muertos y sus sepulturas o los ritos funerarios deducidos de los objetos, en ellos encontrados junto a los esqueletos, prueban la existencia de un antiquísimo culto a los muertos y la creencia en otra vida.

Período neolítico. — Sucede sin transiciones bruscas al anterior, designándose con el nombre de *neolítico* o de *la piedra pulimentada*, por presentarse en esta forma los productos de la industria humana, que indican ya notable perfeccionamiento. El período neolítico comienza y se desarrolla, geológicamente hablando, en plenos tiempos actuales. El hombre, sin abandonar completamente las cavernas, se agrupa en poblados, a cuyo alrededor se extienden los campos de cultivo, fortifica las colinas naturales o arti-

ficiales, edifica *palafitos* o ciudades lacustres, se rodea de animales domésticos y se convierte en pastor o agricultor, echando los cimientos de la vida social. Aparece la cerámica, perteneciendo también a este período las vastas e imponentes construcciones llamadas *monumentos megalíticos*, por estar hechas con enormes bloques de piedra. Estos monumentos son muy numerosos y variados, y su zona geográfica vastísima, encontrándose desde Portugal y España a la India, y desde el norte de Africa a Suecia.



UTENSILIOS DE PIEDRA PULIMENTADA
(Mus. de Valencia, Col. Cazurro).

Los principales son los *dólmenes*, *menhires*, *cromlechs* y *alineamientos*.



RECONSTRUCCIÓN DE UN PALAFITO POR CHAMPION (según Déchélette).

Dólmenes son monumentos de piedra, cubiertos o no de tierra, de dimensiones suficientes para contener varias

tumbas. Se llaman *túmulos* cuando están recubiertos de tierra, si bien es creencia entre los arqueólogos que todos ellos debieron de estarlo.



DOLMEN DE CAP A CORP (Mallorca).

Túmulos y dólmenes reciben diversos nombres, según las localidades. En Portugal y Galicia se llaman *mamoas*, en Andalucía *motillas* y *madorras*, *covas d'alarbs* o *clapers* en Cataluña, amén de otras denominaciones puramente locales.

Menhires son grandes piedras puntiagudas

(obeliscos), plantadas verticalmente.

Cromlechs son grupos de menhires, colocados en círculo más o menos regular.

Alineamientos son grupos de menhires en disposición rectilínea.

Los monumentos megalíticos, además de su gran variedad de formas, son de índole diversa. Los dólmenes eran sepulturas y en ellos aparecen los esqueletos acurrucados o boca arriba, indistintamente. Ciertos cadáveres eran quemados, otros sepultados con armas, vasijas y objetos de adorno. Los menhires, cromlechs y alineamientos eran, probablemente, monumentos conmemorativos. Existen otras construcciones, como los *castros* de Galicia, que eran recintos fortificados, las *citánias* o restos de ciudades, y los *talayots* o *clapers de gegants* de Mallorca, que si bien se consideran como sepulturas no está probado que lo fueran, ignorándose si en realidad pertenecen a los tiempos prehistóricos.



MENHIR DE ROMAÑÀ DE LA SELVA (Gerona).

El uso de esas construcciones, como los ritos funerarios

que revelan, se prolongan a tiempos posteriores, no sólo al período de los metales, sino a las épocas históricas.

Período de los metales. — La explotación e industria de los metales, el cobre, el bronce y el hierro, es un hecho tan capital en el desenvolvimiento de la civilización humana, que, si bien forma parte de la Prehistoria marcando la divisoria fundamental entre sus diversas edades, suele considerarse como la alborada de los tiempos históricos.

Los objetos de metal aparecen en los yacimientos o estaciones del período neolítico mezclados con objetos de cerámica



UTENSILIOS DE BRONCE
(Museo de Valencia. Col. Cazurro).

y con utensilios de piedra pulimentada, sin que sea fácil señalar el punto de partida ni el momento en que empezó su fabricación. Sabios arqueólogos, fundándose en que la sucesión del cobre, metal simple, a la piedra es más natural que el tránsito brusco de ésta al bronce, suponen la existencia de tres fases dentro del período de los

metales, a saber: época del cobre (*eneolítica*), del bronce y del hierro; clasificación que es inadmisibles para todos los países. No es fácil demostrar cuál fué el primer metal empleado en la industria prehistórica; pero es indudable que el uso de los metales mejoró las condiciones de la vida humana. Su progreso es evidente, no sólo por la mejora que revelan los utensilios, sino por el adelanto de otras industrias como la cerámica y simultáneamente la fabricación de tejidos, al propio tiempo que se multiplican los objetos de adorno, empleándose el oro, el ámbar y el vidrio, mientras evolucionan los ritos funerarios y aparecen ídolos, amuletos y otros vestigios que anuncian la existencia de las primeras agrupaciones históricas.

Resultados adquiridos por la Prehistoria. — Pueden, en síntesis, reducirse a los siguientes (Déchélette):

1.º Desde la época que los geólogos llaman *pleistocena*, esto es, desde que la corteza del Globo alcanzó su forma actual, estaba Europa poblada por grupos humanos que convivían con la fauna actual y otras especies animales desaparecidas.

2.º El hombre primitivo ignoraba el uso de los metales, empleando la piedra en la confección de sus armas y utensilios.

3.º El origen de las artes gráficas precede a la extinción de las postreras especies de animales fósiles, y las obras esculpidas, grabadas o pintadas por el hombre cuaternario atestiguan el desarrollo de su inteligencia.

4.º En Europa y otros países el uso exclusivo del cobre y luego del bronce precedió al empleo del hierro en la fabricación de armas y utensilios.

Edades de la Historia. — De un modo análogo a las divisiones cronológicas establecidas para el estudio de la evolución humana anterior a la invención de la escritura, divídese también la Historia en tres edades, llamadas *antigua*, *media* y *moderna*. Comprende la primera el estudio de los acontecimientos ocurridos desde los orígenes históricos hasta el siglo v después de J. C., entrando únicamente en su dominio la historia de los pueblos de la cuenca del Mediterráneo: Egipto, Caldea y Asiria, Palestina, Fenicia, el Irán, Grecia y Roma. La edad media abarca la historia de los pueblos europeos desde el siglo v hasta el descubrimiento de América por los españoles en el siglo xv de la Era cristiana. La edad moderna se extiende hasta la revolución francesa de 1789, hecho de gran trascendencia que suele tomarse como comienzo de una nueva *edad* llamada *contemporánea*, porque alcanza los tiempos en que vivimos. Estas divisiones no tienen, sin embargo, más fundamento que facilitar el estudio.

BIBLIOGRAFIA. — Como la Prehistoria es una ciencia en formación, la bibliografía, aunque abundantísima, es de monografías. Entre las obras de carácter general véanse: H. Obermayer: *El hombre fósil*, 2.ª ed., Madrid, 1925; J. Déchélette: *Manuel d'Archéologie préhistorique*

celtique et galoromaine (París, Picard, 1908-14, 4 vols.); J. de Morgan: *L'humanité préhistorique* (París, 1921) volumen de la Biblioteca de Síntesis histórica de Berr; G. Goury: *Origine et évolution de l'Homme* (París, A. Picard, 1927).



EL NILO Y LAS PIRÁMIDES

ANTIGUOS PUEBLOS DEL ORIENTE

EL EGIPTO

Noticia geográfica. — Situado al nordeste de Africa, en el centro del Mundo antiguo, el Egipto es el valle inferior del Nilo. Zona larga y estrecha (1), en pleno desierto, termina en la costa del Mediterráneo por el delta (2), llanura triangular, en forma de abanico, surcada por canales y por los brazos del Nilo. Anualmente, por el solsticio de verano, este río experimenta una gran crecida y se desborda fertilizando las tierras. Un antiguo historiador griego, Herodoto, decía con razón que el *Egipto es un regalo del Nilo*.

Oasis gigantesco, de gran fertilidad, produce trigo en abundancia, legumbres, hortalizas, pastos, lino, algodón, etc. Menos extenso, v. gr., que Sicilia, alimenta *doce millones de habitantes*, población que según se dice fué mayor en la antigüedad.

(1) Mide el Egipto 788 Km. desde las primeras cataratas hasta el mar, y 15 Km. de anchura máxima en las dos márgenes del Nilo.

(2) La desembocadura del Nilo fué llamada *delta* por los griegos, de la figura de la letra Δ (delta) de su alfabeto. Tiene el delta 800 Km. de perímetro.



MAPA DEL ANTIGUO EGIPTO

Tiempos primitivos. — Del estudio de los vestigios prehistóricos se ha deducido que los egipcios primitivos no habitaron el valle del Nilo, sino las alturas próximas que bordean el desierto, sin que de ellos se conozca otra cosa que utensilios de pedernal, tallados, no existiendo cerámica ni conociéndose tampoco sus ritos funerarios. Del tiempo que precede al Egipto histórico, llamado predinástico, conócense en cambio restos de habitaciones humanas y sepulcros conteniendo huesos, cuyo estudio ha demostrado que los egipcios primitivos creían en la supervivencia si no del alma al menos de la personalidad de los difuntos, a quienes enterraban con víveres, armas, adornos, etc.



ESCRIBAS. RELIEVE DEL S. XVII ANTES DE J. C.
(Mus. de Florencia).

La cerámica denota que eran hábiles alfareros. El origen de los egipcios es desconocido; pero sábase que pertenecían a la raza que, en tiempos antiquísimos, habitó la cuenca del Mediterráneo, emparentados especialmente con libios y bereberes. Organizados en *clanes* con su respectivo *totem* (1), entraron en lucha unos con otros, resultando la supremacía del clan *Horus* en el alto Egipto o país del sur y la del clan *Set* en el bajo Egipto o país del norte, que con el tiempo se fusionaron y constituyeron el imperio o monarquía tinita, en las inmediaciones de la ciudad de *Tinis Abidos*.

Los más antiguos documentos escritos se refieren a los primeros soberanos que reinaron sobre ambas partes del país, titulándose «señores de las diademas del norte y del sur» o «reyes del alto y del bajo Egipto».

(1) *Totem* es un objeto cualquiera, generalmente animal o planta, considerado como divinidad protectora por los individuos de un grupo humano (clan o tribu) que se creen relacionados con dicha especie de animales o plantas por descendencia mítica o misterioso parentesco. El *totemismo* es la religión de todas las sociedades primitivas, lo mismo históricas que actuales.

Caracterizó la monarquía tinita la invención de la escritura. De tan lejana época no existen textos, sino brevísimas inscripciones que nos dan nombres de personajes, títulos o dignidades.

Organización social y política. — Los antiguos egipcios, ascendientes de los actuales *fellahs*, eran agricultores.

Sedentarios, pacíficos y laboriosos, cultivaban la tierra, vivían apegados a la familia y honraban a la mujer, que gozaba

de situación privilegiada respecto a las de otros países del Oriente, pues lejos de vivir recluida en el *harem* era dueña de sus acciones, como el marido, y ejercía gran autoridad moral sobre sus hijos, teniendo las hembras los mismos derechos que los varones a la herencia paterna.

La población comprendía cuatro clases sociales: guerreros, sacerdotes, artesanos y esclavos. Las dos primeras compartían con el rey la autoridad y la riqueza. Los artesanos se dividían en varias categorías, según el oficio que practicaban. Los esclavos eran considerados como cosas, pudiendo ser vendidos, azotados y condenados a muerte por sus amos. Todas las sociedades antiguas practicaron la esclavitud, siendo ésta la condición fundamental que las distingue de las modernas.



OSIRIS, ISIS Y HORUS (Louvre).



CAJA DE MOMIA DEL S. IX
ANTES DE J. C.
(Mus. Británico).

El Egipto estuvo gobernado por reyes llamados *faraones*, quienes no sólo eran omnipotentes sobre sus súbditos, sino considerados de origen divino y adorados como dioses. Para los egipcios el *faraón* no sólo era un monarca de *derecho divino*, representante de Dios sobre la Tierra, sino un *rey-dios*, eje de la sociedad y dueño de vidas y haciendas. Defensor del poder espiritual como del temporal, organizaba el culto de los dioses, sus padres y hermanos, mandaba edificar templos, palacios y suntuosos sepulcros llenos de provisio-



PÁGINA DEL LIBRO DE LOS MUERTOS (*Papiro del Museo Británico*).

nes, muebles, armas, adornos, etc., para más allá de esta vida. Con objeto de conservar en toda su pureza la sangre divina que corría por sus venas, tomaba esposa, «la gran esposa real», entre las hembras de su familia, incluso sus hijas o sus hermanas, unión monstruosa para nosotros, pero muy natural para quienes la pureza de la raza tenía capital importancia. Vivía el *faraón* en su palacio, apartado del pueblo, rodeado de una turbamulta de guerreros, sacerdotes y funcionarios (*escribas*) para sus servicios y las necesidades de la administración.

Noticia histórica de la monarquía faraónica. — La historia del antiguo Egipto abarca un período de cuarenta

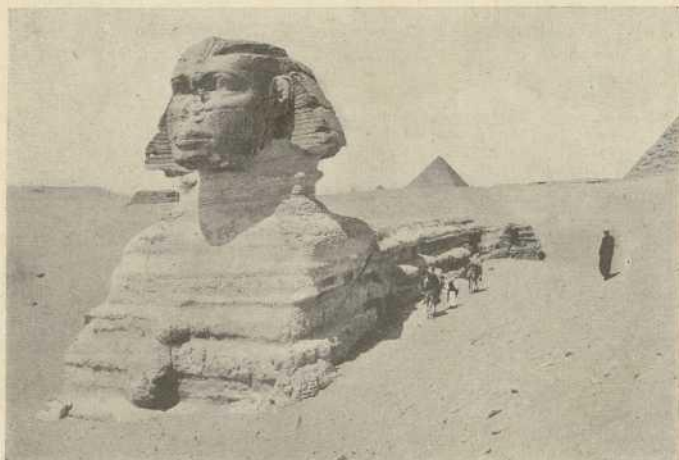
y cinco siglos, durante los cuales reinaron treinta familias o dinastías de faraones, cuyas hazañas no constan con todos



SALA HIPÓSTILA DEL TEMPLO DE KARNAK (fot. J. B.).

sus detalles. Sucesora de los reyes tinitas fué la *monarquía memfita*, cuyo soberano más antiguo fué *Menes*, a quien

la tradición supone fundador de *Memfis*, antigua capital, emplazada en las inmediaciones del Cairo, en el bajo Egipto. De la primera dinastía memfita data la pirámide de Sakarah, el más antiguo de los grandes monumentos funerarios. A la IV.^a pertenecieron los reyes *Kheops*, *Khefren* y *Mikhe-rinos*, constructores de las célebres pirámides de *Gizeh* y de la Esfinge. Los de la XI.^a dinastía trasladaron la capital de la monarquía a *Tebas*, en el alto Egipto, conquistaron la Nubia y construyeron el lago *Moeris*, enorme pantano destinado a regular las crecidas periódicas del Nilo.



LA ESFINGE DE GIZEH (fot. J. B.)

El lago Moeris era un depósito destinado a almacenar las aguas del Nilo para remediar la sequía de los campos cuando la inundación del río era insuficiente. Fué construído por el rey Amenhemat III. Herodoto dice que medía 3,000 estadios (53 km.) de contorno.

Durante la XIV.^a dinastía fué el Egipto invadido militarmente por los *hicksos*, tribus o bandas originarias de Siria o de Palestina, que, después de establecerse en el delta, señorearon todo el país, hasta que una familia de príncipes tebanos lo libertó de aquella dominación extranjera (dinastía XVII.^a).



SEMITAS NÓMADAS, SEGÚN UNA PINTURA EGIPCIA

EL PUEBLO DE ISRAEL

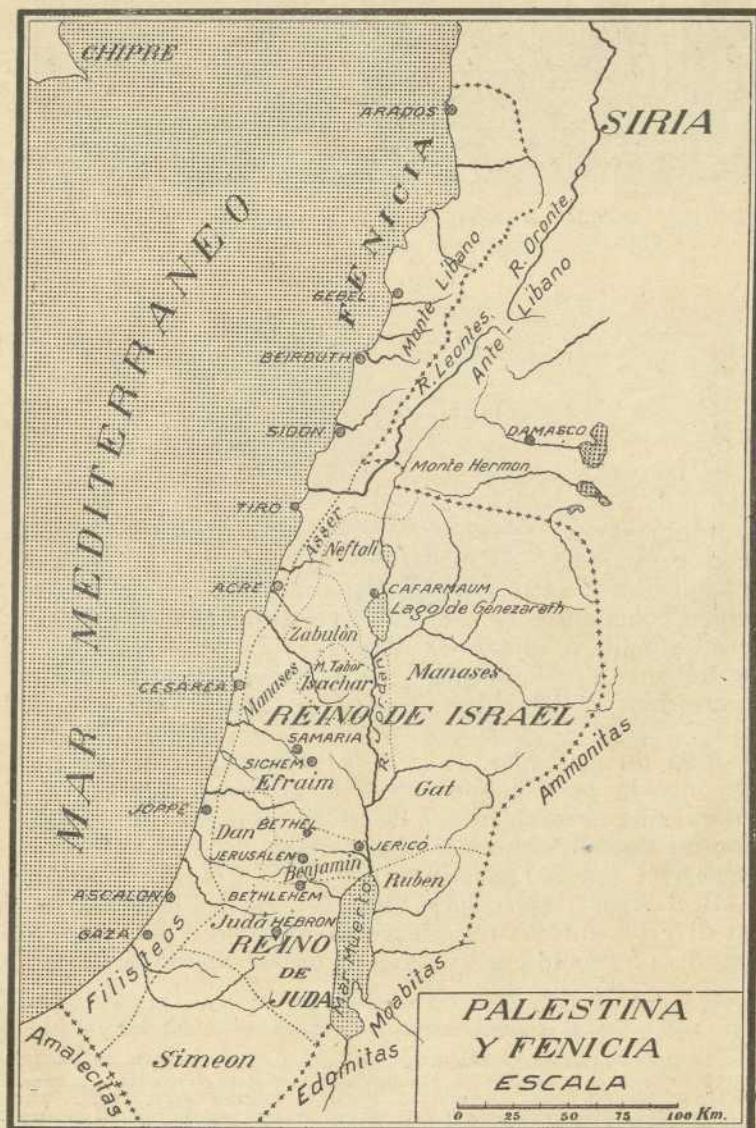
Importancia de su historia. — La historia de los hebreos o israelitas, llamada antiguamente por los pueblos cristianos *historia sagrada*, es importante, porque el pueblo hebreo concibió la existencia de un dios único, universal, sin que pudiera ser representado por imágenes. Las grandes religiones monoteístas, el cristianismo y el mahometismo, derivan del judaísmo o religión de los hebreos.

Idea de la Biblia. — La historia del pueblo hebreo nos es conocida principalmente por la *Biblia* o *Sagrada Escritura*, que es también uno de los libros santos de la religión cristiana. Comprende dos partes: el *Antiguo Testamento* y el *Nuevo Testamento* (1).

El *Antiguo Testamento* es una colección de libros escritos por diversos autores y en distintas épocas (2); pero que se considera formando una unidad de orden superior y divino.

(1) *Testamento* ha de entenderse en el sentido de *alianza* entre la divinidad y el género humano.

(2) Según los especialistas, la redacción de los primeros libros del Antiguo Testamento (el Pentateuco), en la forma en que han llegado hasta nosotros, no remonta, a lo sumo, más allá del siglo VIII antes de nuestra Era (Munk, *La Palestina* [París, 1845], p. 142; E. Renán, *Etudes d'histoire religieuse* [París, 1863], p. 80). Pero también es cierto que contienen fragmentos históricos mucho más antiguos, de tiempos que es imposible precisar, quizá veinte siglos antes de J. C.



PALESTINA Y FENICIA EN LA ANTIGÜEDAD

No es la *Biblia* un relato seguido, como el de una historia, sino un conjunto de fragmentos de índole diversa, llenos, muchos de ellos, de doctrina moral, grandes acciones, sublime poesía y también de errores y puerilidades. Obra que puede decirse escrita por un pueblo, es como un compendio de todas las cosas buenas y malas de la humanidad... Es historia, poema y código a la vez. «Libro por excelencia», en él se han educado todos los hombres, ha sido traducido a todas las lenguas y adorado por miles de generaciones.

País habitado por los hebreos. — Se llamó Palestina. Situado entre el Mediterráneo y los desiertos de Siria y Arabia, es un país de reducida extensión (157,000 Km.²), lluvioso en invierno y seco en verano, cubierto de bosques en las alturas, de viñedos y frutales en las pendientes y de trigo en los valles. País de tránsito, fué en la antigüedad el puente de comunicación entre Asia y Egipto.

Los primitivos poseedores de Palestina fueron los heteos o hititas y los cananeos, descendientes estos últimos de los primitivos pobladores prehistóricos, mezclados con semitas, pueblos de cultura diferente; pero todos ellos politeístas.

A principios del segundo milenario antes de J. C. una tribu, de origen étnico no averiguado, procedente de Ur, en Caldea, los Beni-Israel, remontaron el Eufrates y, pasando el Jordán, entraron en Palestina, siendo llamados *hebreos*, palabra que significa «hombres del otro lado del río».

Su historia. — Los Beni-Israel eran una tribu nómada, análoga a los actuales habitantes del Sahara, *los tuaregs*, que, bajo la autoridad de jefes llamados patriarcas, andaba errante en busca de pastos para sus ganados, trasladándose de Mesopotamia a Egipto. Establecidos a orillas del Nilo, en el delta, durante algunos siglos, y sometidos por los faraones a duros trabajos, fueron libertados por Moisés, caudillo genial, fiel a su raza, que, poseído de una gran fuerza espiritual, consiguió convencer a los israelitas a emprender el *éxodo* o salida de Egipto.

Moisés ha aparecido durante mucho tiempo envuelto en leyendas. Educado en Heliópolis, se distinguió luchando por el Faraón

contra los etíopes y fué virrey de Meroe, capital de Etiopía. Por haber matado a un etíope que maltrataba a un hebreo, escapó al Sinaí, donde halló gentes de su raza y, despojándose de su naturaleza egipcia, tuvo éxtasis o visiones y se dispuso a libertar a su pueblo. En él tomó cuerpo la espiritualización de la idea de dios, la existencia de Jehová como dios nacional, y mucho tiempo después se le atribuyeron los fundamentos de la moral como mandamientos del propio Jehová que, con el tiempo, habían de formar el núcleo de la Ley de Dios o *Thora*.



JUDÍOS PRISIONEROS CON LOS OBJETOS DEL CULTO DEL TEMPLO DE JERUSALÉN
(Relieve del arco de Tito en Roma).

Conducidos por Moisés emigraron los hebreos a Palestina, cuya conquista fué lenta y difícil. Unidos a los cananeos aceptaron su civilización y, abandonando la vida nómada, se hicieron agricultores; pero se contagiaron con la religión inmoral de los pueblos asiáticos, aceptando sus prácticas mágicas, sus ídolos y sus sacrificios cruentos. Resultado de ello fué la lucha entre las tribus y la anarquía. Israel se vió invadido y atacado por los pueblos vecinos, sedentarios o nómadas: amorreos, ammonitas, moabitas y filisteos, de donde la aparición de jefes militares, especie de dictadores, impropriamente llamados *Jueces*, cuyas hazañas se ignoran o tomaron la forma de mitos.

El peligro de las invasiones enemigas indujo a los hebreos a unirse bajo la autoridad de un rey, instituyéndose la monarquía con Saúl, hacia el año 1100 antes de J. C.

Los reyes más famosos fueron David y su hijo Salomón, siendo Jerusalén la capital del reino. Como todos los orientales fué un imperio despótico, establecido por la conquista y sumisión de los pueblos vecinos: moabitas, edomitas, amalecitas, ammonitas y filisteos. David, especialmente, fué un hábil guerrero. Reinó veinte años y fué padre de numerosa prole. Monarca muy religioso, a quien se atribuye la composición de inspirados salmos, lo cual no impidió que cometiera muchos crímenes, vió sus días amargados por las rivalidades y guerras civiles entre sus hijos, siendo considerado por la tradición nacional como el héroe por excelencia.

Le sucedió Salomón, que reinó apaciblemente, abrumando a sus súbditos con gravosos tributos, edificando magníficos palacios y el célebre templo de Jerusalén, que contenía, además de los objetos del culto, el *arca de la alianza*, cofre de madera en el cual se encerraban las *Tablas de la Ley*. Fué Salomón el monarca más rico y poderoso de Israel, adquiriendo fama de justo y sabio, habiéndosele atribuído varios libros bíblicos: los *Proverbios*, el *Eclesiastés*, el *Cantar de los Cantares*, extendiéndose su leyenda a Etiopía y Arabia. Durante su reinado, por el puerto de Asion-Gaber (hoy Benghasi), en el mar Rojo, tuvieron los israelitas relaciones comerciales con los lejanos países del Oriente; pero a su muerte sobrevino el *cisma de las diez tribus*, quedando el reino dividido en dos: Israel, capital Samaria, y Judá, capital Jerusalén, que tras largas discordias acabaron por ser sometidos a los déspotas de Asiria y Babilonia (722 y 586 años respectivamente antes de J. C.).

Deportados los judíos a Babilonia, setenta años después cayó aquella ciudad en poder del rey de los persas. Ciro, que les autorizó para volver a su patria (año 538). Reconstruyeron el templo de Jerusalén y conservaron, sometidos a los persas, su independencia religiosa, tomando en aquella época gran influencia el clero, que inspiró lo mismo las leyes civiles que las religiosas. La vida nacional tuvo por centro el Templo, con su Gran Sacerdote, asistido de un Consejo (Sanhedrin) de doctores de la Ley, quedando entonces fijado el canon del Antiguo Testamento.

Conquistada Persia por Alejandro de Macedonia, estuvo Israel sometido a su imperio, y después al de sus sucesores,

los soberanos de los reinos helénicos, los Lágidas y los Seléucidas, ejerciendo la civilización helénica gran influencia sobre el judaísmo.

Organización del pueblo hebreo: la religión. Los Profetas. — Pueblo nómada en sus orígenes, tuvo el pueblo hebreo una organización patriarcal a base de la familia sólidamente constituida, bajo la autoridad absoluta del patriarca y en la que la mujer, aunque considerada como inferior al hombre, fué respetada.



EL MURO DE LAS LAMENTACIONES EN JERUSALÉN (cl. Stodart).

La primitiva religión fué politeísta, como lo prueba, entre otras cosas, que la palabra con que se designaba la divinidad *elohim*, es un plural que significa *dioses*, divinidad que los primitivos israelitas imaginaban como el dios de la Naturaleza y de sus fuerzas desencadenadas, que manifestaba su voluntad y su cólera por medio de tempestades, inundaciones, hambres y otras catástrofes. Dios terrible, que se aparecía a los patriarcas en las montañas y exigía sacrificios cruentos (v. gr., *el sacrificio de Abraham*); religión análoga a la de todas las sociedades primitivas.

El tránsito al monoteísmo data de Moisés (s. XIV antes de J. C.), época de la organización de los hebreos como *pueblo*. Jehová fué considerado primeramente como el *dios nacional de Israel*, jefe y protector supremo, bajo cuya jefatura ejercía la autoridad civil, religiosa y política, un juez o un rey.

Andando el tiempo se manifestaron en Israel tres corrientes religiosas: 1.^a la *religión popular*, adoración de Jehová como dios nacional; pero en forma material y grosera (*idolatría*), culto de origen egipcio, amalgamado con el de los dioses asiáticos, *Baals* y *Astartés*, símbolos de fecundidad masculina o femenina; 2.^a, la *religión del Templo*, forma clerical y exterior de la religión, y 3.^a, la *religión de los profetas*, animada de gran espiritualidad, en la que Jehová no es sólo el *dios de Israel*, sino el Dios único y verdadero, el Dios-Providencia. Hombres oscuros y humildes, despreciaban los Profetas el culto exterior, el culto del Templo, predicando una moral muy elevada, la piedad y buenas obras, no con el fin de obtener recompensa en otra vida, sino las bendiciones del Dios de justicia:

...Oíd la voz del Eterno, jefes de Sedom! ¿Qué me importan vuestros holocaustos? Ahíto estoy de la grasa de vuestras terneras y de la sangre de vuestros toros. Vuestros inciensos me repugnan. Apartad vuestras vanas ofrendas. Ni fiestas ni crímenes. Cesad de causar daño, aprended a hacer el bien, haced justicia, corregid al prevaricador, amparad al huérfano y a la viuda... (1).

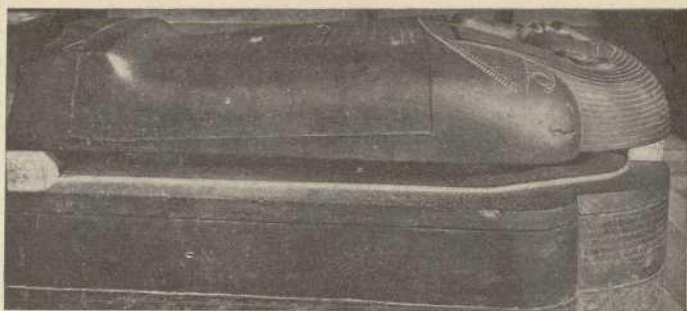
Incomprendidos en su tiempo, los profetas, Isaías, Ezequiel, Amós, Jeremías, Oseas, etc., grandes reformadores de la vida moral, social y política del pueblo, lograron, sin embargo, mantener con su entusiasmo el ardor religioso y la confianza en los destinos de Israel, que, sometido a la dominación extranjera y luego bajo la influencia del helénismo, vió acrecentar las esperanzas mesiánicas y mantener vivo el ideal de justicia que había de culminar en el Cristianismo, proclamando como salvador al dios de los antiguos patriarcas, Dios único, grande, fuerte y justo, que con el tiempo había de ser adorado por todos los pueblos civilizados de la Tierra.

(1) *Isaías*, t. I, p. 8 y ss.

El pueblo hebreo no cultivó la ciencia, que el *libro de la Sabiduría* califica de *vanidad de vanidades*, ni produjo obras de arte, excepto los fragmentos de poesía religiosa insertos en la *Biblia*, fuente de la vida religiosa y moral de la humanidad.

BIBLIOGRAFIA. — Fuente primordial de conocimiento para la historia del pueblo israelita es la *Biblia*, traducida a todas las lenguas y cuyas ediciones son desde luego numerosísimas. Las ediciones españolas más conocidas son las de Torres Amat y del P. Scio de San Miguel, con arreglo al texto de la Vulgata. Las historias del pueblo de Israel escritas a base de la *Biblia*, y por tanto con criterio católico protestante o judío, son también numerosas; pero el estudio científico del pueblo israelita data de la segunda mitad del siglo pasado, a raíz de los progresos de la Arqueología de los pueblos del Oriente y los estudios de crítica bíblica. La bibliografía es vastísima. Nos limitamos, por tan-

to a indicar algunos manuales de reciente publicación, en los que hallará el estudioso la orientación necesaria. Véanse: E. Montet, *Histoire du peuple d'Israel* (París, Payot, 1926); ídem: *Histoire de la Bible* (ídem, 1928); A. Bertholet: *Histoire de la Civilisation d'Israel*, trad. por J. Marty, París, Payot, vol. de la «Bibliothèque historique». En castellano no pueden recomendarse más que los capítulos que al pueblo de Israel dedican las historias del Oriente, o traducciones, v. gr., la de la *Historia del pueblo de Israel*, de Renan (t. II de la *Novísima Historia Universal*, publ. por la «Editorial Española y Americana»), aunque siempre es preferible servirse de la edición francesa, París, Calmann Levy, 5 vols.



SARCÓFAGO DE ESHMUNAZAR (*Lowre*).

FENICIA

Fenicia y sus habitantes. — Se llamó Fenicia una estrecha zona del litoral mediterráneo (mar de Siria), limitada al sur por el monte Carmelo, al norte por el territorio de Arados (hoy Arvad), al oeste por el Mediterráneo y al este por el Líbano, cadena rica en minerales y cubierta de frondosos bosques de cedros (1). Enlazada por el sur con Palestina, comunicaba Fenicia con la península del Sinaí, ruta del Egipto, y por el norte con los altos valles del Eufrates y del Tigris. Región de tránsito entre Asia y Africa, de gran importancia estratégica, era como una puerta abierta entre ambos continentes. Codiciada por sus recursos marítimos y mercantiles, no pudo permanecer aislada en medio de las rivalidades del mundo antiguo.

En el segundo milenario antes de J. C. Fenicia y el territorio situado al otro lado del Líbano se llamó Canaan. Su población la constituían semitas sedentarios, mezclados con elementos originarios del Asia Menor (hititas); y si la existencia de estaciones prehistóricas del paleolítico y del

(1) Un poeta árabe dijo «que el Líbano tenía el invierno en la cabeza, la primavera a la espalda, el otoño en las rodillas y el verano a los pies».

neolítico demuestran que, en lejana antigüedad, estuvo habitada, los restos prehistóricos no nos enseñan nada acerca de la población primitiva. Los más antiguos testimonios que tenemos de Fenicia son legendarios; aunque consta la gran antigüedad de sus relaciones comerciales y religiosas con Egipto, las cuales remontan al tercer milenario antes de J. C.

Carácter de su historia. — Como los fenicios no nos dejaron libro alguno, su historia no es muy conocida. Sábese únicamente que estuvieron constituidos en *ciudades* independientes, cada una de las cuales era un Estado. Contábanse hasta veinticinco, siendo las principales Tiro (fundada hacia el año 2800), Sidon, Arados, Biblos, etc., gobernadas por una aristocracia de mercaderes, sin amor propio político, pagando tributo a sus poderosos vecinos del continente y dedicándose al comercio.

Fenicia fué conquistada por el rey egipcio Ahmés, fundador de la XVIII.^a dinastía, y tuvo reyes propios, escogidos entre los miembros de ciertas familias que pretendían tener ascendencia divina; pero la dominación egipcia, además de que no alcanzó a todas las ciudades, fué precaria, amenazada constantemente por los hititas de Siria septentrional.

El período de prosperidad política de Fenicia fué hacia el año 1000, época en que estuvo libre del dominio egipcio. La primera mitad del primer milenario antes de J. C. fué de apogeo comercial y expansivo de la ciudad de Tiro; que tué la reina de los mares. Uno de sus reyes, Hiram, contemporáneo de Salomón, facilitó al rey de Jerusalén materiales y obreros para la edificación del Templo; pero, una vez constituido el imperio asirio y necesitado éste de una salida al mar, las ciudades fenicias fueron hechas tributarias, primero de los asirios, después de los neobabilonios y finalmente de los persas (539 años antes de J. C.).

Religión. — La religión de los fenicios, en su aparente diversidad, debida a los nombres de sus dioses, *Baal*, *Melkart*, *Moloch*, *Astarté*, etc., no fué más que la religión naturalista del Asia occidental. Todas las ciudades adoraban el principio de *Fecundidad*, *Creación* o *Producción*.

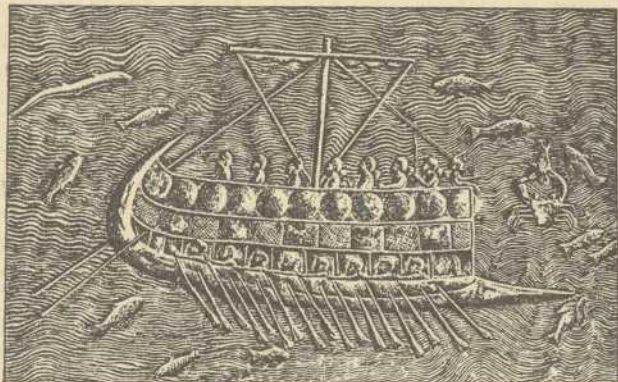
Consideradas no como dioses, sino en relación con la divinidad, fueron veneradas las montañas, los ríos, los árboles, las selvas; e incluso las piedras (*betilos*), que eran consideradas como morada de los dioses. Los ritos eran sangrientos: sacrificios humanos, orgías, y la espantosa consagración de los primogénitos, haciéndoles pasar por las llamas en ofrenda a Moloch. Admitían la existencia del alma y creían que más allá de esta vida conservaba íntima relación con el cuerpo, dependiendo su suerte de la experimentada por el cadáver, de donde el interés que ponían en preservar las sepulturas de toda profanación. Sepultaban los sarcófagos, con toda clase de precauciones, en hoyos profundos o en cavernas ocultas, y las inscripciones funerarias, además de asegurar que el sepulcro carecía de tesoros, conjuran a las generaciones venideras a que respeten los muertos. Algunas inscripciones votivas ponderan el bien y la justicia, e invocan a los dioses concediéndoles una superior naturaleza, por lo que se ha atribuido a la religión fenicia cierto valor moral; aunque poco en armonía con el grado de civilización de un pueblo que conservaba el rito de los sacrificios humanos.



ÍDOLO FENICIO (Louvre).

El arte. — Los fenicios no tuvieron arte propio. Tomaron de los egipcios y asirios sus símbolos, sus formas arquitectónicas, los sarcófagos antropoides, los ídolos de barro cocido o de bronce, sin imprimirles sello alguno personal. Limitáronse al papel de propagandistas, sobresaliendo únicamente en la fabricación de objetos metálicos y en el perfeccionamiento del arte de la vidriería. Los restos arqueológicos no son muy abundantes. El país que mejor ha revelado el espíritu fenicio es la isla de Chipre, donde convivieron con los griegos primitivos, poniéndose allí en contacto el Oriente con el mundo helénico.

Industria, comercio y colonias. — Ningún pueblo de la antigüedad igualó a los fenicios en genio mercantil. Inventaron o perfeccionaron numerosas e importantes industrias (oro, vidrio, bronce, marfil, telas, la púrpura, etc.), que extendieron a todos los países entonces conocidos. Su comercio fué considerable por mar y por tierra.



GALERA DE TIPO FENICIO, SEGÚN LAYARD (*The Monuments of Nineveh*).

Desparramados por las ciudades asiáticas, organizaron una red de caravanas que ponía en comunicación el Caspio y el golfo Pérsico con el Mediterráneo. Hábiles pilotos, surcaron los mares del antiguo mundo sin otra brújula que los astros, fundando numerosas factorías, que servían para el canje de toda clase de productos, influyendo así en mejorar la vida de los pueblos incultos. No inventaron la moneda; pero desde el siglo VI antes de Jesucristo adoptaron este invento, debido a Lydia y Egina, y lo propagaron. Aportaban incienso y mirra de Arabia, maderas olorosas y especias de la India, lino y algodón de Egipto, plata y cereales de España, cobre y mármoles del archipiélago griego, tapices de Asiria, esclavos del Cáucaso, etc., etc. Sus colonias fueron tan numerosas que el Mediterráneo pudo llamarse con razón «lago fenicio», llegando en su navegación más allá del estrecho de Gibraltar (*columnas de Hércules*), hasta fundar establecimientos en el litoral africano y extendiendo

sus empresas mercantiles hasta la Gran Bretaña, de donde aportaban el estaño, y las costas del mar Báltico, ricas en ámbar. Tan inmenso imperio colonial sólo puede compararse al de los españoles en el siglo XVI, o al de los ingleses en los tiempos actuales.

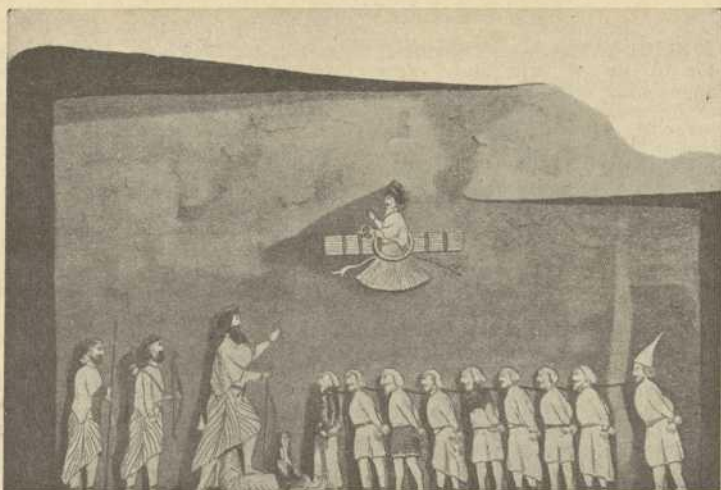
El alfabeto. — Atribúyese generalmente a los fenicios uno de los mayores inventos de la humanidad, *el alfabeto*. Se ha calculado que este invento no es anterior al siglo XIV antes de J. C., ya que entonces los fenicios usaban una escritura cuneiforme. Unos han supuesto que el alfabeto fué obtenido por modificación de los signos de la escritura egipcia (jeroglífica primero, hierática luego y demótica después), mientras que otros lo derivan de la cuneiforme y otros de la egea, de origen desconocido. El problema es muy complicado por la carencia de documentos escritos en fenicio antiguo, ya que el de mayor antigüedad data del siglo VIII antes de nuestra Era. Probablemente las necesidades comerciales inclinaron a los fenicios a romper deliberadamente con las complicadas escrituras tradicionales, y a simplificarlas, escogiendo veintidós sonidos simples que permitían notar las diversas articulaciones de su idioma, creando así un sistema de signos de gran simplicidad, en que cada letra se distingue una de otra. Con la invención del alfabeto, la escritura, indispensable a las relaciones mercantiles y a la difusión del pensamiento, cesó de ser privilegio de la clase de los escribas, como era en tiempos anteriores, hecho de incalculables consecuencias, que contribuyó poderosamente a la difusión de la cultura.

Cartago. — Sucesora del poderío comercial y marítimo de los fenicios fué su colonia Cartago, fundada por los tirios en el norte de Africa, probablemente a fines del siglo IX antes de nuestra Era. Su maravillosa situación geográfica le permitió confiscar en provecho propio todas las colonias fenicias del Mediterráneo occidental, Cerdeña, Sicilia, Baleares, España, etc., constituyendo un *imperio púnico* enemigo de los griegos y, andando el tiempo, poderoso rival de Roma, como veremos.

BIBLIOGRAFIA. — El conocimiento de Fenicia data de tiempos muy recientes. A principios del siglo pasado gozó fama el libro de Movers: *Die Phoenizier* (en alemán), obra considerable hecha a base de los escasos materiales mutilados que se conocían, singularmente los testimonios de los autores griegos y latinos (Herodoto, Diodoro Sículo, Strabón, etc.), pero inservible en lo referente a la religión y a las colonias. El descubrimiento del sarcófago de Eshmunazar (1856) con su inscripción fenicia y la curiosidad naciente entonces por los hallazgos arqueológicos, promovieron la misión francesa dirigida por Ernesto Renán, cuyo resultado fué, aparte de la organización metódica de excavaciones, la publicación de su obra *Mission de Phenice*, notable por la descripción geográfica de Fenicia y de sus ruínas. Por iniciativa del eminente orientalista empezó la publicación del *Corpus* de ins-

cripciones fenicias. Posteriormente y con mejores métodos arqueológicos han proseguido las investigaciones renovando por completo el estudio de Fenicia, sobre la cual la bibliografía es muy vasta. Desde luego, en castellano no disponemos sino de los capítulos que a los fenicios dedican las obras generales o alguna traducción extranjera, v. gr., la *Historia de los fenicios* de Pietschmann (t. II de la *Hist. Univ.* de Oncken). Un excelente manual provisto de amplia bibliografía es el del Dr. S. Contenau: *La Civilisation Phenicienne* (París, Payot, 1928).

Acerca de Cartago, aparte de la *Antigüedad marítima de la República de Cartago*, de Rodríguez Campomanes (Madrid, 1756), no tenemos sino traducciones de obras anticuadas o bien las noticias que suministran las obras que tratan de Fenicia y los historiadores de Roma.



DARIÓ RECIBIENDO LA SUMISIÓN DE LOS VENCIDOS (Escena de la roca de Behistun, según Rawlinson. La figura de la parte superior representa a Ahura-Mazda o Ahrimán).

LOS PERSAS

El Irán y sus habitantes. — Entre el Tigris y el Indo, el mar Caspio y el golfo Pérsico, se extiende el Irán, país tres veces mayor que España, pero estéril en gran parte. Meseta de clima continental, rodeada de montañas, es muy fértil en los valles y orillas de los ríos; abunda en pastos, cereales, frutas y flores. Los caballos persas son muy renombrados.

El Irán estuvo habitado por tribus aryas, es decir, de la raza madre de todos los pueblos europeos: griegos, latinos, celtas, germanos y eslavos. Dos de aquellas tribus fueron famosas en la antigüedad: los *medos* al oeste, vecinos de los asirios; los *persas* al este. Los medos, en contacto con los asirios, acabaron por adoptar su religión, usos y costumbres, confundiéndose con ellos. Los persas, que se ha-

bían mantenido aislados, conservando el vigor primitivo de la raza, fueron los dominadores no sólo del Irán, sino de todo el occidente de Asia.

Religión de los persas. — Los antiguos arayos adoraron las fuerzas naturales, principalmente el Sol (Mithra);



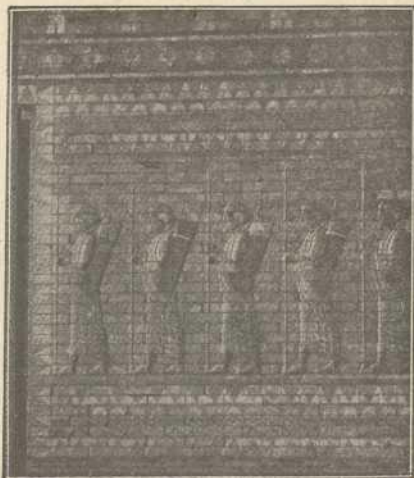
PALACIO DE PERSÉPOLIS
(según la restauración de Perrot y Chipiez).

pero su religión fué reformada, entre los siglos X y VII antes de nuestra Era, por un sabio llamado Zarathustra (Zoroastro). Según éste, dos principios se disputan el mundo: *el principio del bien*, Ormuz, creador de todas las cosas, perfecto, enérgico, resplandeciente, sabio y puro, y *el principio del mal*, Ahrimán, malvado y destructor. Una legión de espíritus puros (los ángeles) está al servicio de Ormuz; otra de demonios combate por Ahrimán. Ambos ejérci-

tos se hacen la guerra incesantemente. Su campo de batalla es el mundo. Todo lo bueno procede de Ormuz, que habita la región luminosa; todo lo malo proviene de Ahrimán, morador de las tinieblas. Fieles a estas creencias, los persas no edificaron templos, ni altares, ni estatuas de dioses. La religión consistió para ellos en ayudar a Ormuz en su lucha contra Ahrimán. El culto se redujo a himnos, oraciones y sacrificios, muy principalmente a la conservación del *fuego sagrado*, símbolo de Ormuz. Esta religión, muy pura, ya que induce al hombre a la virtud y al trabajo, dió, sin embargo, origen a la creencia en el diablo, creencia

que había de propagarse a Occidente y atormentar durante mucho tiempo a todos los pueblos de Europa.

El imperio persa. — El antiguo imperio persa duró doscientos treinta años (560-330 antes de J. C.). Su formación y engrandecimiento se explica por una serie de relatos, muchos de ellos legendarios, que nos transmitieron los historiadores griegos. Entre los monarcas persas más famosos cítase a Ciro, fundador del poderío persa, quien, después de destronar al rey de los medos, Astyages, reunió todos los pueblos del Irán y conquistó



FRISO DEL PALACIO DE SUSA LLAMADO «LOS INMORTALES». (Mus. del Louvre).

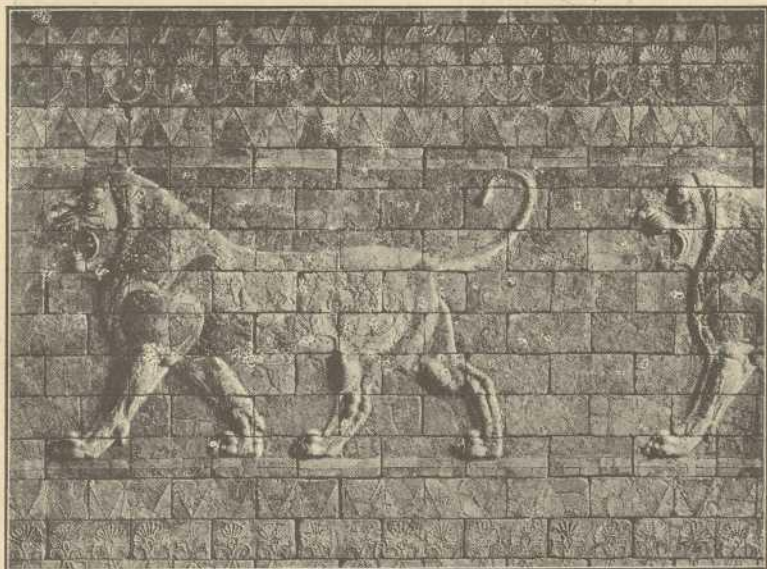


CAPITEL DEL PALACIO DE SUSA (Louvre)

también Babilonia y el Asia Menor, apoderándose de los tesoros del famoso *Creso*, rey de Lydia.

Prosiguió las conquistas su hijo Cambises, anexionando el Egipto (525) al imperio, y tras él Darío, cuyas hazañas nos ha conservado la famosa inscripción de Behistun. Fué Darío el primer monarca asiático que invadió Europa, llegando a ser dueño de un inmenso imperio, que comprendía desde el Danubio al Indo y desde el Caspio hasta las primeras cataratas del Nilo. Los persas reunieron, pues, bajo su dominio, todos los reinos orientales. A semejanza de los demás déspotas asiáticos, los so-

beranos persas se limitaban a explotar a sus súbditos, sacándoles tributos y soldados. Respetaron, sin embargo, las leyes, religión, usos e idioma de los vencidos, siendo la organización de aquel vasto imperio un beneficio para la paz, porque, sometidos todos los pueblos a un mismo gobierno, desaparecieron las guerras civiles, cesaron las matanzas y hubo un largo período de orden y relativa tolerancia (1).



FRISO DE LOS LEONES DEL PALACIO DE DARÍO.

Su organización y cultura. — El imperio persa estuvo dividido en treinta y una provincias, llamadas *Satrapías*, administradas despóticamente por *sátrapas* o gobernadores que dependían del monarca. Este, sin embargo, les vigilaba, valiéndose de funcionarios de su confianza, llamados *los ojos y los oídos del rey*, el cual estaba en relación constante con las provincias de su imperio por

(1) Como prueba de la tolerancia religiosa de los persas recuérdese el edicto de Ciro permitiendo a los judíos la reedificación del templo de Jerusalén.

medio de un excelente sistema de comunicaciones. La administración persa fué de las mejores del mundo antiguo.

Las cuantiosas rentas del imperio acrecentaron el fausto de la corte y permitieron la construcción de suntuosos palacios, como los de *Susa* y *Persépolis*. El arte persa, que según los críticos es un arte oficial, que no hizo más que expresar la suntuosidad de la corte de los Aqueménides (desde Ciro a Darío Codomano, 550-330 antes de J. C.), careció de originalidad, limitándose a combinar los elementos artísticos de otros pueblos — egipcio, griego y asirio, — sobresaliendo en el esmalte de ladrillos, como lo prueba el magnífico friso de «Los inmortales». En su arquitectura es evidente la influencia de los griegos del Asia Menor.

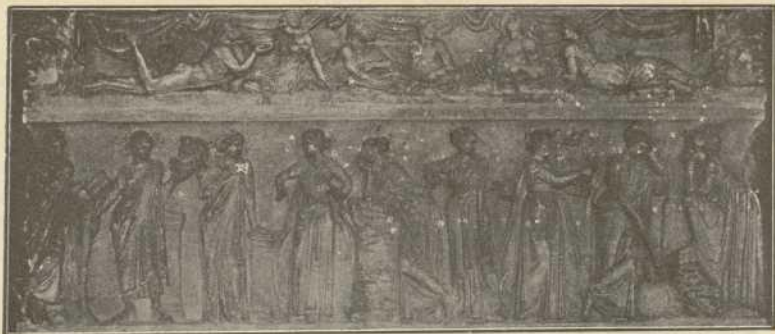
El soberano persa, por sus muchas riquezas y poder, fué llamado *el gran Rey*, y por espacio de algunos siglos los pueblos que le estuvieron sometidos vivieron amparados por una administración regular y un régimen de gobierno menos cruel e injusto que en otros tiempos.

En esto estriba el beneficio que el imperio persa aportó a la civilización.

BIBLIOGRAFIA. — La historia antigua de Persia nos ha sido relatada de una manera inimitable por Herodoto, cuyas nueve musas, o *Los nueve libros de la Historia*, pueden leerse traducidos al castellano por el P. Bartolomé Pou (Madrid, Hernando, *Bibl. clás.*, 2 vols.). Completan el relato de Herodoto los escritos de los exploradores modernos de Susa y Persépolis, y la famosa *inscripción de Behistun*, una roca de

456 metros de alto, cubierta de bajorrelieves e inscripciones que contienen las hazañas guerreras de los antiguos reyes de Persia, singularmente de Darío.

Con estos elementos ha sido escrita la historia de Persia antigua sin que sea mucha la diferencia entre las historias particulares y las que a Persia antigua dedican las buenas historias del antiguo Oriente.



«SARCÓFAGO DE LAS MUSAS» HALLADO EN OSTIA. (Louvre. Fot. Braun).

HISTORIA DE GRECIA

TIEMPOS PRIMITIVOS

Importancia de la historia de Grecia. — Si el Oriente fué la cuna de las religiones, el arte y las ciencias nacieron en Grecia. Fueron los griegos los *maestros* del mundo civilizado. Inspiradores de nuestra manera de pensar y de sentir, sus obras artísticas son el eterno modelo de pintores, escultores, arquitectos, poetas y oradores. A diferencia de los antiguos pueblos asiáticos, supersticiosos y despóticos, los griegos enseñaron la fe en la razón humana, el amor a la patria y a la libertad. Arte, ciencia, filosofía, literatura, política y diplomacia europeos, son griegos de origen. Estudiar la historia de los griegos es estudiar los orígenes de nuestra civilización. De aquí, pues, la gran importancia de su historia.

El país y los habitantes. — Grecia en la antigüedad comprendía la parte meridional de la península Balkánica,

la Morea y las islas del mar Egeo. Siete u ocho veces menor que España, es un país soleado y pintoresco, sumamente montuoso, de gran extensión de costas y apacible clima. Sus elevadas montañas y estrechos valles le dividen en regiones naturales que favorecieron el aislamiento y la independencia de sus habitantes; la pobreza del suelo los hizo sobrios, el mar y las islas, invitándoles a la navegación, les llevaron a una vida de empresas, comercio y aventuras.

Aunque los griegos decíanse nacidos en el país mismo (*autóctonos*), en realidad procedían del centro de Europa y eran arios. Hablaban una lengua emparentada con las del grupo occidental de los pueblos indoeuropeos; itálicas, celtas y germanos; pero no se sabe cuándo se separaron del tronco común de su raza. Las tribus que constituyeron el pueblo griego se establecieron en el sur de los Balkanes, islas del mar Egeo y costas orientales del Asia Menor, en el 2.º milenario antes de J. C. Aunque la tradición les designa con el nombre de *pelasgos*, lo cierto es que no formaban un solo pueblo. Su nombre nacional fué el de *helenos* y Grecia se llamó *Hélada*. Con el tiempo hubo entre los helenos cuatro tribus principales, que se distinguieron por su carácter, costumbre y lenguaje: *aqueos*, *eolios*, *dorios* y *jonios*.

Civilizaciones prehelénicas. — No fueron las poblaciones de lengua helénica las primeras en ocupar las regiones donde más tarde había de florecer la civilización griega, pues en diferentes lugares de Grecia continental y de la costa del Asia Menor han aparecido yacimientos neolíticos, y en las islas del mar Egeo, singularmente en Creta, se desarrolló durante quince siglos la civilización *egea*, *cretense* o *minoana* (1) (épocas del cobre y del bronce), que remonta al tercer milenario antes de J. C. Base de aquella antiquísima civilización parecen haber sido las riquezas naturales de la isla de Creta, cuyos habitantes cultivaban la vid, el olivo, labraban utensilios y armas de bronce, y, con anterioridad a los fenicios, dispusieron de una poderosa marina, que ejerció la hegemonía (*talasocracia*) en el mar Egeo.

Vestigios de aquella civilización prehistórica son los palacios de *Cnosos* y *Phaestos* en Creta, la villa de *Haghia*

(1) Así llamada del fabuloso Minos, el rey de Creta de la tradición griega.

Triada, abundantes estatuillas, piedras grabadas, interesantes pinturas murales, una cerámica policroma de tonos variados y brillantes, que atestiguan la existencia de un pueblo rico, pacífico e independiente, de costumbres alegres, amigo de espectáculos y fiestas.

La civilización egea fué obra de una raza que no es egipcia ni semítica ni indoeuropea. Los hallazgos arqueoló-



PUERTA DE LOS LEONES DE MYCENAS

gicos nos ilustran acerca de las formas exteriores de su religión, ya que no de sus creencias. Los egeos no edificaron templos ni construyeron grandes estatuas, sino estatuillas, que tal vez sean exvotos; practicaron sacrificios cruentos y ceremonias acompañadas de música y danza. El toro representó gran importancia en la religión cretense. Ofrendaban también a los muertos. Fueron excelentes artistas, distin-

guiéndose en las artes decorativas, y conocieron la escritura; pero sus inscripciones no han podido ser descifradas.

Los egeos enseñaron a los griegos la navegación, el cultivo de la vid y del olivo, habiendo pasado a la lengua griega algunas palabras del idioma egeo, que no era semítico ni indoeuropeo.

Tiempos primitivos de Grecia.—Ignorando la historia de los antiguos tiempos, los griegos inventaron leyendas para explicarla, y atribuyeron la fundación de sus primitivas ciudades, Pylos, Tirrynto, Mycenias, Tebas, Orchomene, etc., a una raza de gigantes llamada *cíclopes*; pero los descubrimientos arqueológicos modernos han demostrado la existencia, en Grecia continental, de la llamada civilización *mycenia*, nacida del contacto de los aborígenes con las tribus helénicas que, a mediados del 2.º milenario, se establecieron en el sur de la península Balkánica, islas del mar Egeo y costas del Asia Menor.



HOMERO (*Bibl. de Schwerin*).

Paralelamente a los hallazgos arqueológicos la vida de los griegos primitivos nos es conocida por los *poemas homéricos*, la *Iliada* y la *Odisea*, antiguos relatos de guerra y escenas de costumbres compuestas en el siglo IX antes de J. C. (1) atribuidos a Homero, considerado como padre de la poesía. Son estos poemas el primer documento escrito que tenemos de Grecia. La *Iliada* describe en forma bellísima las hazañas guerreras de aquellos tiempos; la *Odisea* la vida privada y una serie de relatos y aventuras maravillosos.

(1) No se sabe la época en que fueron compuestos los poemas homéricos, ni si son en realidad obra personal de un solo poeta o por el contrario se trata de una recopilación de cantos populares. Véase acerca de estas complejas cuestiones el prólogo del doctor Segalá a su bella traducción de la *Iliada* (Barcelona, Montaner y Simón, 1908).

Fundamento de la sociedad griega primitiva fué la familia, manteniéndose el parentesco no sólo por la descendencia de padres a hijos, sino por la perpetuidad de un culto doméstico tributado en el hogar a la memoria de los antepasados. La agrupación de varias familias constituyó la patria y después la tribu. De la asociación de varias tribus nació la *polis* o *ciudad*, palabra sinónima de *estado*. Estuvieron, pues, los griegos organizados en *ciudades*. Un estado griego se componía generalmente de una fortaleza (acrópolis) y de algunos pueblos agrupados en derredor, unidos generalmente por lazos religiosos o políticos. En muchas de ellas la población no excedía de trescientos mil habitantes; pero pertenecían a una misma raza, hablaban una misma lengua (con pequeñas diferencias, llamadas *dialectos*), llevaban un mismo género de vida y adoraban los mismos dioses.

El régimen político de las ciudades griegas primitivas fué monárquico. Los soberanos, a juzgar por las grandes riquezas halladas en sus tumbas, llevaban una existencia fastuosa; pero su poder estaba limitado por el de los nobles de la tribu (*eupátridas*) o que-

daba reducido al desempeño de ceremonias religiosas, ejerciendo en realidad el poder otros magistrados llamados *éforos*, *arcontas*, *estrategas*, etc., según las ciudades. Se ignora cuándo ni cómo la monarquía fué substituída por el régimen aristocrático, revolución que no alcanzó a todos los estados griegos ni terminó antes del siglo VI. Con la desaparición de la monarquía se eclipsó el esplendor de la civilización mycenia, atestiguada por la arqueología y por la poesía, sucediendo un período oscuro, del que apenas existen monumentos y sobre el cual no hay documentos explícitos. Es la llamada edad media helénica, en que la nación griega prepara el impulso que tomó a partir del siglo VIII y cuya primera manifestación fué el movimiento colonizador del Mediterráneo.



ZEUS (escultura antigua).

La colonización griega. — No se limitaron los griegos a habitar su país natal, sino que se extendieron por los territorios vecinos. A su expansión colonial contribuyeron la estructura geográfica de Grecia y la influencia de los antiguos poseedores del suelo, que les comunicaron su afición a la vida marítima, hecho atribuído erróneamente a los fenicios. Hubo colonias griegas en la costa del Asia Menor,



DIANA LLAMADA DE VERSAILLES (Louvre).

en Creta y Chipre, en el litoral de Africa, en Sicilia, Italia meridional, Francia y España. La época de su fundación varía entre los siglos VIII y VI antes de J. C., habiéndola precedido un período de descubrimientos y aventuras de las que son trasunto los poemas homéricos.

Diversas causas explican el movimiento colonial helénico, entre otras, el régimen social primitivo de las ciudades griegas, en las cuales la propiedad era indivisible e inalienable; las revoluciones políticas subsiguientes a la desaparición de las monarquías y el espíritu aventurero y em-

prendedor, propio de los pueblos jóvenes.

Los emigrantes buscaron ante todo establecerse en países fértiles y poco poblados. Las primeras colonias fueron, pues, las agrícolas de Sicilia e Italia meridional; Metaponte, Siracusa, Crotona, etc., y después las marítimas, como Tarento, Marsella, Ampurias, Bizancio, etc. Los colonos griegos aportaron consigo las costumbres religiosas y políticas de la madre patria (*metrópoli*), sus dioses, sus magistrados y sus asambleas. En menos de trescientos años el Mediterráneo vino a ser un lago griego. Las colonias griegas no fueron establecimientos militares ni factorías mercantiles, como las de los fenicios, sino colonias de población, cuyo

resultado fué crear un sentimiento de solidaridad panhelénica y comunicar la cultura griega a todos los demás pueblos.

Religión: dioses y héroes. — Creyeron los griegos en multitud de dioses y diosas. Fueron politeístas. Según ellos el Sol, el aire, la Tierra, el mar, todas las fuerzas de la naturaleza, las energías y las cualidades humanas eran seres divinos, inmortales, dotados de vida y pasiones análogas a las de los hombres. Dioses y diosas tenían su morada en el monte Olimpo, estaban emparentados unos con otros y corrían aventuras como los hombres, en cuyos asuntos intervenían. La historia de los dioses se llama *Mitología* (1). Los griegos los representaban en forma humana. Esta representación, característica del pueblo heleno, se ha llamado *antropomorfismo*. Daban a cada uno un nombre distinto; cada ciudad tuvo sus dioses favoritos o tutelares; pero algunos de ellos fueron adorados en distintas ciudades. Los principales eran los siguientes:



NEPTUNO (Mus. de Atenas).

Zeus (Júpiter), señor del mundo, padre de los dioses y de los hombres, domina los fenómenos atmosféricos y concede la victoria a los guerreros;

Hera (Juno), su mujer, diosa de la pureza del cielo, protectora de las mujeres y del matrimonio;

Apolo (Febo), el Sol, dios de la luz, de las letras y de las

(1) Como la de todos los pueblos primitivos, la religión de los griegos, antes de su establecimiento en Grecia, estuvo basada en el animismo; pero como no tuvo jamás dogmas inmutables, sino que por el contrario se adaptó a la evolución intelectual y moral del pueblo griego, razonador, curioso y amigo de novedades, el politeísmo que nos describen las obras de Homero y Hesíodo es probablemente el resultado de una larga evolución. Por el contrario, otros historiadores, como Fustel de Coulanges (véase *La cité antique*, París, numerosas ediciones), disciernen en el pueblo griego dos religiones: la de los antepasados y la de los fenómenos naturales, sin que pueda afirmarse cuál es más antigua. Para la historia de los dioses griegos, léase el poema de Hesíodo, *La Teogonía*, elegantemente traducido por el sabio helenista doctor Segalá, catedrático de la Universidad de Barcelona (Barcelona, La Académica, 1910).

artes, inventor de la cítara, preside el coro de las nueve musas, hijas de Zeus y de Mnemosina (la memoria), que personifican las principales artes: *Clio* (epopeya, historia), *Melpómene* (tragedia), *Terpsícore* (la danza), *Talia* (la comedia), *Euterpe* (la música), *Erato* (poesía amorosa), *Urania* (astronomía), *Polymnia* (poesía lírica), *Caliope* (poesía épica).



ATENA PARTENOS DE FIDIAS (Museo de Atenas).

Artemis (Diana), la luna, diosa de la castidad y de la caza.

Hermes (Mercurio), mensajero de Zeus, dios del comercio y de los ladrones;

Hefáistos (Vulcano), dios del fuego subterráneo y de la industria.

Hestia (Vesta), diosa del hogar y de las virtudes domésticas.

Ares (Marte), dios de la guerra.

Afrodita (Venus), diosa del amor.

Poseidón (Neptuno), dios del mar.

Demeter (Ceres), diosa de la fecundidad terrestre.

Atena (Minerva), diosa de la inteligencia y de las artes.

Dionisios (Baco), dios de la vendimia.

Hades (Plutón), dios de los infiernos y rey de los muertos.

Hubo, además, numerosas divinidades secundarias, símbolos de fenómenos de la naturaleza o personificaciones morales, v. gr., *Amfitrita*, el océano; *Nerea* y sus cincuenta hijas, divinidades del mar; las *ninfas*, diosas de las aguas dulces; *Eolo*, dios de los vientos; *Themis*, personificación de la justicia; *Némesis*, de la venganza; las *Furias*, vengadoras de los crímenes, etc.; y los *héroes* o semidioses. Estos últimos eran los fundadores reales o supuestos de antiguas ciudades, o personajes pertenecientes a familias soberanas, a quienes se creía nacidos del maridaje entre los hombres y los dioses.

El héroe más célebre fué *Hércules*, símbolo o dios de la fuerza.

El culto era puramente exterior. Consistía en sacrificios de animales, himnos, danzas y otras ceremonias en honor de los dioses, como libaciones y ofrendas. Los sacerdotes, simples sacrificadores, no formaban clase aparte, ni eran depositarios de doctrina alguna, ni tenían autoridad para hablar en nombre de los dioses ni ejercer influencia moral determinada, ni tenían el monopolio del culto.



SACRIFICIO A LA DIOSA ATENEA (ánfora del Museo de Berlín).

Con la religión se mezclaban otras ceremonias, como las fiestas (Panateneas, Dionisiacas, etc.), y numerosas supersticiones, como los oráculos y los presagios, encaminados a conocer la voluntad de los dioses y averiguar el porvenir. En los tiempos primitivos rindieron los griegos culto a los antepasados. Creyeron por tanto en otra vida; pero de esta creencia no derivó doctrina moral alguna.

En resumen: la religión de los griegos fué inmoral y fatalista (el *destino*, según ellos, es superior a los mismos dioses). Carecieron del sentido del infinito y de la eternidad; no concibieron un dios único, como habían hecho los hebreos, sino que, enamorados de la naturaleza, la adoraron, creando la más bella de las poesías.

LAS CIUDADES GRIEGAS

ESPARTA Y ATENAS

Organización política de Grecia. — Grecia en la antigüedad estuvo constituida por una multitud de *ciudades* autónomas, de extrema pequeñez y escasa población; estados en miniatura. La más poblada no llegaba, ni con mucho, a contar un millón de habitantes, y alguna de ellas no pasó de treinta mil. Los filósofos griegos que escribieron libros de política consideraban que un estado para estar bien gobernado no podía ser muy extenso ni estar poblado con exceso.

Por motivos religiosos o culturales, que remontan a los tiempos primitivos, cada ciudad tenía sus dioses particulares, su culto, su calendario, sus fiestas, su sistema de pesas y medidas, sus magistrados, sus asambleas, su justicia y sus leyes propias. Cada ciudad gobernábase a su gusto, y no había en Grecia leyes comunes ni gobierno central. Todas ellas trataban unas con otras, como las grandes naciones. Concluían alianzas o tratados de comercio y hacían la guerra. A veces formaban entre sí *ligas* para rechazar al extranjero o para combatirse.

El régimen político en los tiempos primitivos fué monárquico. El rey dirigía las guerras, hacía los sacrificios y tomaba para sí la mejor parte del botín. Los ciudadanos más valientes y más ricos le asistían con sus consejos, reuniéndose en ocasiones la asamblea del pueblo. Poco a poco las monarquías desaparecieron o se transformaron, instituyéndose las *democracias* o las *oligarquías*. En las *democracias* el poder residía en manos del pueblo. En las *oligarquías* era

del dominio de algunos ciudadanos privilegiados. Generalmente en el seno de una ciudad se disputaban el poder dos partidos: el democrático y el oligárquico, siendo frecuentes los cambios de constitución. Otra forma de gobierno característica de las ciudades griegas fué la *tiranía*, esto es, la usurpación del poder supremo, generalmente con el apoyo de las clases pobres, y por breve tiempo.

Las constituciones de las diversas ciudades no se conocen con todo detalle, ni tampoco la historia interior de cada ciudad, andando mezclada la historia con la leyenda. Las más conocidas y famosas fueron Esparta y Atenas.

El pueblo espartano. — Esparta, ciudad de la Laco-nia, en el Peloponeso (hoy Morea), estuvo situada en el fértil valle del Eurotas, comarca de salvaje aspecto y fácil defensa. Los espartanos eran dorios, oriundos de Grecia septentrional. Expulsados de su país por los tesalios descendieron al Peloponeso y se establecieron en él, tomando el nombre de lacedemonios o espartanos.

La población comprendía tres clases sociales: los *periecos*, descendientes de los aborígenes; los *ilotas*, especie de siervos de la gleba, y los espartanos conquistadores. Como éstos eran menos numerosos, hubieron de estar constantemente sobre las armas para hacer respetar su dominación.

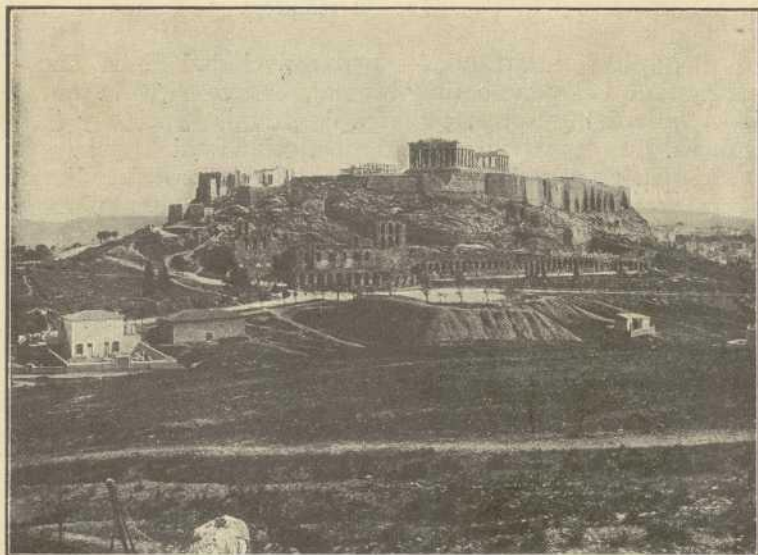
Lycurgo y sus leyes. — Las instituciones de Esparta se atribuyen a un héroe o sabio llamado Lycurgo, personaje probablemente legendario, de quien nada cierto se sabe. Sus *leyes* regulaban la administración y gobierno del Estado, la vida de los particulares y la educación de los hijos.

Todo tendía en Esparta a la vida militar, a la formación de ciudadanos dispuestos a sacrificar su libertad y su vida por el Estado. A los niños que nacían contrahechos se les despeñaba; a los jóvenes se les educaba haciéndoles sobrios, fuertes, ágiles, prudentes y astutos. Pasaban la vida en el gimnasio, acostumbrados a comer de todo y a no tener miedo a nada. De este modo Esparta llegó a poseer el mejor ejército, por su organización y disciplina. Los espartanos no tuvieron escultores, ni arquitectos, ni filósofos; pero crearon el arte militar en Grecia y fueron sus mejores soldados.

En cuanto al gobierno, hubo en Esparta reyes, senado

y asamblea del pueblo, como en todas las ciudades griegas; pero los verdaderos gobernantes fueron los *éforos* (inspectores), que en número de cinco, elegidos anualmente, administraban justicia, decidían la paz o la guerra y dirigían las operaciones militares.

Esparta estuvo en realidad gobernada por algunas familias aristocráticas. Estado esencialmente militar, se engrandeció a costa de sus vecinos de la Argólida y la Mesenia, llegando, tras largas guerras, a dominar en el Peloponeso.



ACRÓPOLIS DE ATENAS (Fot. Alinari).

El Atica y Atenas. — El Atica es una península roquiza, que se desprende del macizo central de Grecia y avanza en pleno archipiélago, entre la isla de Eubea (Negroponto) y el istmo de Corinto. País pobre, sus habitantes hubieron de buscar recursos en la navegación y el comercio. Atenas estaba edificada al pie de un peñasco, la *Acrópolis*, a una legua del mar. A diferencia de Esparta, país continental, Atenas fué un país marítimo. Los espartanos fueron solda-

dos disciplinados; los atenienses, comerciantes, artistas y oradores. En Esparta arraigaron y persistieron las antiguas leyes y las viejas costumbres. Atenas vivió continuamente agitada por luchas políticas y sociales.

Los antiguos reyes atenienses, tras muchas revoluciones mal conocidas, fueron reemplazados por *tiranos*, palabra que no ha de entenderse en su sentido actual, esto es, como soberano opresor, sino gobernante usurpador o ilegítimo. Con la desaparición de la monarquía no cambió por eso la organización social. Como los nobles (eupátridas), únicos propietarios del suelo, oprimían a los cultivadores de sus dominios, vendiendo como esclavos a los proletarios que no podían pagar sus deudas, estallaron discordias, que, no obstante las represivas medidas de Dracón, dieron por resultado la reforma agraria de Solón, que estableció la división de la propiedad, fijando un *máximum* en la posesión de la tierra y dividiendo a los ciudadanos en categorías, sobre la base de la renta. No con esto cesaron las revoluciones. Pisistrato, Hippias, Hiparco, Clístenes y otros célebres *tiranos* reformadores atestiguan la pasión de los atenienses por las luchas políticas.

Clases sociales e instituciones políticas de Atenas.

— En Atenas, además de sus naturales, habitaron muchos extranjeros, especialmente marinos y comerciantes. Clístenes les concedió el derecho de ciudadanía. El pueblo ateniense quedó, pues, constituido por tres clases sociales: *esclavos*, *extranjeros* y *ciudadanos*. Los primeros, más numerosos, eran obreros y artesanos de todos los oficios, completamente sometidos a su amo, sin derecho alguno civil ni político. Los segundos eran libres, podían ejercer el oficio de comerciantes o de banqueros; pero carecían de los derechos reservados a los *ciudadanos* atenienses, los cuales eran los verdaderos amos de la república, los únicos que ejercían los cargos del Estado.

El gobierno ateniense fué llamado *democracia*. La asamblea de ciudadanos administraba justicia y elegía a los funcionarios, por mayoría de votos o por suerte. El poder no pertenecía, como en Esparta, a una clase social determinada, sino a la asamblea de ciudadanos; pero, como todas las cosas se resolvían por medio de la discusión, en realidad los hombres influyentes, los dueños del país, fueron los oradores.

LAS GUERRAS EN GRECIA

Guerras médicas: su origen. — Se llaman *guerras médicas* las sostenidas por los griegos contra los persas, durante medio siglo (500-450 antes de J. C.). Cuando los griegos acababan de organizar sus ciudades, el rey de los persas reunía bajo su imperio los países del Oriente. Pensando en nuevas conquistas y no satisfecho con la sumisión de las colonias griegas del Asia Menor, ricas y pobladas, el rey Darío exigió vasallaje a los griegos de Europa; pero éstos, lejos de humillarse a la voluntad del *gran rey*, favorecieron la rebeldía de las colonias y se negaron a reconocer la autoridad del déspota.

Principales episodios. — Hubo en estas guerras tres períodos. El primero no fué más que una expedición contra Atenas. Darío envió un ejército, que fué derrotado por los atenienses en la llanura de Marathon (490 antes de J. C.). El héroe de esta batalla fué Milciades.

La segunda guerra comenzó diez años después. El rey Xerxes, sucesor de Darío, invadió la Grecia con una armada y un ejército numerosísimo. Esparta y Atenas, aliadas, resistieron. El espartano *Leónidas* se cubrió de gloria en la defensa del paso de las *Termópilas*. Atenas cayó en poder del invasor; pero sus habitantes, refugiados en las naves, destruyeron la armada persa en el combate naval de *Salamina* (480 antes de J. C.). El ejército persa, que había quedado en Grecia, fué después derrotado por Temístocles y Pausanias, en Platea, saliendo también victoriosos los griegos en Micala.

Fin de la guerra y sus consecuencias.—El tercer período de la guerra fué dirigido por Atenas. Como no se podía atacar a los persas más que por mar, Esparta abandonó el mando de la flota a la ciudad del Atica, que formó una confederación con las principales ciudades jonias. Estas contribuyeron con dinero y soldados a combatir al enemigo común, los persas. Pero, como después se cansaron de la guerra, Atenas combatió sola, recibiendo una contribución de las ciudades aliadas. Con el ejercicio de la *hegemonía* (dirección de la guerra) alcanzó Atenas gran preponderancia sobre las demás ciudades jonias, convertidas en tributarias, y vino a ser una especie de capital de un gran imperio.

El rey de Persia, vencido, reconoció, por el *tratado de Cimón*, la independencia de las colonias griegas del Asia Menor y la supremacía de Grecia en el mar Egeo.

Razón del triunfo de los griegos y su significación. —

El triunfo de los griegos fué debido, entre otras razones: 1.^a a la superioridad de sus soldados en armamento, disciplina y amor patrio, y 2.^a a la indisciplina y falta de cohesión del ejército persa, compuesto de una multitud de gentes diversas, empujadas a la guerra por la ambición de un soberano.

Las guerras médicas representan el triunfo de Europa sobre Asia, de la libertad sobre el despotismo.

Guerra del Peloponeso. — La supremacía alcanzada por Atenas en las guerras médicas, que hicieron de ella la primera potencia entre las ciudades griegas, le suscitó enemigos, temerosos de su engrandecimiento. Grecia se dividió en dos confederaciones: una compuesta de los estados del Peloponeso y Grecia central, bajo la hegemonía de Esparta, y otra formada por las islas y las ciudades de la costa del



SUPUESTO BUSTO DE LEÓNIDAS
(Villa Albani; Roma).

mar Egeo, bajo la jefatura de Atenas. Las rivalidades políticas y económicas acentuaron su antagonismo, y algunos años después de terminadas las guerras médicas estalló, entre ambas, la guerra llamada del Peloponeso.

Duró veintisiete años (431-404 antes de J. C.), extendiéndose de Asia a Sicilia. Los espartanos, fuertes por tierra, invadieron y saquearon el Atica; los atenienses, con sus poderosas escuadras, asolaron las costas del territorio enemigo. Fué una guerra feroz, complicada con luchas políticas en



TEMÍSTOCLES (Mus. de Nápoles).

el interior de las ciudades, entre el partido aristocrático, que apoyaba a Esparta, y el democrático, que la combatía. Después de muchas vicisitudes, Atenas llevó la peor parte. Los espartanos, no pudiendo aniquilar el poderío marítimo de su rival, apelaron al oro de los persas, con el cual aprontaron una escuadra que, mandada por Lisandro, derrotó a la ateniense en Aegos-Pótamos, apoderándose después de Atenas, secundados por el partido aristocrático de aquella ciudad.

↳ **Sus resultados.** — La vitalidad de los atenienses fué, sin embargo, superior a sus desastres.

Lograron desasirse del *gobierno de los treinta tiranos* que Esparta les había impuesto, no sin mancharse los demócratas con la sangre inocente de Sócrates; pero todas aquellas luchas fueron fatales a los griegos. No sólo ninguna ciudad llegó a dominar sobre sus rivales, sino que agotaron recíprocamente sus fuerzas en luchas estériles, de las que se aprovechó el rey de Persia. Por el tratado de Antálcidas, concluído entre aquél y Esparta, perdió Grecia la supremacía conquistada en las guerras médicas.

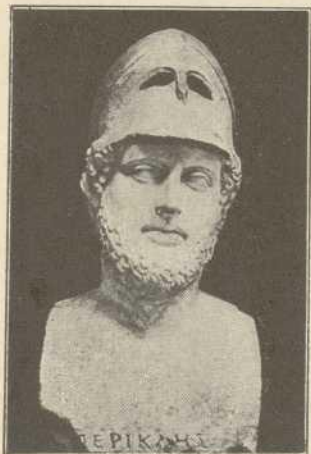


ENTRADA A LA ACRÓPOLIS DE ATENAS EN EL SIGLO V ANTES DE J. C. (restitución).

LA CIVILIZACIÓN ATENIENSE

El siglo de Pericles. — A mediados del siglo V antes de J. C., fué Atenas la primera ciudad de Grecia, no sólo por su importancia política y sus riquezas, sino por la magnificencia de sus edificios, la instrucción de sus habitantes y el esplendor de las letras y de las artes. Este período de florecimiento ha sido llamado *siglo de Pericles*, del nombre del gran ciudadano que, por espacio de más de veinticinco años, dirigió los negocios públicos, y a cuya iniciativa se debió la restauración de los monumentos destruidos por los persas. Dominó Pericles en Atenas por el prestigio de su inteligencia y de su palabra. «La diosa de la Persuasión — dice Plutarco — estaba en sus labios.» Sencillo, sin mezquinas ambiciones, puso su autoridad al servicio de su patria, centro intelectual de Grecia, y a cuya grandeza concurrieron numerosos poetas, filósofos, historiadores y artistas.

Atenas y sus monumentos. — A diferencia de las grandes capitales modernas, Atenas carecía de vías anchas y rectas. Las casas particulares eran endebles y sencillas; las calles estrechas y tortuosas; pero en ella abundaban los edificios públicos decorados con bellas estatuas, pinturas murales y magníficos relieves.

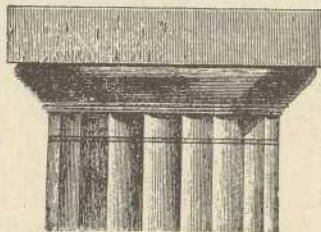


PERICLES (Museo Británico).

La arquitectura griega se distingue singularmente por los templos, en los que ejerce papel primordial la columna. Aunque análogos unos a otros, diferían principalmente en la disposición, número, altura y forma de las columnas y capiteles, distinguiéndose tres tipos u órdenes arquitectónicos, llamados *dórico*, *jónico* y *corintio*. El primero es el más antiguo y generalizado. Es sencillo, sobrio, severo, fuerte. Ca-

racterizan el orden jónico la mayor esbeltez de las columnas y el capitel de volutas. Más gracioso y elegante que el dórico, fué empleado sobre todo en Atenas, en el siglo v. El corintio, más esbelto aún que el jónico, con sus capiteles en forma de canastilla de hojas de acanto, sugiere la idea de lujo y esplendor. A veces las columnas eran reemplazadas por estatuas femeninas (caryátides) y los monumentos estaban pintados de rojo, azul o color oro viejo.

Los más bellos monumentos de Atenas fueron edificados en la acrópolis, antigua ciudadela y santuario de la diosa tutelar de la ciudad. El principal fué el *Parthenon*, «templo de la Virgen», de orden dórico, admirable por la exactitud de sus proporciones, estando sus elementos combinados de manera que dan a la vez un impresión de elegancia sencilla y fuerte.



CAPITEL DÓRICO

Construído por los arquitectos Ictinos y Calícrates, y decorado bajo la dirección de Fidias, ha sido considerado como la obra maestra de la arquitectura griega.



CAPITEL JÓNICO

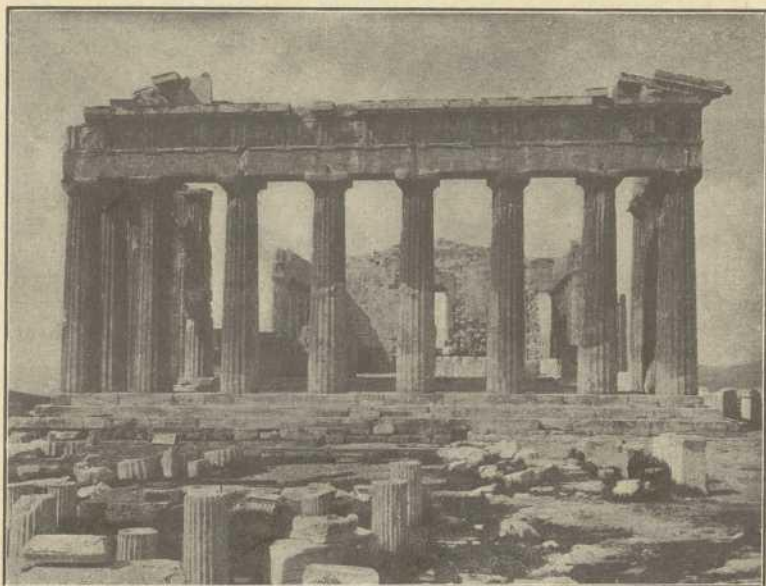
entrada miraba a oriente, rematando la fachada un frontón triangular decorado con estatuas. El interior, dividido en tres naves por dos hileras de columnas, formaba dos pisos. En el fondo del templo, colocada sobre un pedestal, veíase la gigantesca estatua de *Atena*, de oro y marfil, obra de Fidias. Decoraban los muros exteriores magníficos relieves; el célebre *friso de las Panatheneas*, procesión en honor de la diosa.

Téngase presente que el templo griego no era un edificio destinado a reunión de los fieles, sino la mansión de la divinidad. Era también un centro político y civil, viniendo a representar, en cierto modo, el *palacio de la ciudad*, pues contenía los archivos, en él se guardaban los tratados celebrados con el extranjero, en él se alojaban los personajes notables que visitaban Atenas, encerraba el tesoro público y los numerosos objetos de arte que se ofrendaban a la divinidad; y singularmente estaba destinado a la celebración de las fiestas solemnes nacionales.



CAPITEL CORINTIO

Otros célebres monumentos enriquecían la acrópolis o su recinto, entre otros el Erecteyon, el templo de Teseo, el monumental vestíbulo llamado los Propileos, con la Pinacoteca (galería de pinturas) y el templo de la Victoria Aptaera, dominando el vasto panorama del Atica con el puerto del Pireo, el mar y las islas.



EL PARTHENÓN (*fachada oriental*).

Caracteres del arte griego: escultura y pintura. — El arte griego se inspiró en la naturaleza, en la contemplación de la belleza de las cosas y de los seres vivientes. Es, por tanto, la expresión de la vida. Aunque sus orígenes son religiosos, debió sus progresos a la atenta y sutil observación de la naturaleza, al instinto de la armonía, característico de la raza helénica.

De las artes plásticas la que mayor esplendor alcanzó es la escultura. Ya en tiempos antiquísimos el genio helénico se significó por la tendencia de reproducir bien o mal la figu-

ra humana, en ídolos de arcilla o de piedra, y lo que para otros pueblos había sido generalmente un adorno accesorio



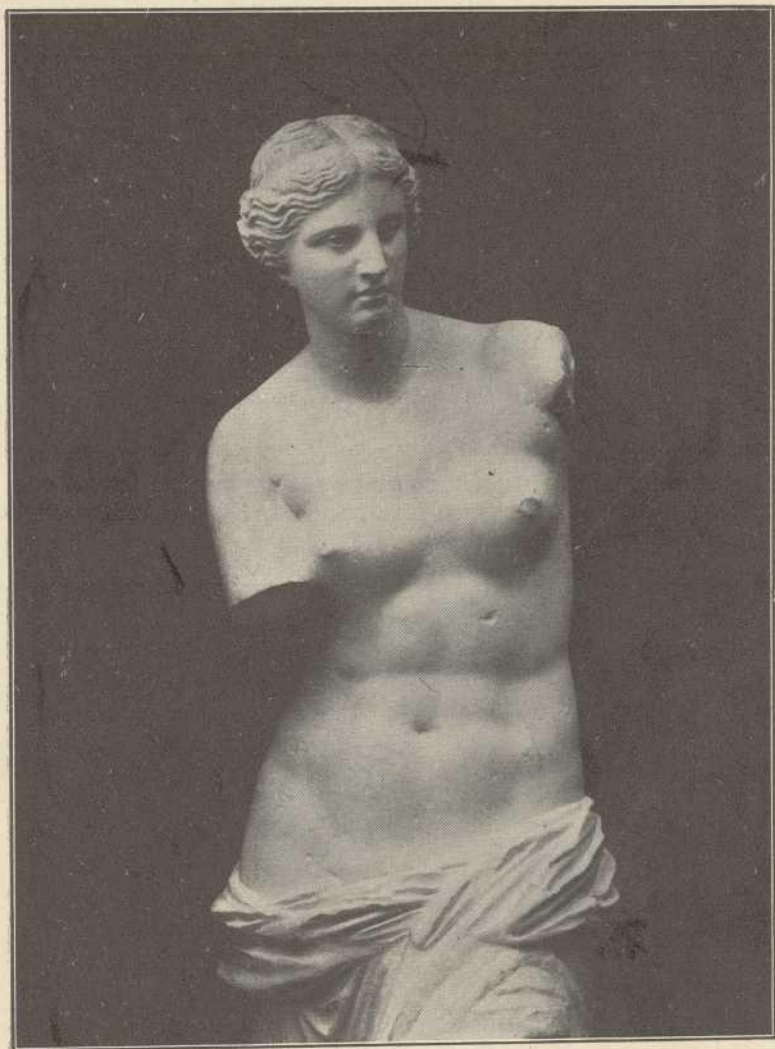
LAS PARCAS (*friso del Parthenón, Museo Británico*).

de los edificios (templos o palacios), fué para los griegos un arte principal que, si bien se manifestó en sus comienzos con obras rudimentarias (escultura arcaica), fué afinándose mediante el atento estudio del cuerpo humano.



FRISO DEL PARTHENÓN LLAMADO «LA CABALGATA». (*Museo Británico*).

Aunque el arte helénico se manifestó en numerosas ciudades (Samos, Chio, Naxos, Paros, Corinto, Sycione, Argos, Egina, etc.), su principal y esplendoroso centro fué la Atenas del siglo de Pericles, y sus más grandes artistas, Fidias, el



LA VENUS DE MILO (*Louvre*).

escultor del Zeus de Olympia, de la Athena-Parthenos y de los incomparables frontones y frisos del Parthenon; Polykles de Argos, autor del *Doryphoro* y del *Diadumeno*; Myron, del célebre *Discóbolo*, etc.

Después del siglo de Pericles el arte griego se transformó haciéndose más complicado, menos puro y con tendencia a producir efecto. En arquitectura los monumentos fueron más suntuosos, multiplicándose los de orden jónico y apareciendo entonces el corintio con sus capiteles de hojas de acanto. En escultura brillaron Scopas y Praxiteles; el primero, por la expresión



LA VICTORIA DE SAMOTRACIA (Louvre).



PINTURA SOBRE PAPIRO
(Museo de Florencia).

del movimiento; el segundo, por la gracia voluptuosa, siendo de su época la famosa *Venus de Milo* y la *Victoria de Samotracia* «la más bella expresión del movimiento que produjo la plástica en la antigüedad». Las escuelas de Pérgamo y Rodas prolongaron la tradición escultórica hasta los tiempos de la anexión de Grecia a Roma, sobre la cual había de ejercer todavía su avasalladora influencia.

La pintura es poco conocida. Dada la índole frágil de los materiales, las obras pictóricas no han resistido la acción del tiempo y sólo podemos formarnos idea de este arte por algunas obras tardías y de mérito



FIGURITAS DE TANAGRA

secundario. No quedan más que pinturas murales de la época *helenística* o romana. Zeusis, Parrasios, Apeles y otros célebres pintores no son, para nosotros, más que nombres; pero por los elogios que les tributaron los antiguos podemos suponer que crearon obras maestras.



TIPOS DE VASOS HELÉNICOS (Lowre).

Las artes industriales. — La excelencia artística de los griegos no se manifestó únicamente en las grandes obras destinadas a la decoración de los monumentos públicos, sino en obras de carácter privado o de asunto secundario o familiar, como ceremonias, banquetes fúnebres y otras escenas de la vida, y en las artes industriales, como la cerámica, los mosaicos, monedas, sellos y otros mil objetos conservados en abundancia, porque formaban parte de las ofrendas mortuorias. Entre estos objetos hay que señalar singularmente, por su valor artístico, esas figuritas de arcilla o mármol, análogas a nuestros *bibelots*, llamadas *tanagras*, reproducción sincera de tipos y escenas de la vida vulgar, representando generalmente la figura femenina, coqueta y graciosamente. Las más célebres son las de *Tanagra* (Beocia) y *Myrina*

(Asia Menor), estas últimas menos perfectas; pero más variadas y de un gran interés para el estudio de las costumbres.

La vida pública en Atenas. — Atenas fué también la ciudad de la elocuencia. La asamblea del pueblo, reunida



RUINAS DEL TEATRO DE DELFOS. (Fot. Alinari).

en la plaza pública (*ágora*), después de oír los discursos de los oradores (Esquines, Demóstenes, Pericles, etc.), decidía acerca de los negocios públicos, la paz o la guerra, los impuestos, etc. Los procesos se resolvían también después de oír los alegatos de acusadores y acusados ante los tribunales. Por esta razón la oratoria acabó por convertirse en un oficio.

Ciencias, filosofía y literatura. — Libres los griegos del despotismo, del yugo y superstición de los pueblos del Asia, amigos de la novedad, ávidos de progreso, dotados de ingenio vivo y de una insaciable curiosidad, adquirieron la

costumbre de considerar las cosas humanas y examinarlas

a la luz de la razón, creando de este modo *la filosofía*. Comenzaron los filósofos por ocuparse de cosmogonía, física, geometría, astronomía, etc., para interesarse luego por las cuestiones del mundo moral y, bajo el impulso de la discusión, aparecieron los *sofistas*, especie de profesores ambulantes, pagados, que pretendían enseñar las cosas útiles a la vida, particularmente la virtud, la política, la elocuencia y, singularmente, la manera de ganar pleitos. Fueron combatidos por Só-



ACTOR CÓMICO
(estatuilla del Mus.
Británico).



ACTOR TRÁGICO
(estatuilla del Mus.
Británico).

crates, un moralista muy virtuoso, considerado como *padre de la filosofía*, de cuyas enseñanzas derivaron otras escuelas (Platón, Aristóteles, etc.).

Los griegos se ocuparon también de astronomía, geografía, matemáticas, historia natural, medicina, etc.; pero ante todo fueron poetas y literatos. Tuvieron excelentes historiadores, como Herodoto (*el padre de la Historia*), que nos dejó un interesante relato de las guerras médicas; Tucídides y Jenofonte, que nos cuentan la guerra del Peloponeso, y otros muchos; cultivaron todo género de poesía e inventaron el teatro.



LOS LUCHADORES (Museo de Florencia).

El arte dramático tuvo su origen en las fiestas *dionisiacas*, dedicadas a Baco (*Dionisios*), dios de la vegetación y de la vendimia. Consistían en cantos y danzas en honor del dios, por un coro de jóvenes disfrazados de sátiros. Uno de ellos, cubierto el rostro con una máscara, representaba a Baco y desde lo alto de un tablado dialogaba con el coro, representando escenas o hazañas de la vida del dios. Andando el tiempo aquellas representaciones no se limitaron a celebrar las aventuras de la vida de Dionisios, sino que se extendieron a las de otros dioses o héroes, llegando a representarse con personajes y coros obras serias, que fueron las tragedias, y satíricas o cómicas, que fueron las comedias. Los grandes poetas trágicos fueron Esquilo, Sófocles y Eurípides, y Aristófanes, el gran poeta cómico.



ESCUELA HELÉNICA (de una copa del Museo de Berlín).

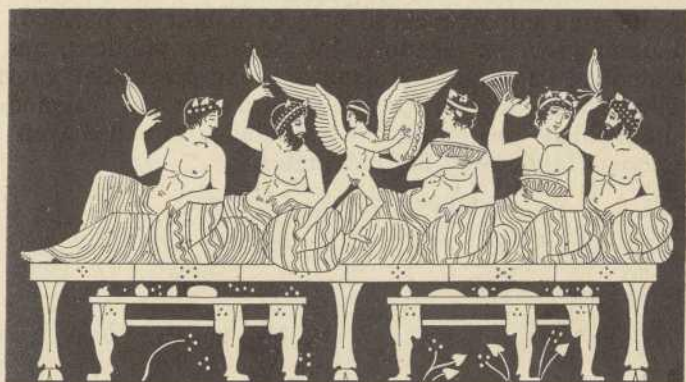
Las grandes fiestas. — No obstante la multitud de dioses, los griegos reconocían como dios supremo a Zeus (Júpiter), a quien llamaban *panhelénico*, esto es, señor de todos los griegos. Su santuario estaba en Olympia, en el Peloponeso. Apolo era también un dios muy venerado. Entre los pueblos unidos por el culto de un mismo dios se formaron asociaciones religiosas (*amfictyonías*), muchas de las cuales se convirtieron en partidos políticos. Las más célebres fueron las de Delfos y Delos, consagradas a Apolo.

Celebrábanse grandes fiestas deportivas o *juegos* en honor de los dioses, y en ellas tomaban parte todos los países griegos. Consistían en ejercicios físicos o gimnásticos, carreras

a pie y a caballo, pugilato, etc., y certámenes poéticos y musicales. Los vencedores eran recibidos triunfalmente en su país, se les dedicaban estatuas y los poetas cantaban sus hazañas.

Los juegos más celebrados fueron los *olímpicos* en honor de Zeus. Los hubo cada cuatro años a partir del año 776 antes de J. C., y sirvieron de norma para fijar la cronología o *era* de los griegos (*olimpiadas*).

Aquellos concursos, que consagraban a los dioses el triunfo de la belleza y de la fuerza humanas, fueron, además, para los griegos, una especie de lazo de unión nacional que les distinguió de todos los demás pueblos.



ESCENA DE BANQUETE (Vaso del Museo del Louvre).

Vida privada: costumbres. — La sociedad griega estaba constituida sobre la base de la familia. El matrimonio tenía gran importancia social y religiosa, y la carencia de hijos era considerada como una maldición, pues significaba que después de la muerte nadie podría celebrar los ritos obligados sobre el sepulcro de los ascendientes, extinguiéndose el fuego del hogar y desapareciendo la familia. La autoridad absoluta pertenecía al padre, que fué, en los tiempos primitivos, juez, sacerdote y rey en su casa. La mujer, aunque gozaba de mayor libertad y consideración que en Oriente, estaba recluida en el *gimneceo* y entregada

exclusivamente a los quehaceres domésticos. Los hijos recibían educación. Hasta los siete años estaban al cuidado de las madres. Después aprendían a leer, escribir, contar, recitar versos y cantar acompañándose con la lira o la flauta, pues los griegos atribuían a la música el don de inclinar el alma a los buenos sentimientos. Al llegar a la pubertad, los ejercicios físicos o gimnásticos eran su principal ocupación, entregándose al pugilato, las carreras, el lanzamiento del disco, etc. Se les llevaba al teatro y a la Asamblea, donde hacían el aprendizaje de la vida, y a los dieciocho años quedaban inscritos en las listas de los ciudadanos, pasando luego a practicar los ejercicios militares a la par que completaban su instrucción con los profesores de retórica, pues se concedía gran importancia al arte de hablar en público. El ciudadano vivía entregado a los negocios públicos, que le preocupaban más que los asuntos domésticos. Ser fuertes y bellos era el ideal de los griegos. La vida era un modelo de simplicidad. Las grandes solemnidades privadas eran las ceremonias fúnebres y los banquetes.



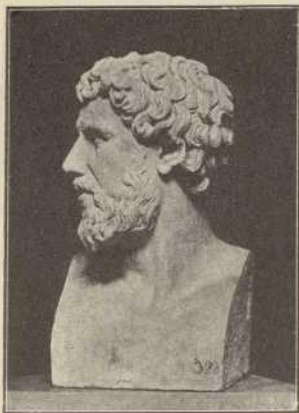
LUCHA ENTRE GRIEGOS Y PERSAS (*Relieve del sarcófago de Alejandro. Museo de Constantinopla.*)

LA CONQUISTA DEL ORIENTE POR LOS GRIEGOS

Supremacía de Macedonia. — Cuarenta años después de terminada la guerra del Peloponeso (360 antes de J. C.), las ciudades de Atenas, Esparta y Tebas luchaban en vano disputándose la supremacía de Grecia. En las montañas del norte de la península Balcánica habitaba un pueblo semi-bárbaro, análogo a los antiguos espartanos, los macedonios, cuyos reyes, diciéndose descendientes de Hércules, habían sido admitidos a los *juegos olímpicos*, lo que equivalía a ser reconocidos como griegos.

El rey Filipo II, educado en Tebas, ciudad que por un momento había alcanzado cierta superioridad militar bajo dos caudillos famosos, Pelópidas y Epaminondas, concibió el proyecto de unir a los griegos bajo su autoridad y emprender la conquista del imperio persa. Para ello organizó un cuerpo de tropas escogidas (*la falange macedónica*), intrigó mezclándose en los debates de las ciudades y partidos, se atrajo a unos por astucia, a otros por miedo, y exigió la

sumisión de los estados helénicos. Ni la elocuencia del ateniense *Demóstenes*, el más grande orador de todos los tiempos, ni la resistencia armada de los tebanos, impidieron sus propósitos. La batalla de *Cheronea* le hizo dueño de Grecia. Disponíase a emprender la conquista de Asia cuando fué asesinado.



DEMÓSTENES (Museo de Nápoles).

Como todos los jóvenes de su tiempo, era vigoroso luchador, excelente jinete, y además, instruído en las ciencias y en el arte de la política. Leía con pasión la *Iliada*, cuyos héroes deseaba imitar.

Dueño del mejor ejército que había entonces en Grecia, partió para la conquista del vasto imperio persa. Este había perdido la fuerza de otros tiempos. Los sátrapas no obedecían al gobierno; cada cual tenía su corte, su tesoro y su ejército para hacer la guerra a su vecino, a cuyo fin alistaban soldados griegos para combatirse unos a otros. Semejante desorganización y anarquía facilitaron la tarea al héroe macedónico.

Tres batallas bastaron a Alejandro para hacerse dueño

Alejandro Magno: la conquista del Asia.—Hijo de Filipo, llevó a cabo la gigantesca idea de su padre. Alejandro había sido educado por el sabio Aristóteles.



ALEJANDRO MAGNO (Busto de Tribur. Louvre).

de tan inmensos territorios: la batalla del *Gránico* le dió el Asia Menor; la de *Isso*, Siria y Egipto; la de *Arbelas*, el resto del imperio.

Alejandro se consideró como heredero del *gran rey*, adoptó el traje, las ceremonias y costumbres persas. Casaron, él y sus generales, con mujeres del Oriente y quiso todavía extender sus conquistas a lejanos países, llegando hasta la India. Al regreso de una expedición, murió en Babilonia, a los treinta y dos años de edad.



BATALLA DE ISSO (Mosaico de Pompeya. Museo de Nápoles).

Sus resultados. — La obra de Alejandro Magno, aunque efímera y endeble desde el punto de vista político, tuvo grandes consecuencias. Fueron fundadas, con el nombre de *Aleandria*, muchas ciudades, en Egipto, en Tartaria, hasta en la India; distribuyó a sus súbditos los tesoros del Oriente; facilitó las relaciones comerciales entre Asia y Europa; llevó en pos de sí multitud de sabios griegos que estudiaron la geografía, las plantas, los animales y los pueblos del Asia, antes sometidos al *gran rey*, y preparó aquellas vastas comarcas a recibir la lengua, los usos y la civilización de Grecia.

Los reinos helénicos. — El imperio de Alejandro se extendía desde el Adriático al Indo, y desde el Cáucaso al Nilo. Como no dejó sucesor, se lo repartieron sus generales,

después de largas guerras que dieron por resultado la formación de tres reinos: 1.º el de *Egipto*, bajo la dinastía de los Ptolomeos; 2.º el de *Siria*, bajo la de los Seléucidas, y 3.º el de *Macedonia*, bajo la de Casandro. A diferencia de las antiguas *ciudades* griegas, fueron reinos orientales, con soberanos hereditarios y casi absolutos. Las capitales de los nuevos estados fueron cosmopolitas, y en ellas se mezclaron todos los elementos de la civilización antigua, renovándose las industrias, las creencias, las ciencias y las artes.

El reino más famoso fué el de Egipto, con *Alejandro* por capital. Esta ciudad, edificada con arreglo a un plan de conjunto, tenía calles anchas y rectas, grandes monumentos y un magnífico puerto, formado por un dique que unía tierra firme a la isla de *Pharos*, en cuya punta extrema se alzaba una torre de mármol iluminada; para servir de guía a los buques que entraban en el puerto. Alejandro suplantó las ciudades fenicias, convirtiéndose en emporio del comercio.

Los Ptolomeos crearon un *Museo*, edificio inmenso unido a un palacio, y en él establecieron una gran biblioteca, un jardín botánico, un observatorio astronómico, escuelas y laboratorios. Pronto fué Alejandro la ciudad de los sabios y el principal foco de la ciencia y de la filosofía.

Otros reinos, de menor extensión e importancia, se formaron en los territorios del imperio de Alejandro: *Pérgamo*, *Galatia*, *Capadocia*, etc. Unos y otros acabaron por reconocer la soberanía de Roma.

SEM

BIBLIOGRAFIA. — La historia del pueblo helénico debe estudiarse primeramente en los múltiples escritos que nos dejaron sus historiadores, poetas, oradores, filósofos, etc. En ellos está el alma de Grecia antigua, *eterna maestra* del mundo civilizado. En primer lugar deben leerse las epopeyas homéricas, la *Ilíada* y la *Odisea* «panorama el más acabado, eco fiel de los primeros tiempos históricos» de aquella raza creadora de maravillas. Ambas epopeyas han sido varias veces traducidas al castellano, pero las traducciones más fieles y exactas son las del doctor Segalá — la *Ilíada* (Barcelona, Montaner y Simón,

1908, un vol.) y la *Odisea* (idem id., 1910, un vol.). — Bajo la dirección del citado helenista, se publicó en Barcelona una «Biblioteca de autores griegos y latinos», en la que figuran las principales obras de los grandes escritores griegos y romanos. Hay, además, la colección de *Clásicos griegos*, publicada en Madrid por la librería Hernando con el título de *Biblioteca clásica*. Los grandes historiadores griegos están traducidos al castellano:

HERODOTO: *Los nueve libros de la historia*, trad. del P. Bartolomé Pou, reimpresión (Madrid, 1898, 2 vol., *Biblioteca clásica*). — Herodoto (480-425 antes de J. C.)

nos ha dejado el relato de las *guerras médicas*. El fondo esencial de su obra lo constituyen los hechos políticos y militares. Es Herodoto un narrador incomparable, sincero, famoso por sus anécdotas, descripciones y detalles pintorescos. Su relato está plagado de mitos y leyendas novelescas, y, si bien no es verdadero en los detalles, el colorido es maravilloso y real. Léase, especialmente, la enumeración de las tropas de Xerxes, cuya variedad de trajes y armamentos es uno de los cuadros más felices de la obra. Véase, no obstante, acerca del valor de Herodoto, el libro de A. Hauvette *Hérodote historien des guerres médiques* (París, Hachette, 1894).

TUCÍDIDES: *Historia de la guerra del Peloponeso*, trad. de Gracián, reimpresión (Madrid, 1889, 2 vols., *Bibl. clás.*). — Tucídides (480-395), cuyo relato comprende los veinte primeros años de la guerra llamada del Peloponeso (431-411), es el mejor historiador griego. Espíritu práctico, positivo, incrédulo, observador, hombre instruido en la política y ciencia militar, imparcial, enamorado de la verdad, sin más preocupación que comprender racionalmente las cosas y los hombres, cuidadoso de la cronología, convencido de la importancia del factor geográfico, solícito en aquilatar el valor de los documentos que utiliza, escritor claro, vigoroso, expresivo, es un historiador en el moderno sentido de la palabra.

XENOFONTE: *Las helénicas e historia griega*, trad. de Soms y Castellín (Madrid, 1888, un vol., *Bibl. clás.*); IDEM, *Historia de la entrada de Ciro el menor en Asia y los diez mil griegos que fueron con él*, trad. de Gracián (Madrid, 1892, un vol., *Bibl. clás.*). — La primera de estas dos obras es continuación del relato de Tucídides hasta el año 362 antes de J. C.; la segunda, conocida con el nombre de *Anábasis*, es interesante para el estudio de la historia militar. Xenofonte (430-352), militar, político y moralista, imitador de

Tucídides, y notable historiador (lo mejor de sus escritos históricos son los dos primeros libros del *Anábasis*), es celebrado singularmente como prosista.

PLUTARCO: *Las vidas paralelas*, traducción de Ranz Romanillos (Madrid, 1900, 5 vols., *Bibl. clás.*); Plutarco (50-125 después de J. C.) fué un filósofo moralista. Su obra es una galería de retratos que abarca casi toda la historia de Grecia (y la de Roma), desde los tiempos fabulosos hasta las luchas por la independencia nacional. Aunque en ellas predomina la intención moral y carece de crítica, es Plutarco un excelente narrador, y sus *Vidas paralelas* ofrecen condensada la historia, haciéndola asequible a quienes gustan de lo individual y concreto. La trascendencia educativa de Plutarco es extraordinaria.

ARRIANO: *Historia de las expediciones de Alejandro*, trad. de Baraibar (Madrid, 1897, un vol., *Bibl. clás.*). — Arriano (siglo II después de J. C.) imitó a Xenofonte. No fué un gran historiador, pero su obra, hecha sobre los relatos de Ptolomeo y Aristóbulo, contemporáneos de Alejandro Magno, es el mejor documento que existe acerca del héroe de Macedonia. El libro del escritor romano Quinto Curcio, *De la vida y acciones de Alejandro el Grande* (trad. de Ibáñez de Segovia, Madrid, 2 vols. de la *Bibl. clás.*), es la leyenda de Alejandro Magno contada en brillante estilo.

Una excelente edición de los clásicos griegos se publica actualmente, con traducción catalana, en Barcelona, Institución Bernat-Metge.

La historia de Grecia ha sido, principalmente en los tiempos modernos, objeto de numerosos trabajos, monografías y obras generales, traducidas algunas de éstas al castellano. Pueden verse como más importantes: E. Curtius: *Historia de Grecia*, trad. de A. García Moreno (Madrid, 1887-1888, ocho vols.); V. Duruy: *Historia de los griegos desde los*

tiempos más remotos hasta la reducción de Grecia a provincia romana, trad. de E. L. de Verneuil (Barcelona, 1890-1891, Montaner y Simón, 3 vols.); J. F. Hertzberg: *Historia de Grecia y Roma* (t. II de la *Hist. univ.* de G. Oncken). Entre los autores españoles que han escrito acerca de Grecia figuran: Morayta: *Historia de la Grecia antigua* (Madrid, 1883, 2 vols.); J. Ramón Mélida: *Historia del arte griego* (Madrid, la expresada ed. en 8.º). — Tenemos también traducciones de algunos buenos manuales para el estudio de Grecia, v. gr., *Minerva. Introducción al estudio de los autores clásicos* de Gow y S. Reinach, trad. de D. Vaca (Madrid, D. Jorro, 1911); Fustel de Coulanges: *La ciudad antigua. Estudio sobre el culto, el derecho, las instituciones de Grecia y Roma*, trad. de M. Ciges Aparicio (Madrid, D. Jorro, 1908), libro encantador.

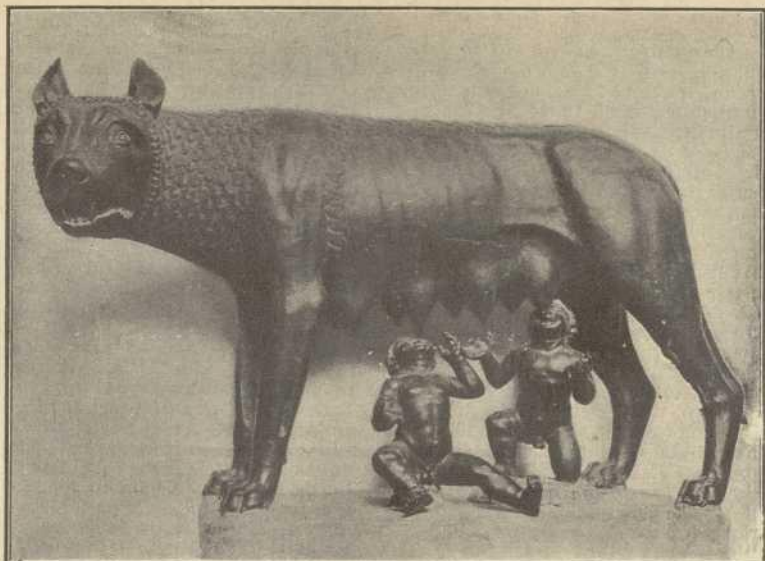
Fuera de estas obras hay que recurrir al extranjero, donde la Grecia es objeto de la asidua aten-

ción de los hombres de ciencia. La bibliografía es vastísima. Para orientarse es un admirable instrumento de trabajo el *Manuel de philologie clasique* de S. Reinach (París, Hachette, 2 vols.), y singularmente el eruditísimo libro de L. Laurand: *Manuel des études grecques et latines* (París, Picard, 1913-1921), del cual ha empezado a publicarse una traducción castellana (D. Jorro, Madrid), obra que puede calificarse de indispensable para leer, con algún fruto, los escritores clásicos.

Museos. — Los museos más interesantes para el estudio de las antigüedades griegas son:

Los de la Acrópolis y el Central en Atenas; los de *Delfos* y *Olimpia* (Grecia); el *Museo británico* en Londres, el *Louvre* en París, los de Munich y Berlín en Alemania, los del *Valicano* y de las *Termas* de Roma, y el de Nápoles. En España el *Museo de reproducciones* y el *Arqueológico nacional* en Madrid; los de Gerona y Barcelona por los restos de Ampurias.

BIBLIOTECA
1893



LA LOBA CAPITOLINA (*Museo del Capitolio*).

EL PUEBLO ROMANO

LOS ORÍGENES

Italia: pueblos primitivos. — Italia es una península extendida desde los Alpes hasta la costa norte de Africa, entre el Adriático al este y el mar Tirreno al oeste. Comprende dos regiones muy distintas: Italia continental e Italia peninsular. La primera, que los antiguos llamaron Galia cisalpina, es la llanura del Po, comprendida entre los Alpes y el Apenino; la segunda es la península rectangular, surcada de norte a sur por este último sistema montuoso, que la

divide en dos vertientes: la del Adriático y la del Mediterráneo. En esta última se forman llanuras más extensas: la Etruria, el Lacio, la Campania, regadas por el Arno, el Tíber y otros ríos. El clima y las producciones de Italia son análo-



MAPA DE ITALIA ANTIGUA

gos a los de Grecia, pero no el litoral. Menos recortado y salubre que aquél, favorece menos la vida marítima, razón por la cual Roma no fué un país comerciante y expansivo. Si dominó el mundo fué por otras razones, en las que influyó sin duda su situación central en el Mediterráneo, entre oriente y occidente. La naturaleza montuosa del país favoreció,

como en Grecia, la existencia de pueblos independientes: los etruscos, los sabinos, umbríos, samnitas, latinos y griegos.



SARCÓFAGO ETRUSCO (Mus. arq. de Florencia).

Estos últimos, por medio de las florecientes colonias de Cumas, Síbaris, Crotona, Tarento y otras, cuya situación en Italia meridional motivó el nombre de *Magna Grecia*, fueron, con los etruscos, los pueblos que mayor influencia ejercieron en Roma.

Los etruscos.—Los etruscos, pueblo misterioso, de origen e idioma ignorados, formaban una confederación de elementos diversos, nacida de la mezcla de emigrantes lydios (Asia Menor) con los aborígenes que habitaban la región que hoy se llama Toscana, entre el Tíber, el Arno y el Apenino.

Organizados en ciudades o estados independientes, practicaban el comercio y la piratería, adoraban dioses o espíritus infernales (Charón, Tuchulcha) y las almas de los muertos, ofreciéndoles sacrificios. Practicaron las artes adivinatorias, conocieron la explotación minera y fabricaron armas, utensilios y adornos de hierro, cobre y oro. Los numerosos restos que nos han dejado,



SARCÓFAGO ETRUSCO DEL SIGLO VI ANTES DE J. C. (Museo Británico)

muros de ciudades, ruinas de templos, grandes tumbas adornadas con pinturas y relieves, estatuas, sarcófagos, alhajas, etc., atestiguan una civilización original, a la vez que demuestran haber estado los etruscos en posesión de

un arte propio, que, si bien es un reflejo del arte griego, está impregnado de elementos indígenas, que habían de perpetuarse y dar personalidad al arte de los romanos. Durante mucho tiempo han tenido celebridad los *vasos etruscos*, de arcilla negra pintada de rojo; pero los especialistas afirman que esta cerámica fué importada de Grecia.

El Lacio y sus habitantes. — El *Lacio* es un país volcánico, malsano, situado al sur del Tíber. Sus habitantes, los *latinos*, vivían dedicados al pastoreo y a la agricultura. Vecinos de los etruscos y de los griegos, habían ido civilizándose bajo la influencia de aquellos dos pueblos. Habían pequeñas *plazas fuertes* (acrópolis) situadas en lo alto de las colinas. Cada agrupación independiente había constituido un gobierno, llamado *res publica* (cosa del pueblo) o *civitas* (ciudad). Una de aquéllas fué la famosa *Roma*.

Fundación de Roma. — El origen de Roma, como el de casi todas las ciudades históricas, se ignora; pero la celebridad que alcanzó con el tiempo hizo que se inventaran leyendas para explicarlo. Atribuían los romanos a Rómulo la fundación de su ciudad, el 21 de abril del año 753 (antes de J. C.), cuyo aniversario celebraban con una ceremonia religiosa.

Los primeros siglos de la historia de Roma andan envueltos en leyendas, a las que daban crédito los romanos, porque eran para ellos un medio de explicarse los monumentos que veían y los usos que practicaban.

Famosa es la leyenda de la fundación de Roma.

«Había en el Lacio una ciudad llamada Albalonga, cuyos reyes descendían del troyano Eneas, refugiado en Italia después del incendio de Troya. El rey Amulio, que había sido destronado por su hermano Numitor, tenía una hija llamada Rea Silvia, sacerdotisa del templo de Vesta, la cual, habiendo inspirado una pasión al dios Marte, concibió y dió a luz dos gemelos: Rómulo y Remo. Numitor para deshacerse de ellos, los arrojó al Tíber en una canastilla que, flotando por la corriente, se detuvo a la sombra de una higuera al pie del monte Palatino. Amamantados allí por una loba, fueron recogidos por un pastor, y enterados más tarde de su origen, tomaron venganza de Numitor, reponiendo en el trono a su abuelo Amulio.

La monarquía romana. — Admitían los romanos que su ciudad, en un principio, había sido gobernada por siete reyes:

Rómulo, que, después de haber dado muerte a su hermano Remo, pobló la ciudad dando asilo a fugitivos y bandidos, y arrebatando a los sabinos sus mujeres. Por sus luchas contra los pueblos vecinos del Lacio mostró su carácter guerrero y su política invasora, siendo a su muerte divinizado con el nombre de *Quirino*.

Numa Pompilio, segundo rey, a quien se atribuyó la organización del culto con sus templos, ritos y sacerdocio.

Tulo Hostilio, que disciplinó el ejército y destruyó a *Albalonga* después del combate de los *Horacios* y *Curiacios*.

Anco Marcio, que ensanchó la ciudad de Roma y abrió el puerto de Ostia en la desembocadura del Tíber.

Los tres últimos reyes fueron extranjeros, procedentes de Etruria:

Tarquino el antiguo, que embelleció la ciudad de Roma, comenzó la construcción del Capitolio y el gran circo para los espectáculos públicos.

Servio Tulio fué un organizador; rodeó la ciudad de un nuevo muro que cerraba las *siete colinas*; formó el censo dividiendo el pueblo en cuatro tribus (circunscripciones territoriales) y el ejército en centurias.

Tarquino el Soberbio hízose odioso por su despotismo. Sus excesos y el ultraje que su hijo *Sextus* infirió a la virtuosa Lucrecia, promovieron una revuelta popular que desterró de Roma a los Tarquinos, proscribiendo para siempre la monarquía.

Tal es, en resumen, la historia tradicional o legendaria de los primitivos reyes de Roma.

Constitución primitiva de Roma. — Esta famosa ciudad fué, en sus comienzos, un pequeño pueblo guerrero, establecido sobre diminuto territorio. Sus habitantes formaban agrupaciones llamadas *gens*, unidas por vínculos de origen o parentesco real o supuesto. Cada *gens* obedecía a un jefe, *pater* (padre), que a la vez era sacerdote, juez y caudillo. Los individuos pertenecientes a una *gens* llamáronse *patricios*, bajo cuyo amparo vivían otros hombres libres, pero sin fortuna, constituyendo lo que se llamó la *clientela*. Pa-

tricios y clientes, únicos en el disfrute de derechos y prerrogativas civiles, políticas y religiosas, formaron el *populus romanus*, del que excluyeron a la multitud (compuesta probablemente de extranjeros), llamada *plebe*.

Los jefes de cada *gens* formaron el *senado*, que compartía la autoridad con el jefe supremo, *rey* o *cónsul*. Grupos de varias *gens* constituyeron la *curia*. Se hacían las leyes mediante el voto por mayoría de las *curias* (*comitia curiata*), considerado como el *voto del pueblo*.

La ciudad romana se consolidó con la unión de tres tribus latinas: los ramnenses, ticienses y luceres, defendiéndose primero de los estados comarcanos e invadiéndoles después, a medida que creció en población y poderío militar, hasta hacerse dueña del centro de Italia.

LA REPÚBLICA ROMANA

República romana. — La *República romana* fué instituída a fines del siglo VI antes de J. C. (1). El cambio de monarquía en república no produjo, en un principio, modificación alguna en las instituciones sociales y políticas de Roma, quedando reducido a que, en vez de un monarca vitalicio, ejercieron el poder ejecutivo dos funcionarios, o *magistrados* (2), elegidos anualmente, llamados *cónsules*.

Instituciones políticas de Roma. — Las instituciones políticas principales de la república romana fueron: el *consulado*, la *dictadura*, el *senado* y los *comicios*.

Los *cónsules* ejercían simultáneamente el poder absoluto llamado *imperium* (es decir, el mando). Acaudillaban el ejército, administraban justicia, convocaban y presidían las asambleas, tenían derecho de vida y muerte sobre los ciudadanos. Como símbolo de su poder salían precedidos de doce *victores*.

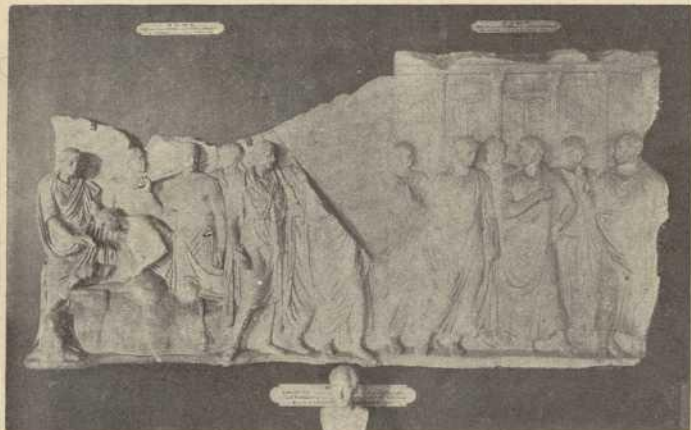
Los *dictadores* eran funcionarios investidos de igual o mayor poder que los *cónsules*, a quienes reemplazaban en circunstancias extraordinarias. Pasado el peligro que motivaba su estancia en el poder debían abdicar.

El *senado* era una asamblea formada por los jefes de las familias patricias y por los antiguos magistrados. Aunque no tenía propiamente el *poder legislativo*, sus decisiones tuvieron fuerza de ley, con el nombre de *senadoconsulto* (*senatus consultum*) y sus atribuciones eran numerosas, viniendo a dirigir de hecho la república.

(1) Señálase el año 507 o 510 antes de J. C., indistintamente, como fecha de la instauración de la República.

(2) La palabra *magistrado* ha de entenderse sinónima de alto funcionario público.

Los *comicios* eran *asambleas populares*, convocadas por el Gobierno (cónsules, pretores o dictadores), con objeto de obtener el asentimiento del pueblo en aquellos asuntos de grave interés para la república (v. gr., nombramiento de los cónsules, pretores, dictadores, medidas legislativas, judiciales, militares, etc.). Hubo diversas clases de comicios: comicios por tribus (*tributa*), por curias (*curiata*) y por centurias (*centuriata*). Los principales fueron los *comicios centuriados*,



ARÚSPICE EXAMINANDO LAS ENTRAÑAS DE LA VÍCTIMA (Mus. del Louvre).
(Fot. Braun, obtenida ex profeso).

asamblea militar formada por ciento noventa y tres centurias, de cien hombres cada una; pero como el ejército no constituía una *clase* o cuerpo especial en el Estado, sino que en él entraban todos los ciudadanos, los comicios centuriados fueron la representación del pueblo.

A partir del siglo V antes de J. C. creáronse nuevas magistraturas o cargos públicos, a saber: los *censores*, que ce laban por las costumbres, empadronaban a los ciudadanos, clasificándoles con arreglo a su fortuna, y administraban el tesoro público; los *pretores*, encargados de administrar justicia; los *ediles*, que cuidaban de la policía urbana, etc.

Religión e instituciones religiosas de Roma. — Los romanos eran muy supersticiosos. Creían en *espíritus invisibles*, localizados en las montañas, los ríos o los bosques, y en divinidades directoras de una determinada especie de fenómenos, v. gr., *Júpiter*, dios del cielo, protector de Roma; *Neptuno*, dios del mar; *Venus*, diosa de los jardines, de la belleza y del amor, etc. Creían también en divinidades especiales, que presidían determinados actos de la existencia: *Lucina*, diosa del nacimiento; *Fabulinus*, dios que inspira las primeras palabras a los niños; *Catius*, dios de la habili-



SACRIFICIO LLAMADO SUOVETAURILLA (Friso del

dad; *Sentia*, diosa de los buenos consejos, etc. Invocaban los dioses *lares* y *penates* protectores de la familia, y los *manes* o espíritus de los antepasados. Como seres divinos, adoraron, personificándoles, la Paz, la Victoria, la Concordia, la Juventud, la Esperanza, la Fortuna, etc., llegando a imaginar los animales, las flores y los frutos bajo la protección de dioses especiales.

Con el tiempo desaparecieron las primitivas creencias, fijándose, en cambio, las referentes a los dioses Júpiter, Juno, Diana, Marte, Minerva, Ceres, etc., que fueron asimiladas a análogas divinidades helénicas. Bajo la influencia de la filosofía griega desapareció también la fe en aquellos supuestos dioses, conservándose únicamente las prácticas del culto, introduciéndose en Roma los cultos orientales de Mithra, Osiris, etc., hasta que triunfó el cristianismo.

El culto no fué para los romanos la expresión del amor a la divinidad, sino el acto de implorar un beneficio a cambio de una ofrenda, quedando reducido a sacrificios, fiestas y otros ritos. Practicaron sacrificios humanos y sacrificios de animales. El más solemne era el llamado *suovetaurilia*.

A diferencia de los griegos, no imaginaron ni representaron a sus dioses en forma humana, sino que los concibieron únicamente como manifestaciones de una fuerza divina (*numen*); pero, con el tiempo, adoptaron los dioses de Grecia y de otros muchos pueblos.



templo de Neptuno. — Fot. Braun, obtenida ex profeso)

Para el servicio de los templos hubo en Roma sacerdotes. En un principio todos los ciudadanos fueron miembros del culto: los *pater familias*, rey, cónsul, dictador, etc., en general todos los magistrados. Hubo después cuerpos sacerdotales, pero no formaron jamás casta aparte, limitándose al papel de funcionarios públicos, encargados de cumplir por cuenta del Estado determinadas ceremonias. Gozaban de gran consideración y eran elegidos como los demás magistrados de la república, corriendo a su cargo la formación del calendario, intervenir en los casamientos, etc. Hubo los *flamines*, que encendían la llama del altar destinado al sacrificio y sacrificaban la víctima; los *augures*, que consultaban la voluntad de los dioses o pronosticaban en las ceremonias públicas; los *feciales*, que declaraban las guerras; los *pontífices*, encargados del calendario, distinguiendo los días *fastos*

y nefastos, etc. El gran pontífice era uno de los principales personajes de Roma.

Rindieron los romanos culto al fuego y a las almas de los difuntos, practicando cada familia, en la persona del padre, sus ritos especiales. Hubo en Roma el santuario de Vesta, diosa del hogar, cuyo símbolo, el fuego sagrado, era mantenido constantemente por unas sacerdotisas llamadas *vestales*.



VESTAL (Mus. de las Termas).

Discordias entre patricios y plebeyos.—Desde los primeros tiempos la clase patricia y la plebeya de Roma estuvieron en discordia, porque la primera, escudándose en las creencias religiosas, pretendía reservarse el disfrute de las magistraturas, los despojos de las conquistas y el ejercicio exclusivo de los derechos civiles y políticos. Durante dos siglos ardió enconada lucha, cuyos episodios son mal conocidos, habiéndolos narrado los mismos historiadores romanos por célebres leyendas (1).

Consiguieron primeramente los plebeyos la institución del *tribunado*, magistratura reservada a la plebe para velar por sus derechos, inviolable y autorizada para anular con su *veto* los acuerdos del Senado.

Más adelante, y tras nuevas luchas, consiguieron los plebeyos sucesivamente ser admitidos a la *censura*, al *consulado* y a la *pretura*; la ley *canuleya* autorizó sus matrimonios con los patricios; los *plebiscitos* o *asambleas por tribus*, de creación plebeya, tuvieron fuerza de ley, y a medida que los privilegios de los patricios iban siendo abolidos, alcanzaban los plebeyos todas las magistraturas, incluso las religiosas, llegando de este modo a la plena igualdad de derechos con los patricios.

(1) De aquellos siglos de lucha entre patricios y plebeyos no conocían los romanos, con certeza, más que los nombres de algunos magistrados y algunas fechas; pero contaban una serie de famosas leyendas, como la *retirada de los plebeyos al monte Aventino*, la de *Coriolano*, la de *Virginia*, etc. Pueden leerse en Tito Livio (véase la BIBLIOGRAFÍA).

En lo sucesivo no hubo más diferencia social que entre ricos y pobres, entre los antiguos magistrados y los simples particulares.

Primeras guerras de la República romana. — Durante cinco siglos estuvo Roma en constantes guerras con los pueblos de Italia, con los *volscos*, *equos* y *veientes*; con los *galos*, habitantes de la llanura del Po (*Galia cisalpina*); con los *samnitas* y con *Tarento*, que llamó en su ayuda a *Pirro*, rey del Epiro.

El ejército romano, dividido en legiones de cuatro a seis mil hombres, estaba constituido por ciudadanos equipados a sus expensas, recibiendo los soldados sueldo y parte del botín.

En todas estas guerras, que al cabo la hicieron dueña de Italia (266 antes de J. C.), ostentó Roma su imperturbable propósito de subyugar a los pueblos, su firme organización militar, su política astuta y la severidad de sus costumbres.

LAS CONQUISTAS DE ROMA

Guerras púnicas. — Fueron las sostenidas entre Roma y Cartago (264-146 antes de J. C.). Su causa fué la rivalidad entre ambas Repúblicas; ambiciosa la primera de la dominación universal y codiciosa la segunda del poderío y comercio de los mares.

Cartago. — Fué una colonia fundada por los fenicios en el norte de Africa. Los cartagineses, como sus predecesores del Oriente, fueron atrevidos navegantes y ávidos mercaderes. Tuvieron por dioses a Baal-Moloch y otros feroces ídolos, cuya cólera pretendían aplacar con cruentos sacrificios humanos. El gobierno cartaginés, análogo también al de las ciudades fenicias, lo constituían dos *sufetas* (jueces), un senado de ancianos y la asamblea del pueblo, menos autorizada que en Roma y las ciudades griegas. El ejército, formado de aliados y mercenarios de toda procedencia, fué propenso a la rebelión o dispuesto a servir de instrumento a los caudillos militares.

Primera guerra púnica. — Desde el siglo VI Roma y Cartago vivieron en buena armonía, celebrando tratados comerciales para asegurar sus respectivas conquistas, hasta que, habiendo llegado Roma a estar en posesión de la Magna Grecia, codició la isla de Sicilia, fértil granero de la antigüedad. La ocasión de la lucha fué el auxilio que dieron los romanos a los *mamertinos*, tribu siciliana en conflicto con Siracusa, ciudad aliada de los cartagineses.

Improvisando una flota pasaron los romanos a Sicilia, destruyendo la armada enemiga. El cónsul *Régulo* invadió el Africa, pero fué derrotado y muerto. Victoriosos de nuevo los romanos en las *islas Égatas*, y temiendo los cartagineses

la ruina de su comercio, pidieron la paz, que obtuvieron cediendo a Roma la posesión de Sicilia y una suma de 2,000 *talentos*.

Segunda guerra. — La segunda guerra púnica empezó veinte años después. Durante este período los romanos se apoderaron de la *Galia cisalpina*, y, aprovechando los desórdenes de Cartago, cuyas tropas se habían sublevado, se anexionaron también Córcega y Cerdeña.

Amílcar Barca, general cartaginés, jefe de un partido que ardía en deseos de hacer la guerra a Roma, fué enviado a España, rico país que podía resarcir a Cartago de la pérdida de Sicilia y satisfacer las bélicas empresas que repugnaban a un gobierno de mercaderes pacíficos, únicamente preocupados en enriquecerse. Después de fundar un efímero imperio, y derrotado por los hispanos, no pudo Amílcar realizar

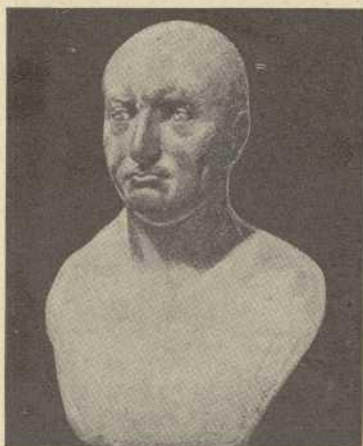


ANÍBAL (?) (Villa Albani).

su proyecto; pero su hijo *Aníbal*, el «héroe de las guerras púnicas», sitia a Sagunto, ciudad española aliada de Roma, pisa sus gloriosas ruinas y, despreciando la declaración de guerra a los romanos, atraviesa los Pirineos y los Alpes y desciende sobre la *Galia cisalpina*. Derrota a sus enemigos en el *Tesino*, en el *Trebia*, en el *Trasimeno* y en *Cannas*; Roma, consternada, recobra su energía, preparándose a resistir, mientras el cartaginés reposa en *Capua*. Pide Aníbal refuerzos a Cartago, que se los niega; llama a su hermano *Asdrúbal*, quien, acosado en España por los *Scipiones*, no le socorre, hasta que pudiendo traspasar los Pirineos llega, por los desfiladeros de los Alpes, a la *Cisalpina*, donde, a orillas del *Metauro*, es destrozado por el cónsul Nerón y arrojada su cabeza al campamento de Aníbal.

Tres años se sostiene éste con inaudito valor y pericia en los *Abruzzos*; pero llamado al Africa, que había invadido el romano Publio Cornelio Escipión Emiliano, traba con él la batalla de *Zama*; queda vencido y suscribe una paz humillante para Cartago, que le prohíbe tomar las armas sin permiso de sus vencedores.

Tercera guerra y destrucción de Cartago. — Medio



ESCIPIÓN EMILIANO (Museo Capitolino).

siglo después de la batalla de *Zama* había recobrado Cartago su prosperidad, que los romanos veían con envidia. Agredida la república cartaginesa por el rey númera *Masinisa*, quiso defenderse; pero, ligada por el tratado anterior, no pudo hacerlo sin una desigual lucha con Roma. Aprovecháronse los romanos del pretexto con evidente mala fe, y cumpliendo el fallo de Catón, *delenda est Cartago* (1), tomaron por asalto esta ciudad tras desesperada y heroica resistencia, y P. Escipión «el Africano» la incendió, arrasó e hizo

surcar con el arado, declarándola *tierra maldita*, y su territorio provincia romana (146 años antes de J. C.).

Conquista de la península Ibérica. — Aníbal, para combatir a Roma, había sacado sus fuerzas de España y otros países. Con objeto de combatir a los cartagineses y a sus aliados, Roma ocupó la Provenza y España. La invasión de los romanos en nuestro país fué, por consiguiente, una consecuencia de las guerras púnicas.

Expu'sados de España los cartagineses, empezó Roma la dominación de nuestra Península sofocando con la vio-

(1) Catón había estado en Cartago como embajador. Celoso de las riquezas de la república rival, terminaba todos sus discursos ante el Senado romano exclamando: *Cartago debe ser destruida*.

lencia o la perfidia las tentativas de independencia de *Viriato* y de los heroicos numantinos, que más de una vez humillaron a las terribles legiones. Ardua y difícil fué, sin embargo, para Roma la conquista de España, no llegando a someterla completamente hasta los tiempos de Augusto.

Conquista del Oriente. —Los reinos del Oriente, Grecia, Macedonia, Syria, Egipto, etc., fragmentos del imperio de Alejandro Magno, debilitados por las luchas políticas y enervados por el lujo y la molicie, excitaron la codicia de Roma. Poniendo en práctica la máxima política *divide ut imperes* (divide y vencerás), intervino en sus querellas, preparando la diplomacia el éxito de las operaciones militares.

De todos aquellos reinos el más temible era el de Macedonia, cuyo rey *Filipo*, aliado de Aníbal, pretendía reconstituir el imperio de sus gloriosos antecesores. Roma lo impidió, declarándose protectora de Grecia y de Egipto, venciendo al macedonio en *Cynocéphalos* y *Pydna*, pasando de este modo Macedonia a ser provincia romana (168).

Algunos años después intervino Roma en Grecia, desgarrada por luchas intestinas (ligas *etolia* y *aquea*), anexionándose el país tras cruentas guerras (146); a la vez que *Antioco*, rey de Syria, por haber dado asilo a Aníbal y, siguiendo sus consejos, hecho la guerra a los romanos en Grecia, era derrotado en *Magnesia del Sipylo*, por Lucio C. Escipión (el asiático), y obligado a reconocer la soberanía de Roma. El Egipto fué conquistado más tarde.

De este modo llegó Roma a dominar en las tres penínsulas del Mediterráneo, en las costas de Asia Menor y Africa del norte, pudiendo los romanos llamar a este mar *mare nostrum*.

Divide ut imperes - Magnesia

LAS LUCHAS POLITICAS EN ROMA

La vida privada en Roma. — Desde los orígenes hasta el siglo I antes de J. C., la vida privada de los romanos fué en extremo sencilla. En tiempo de paz vivían en el campo, entregados a las apacibles tareas agrícolas, dejando el cultivo de las artes y la práctica de las industrias a los extranjeros y a los esclavos. Miraban los intereses del Estado como propios, habitaban en viviendas sencillas y modestas, vestían sin lujo, de manera análoga a la de los griegos, y sus costumbres eran austeras y dignas. La mujer gozaba de mucha consideración en la sociedad y en la familia, celebrándose con gran pompa los funerales y los banquetes.

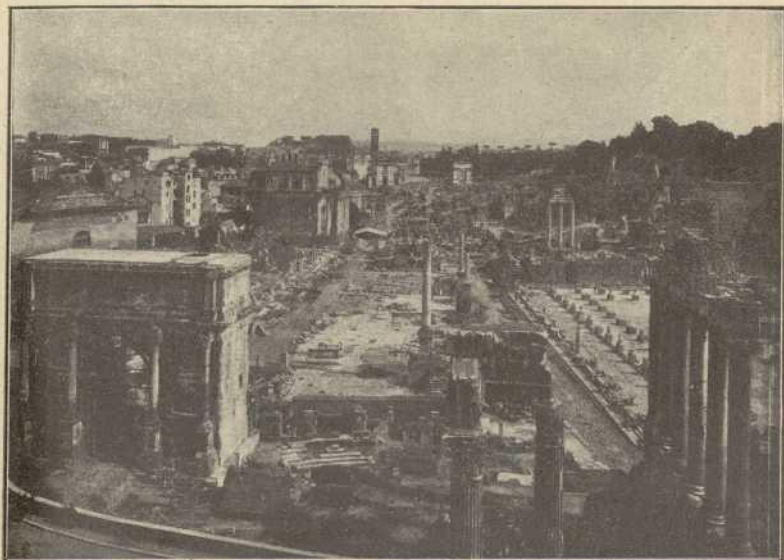
Vida pública: la sociedad romana. — Roma fué una república aristocrática. Aunque todos los ciudadanos eran iguales en derecho, no lo eran *de hecho*. Existían tres categorías sociales: los *nobles*, los *caballeros* y los *plebeyos*.

Los *nobles* se consagraban al ejercicio de las magistraturas y cargos públicos, enriqueciéndose con la administración de las provincias. Los *caballeros* formaban una aristocracia encumbrada con el monopolio de las empresas comerciales y bancarias. Los *plebeyos*, pequeños propietarios arruinados por las deudas o por la guerra, abandonaron el campo, yendo a engrosar el proletariado de las ciudades, vendiendo sus votos a los ricos.

La gran masa del pueblo romano estuvo, en un principio, compuesta de pequeños propietarios rurales; pero cuando Roma se lanzó a lejanas guerras, fuera de Italia, los campesinos desaparecieron, sus campos yermos fueron vendidos a vil precio a unos pocos ricos,

quedando concentrada la propiedad en muy pocas manos, constituyéndose así las grandes propiedades llamadas *latifundios*, de los que cuidaban los esclavos y los extranjeros (los bárbaros).

La actividad política en Roma se concentraba en el *Forum*, mercado, plaza rectangular situada entre el Palatino y el Capitolio. Allí, en un palacio llamado *curia*, cele-



EL FORO DE TRAJANO (Fot. Alinari).

braba sus sesiones el senado, famosa asamblea compuesta de trescientos a seiscientos miembros, escogidos por los *censores* entre los jefes de las familias patricias y los que habían desempeñado cargos públicos. El senado tenía a su cargo la administración de la república y la política extranjera.

Los magistrados eran elegidos y las leyes votadas por los *comicios* o asambleas del pueblo. Estas asambleas eran de tres clases:

La *asamblea curiata* o de los patricios, conservada únicamente para las cuestiones religiosas.

La *asamblea de tribus* o plebeya, convocada y dirigida por los *tribunos de la plebe*. Sus decisiones o *plebiscitos* tuvieron fuerza de ley.

La *asamblea centuriata* o de las centurias que componían el ejército. Elegía los cónsules y votaba las leyes. Reunióse en el *campo de Marte* y conservó durante mucho tiempo su carácter militar. Como el voto no era personal, sino por centurias, cuya mayoría la formaban las cons-



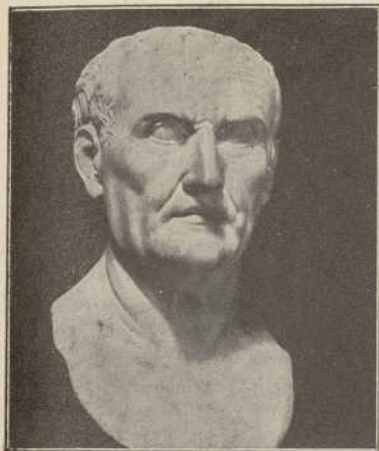
SENADORES ROMANOS (Relieve de la época de Augusto).

tituidas por *nobles* y *caballeros*, las clases ricas fueron las dominadoras, y la *igualdad política* sólo aparente.

Los *esclavos* no formaban parte del *pueblo romano*. Eran considerados como cosas, careciendo de todo derecho. Procedentes de todos los países sometidos, eran prisioneros de guerra a quienes se había perdonado la vida. A fines del siglo I antes de J. C. había en Roma novecientos mil. Se les sujetaba a toda especie de trabajos y humillaciones, pudiendo, sin embargo, llegar a adquirir la libertad.

Gobierno de las provincias. — Los países conquistados fuera de Italia formaron las *provincias romanas*. Estaban administradas de muy diverso modo, con arreglo a las circunstancias que habían determinado su sumisión a Roma.

Unas gozaban de gran consideración y libertad, otras estaban sujetas al despotismo de los *procónsules* y *propretores*; pero todas ellas sometidas al pago de impuestos y a la autoridad del representante del *Pueblo Romano*, contra cuyos abusos podía, en ciertos casos, apelarse.



MARIO (Escultura romana).

Consecuencias de las conquistas. — Las conquistas transformaron en Roma la vida privada y la vida pública. Puestos en contacto con los griegos y otros pueblos orientales, adoptaron los romanos muchas de sus costumbres, creencias, usos y supersticiones: la literatura, el idioma, la enseñanza, etc.

La aristocracia, enriquecida con los despojos de los vencidos y la administración de las provincias, se volvió ociosa y exigente, mientras el fausto y el lujo aniquilaron la moral, corrompiendo las costumbres. Desapareció la clase media y no hubo en Roma más que opulencia y miseria, «condiciones contrarias a la existencia de las virtudes cívicas».

Semejantes peligros no pasaron inadvertidos a algunos ciudadanos eminentes, que procuraron ponerles remedio, sin conseguirlo.



SILA (Bronce del Museo de Nápoles).

Revoluciones en Roma: los Gracos. — Durante las guerras exteriores, que iban añadiendo provincias a la república romana, vióse ésta agitada por internas disensiones políticosociales.

Tiberio y Cayo Graco, tribunos de la plebe, aristócratas, educados austeramente por su madre *Cornelia*, hija de Escipión el Africano, quisieron regenerar la sociedad, devolviendo a la clase media su dignidad e independencia por medio de *leyes agrarias*, que consistían en repartir, previa indemnización, entre los ciudadanos pobres (a razón de siete hectáreas por familia), antiguas propiedades del Estado (*ager publicus*) que, por sucesivos arrendamientos, habían pasado a posesión de los ricos, los cuales se habían acostumbrado a venderlas como suyas o transmitirlas a sus herederos.



POMPEYO (Museo Capitolino).

Ni la *ley agraria*, ni otras que propusieron los Gracos con elocuencia, para reformar la república, fueron aceptadas. Se opuso a ellas el senado, se atrajeron los reformistas el odio de los ricos, y se suscitaron tales tumultos, que los dos perecieron en las refriegas populares.

Dominación de la aristocracia: las dictaduras.

La oposición entre la aristocracia y la plebe (1), en apetitos e intereses, señala el fin de la república romana, tras prolongadas luchas, cuya historia no es más que la de algunos ambiciosos de genio que se disputaron el poder.

Fueron éstos, primeramente, Mario y Sila, caudillo el primero del bando popular y el segundo del patricio. Ambos ejercieron sucesivamente la dictadura en Roma, con igual despotismo y crueldad, ensañando las discordias y dando origen a larga guerra civil, que duró tanto como la república.

(1) La palabra *plebe* no significó en un principio *gente pobre*, sino *multitud* de gentes ricos y pobres de diversa procedencia (probablemente extranjeros), a quienes los patricios negaban la concesión de los *derechos de ciudadanía*; pero más tarde, cuando la desigualdad social no tuvo más fundamento que la fortuna, *plebe* significó *populacho*, es decir, multitud sin fortuna.

Alternaron las guerras de conquista en Oriente con los triunfos y reveses de Mario y Sila. Muerto aquél, prosiguieron la lucha sus partidarios, hasta que Sila, vencedor en reñidos combates, ejerció la *dictadura perpetua*, castigando a sus enemigos con la *proscripción*, la *confiscación* y los suplicios. Dió a Roma una fuerte constitución aristocrática, convirtiendo el senado en el principal cuerpo de la república. La soberanía popular quedó abolida, perdieron los tribunos el derecho del *veto* y los cónsules el mando del ejército.

No cesaron con esto los disturbios. El ejemplo de Sila, que se había apoderado del mando por la fuerza, tuvo sus imitadores. Los caudillos militares, tomando por pretexto las querellas de los partidos, se hicieron dueños del poder, ensangrentando la república con sus discordias.

Los triunviratos. — Se designan con este nombre las alianzas formadas entre sí por distintos caudillos civiles o militares, con objeto de repartirse el gobierno de la república romana.

El primero estuvo formado por *Pompeyo*, *César* y *Craso*.



CÉSAR

(Escultura del Museo Británico).

Pompeyo, llamado *el grande*, había peleado en el ejército de Sila, adquiriendo celebridad por sus victorias contra los esclavos sublevados por el hábil gladiador *Spartaco*, contra los *piratas* del Mediterráneo, contra los pueblos asiáticos enemigos de Roma y contra *Sertorio*, lugarteniente de Mario, que había sublevado a los españoles logrando establecer en nuestra península un gobierno independiente.

Se constituyó Pompeyo en defensor del senado, cambiando varias veces de partido, y debió su prestigio y su fuerza a su inmensa fortuna.

Cayo **J**ulio César, descendiente de una de las más ilustres familias de Roma, pródigo y disoluto, obtuvo algunos cargos públicos, dió pruebas de extraordinarios

talentos políticos y militares, de insaciable ambición, y se atrajo las simpatías del partido popular. Craso fué un ciudadano enriquecido con las confiscaciones de Sila, que venció a los gladiadores rebelados y aspiró al poder consular.

Estos tres personajes se repartieron, de común acuerdo, el gobierno de la república. César obtuvo el mando de las Galias, Pompeyo el de España e Italia, y Craso el de Oriente; pero, habiendo marchado a sujetar a los *partos* (habitantes de las orillas del Eufrates), perdió, derrotado por ellos, el ejército y la vida.

César hizo la guerra de las Galias en diez gloriosas campañas. Venció a los *helvecios*, *bretones* y otros muchos pueblos, hizo un desembarco en *Britania*, triunfó de las ligas que formaron los galos y los germanos, hizo prisionero al célebre defensor de la independencia de las Galias, *Vercingetorix*, en la gran batalla de *Alesia*, y sometió la Galia trasalpina y la Germania, sacando de estos países sus más valerosas legiones.

Mientras tanto, desgarrada Roma por un agitador llamado Clodio, quiso el senado que Pompeyo asumiera el poder; pero César, deseando ver ratificados sus poderes, propuso la abdicación de ambos, a lo que se negó Pompeyo, ordenando a César que licenciara las tropas. Este, por toda respuesta, *pasó el Rubicón* (1), dirigiéndose a Roma, de donde huyeron Pompeyo y el senado.

César persiguió a sus rivales hasta Grecia, derrotándoles en la batalla de *Farsalia*. Pasó después a Oriente, y deteni-



CABALLERO GALO
(Bronce del Museo de St. Germain).

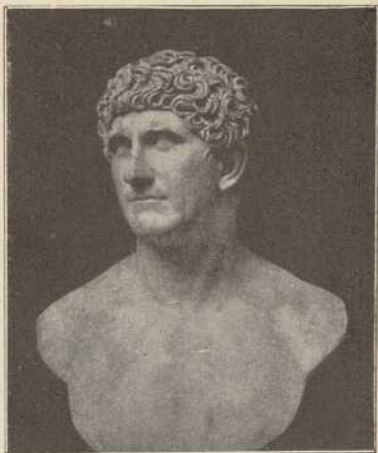
(1) El Rubicón es un riachuelo, afluente del Adriático, que limitaba el territorio colocado bajo el mando de César (NE. de la Cisalpina). El hecho de traspasarlo al frente de sus tropas equivalía para César a declararse en rebeldía. Desde entonces la frase *pasar el Rubicón* ha quedado como expresiva de declaración de guerra.

do en Egipto por las seducciones de la reina Cleopatra, libróse de ellas y corrió al Asia, a vengar la derrota de Craso, desde donde escribió aquellas famosas palabras: *veni, vidi, vici*.

Destrozó después al partido pompeyano en la batalla de *Tapso*, en Africa, y persiguiendo a los hijos de su rival en España, les venció en la reñida batalla de *Munda*, que puso fin a la guerra civil.

Dictadura de César.

Julio César, después de sus gloriosos triunfos, fué elegido dictador perpetuo.



MARCO ANTONIO (Museo del Vaticano).



CLEOPATRA (Museo Capitolino).

Acaparó las principales magistraturas, redujo el senado al papel de cuerpo consultivo, haciendo entrar en él a elementos provinciales, se desembarazó de la plebe, distribuyendo tierras, fundando colonias y emprendiendo grandes obras públicas. De carácter magnánimo, perdonó a sus enemigos, rehabilitando a los que se le sometieron. Fué un déspota bienhechor, que realizó una hermosa obra de paz, apoyándose en el pueblo. La aristocracia, creyendo restaurar el antiguo

orden de cosas, tramó una conjura dirigida por *Brutus* y, so pretexto de que César quería coronarse rey, le asesinaron sus enemigos, en pleno senado, el año 44 antes de J. C.

Fin de la República romana. — Fatigado el pueblo romano de guerras civiles y gobiernos anárquicos, y sobrecogido con la muerte de César, rechazó a sus asesinos, adhiriéndose a sus vengadores. Acaudilló a éstos *Marco Antonio*, antiguo lugarteniente del dictador; pero el joven *Octavio*, sobrino de César, se presentó como heredero de éste y supo ganarse la voluntad del senado, obteniendo el mando de un ejército para combatir a Antonio. Ambos caudillos, en vez de guerrear, se aliaron y, asociándose a *Lépido*, gobernador de la Galia Narbonense, formaron juntos el *segundo triunvirato*. Comenzaron los *triumviros* las *proscripciones*, sacrificando senadores y caballeros, entre otros muchos a Cicerón, el más elocuente orador romano. Perseguieron después a los fugitivos asesinos de César, derrotándolos en la batalla de *Filipos*.

Antonio, encargado del gobierno de Oriente, se dirigió a castigar el Egipto, que había suministrado socorros a *Brutus* y a los suyos; pero, cautivado por las artes de la reina *Cleopatra*, olvidó los intereses de Roma y su propio decoro.

Octavio, aprovechándose de las imprudencias de su rival, excitó la indignación de los romanos contra Antonio, induciéndoles a la guerra. En la batalla naval de *Actium* triunfó de su colega, quien murió trágicamente con *Cleopatra*. Rindióse su ejército al vencedor, quedando Egipto en poder de Roma y Octavio dueño de la república (30 antes de J. C.).

IMPERIO ROMANO

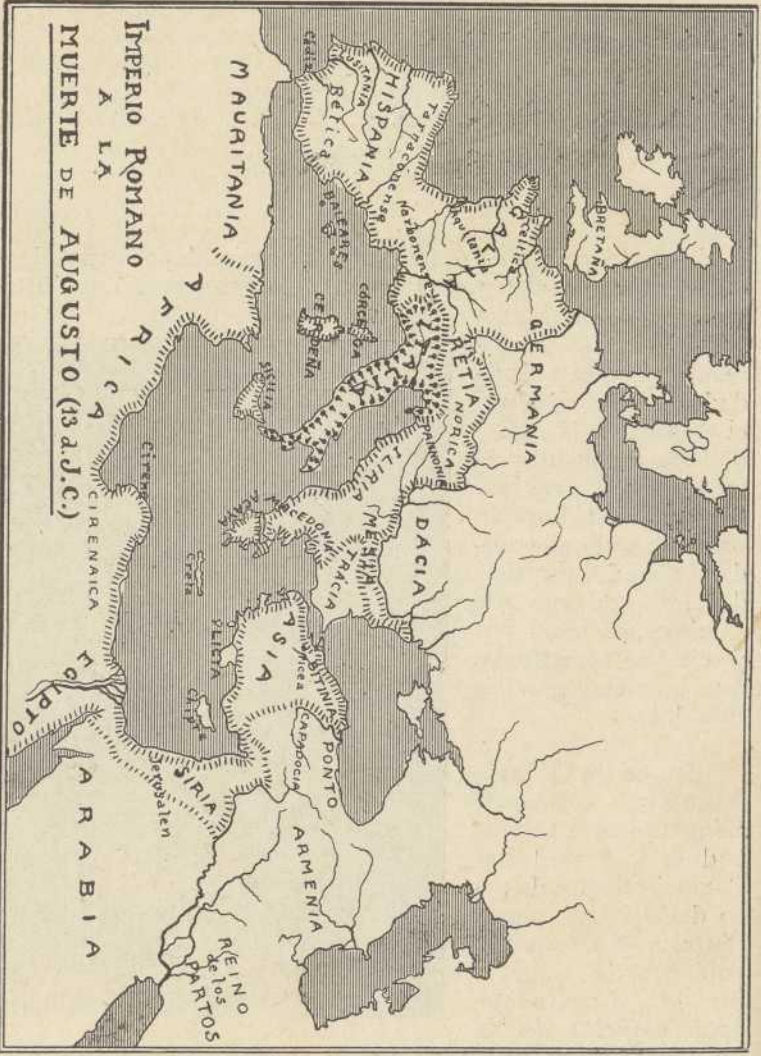
Imperio romano. — Se llamó *Imperio* al gobierno ejercido personalmente por *Octavio* y sus sucesores. Las instituciones republicanas subsistieron aparentemente, pero la autoridad fué ejercida por el emperador (1), aunque sin títulos ni prerrogativas regias. Abarcaba el imperio romano todo el mundo civilizado, con más de 120 millones de súbditos, y tenía por provincias territorios que hoy son grandes Estados.

Época de Octavio Augusto. — *Octavio César Augusto* asumió todos los poderes. Como *imperator* dispuso del ejército, como *cónsul* y *procónsul* del gobierno de Roma y de las provincias, como *príncipe del senado* dirigía a su gusto



AUGUSTUS IMPERATOR (*Museo del Vaticano*).

(1) *Imperator* era el título que llevaban los generales victoriosos con mando en el ejército.



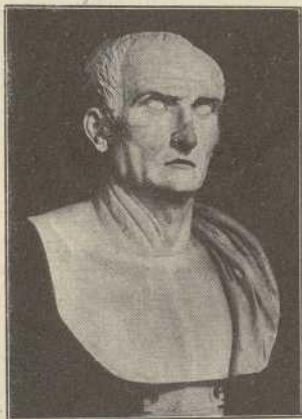
MAPA DEL IMPERIO ROMANO

aquella asamblea, como *tribuno* era inviolable y disponía del *veto*, como *ensor* vigilaba las costumbres y elegía los senadores, como *pontífice* era el jefe de la religión.

Supo Augusto hacer olvidar su ambición y sus atentados, dando a Roma sabias leyes y gobernando en beneficio de sus súbditos. Empezó grandes obras públicas, se propuso moralizar las costumbres, mejoró la administración de las provincias creando un cuerpo de funcionarios, llamados *legados*, con objeto de evitar las rapacidades de los antiguos procónsules; organizó el ejército para defensa de las fronteras del imperio; embelleció a Roma con monumentos, que de una *Roma de ladrillo* hicieron una *Roma de mármol*. Su protección a las letras, que dió a su siglo en la literatura latina el nombre de *siglo de Augusto*; su paz universal, llamada *octaviana*, interrumpida sólo por la derrota de sus legiones en Germania y por la resistencia de los *cántabros* españoles, y su clemencia política, secundada por amigos suyos, colaboradores de su obra, como *Agripa* y *Mecenas*, sosegaron las agitaciones de Roma. El

pueblo, deseoso de paz, se acostumbró al poder absoluto; surgieron en la *ciudad eterna* templos, teatros, columnas, arcos, pórticos y circos, y los cantos de Virgilio y Horacio formaron coro en alabanzas del Emperador, cuya dominación benéfica inauguró la *paz romana*.

Murió Augusto en Nola, el año 14 después de J. C. A su muerte fué deificado, instituyéndose ceremonias en su honor. Este *culto al emperador*, que todos los funcionarios y corporaciones del Estado rindieron, se llamó *apoteosis* y no fué más que un acto de acatamiento al nuevo régimen, una especie de lazo de unión o compromiso político, establecido para mantener unidos entre sí los elementos constitutivos del Imperio.



MECENAS (Louvre).

Sucesores de Augusto. — La autoridad imperial adquirida personalmente por Octavio no fué hereditaria, pero pasó por designación suya a su yerno *Tiberio*, y de éste a otros parientes más o menos cercanos de Octavio, hasta que, extinguida su descendencia, la elección de emperador quedó al arbitrio del ejército, singularmente de los *pretorianos*, cuerpo de tropas privilegiado, instituído para escolta del jefe del Estado. Como el nuevo régimen dió a las provincias una nueva era de paz y de justicia, las revoluciones que ensangrentaron a Roma no tuvieron eco en el Imperio. La púrpura impe-



PRETORIANOS (Louvre).



NERÓN (Museo del Vaticano).

rial fué generalmente envidiada por déspotas indignos, torpes o sanguinarios, juguete de las ambiciones y concupiscencias de los soldados de Roma, cuyo ejemplo, excitando la codicia de las legiones provinciales, entronizó el militarismo, que había de acabar con el Imperio.

La dinastía de Augusto la constituyen: *Tiberio*, *Calígula*, *Claudio* y *Nerón*.

Tiberio, no obstante sus talentos militares, juntó la crueldad a la hipocresía. Dió muerte a *Germánico*, vencedor de los germanos, premió a los delatores y prodigó castigos

a los reos de *lesa majestad*, haciendo perecer a numerosos senadores. Murió asesinado en su retiro de Capri, después de escandalosas orgías. — *Calígula*, por enfermedad o por índole perversa, cayó en la más extravagante tiranía, llevando su locura al extremo de hacer cónsul a su caballo.

Claudio, primer emperador proclamado por los soldados pretorianos, instituyó en favor de éstos el *donativo* en las proclamaciones. Tolerante con su impúdica esposa *Mesalina*, condenóla al fin a muerte, y casándose con la viuda *Agripina*, madre de Nerón, fué envenenado por ella.

— *Nerón*, benéfico en sus primeros años, compendió luego todas las monstruosidades de la tiranía. Su nombre ha quedado como epíteto aplicado a los más crueles tiranos. Hizo matar a su hermano *Británico*, a su esposa *Octavia*, a su maestro *Séneca*, a su propia madre *Agripina*, al poeta *Lucano* y a todos los literatos o artistas que se atrevieron a competir

con él o le negaron sus elogios. Incendió a Roma para gozar desde el *Capitolio* el espectáculo, y, culpando del incendio a los cristianos, decretó contra ellos la primera de las persecuciones generales. Sublevadas contra su insensato despotismo las legiones, hizose matar exclamando: *¡Qué*



ARCO DE CALÍGULA EN POMPEYA.

artista pierde el mundo! Muerto Nerón, y tras el breve mando de Galba, Otón y Vitelio, emperadores elegidos por el ejército, ocupó el trono imperial la llamada *familia Flavia*.

Los Flavios. — Fueron estos emperadores, Vespasiano, Tito y Domiciano.



RUINAS DE LA BASÍLICA DE POMPEYA.

Vespasiano, experto general y administrador prudente, defendió con firmeza las fronteras del Imperio, amenazadas por tribus extranjeras, y reparó los desastres causados en la administración pública por las locuras de Nerón. — *Tito*, su hijo, mereció ser llamado *delicia del género humano*, porque tenía por perdido el día que no hacía buenas obras. Sitió a *Jerusalén* sublevada, la destruyó arrasando el templo, dispersándose entonces los judíos por diversas naciones. Durante este reinado ocurrió la famosa erupción del *Vesuvio*, que sepultó las ciudades de *Pompeya* y *Herculano*. — *Domiciano*, hermano del anterior, renovó los días de Nerón.



TRAJANO (Museo del Vaticano).

Los Antoninos. — Con el siglo II de la era cristiana comienza un período feliz y próspero, llamado *edad de oro del imperio* o *época de los Antoninos*. Inició esta dinastía *Nerva*, elegido por el senado, substituyéndose la *adopción al parentesco* en la sucesión al Imperio.



ADRIANO (Museo de Nápoles).

Fueron los principales emperadores de esta serie Trajano, Adriano, Antonio Pío y Marco Aurelio.

Trajano, español, mereció el título de *óptimo*. Pobló el Imperio de magníficas construcciones: puentes, acueductos, etc. Ordenó el erario y, hábil guerrero, emprendió felices campañas contra los dacios, dilatando hasta la India las fronteras del Imperio. Sus victorias quedaron perpetuadas en la famosa *columna trajana* de Roma. — *Adriano*, administrador equitativo, promulgó el *edicto perpetuo*, ley única, que

otros dos llamados *Césares*. Esta organización produjo una competencia anárquica entre diversos *Augustos*, de los cuales vino a quedar único emperador *Constantino*.

Constantino el Grande. — Hijo de Constancio Chloro, que había obtenido la dignidad de *Augusto* después de Diocleciano, llevó Constantino el título de *grande* por la trascendencia de sus reformas. Después de triunfar de sus rivales en la batalla de *Andrinópolis*, quedó único dueño del Imperio. Convertido al cristianismo, dió paz a la Iglesia por el edicto de Milán, en 313. Proclamando la libertad religiosa abolió el suplicio de la cruz y los combates de gladiadores; fundó a *Constantinopla* y la hizo capital del Imperio; suprimió los antiguos cargos republicanos, creando nuevos títulos y jerarquías, y separando los empleos civiles de los militares; dividió el territorio en cuatro *prefecturas* (Galias, Italia, Iliria y Oriente); reorganizó el ejército disolviendo la guardia pretoriana y dió fuerza de ley a los edictos imperiales.



CABEZA COLOSAL DE CONSTANTINO
(Museo Capitolino).

Teodosio: división del Imperio. — Sucedieron a Constantino sus tres hijos, y a éstos *Juliano el apóstata*, que intentó en vano restaurar el paganismo. Después de otros efímeros emperadores, asumió la autoridad el español *Teodosio el grande*, celoso defensor del cristianismo, quien, después de un reinado de azarosa gloria, dividió definitivamente el Imperio en dos: *Imperio de Oriente* e *Imperio de Occidente*, acontecimiento que pone fin a la historia del mundo antiguo (395 de J. C.).

LA CIVILIZACION ROMANA

Caracteres del régimen imperial. — El régimen imperial dió a los pueblos sometidos a Roma la paz, la justicia y la prosperidad, sin que en ellos tuviesen eco los crímenes



GLADIADORES (lucerna del Museo Británico).

y las revoluciones que ensangrentaron la capital del Imperio. Con el nuevo régimen cesaron las guerras civiles; las provincias, gobernadas por funcionarios retribuidos por el Estado, quedaron libres de las rapacidades y exacciones de los antiguos procónsules, a la vez que el establecimiento de todos los ejércitos permanentes, pagados por el Emperador, las alivió de esta carga, defendiéndolas de los enemigos exteriores.

El imperio fué establecido paulatinamente, sin revolución repentina. El poder supremo, ejercido antes por distintos funcionarios (cónsules, pretores, tribunos, etc.), pasó a manos de un solo hombre, el *emperador*, que, asumiendo todos los cargos y concentrando en su persona todos los asuntos públicos, vióse obligado a crear un cuerpo de funcionarios que, si bien monopolizó el

gobierno, echó los cimientos de la *administración pública*. Las relaciones entre los particulares y el Estado fueron regulándose poco a poco, conforme a *textos escritos*, divulgándose de este modo la noción del derecho.

El absolutismo imperial adoleció, sin embargo, de graves defectos. La carencia de instituciones que pusieran freno a los abusos del poder y la falta de una ley de sucesión entronizaron el despotismo de la fuerza armada, que acabó con el Imperio.



DISTRIBUCIÓN DE VÍVERES AL PUEBLO (Relieve de la época de Trajano).

La sociedad romana bajo el imperio. — La intervención de los romanos en la vida política cesó, aniquilada por las contiendas civiles y por el despotismo imperial, mientras que la corrupción de costumbres abolía la vida de familia. Desapareció casi por completo la antigua nobleza, siendo substituída por una aristocracia de funcionarios, provinciales, extranjeros o libertos, enriquecidos por la liberalidad de los príncipes. Roma se convirtió en una corte suntuosa, alimentando una ciudad de mendigos.

Diversiones públicas. — Fueron los romanos apasionados por los espectáculos y *juegos del circo*. Entre éstos figuraban los combates de gladiadores, las luchas de fieras entre sí o entre hombres y fieras, las *naumaquias* o simu-

lacros de combates navales, etc. Los emperadores los alentaron y favorecieron, dando al pueblo fiestas magníficas, que solían ir precedidas de distribuciones gratuitas de trigo.



COLISEO DE ROMA.

rico y orgulloso. Figuran en primer término las obras de carácter práctico, esto es, las *vías militares*, carreteras empedradas con grandes losas, cuyo objeto, más que facilitar las comunicaciones pacíficas tendía a asegurar la movilización de tropas. Construyeron también *campamentos permanentes* (llamados *colonias*), con objeto de asegurar la defensa de las fronteras; grandiosos acueductos, como los de Segovia, Tarragona, Gard, etc.; puentes, termas o establecimientos de baños, pórticos, templos, teatros, circos y arcos de triunfo o gigantescas columnas para celebrar o atestiguar la gloria de sus caudillos.

Levantada para conmemorar las victorias de Trajano, maravilla la *columna Trajana* de Roma, de 44 metros de alto, revestida de treinta y cuatro bloques de mármol, en los que están esculpidas, formando friso en espiral, las hazañas del emperador, contándose unas 3,000 figuras, además de los caballos, elefantes, banderas, carros y pertrechos de guerra, obra sin rival para la historia de aquel tiempo.

Obras públicas y monumentos. — Pueblo guerrero y conquistador, el genio romano se nos manifiesta en la grandeza y solidez de sus monumentos, cuya característica no es la belleza, como en Grecia, sino la utilidad y lo colosal de sus proporciones, expresión de un pueblo fuerte,



COLISEO (interior).

mana y la griega consiste en haber empleado los romanos la *bóveda*, que tomaron de los etruscos, permitiéndoles cubrir espacios más vastos, y si a partir de los tiempos de la conquista de Grecia imitaron hábilmente la arquitectura griega, conservaron siempre la solidez y grandeza en las construcciones. Adoptaron también las columnas *dóricas*, *jónicas* y *corintias*, e inventaron dos nuevos órdenes arquitectónicos, el *toscano*, parecido al *dórico*, y el *compósito*, formado por las hojas de acanto del orden corintio remontadas de volutas *jónicas*.

La estatuaria romana es abundantísima y en su mayor parte obra de escultores



EL ORADOR (Escala romana. Museo de Florencia).

griegos, que trabajaban a sueldo de los ricos. Sin embargo,

hubo escultores romanos que se distinguieron singularmente en el arte del retrato, y como copistas de los grandes maestros de Grecia, cuyas obras no han llegado hasta nosotros, conociéndoles únicamente por las copias que nos han dejado los romanos.

En cambio, la pintura romana es más conocida que la griega, gracias a haberse con-



ESPOSOS ROMANOS (Museo del Vaticano).

servado en algunos monumentos públicos y en las casas de Pompeya, ciudad salvada de su completa destrucción por la

catástrofe del año 69, en que quedó sepultada bajo las lavas del Vesubio. Son pinturas murales decorativas, que no carecen de originalidad, muchas de ellas obra de artistas griegos. Entre las artes decorativas son muy interesantes los mosaicos.

Florecieron también en Roma la poesía (Horacio, Virgilio), el teatro (Plauto, Terencio), la oratoria (Cicerón) y la Historia, entre cuyos cultivadores brillaron Julio César, Tácito, Salustio y otros.

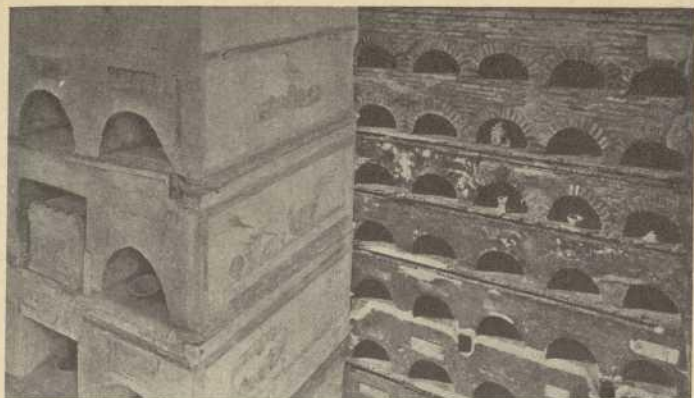


EL MOSAICO DE LAS PALOMAS (Mus. Capitolino).

Influencia de Roma en la civilización. —

Como los griegos, han dejado los romanos profunda huella en la civilización universal. Excelentes políticos, consiguieron mantener unidos numerosos y distintos pueblos bajo su gobierno bienhechor. Su idioma, el latín, se extendió a todas

las provincias occidentales, no sólo por medio de sus obras literarias, sino por influencia del pueblo, dando origen a la formación del castellano, francés, italiano y demás lenguas llamadas *neolatinas* o *románicas*. Contribuyeron los romanos a la propagación de la cultura helénica y oriental por Occidente. Su organización administrativa ha sido imitada posteriormente por todas las naciones, y la militar estudiada por los mejores caudillos. El *derecho romano*, llamado *la razón escrita*, se enseña todavía en las universidades, siendo en parte seguido por los pueblos europeos. De su arquitectura derivó la de los tiempos medios (románica), y sus procedimientos son aún imitados en la construcción de arcos de triunfo, acueductos, circos, etc. Sus escritores se leen con agrado, contribuyendo a la formación del buen gusto literario, a la vez que en las páginas de su historia se encuentran admirables ejemplos de amor a la patria, obediencia a las leyes, desinterés y respeto a las virtudes privadas y públicas.



CEMENTERIO ROMANO (COLUMBARIÓ) DONDE CELEBRABAN EL CULTO LOS PRIMITIVOS CRISTIANOS (fot. Alinari).

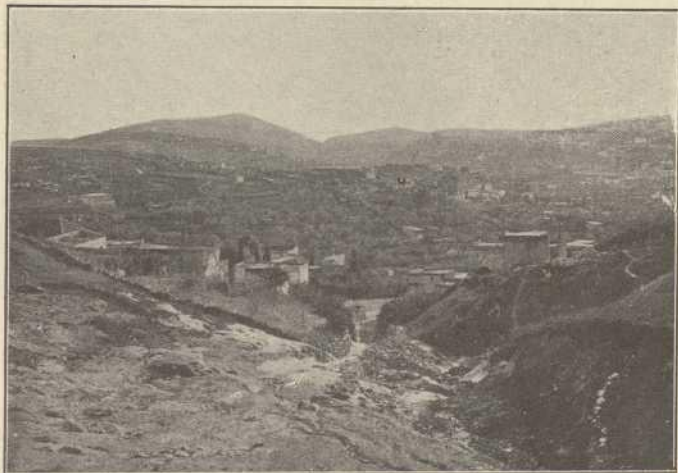
EL CRISTIANISMO Y LA RUINA DEL IMPERIO ROMANO

El cristianismo. — Es la religión enseñada por Jesucristo, llamado por sus contemporáneos *Jesús de Nazareth*, pueblecillo de Galilea, donde pasó la mayor parte de su vida. Recorrió Jesús la Palestina, predicando nuevas doctrinas y dando el ejemplo de las más sublimes virtudes. Su sencilla elocuencia y su dulzura le granjearon el amor de los humildes; pero, perseguido por el odio de los fariseos, que pretendían monopolizar la religión, fué injustamente acusado y crucificado en Jerusalén, a los treinta y tres años de edad, bajo el reinado de Tiberio.

A diferencia de la religión judaica y otras muchas, profesadas entonces, el cristianismo enseña que el primero y principal deber del hombre consiste en *amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo*. Predicó Jesús la misericordia, la humildad, la paciencia, y ensalzó la pobreza, la igualdad y la fraternidad entre los hombres, ideales opuestos a los de la sociedad de su tiempo.

Su propagación. — La religión cristiana se propagó por la *predicación*. Dos causas contribuyeron a facilitarla: 1.^a la difusión de los judíos, y 2.^a la existencia del Imperio romano, que había suprimido las fronteras entre los pueblos.

La predicación del evangelio (la *buena nueva*) fué obra de los *apóstoles* (enviados), todos ellos judíos, quienes comenzaron por reclutar adeptos entre muchos griegos que,

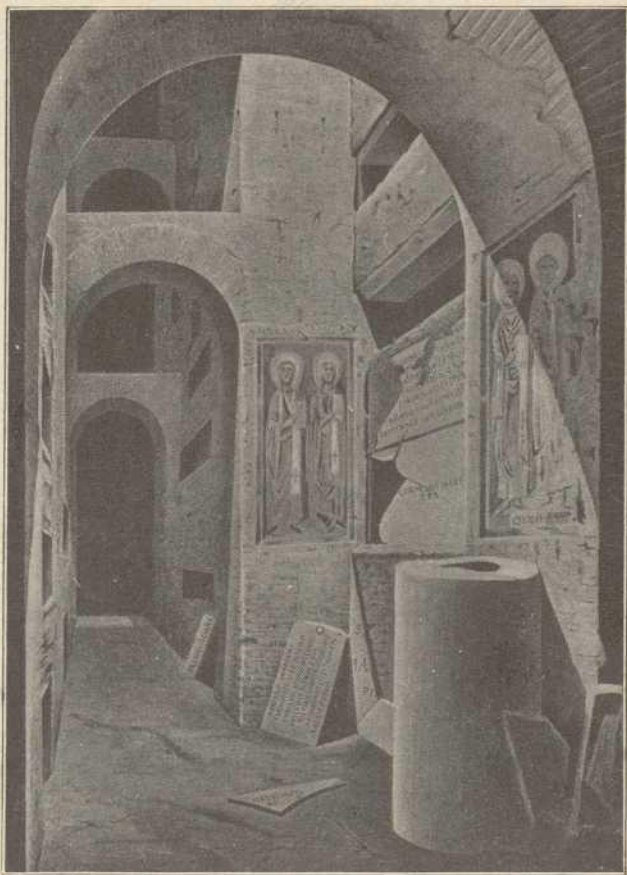


NAZARETH (Fot. J. B.).

seducidos por el dogma de la *unidad de Dios*, se habían convertido al judaísmo. El más entusiasta propagandista de la nueva doctrina fué San Pablo, llamado el *apóstol de los gentiles*. Hombre elocuente y de una actividad extraordinaria, fundó numerosas iglesias o comunidades cristianas, en Asia y Grecia, pasando después a Roma, donde fué decapitado reinando Nerón (65 años después de J. C.). Las predicaciones de San Pablo, dirigidas no solamente a los judíos, sino a toda clase de gentes, contribuyeron de modo muy eficaz a la difusión de las doctrinas del cristianismo.

La Iglesia primitiva. — La Iglesia cristiana fué en sus comienzos, una *sociedad de socorros mutuos* constituida por

gentes humildes: artesanos pobres, viudas, huérfanos, etc., formando *asamblea de fieles* con objeto de prestarse mutuo



CATACUMBAS DE SAN CALIXTO (Siglo II. Roma).

auxilio, rezar y alabar a Dios. Semejantes asociaciones, establecidas allí donde el número de cristianos era bastante considerable, estaban presididas por un *obispo* (1). *episcopus*

(1) *Episcopus*, esto es, inspector.

Los bienes de los fieles (limosnas o donativos) eran administrados por los *diáconos*, correspondiendo a los *presbíteros* (ancianos) las ceremonias del culto. Era éste muy sencillo, reduciéndose a la lectura de las *epístolas* que se recibían de otras iglesias, a comentarios de las palabras de Jesucristo, pláticas o consejos dirigidos a la comunidad de fieles. Terminábase con la comunión fraternal en memoria de la *eucaristía*, previa confesión y penitencia públicas. Condición necesaria para ser admitido en la comunidad era el bautismo.

Comenzó la Iglesia por constituirse en el seno de las sinagogas; pero, odiados los cristianos por el populacho y perseguidos por el gobierno, refugiáronse en las *catacumbas*, cementerios subterráneos, llamados *columbaria*, donde pudieron practicar sus ritos. Son célebres las catacumbas de San Calixto y de San Sebastián en Roma.

Las persecuciones. — Aunque el Estado romano fué tolerante en materia religiosa, los cristianos sufrieron numerosas y crueles persecuciones, avivadas por el odio de las multitudes y ordenadas por algunos emperadores, desde los malvados, como Nerón, hasta los más dignos y eminentes, como Trajano y Marco Aurelio.

En ellas emplearon los romanos grandes refinamientos de crueldad que, lejos de producir el exterminio de los fieles, engendraron la abnegación más heroica, multiplicándose con los martirios el número de adeptos.

El cristianismo fué perseguido entre otras causas:

1.^a Por negarse los cristianos a reconocer el *culto del emperador*, base y fundamento del Imperio.

2.^a Porque la negación del paganismo, o religión de la antigüedad, implicaba la revuelta contra el sistema social y político existente.

En efecto: los cristianos rehusaban prestar juramento en las ceremonias públicas, se abstendían de tomar parte en los sacrificios, rehuían las fiestas paganas, negaban el servicio militar y, finalmente, constituidos en *asociaciones secretas prohibidas por la ley*, eran considerados como enemigos públicos.

Las persecuciones comenzaron con Nerón y terminaron con Diocleciano, señalándose *diez* de carácter general en el Imperio.

Triunfo del cristianismo y organización de la Iglesia. — A despecho de las persecuciones, el cristianismo se difundió entre todas las clases de la sociedad. El emperador Constantino, comprendiendo la gran fuerza de la nueva religión, se apoyó en ella, reconociendo oficialmente su existencia por el *edicto de Milán* (313). Más tarde, Teodosio, cristiano también, dió fuerza de ley a los decretos del concilio de Nicea (325), el primero de los concilios *ecuménicos*, en el cual se fijó el *símbolo de los apóstoles* o profesión de fe de los cristianos.

Triunfante la Iglesia, se convirtió en una especie de *república religiosa*, gobernada por los *obispos* y *metropolitanos* elegidos por los fieles. Aquéllos, a su vez, se reunían en *concilios* o asambleas para tratar y resolver cuestiones de fe, costumbres o disciplina. Fueron *generales* o *ecuménicos* los que celebraron los prelados de toda la cristiandad, y provinciales los convocados en alguna provincia, v. gr., los de Toledo.

Comenzaron las iglesias a poseer bienes y dominios, administrados por el clero, cuyas rentas fueron aplicándose a fundaciones de beneficencia, como hospitales y escuelas.

El cristianismo se propagó principalmente por las ciudades. Desaparecieron los ritos de las antiguas religiones; los templos cristianos, construídos sobre el modelo de las *basilicas*, esto es, edificios civiles destinados antes a la administración de justicia (*la curia*), se multiplicaron. De aquí la gran acción moral que pudo ejercer el cristianismo en la sociedad. La población rural no recibió hasta más adelante *la buena nueva*. La palabra *pagano* significó precisamente *campesino*.

El arte cristiano primitivo. — Con el cristianismo apareció un arte nuevo que fué poco a poco desprendiéndose del arte antiguo. Fué su primera manifestación la pintura de



«EL BUEN PASTOR» (Museo de Letrán).

las catacumbas, singularmente en Roma, pintura simbólica o alegórica, pues sus formas no se emplearon como decoración o representación, sino como signo o expresión de una idea o de una creencia, v. gr., el Buen Pastor, símbolo de Cristo, la paloma, imagen del alma del cristiano, etc. Incluso las escenas bíblicas o evangélicas, que aparecen en los muros de las catacumbas, tienen un sentido alegórico. Noé en el arca es el símbolo de la redención, Jonás, que pasó tres días en el seno de un monstruo marino, representa los tres días que estuvo Cristo en el sepulcro antes de la Resurrección, etc.



SARCÓFAGO CRISTIANO PRIMITIVO (*Museo de Arles*).

La escultura fué más tardía que la pintura, quedando reducida a escasas estatuillas y a los bajorrelieves de los sarcófagos.

En general, el arte de las catacumbas, la pintura, como la escultura, no difiere en su estilo del de los artistas paganos, quienes reproducen los mismos temas, siendo innegable la superioridad artística de la escultura, como vemos, v. gr., en el Buen Pastor del Museo de Letrán, cuya actitud recuerda la de las estatuas helénicas.

En el siglo IV la situación del cristianismo triunfante modificó los destinos del arte, pues al ejercerse públicamente el culto empezó la construcción de templos que, por sus disposiciones, recuerdan las casas romanas y las basílicas profanas, a la vez que el decorado toma un estilo nuevo en los frescos y adopta el mosaico, sustituyendo el sentido alegó-

rico por el histórico, complaciéndose en expresar ideas de grandeza y dominación, representando a Cristo, no ya bajo el humilde aspecto del Buen Pastor, sino como un monarca oriental, aposentado en el trono entre un cortejo de ángeles. Con la ruina del Imperio y el triunfo de los bárbaros en el siglo VI desapareció el arte en todo el Occidente.

El Imperio romano en 395. — A la muerte de Teodosio el Grande comprendía el Imperio romano extensos territorios de Europa, Africa y Asia, limitados por el mar del Norte, el océano Atlántico, la región del Sahara, los desiertos de Syria, el mar Negro, el Danubio y el Rin.

La división hecha por Teodosio no rompió la unidad imperial; pero de hecho existieron, desde 395, dos Imperios: el de Oriente, capital Constantinopla; el de Occidente, capital Roma, desapareciendo este último en 476, mientras que el primero subsistió hasta 1453.

Desde fines del siglo III, la fisonomía moral y la organización política y administrativa del Imperio habíanse transformado. Contribuyeron a esta modificación las reformas de Diocleciano y de Constantino, encaminadas a atajar la anarquía interior y las incursiones de los bárbaros, cada vez más peligrosas, la influencia del cristianismo y la de las ideas y costumbres orientales.

Esta organización del Imperio, idéntica para Oriente y Occidente, se designa con el nombre de *bajo Imperio*. Se caracteriza por una vigorosa centralización administrativa y por el *funcionarismo*, o sea la existencia de una numerosa jerarquía de funcionarios con separación de empleos, principalmente los civiles de los militares, subordinados a sus superiores, que a su vez dependen del emperador, en cuyas



BASÍLICA DE SAN PABLO EXTRAMUROS (Roma: restaurada).

manos residen todos los poderes: legislativos, judiciales, financieros y militares.

En 395 cada Imperio quedó dividido en dos *prefecturas*; éstas en *diócesis* y las diócesis en *provincias* (1). Cada provincia comprendía un número determinado de territorios o *ciudades*, con administración autónoma, *intervenida* por el delegado del gobierno imperial.

Era, pues, el Imperio, a fines del siglo IV, una vasta monarquía absoluta, provista de una administración sabia, pero ruinoso e injusta. La concentración de la propiedad en pocas manos, la mala organización del impuesto, la transformación del ejército, la desaparición de la clase media y el ascendiente moral de la Iglesia en el seno de la sociedad romana, tales son los principales factores que determinaron su transformación, conocida con el nombre de *ruina del Imperio romano*.

BIBLIOGRAFIA. — De un modo análogo a Grecia antigua, la historia de Roma palpita en las páginas de sus escritores. Hay que advertir que casi todos los historiadores romanos fueron hombres políticos, circunstancia que debe tenerse en cuenta al estudiarlos. Los principales son los siguientes:

POLIBIO: *Historia universal de la República romana*, trad. de don Ambrosio Rui Bamba (Madrid, 3 vols., *Bibl. clás.*). — Polibio (205-128 antes de J. C.) era griego, partidario de Roma. De su vasta obra sólo se conservan los cinco primeros libros y fragmentos de los restantes; pero es un gran historiador, indispensable para el conocimiento de las conquistas romanas en el Mediterráneo, especialmente las *guerras púnicas*. Hombre que había viajado mucho, de gran cultura, profundo conocedor de la política y de la guerra, se distingue por una gran imparcialidad, por la preci-

sión, amplitud y abundancia de sus relatos; por la exactitud de sus descripciones y por el concepto que tuvo de la ciencia histórica, habiendo creado la «historia pragmática», que es la que no sólo narra los hechos, sino que averigua las causas a que obedecen y establece las *leyes de la evolución humana*.

TITO LIVIO (59-19 después de J. C.), *Décadas de la historia romana*, trad. de don Francisco Navarro (Madrid, 1888-89, *Bibl. clás.* 7 vols.). — Obra de escaso valor histórico, basada, en parte, en las narraciones de Polibio; célebre, sin embargo, por los relatos legendarios que han servido para tejer la historia de los primeros tiempos de Roma. Muy estimado Tito Livio por su estilo, por sus discursos (que pone en labios de los personajes históricos) y por el arte de su narración, sirvió de modelo a los grandes historiadores del Renacimiento, v. gr. el P. Mariana.

(1) El Imperio de Oriente comprendía las prefecturas de *Iliria y Oriente*; el de Occidente las de *Italia y las Galias*. El número de diócesis entre ambos imperios ascendía a catorce y el de las provincias a ciento diecinueve. Aquella división administrativa sirvió de base a la de la Iglesia.

SALUSTIO: *La conjuración de Catilina y La guerra de Yugurta*, trad. del infante don Gabriel. — *Fragmentos de la Grande Historia*, trad. de Menéndez y Pelayo (Madrid, 1893, *Bibl. clás.*). — Fué Salustio (86-34 antes de J. C.) uno de los más grandes historiadores romanos. Émulo de Tucídides, penetra con profunda psicología las causas de la decadencia de Roma y de la revolución, producida en ella por los cambios de las costumbres. Pinta admirablemente los hombres de su tiempo.

C. JULIO CÉSAR: *Los Comentariorios*, trad. por J. Goya y Muniain (Madrid, 1889, 2 vols. *Bibl. clás.*). *Los Comentariorios*, obra excelente para el conocimiento de las Galias, las campañas de César y su contienda con Pompeyo y los suyos, son una especie de memorias apologeticas, en las que César habló como político y orador más que como historiador. Es, sin embargo, una obra completa y útil, como documento militar, que debe consultarse con precaución en lo que se refiere a la historia política. En cambio, su mérito literario es extraordinario.

TÁCITO (55-120 después de J. C.): *Las historias*, trad. por don Carlos Coloma (Madrid, 1888, un vol., *Bibl. clás.*); *Id.*, *Los Anales*, trad. por *id.* (*id.*, 1890-1891, 2 vols.). — Ambas obras, fragmentarias, relatan los primeros tiempos del Imperio. Tácito pinta, de una manera sobria y expresiva, las bajezas y corrupciones de la sociedad romana durante los primeros emperadores (de Tiberio a la muerte de Nerón).

SUETONIO (69-141 después de J. C.), *Los doce césares*, trad. de F. Norberto Castilla (Madrid, 1890, un vol., *Bibl. clás.*). Este libro es una colección de anécdotas, o catálogo de vicios, virtudes y actos, de los primeros emperadores (de César a Domitiano), que debe consultarse con

precaución, principalmente por la parcialidad de su autor (a causa de sus ideas políticas), quien, sin embargo, es exacto y minucioso. Algunos críticos pretenden que Suetonio no debe incluirse entre los historiadores.

PLINIO EL JOVEN (62-120), *Panegirico de Trajano y Cartas*, trad. de Barreda y Navarro, (Madrid, 1891, 2 vols., *Bibl. clás.*). Las cartas de Plinio son el mejor documento para conocer las costumbres de la época de los Antoninos (singularmente las relaciones de los amos con los esclavos, las ideas de los romanos acerca de los cristianos primitivos, etc.) y los detalles de la administración del Imperio.

Aparte de los libros citados, existen otros muchos para el conocimiento de Roma, que han sido traducidos también al castellano y publicados en la citada *Biblioteca clásica*.

En nuestro país, exceptuando algunas monografías referentes a la historia de España durante la época romana, no se han publicado más que traducciones de obras extranjeras, pudiendo citarse, como más importantes, las siguientes:

MOMMSEN, *Historia de Roma*, trad. de A. García Moreno, prólogo y comentarios, en la parte relativa a España, por F. Fernández y González (Madrid, F. Góngora, 1876-1877, 9 vols. Apéndices, índice y biografía de Mommsen en el t. IX). Es obra de reputación universal.

MERIVALE, *Historia de los romanos bajo el Imperio*, trad. de A. García Moreno (Madrid, 1879-1881, 4 vols).

BERTOLINI, *Historia de Roma* trad. de López Guijarro (Madrid, 1889, 3 vols.).

V. DURUY, *Historia de los romanos, desde los tiempos más remotos hasta la invasión de los bár-*

baros, trad. de Cecilio Navarro (Barcelona, Montaner y Simón, 1888, 2 vols.).

J. F. HERTZBERG, *Historia del Imperio romano* (t. III de la *Hist. univ.* de Oncken).

G. BOISSIER, *El fin del paganismo. Estudio sobre las últimas luchas religiosas en el siglo IV en Occidente*, trad. de P. González Blanco (Madrid, D. Jorro, 1908, 2 vols.).

IDEM, *Paseos arqueológicos. Roma y Pompeya*, trad. de D. Vaca (Madrid, id., 1909).

Para orientarse acerca de los trabajos extranjeros, ver los manuales de S. Reinach y de Laurand, citados en la BIBLIOGRAFÍA de Grecia.

Para el estudio de los primeros siglos del cristianismo hay que acudir a trabajos especiales. Un buen manual de vulgarización es el del doctor Funck *Historia de la Iglesia* (trad. castellana, Barcelona, G. Gili). Para los que puedan leer en francés son importantes L. Duchesne, *Histoire ancienne de l'Eglise* (París, Fontemoing, 3 vols.), y E. Renan, *Histoire des origines du Christianisme* (París, C. Levy, 7 vols.).



COMBATE ENTRE BÁRBAROS Y ROMANOS (Sarcófago del siglo V. Museo de las Termas).

EDAD MEDIA

LOS PUEBLOS BÁRBAROS

Edad Media. — Sin solución de continuidad entre la civilización antigua y la moderna, principia la *Edad Media*, en 395, con la división del Imperio romano en dos: el de Occidente y el de Oriente, y termina en 1453, con la destrucción de este último. Entre ambas fechas, que el uso ha establecido (1), se desenvuelve la Edad Media, término aplicado a la Historia a mediados del siglo XVII, y que no debe considerarse como período de *tinieblas y barbarie*, sino como transición entre los tiempos antiguos y los modernos. Distínguense en ella dos épocas: la primera hasta el siglo XIII; la segunda hasta fines del XV; ambas distintas con caracteres propios.

(1) Ni la división del Imperio romano por Teodosio, en 395, ni la caída de Constantinopla en poder de los turcos, en 1453, fechas con que suelen señalarse el comienzo y el fin de la Edad Media, tienen la significación que ha querido dárseles. Son dos fechas puramente convencionales, como la Historia misma nos demuestra.

Los bárbaros. — Designaron los romanos con el nombre de *bárbaros* (extranjeros) a las gentes no sometidas al Imperio. Comprendían numerosos pueblos, unos de raza amarilla — *ávares, húngaros, hunos, turcos* —, otros de raza blanca. Dividíanse estos últimos en dos grandes grupos: los *eslavos* y los *germanos*. Comprendía el grupo germano, entre otros, los suevos, alanos, vándalos, godos — divididos en visigodos y ostrogodos —, francos, borgoñones, lombardos, sajones, etc. Pueblos belicosos, de rudas y sencillas costumbres, adoraban las fuerzas naturales divinizadas: el Sol, la luna, la tempestad y, principalmente, a *Wotan*, símbolo o dios de la guerra. Leales, castos y hospitalarios, eran, sin embargo, vigorosos e intemperantes, apasionados por la bebida y los juegos de azar. Dejaban el cultivo de la tierra a los esclavos y siervos, considerando la guerra como la única profesión digna de los hombres libres; pero carecían de ejércitos regulares. Unidos por el parentesco o por lazos de fidelidad a un señor, voluntariamente consen-



UN GERMANO (Roma. Museo Capitolino).

tidos, formaban *bandas guerreras*, unidas solamente por el vínculo personal. Iban al combate en compañía de sus hijos y mujeres, cuya presencia les fortalecía y animaba.

La base de su organización social era, como en Roma, la familia; pero constituida de modo que sus individuos se hacían solidarios de las ofensas inferidas a cualquiera de ellos. El homicidio, considerado como un duelo, podía repararse mediante el pago de una indemnización a los parientes de la víctima, *el precio de la sangre*, que, con el nombre de *wergeld* o *composición*, subsistió durante mucho tiempo.

La agrupación de varias familias constituía la tribu, cuyos intereses comunes se discutían en asambleas periódicas de *hombres libres* (*mall, campos de Marzo*, etc.).

La vocación guerrera de aquellas tribus, los menguados recursos de los países que ocupaban y otras causas mal conocidas (1), promovieron la formación de numerosas bandas que, dirigidas por sus respectivos jefes, se expatriaron de Germania para pelear como mercenarios en los ejércitos de Roma.

Las invasiones. — Se ha dado el nombre de *invasión de los bárbaros* al establecimiento de los germanos en las provincias del Imperio romano. Este hecho fué paulatino, y revistió primeramente una forma pacífica. El gobierno de Roma comenzó por alistar bárbaros en el ejército, primero como tropas auxiliares o *federadas*, después como legionarios, con el nombre de *letes*. La despoblación de los campos llevó a las provincias del Imperio numerosos campesinos germanos, que fueron instalados a perpetuidad en los *latifundia*, con el nombre de *colonos*, mientras que en el interior de las ciudades abundaban también los esclavos de origen germánico. El Imperio quedó, pues, como *infiltrado* de bárbaros, mucho tiempo antes del siglo V de nuestra Era, en que empezaron con carácter violento las invasiones, las cuales fueron preparadas por emigraciones en masa, consentidas por el gobierno de Roma. Tal fué, por ejemplo, el establecimiento de los visigodos al sur del Danubio, en 378, en daño de las ricas provincias orientales del Imperio.



MUJER GERMÁNICA (Florencia.
Loggia dei Lanzi).

(1) Es corriente señalar, como una de las causas del éxodo de los germanos a las provincias del Imperio romano, «la imposibilidad de hacer fortuna, porque poseían la tierra en común». Este supuesto *comunismo agrario* carece de fundamento. Véase el estudio de Fustel de Coulanges, *Origines de la propriété foncière*, en *Questions historiques* (Paris, Hachette, 1893), p. 21 y ss.

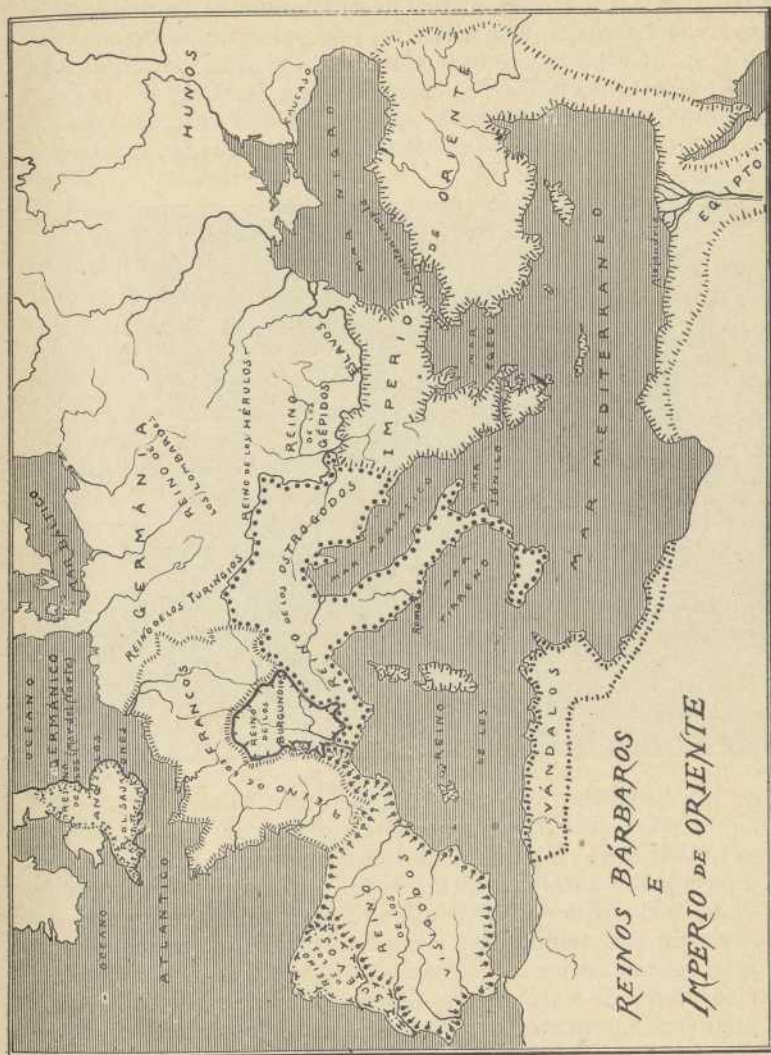
Las *grandes invasiones* comenzaron con el siglo v. En 405, hordas de *suevos*, *alanos* y *vándalos*, conducidas por Rada-gaiso, penetran tumultuosamente en Italia, de donde las rechaza el vándalo Estilicón, general y ministro de Honorio, emperador de Occidente; esparciéndose después por el sur de Francia y península Ibérica, cuyas provincias devastan. Los visigodos, conducidos por Alarico, entran en Italia indefensa (410), saquean a Roma, y luego, bajo el mando de Ataulfo, ocupan el sur de Francia y Cataluña (419). Los *borgoñones* se establecen en los valles del Saona y del Ródano, los *suevos* en el extremo noroeste de la península Ibérica, y los *vándalos*, tras un breve período de residencia en Andalucía, se trasladan al Africa (431), donde fundan un reino que subsiste un siglo, para ser reintegrado después al Imperio de Oriente (435).

A mediados de aquel azaroso y confuso siglo v, los *hunos*, pueblo de salvaje aspecto y feroces costumbres, guiados por Atila, el *azote de Dios*, amenazan el Imperio de Oriente, dirigiéndose después a las Galias, donde son destrozados por los visigodos y francos, unidos, en los *campos cataláunicos* (*Chalons-sur-Marne*), en 451.

En 475, los *hérulos*, acaudillados por *Odoacro*, se apoderan de Italia, dando fin al *imperio romano de Occidente*; y en 493, *Teodorico*, jefe de los *ostrogodos*, funda en ella un reino, cuyo hecho señala el fin de las *grandes invasiones*.

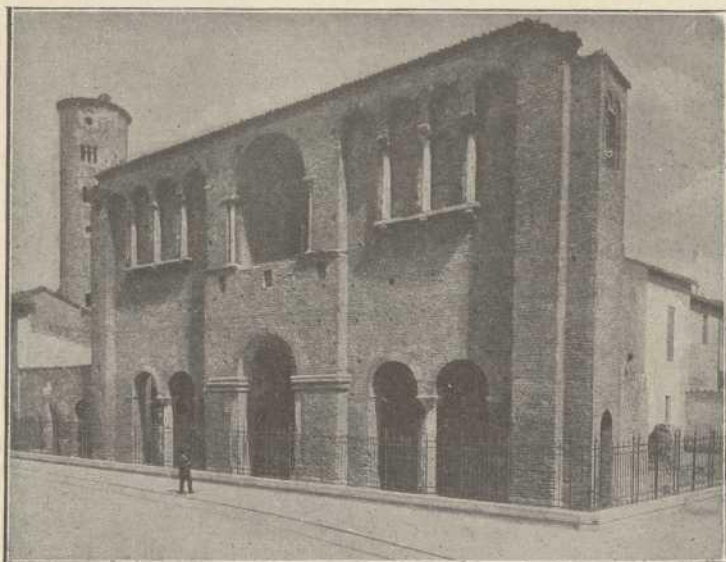
Reinos bárbaros en Occidente. — Desaparecida en el año 476 la autoridad imperial en Occidente, no consiguieron los bárbaros invasores constituirse en *reinos*, sino de una manera efímera.

Teodorico, jefe de los *ostrogodos*, educado en Constantinopla, conoedor de la civilización grecorromana y delegado por el emperador de Oriente, se establece en Italia, gobernando en Ravenna, auxiliado por dos célebres ministros romanos, Casiodoro y Boecio. Durante su mando goza Italia de prosperidad; pero, a su muerte (526), las querellas religiosas y la oposición entre el poder militar, representado por los *ostrogodos*, y el poder civil, cuyas funciones continuaban ejerciendo los romanos, precipitan el país en la anarquía, hasta que los generales del Imperio de Oriente (554) lo reducen a la obediencia.



EUROPA EN EL SIGLO V.

Cuarenta años de existencia trashumante por las provincias del Imperio llevaban los *visigodos* cuando, convertidos ya al cristianismo por el obispo Ulfilas, discípulo de Arrio, se establecieron en el sur de Francia. Eurico, su jefe, fundó en Tolosa un gobierno que, «más que un reino germánico, parece una provincia romana declarada independiente».



PALACIO DE TEODORICO EN RAVENNA (fot. Alinari).

Combatidos, en calidad de herejes, por los francos y por el episcopado católico de las Galias, pierden los visigodos los territorios que poseían allende el Pirineo, refugiándose en España, cuya conquista consolidan tras muchos esfuerzos y guerras anárquicas. Su apego a la herejía arriana y su exclusivismo de raza les mantuvo divorciados de la población hispanorromana, ortodoxa. Al fin, después de siglo y medio, abjuran el arrianismo. La conversión de Recaredo (587), y más tarde la abolición de las leyes que impedían los matrimonios entre visigodos e hispanorromanos, dan cierta estabilidad a la monarquía; pero la intransigencia del clero,

el carácter electivo de la institución real, las guerras civiles y otras causas, agotan las fuerzas del Estado, que sucumbe ante el empuje de la invasión musulmana (711).

Los borgoñones, pueblo pacífico establecido en los valles del Saona y del Ródano, fueron muy pronto asimilados a la sociedad galorromana, siendo después absorbidos por los francos, en 534.

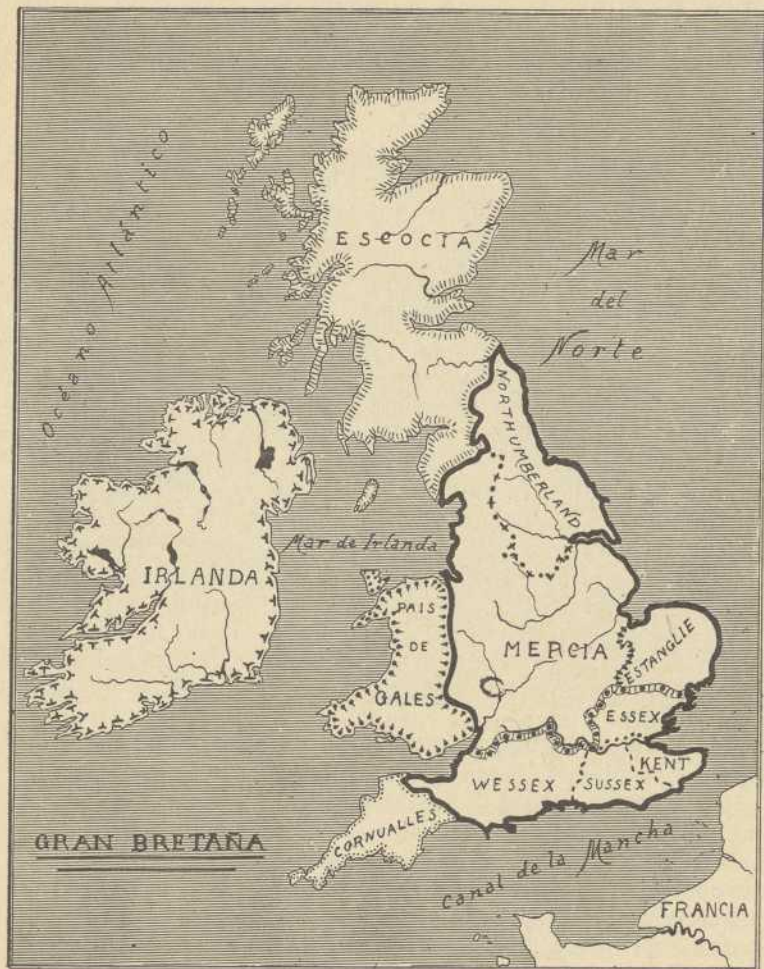
Los francos. — Con el nombre de francos se designa una variedad de bandas guerreras, formadas con los restos de numerosas tribus que habitaban el país comprendido entre el Elba y el Rin. Distingúianse, entre otras muchas, los *ripuarios* y los *salios*, que pretendían descender de una familia noble, llamada *merovingia*. Su historia primitiva es legendaria. Una circunstancia distinguía a los francos de los demás pueblos bárbaros, a saber, que no eran cristianos. Conducidos por un jefe llamado Clodoveo, *rey de Tournai*, invadieron las Galias. Derrotó Clodoveo al general romano Syagrius, en Soissons, y a los alemanes, tribu germánica de la orilla del Rin, en Tolbiac (1). Convertido al catolicismo, a raíz de esta batalla, obtuvo Clodoveo la valiosa ayuda del episcopado, el cual, no solamente contribuyó a consolidar su poder, sino que le estimuló a proseguir sus guerras de conquista contra visigodos y borgoñones arrianos, que fueron vencidos, quedando así las Galias bajo la autoridad del jefe franco, considerado como *fundador de la dinastía merovingia*.



GUERRERO FRANCO

Como los germanos consideraban la monarquía como una propiedad privada, divisible a la muerte de su propietario, dividió Clodoveo sus reinos entre sus hijos. Aquellas divisiones se repitieron y multiplicaron entre sus sucesores, ensangrentando al país con numerosas guerras, nacidas de la ambición o rivalidades entre los príncipes. La historia de los francos en aquel tiempo se reduce a un monótono relato de luchas civiles, traiciones y asesinatos. El hecho culminante fueron las guerras entre Austrasia y Neustria, o sean los

(1) Ignórase el lugar de esta batalla; pero, desde luego, no fué en Tolbiac.



LA GRAN BRETAÑA EN EL SIGLO V.

territorios de Francia oriental contra los de Francia occidental, sin que su rivalidad signifique diferencias etnográficas, ni oposición de tendencias o intereses entre ambas regiones. En ellas destacan las siniestras figuras de Brunequilda y Fredegunda, dos reinas sanguinarias, atizando el fuego de la discordia con su insana ambición y salvajes pasiones. Aquellas guerras de los francos no tuvieron otro móvil que la codicia. Su resultado fué la decadencia de la institución monárquica y el engrandecimiento de la aristocracia.

Carácter de la monarquía merovingia. — Los monarcas merovingios no abolieron la administración romana, ni se preocuparon del interés público, ni se esforzaron siquiera por conservar la organización políticoadministrativa del Imperio. La realeza no fué para ellos un cargo, sino una fortuna, que se repartieron o se disputaron como un dominio. El gobierno continuó siendo ejercido por los nobles, *optimates* y *próceres*, jerarquía de funcionarios que constituyeron el *palacio del príncipe*. La administración de justicia y las donaciones de tierras, otorgadas por el rey, les enriquecían, a la vez que la concesión de inmunidades les sustrajo lenta y gradualmente a la acción del poder público.

Inmunidades eran los privilegios concedidos por los reyes a determinadas personas (individuales o colectivas) o territorios, en cuya virtud quedaban exentos del pago de impuestos, servicio militar, justicia y demás derechos inherentes a la soberanía. Las causas que motivaron su concesión fueron la compensación de servicios o la piedad religiosa, perdiendo de este modo los reyes a sus súbditos, que se ampararon en los dominios *inmunes* de los señores (laicos o eclesiásticos).

La jerarquía de funcionarios estuvo dirigida por un *mayordomo*, jefe de la administración y del gobierno. Aunque de nombramiento real, una serie de minorías que se sucedieron entre los descendientes de Clodoveo, principalmente a partir de la muerte de Dagoberto, hicieron aquel cargo electivo entre los nobles, y de hecho cayó la monarquía bajo la tutela del *mayordomo de palacio*. Los últimos reyes merovingios han sido llamados *reyes holgazanes*. La transformación profunda que experimentaba la sociedad de su tiempo les anuló, siendo suplantados en el trono por una rica familia de mayordomos que constituyeron nueva dinastía.

Las invasiones en Inglaterra. — Otros pueblos germanos, originarios de la llanura del norte de Europa, invadieron, durante los siglos v y vi, la Gran Bretaña, país conquistado por los romanos; pero que muy pronto abandonaron sin dejar en él influencia alguna. Los sajones fundaron en Inglaterra los reinos de Kent, Sussex, Essex y Wessex; los anglos los de Nortumberland, Estanglia y Mercia, que juntos formaron la *heptarquía anglosajona*. Su historia, muy parecida a la de los merovingios, es un tejido de crueldades. A fines del siglo vi, un grupo de misioneros enviado por el papa Gregorio III, al frente de los cuales iba el monje Agustín, abordó a las costas inglesas y, favorecidos por la reina Berta, esposa de Etelberto, rey de Kent, predicaron el cristianismo. Establecieron la primera iglesia en Cantorbery, y se extendió la *buena nueva* a los demás reinos de la heptarquía, imponiéndoles, con el bautismo, cierta unidad de civilización.

BIBLIOGRAFIA. — Conocemos el estado social y las costumbres de los pueblos germanos por las descripciones y relatos de los escritores latinos, singularmente César en su libro de las guerras de las Galias (véase la *Bibliografía* del capítulo de Roma), Tácito y Amniano Marcelino. Tácito, en su libro *De las costumbres, sitio y pueblos de la Germania* (trad. de Carlos Coloma, publicado en el volumen citado, *Las historias*, página 29), recogió cuantas noticias tuvieron sus contemporáneos, sin que jamás hubiera estado en Germania. Sin embargo, es una obra exacta. Cuanto se ha dicho de que Tácito se propuso con ella escribir «una sátira, para hacer resaltar los vicios de la sociedad romana» de su tiempo, es una afirmación infundada. (Véase el estudio de F. de Coulanges, en *Hist. des institutions politiques de l'ancienne France*, t. II, p. 236 y sig., París, Hachette, 1891).

AMNIANO MARCELINO: *Historia del Imperio romano, desde el año 350 al 378 de la Era cristiana*, trad. de F. Norberto Castilla (Madrid, 1895-1896, 2 vols., *Bi-*

blioteca clásica). — Aunque fragmentaria, esta obra es un excelente relato de las guerras del siglo iv. Conocedor de los sucesos de su tiempo y testigo presencial de numerosos combates, es Amniano Marcelino el historiador más detallado, inteligente e imparcial de su siglo. Indica las causas de los sucesos y da detalles característicos del estado de la sociedad.

Una historia tradicional del pueblo godo, en la que se hallan consignadas las antiguas leyendas religiosas y heroicas de Germania, es el libro de Jordanes (llamado erróneamente Jornandes), *Historia de los godos* (trad. castellana de F. Norberto Castilla, publ. en el t. II, págs. 293-413 de la citada obra de Amniano Marcelino), resumen de una historia de aquellos escrita por Casiodoro, ministro de Teodorico el Grande, hacia el año 326, obra importante para el estudio de las grandes invasiones.

Aparte de estos libros citados, la única obra de carácter general recomendable a los estudiantes españoles es la *Historia primitiva*

de los pueblos germánicos y romanos de Félix Danh (t. IV de la *Hist. univ.* de G. Oncken). Comprende la historia de los vándalos, ostrogodos, visigodos, suevos, francos, alemanes, borgoñones, etcétera, hasta el siglo IX.

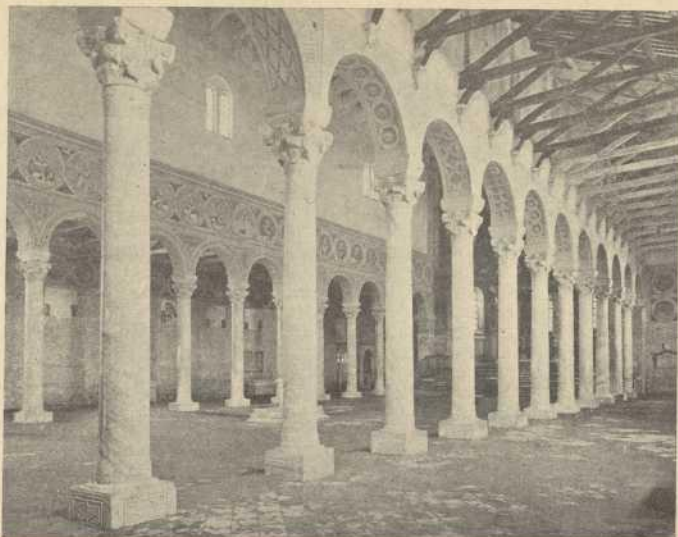
En España se han publicado numerosos libros acerca de los pueblos bárbaros establecidos en nuestra Península, principalmente los visigodos. Sin embargo, la historia de este período no se ha hecho aún de una manera satisfactoria. Provisionalmente se consultará con fruto la *Historia de España, desde la invasión de los pueblos germánicos hasta la ruina de la monarquía visigoda*, por A. Fernández Guerra y E. de Hinojosa (Madrid, Progreso Editorial, s. a., 2 vols. de la *Hist. gen. de Esp.* publ. por la R. Acad. de la Hist.). Para el estudio de la Edad Media española, véase Rafael Ballester, *Las fuentes narrativas de la Historia de España durante la Edad Media, 417-1474* (Palma de Mallorca, 1908), y la *Bibliografía de la Historia de España* (Gerona, 1921).

Conviene advertir que no es posible emprender el estudio de la historia de la Edad Media sin conocer el latín (lengua en que están escritos los documentos y libros, así de historia como de otras materias). Es también indispensable saber algún idioma extranjero, alemán o francés, porque, además de los numerosos y excelentes libros de historia escritos en ambas lenguas, no es fácil orientarse sin el auxilio de tratados de bibliografía, que en España no existen. Como instrumentos bibliográficos de primer orden para el estudio de la Edad Media indicaremos: U. CHEVALIER, *Répertoire des sources historiques du moyen âge*; *Bio-Bibliographie* (París, A. Picard, 1905-1907). — Es una especie de diccionario, en el cual se da noticia, por orden alfabético, de cuantos libros, artículos de revista o de

periódico, disertaciones, etc., se han escrito acerca de los personajes que vivieron desde los comienzos de la Era cristiana hasta el año 1500. — Tiene el inconveniente de no distinguir los escritos útiles de los inútiles, los superfluos de los necesarios, amén de muchos errores. — IDEM, *Répertoire des sources*, etc.; *Topo-Bibliographie* (París, idem, id.). Complemento del trabajo anterior, da noticia de los trabajos escritos acerca de tal o cual localidad o institución medieval. Es un arsenal de noticias confuso y heterogéneo, inferior al precedente. — Mucho más útil y superior en muchos conceptos es la obra de Augusto Molinier, *Les sources de l'histoire de France* (París, A. Picard, 1901-1906, 6 volúmenes), que, si bien sólo se refiere a Francia, contiene preciosas noticias de otros países, cuya historia se relaciona con la de dicha nación en los tiempos medios. — Para noticia de los instrumentos bibliográficos de las demás naciones véase el *Manuel de Bibliographie historique*, de Ch. V. Langlois (París, Hachette, 1901).

Téngase presente que la mayor parte de libros de historia escritos en el extranjero suelen ir provistos de índices bibliográficos. En tal concepto son muy útiles y bastante copiosas las bibliografías insertas a continuación de los capítulos de la *Histoire générale du IV siècle à nos jours* (París, A. Colin, 1893 y sigs., 12 volúmenes), de Lavissee y Rambaud. — Hay también obras elementales con excelentes indicaciones bibliográficas, v. gr., la colección de *Lectures historiques* publicadas por la casa Hachette de París: *His. du moyen âge*, por Ch. V. Langlois; *Moyen âge et temps modernes*, por Mariejol. En los capítulos sucesivos indicamos los libros que ahorran rebuscas innecesarias.





BASÍLICA DE SAN APOLINAR IN CLASSE (SIGLO VI) EN RAVENNA (fot. Alinari).

ITALIA Y CONSTANTINOPLA

El Imperio de Oriente: su carácter. — La *división del Imperio* hecha por Teodosio, en 395, no significa ruptura ni separación entre Oriente y Occidente, sino la presencia de dos soberanos en el Imperio, encargados de gobernarle. Durante el siglo V la anarquía reinante en las provincias occidentales acabó por abolir la autoridad de los sucesores de Honorio; pero, a partir del año 476, los bárbaros continuaron reconociendo la existencia del Imperio en la persona del emperador, residente en Constantinopla.

Desde esta época conócese el Imperio romano con el nombre de bizantino, y presenta, en medio de su anarquía política, la más brillante civilización.

Sus emperadores (sucesores de Arcadio), juguete de las intrigas palaciegas y del frenesí de las polémicas teológicas,

El *código Justiniano*, colección de las antiguas constituciones imperiales, desde Adriano hasta el año 529.

El *Digesto* o *Pandectas*, enciclopedia metódica de las decisiones de los jurisconsultos más autorizados.

La *Instituta*, especie de manual para la enseñanza del Derecho, etc.



INTERIOR DE SANTA SOFÍA DE CONSTANTINOPLA.

Así como las brillantes campañas de su reinado se debieron al talento de Belisario, los trabajos legislativos fueron obra de una comisión de jurisconsultos, presididos por el famoso Triboniano. Justiniano, sin ser original, tuvo la fortuna o el acierto de valerse de hombres eminentes. Impulsó también las obras públicas, embelleciendo Constantinopla con magníficos edificios, entre otros *Santa Sofía*, y levantando numerosas fortalezas, *monumentos de la debilidad del Imperio* (Montesquieu).

Civilización bizantina. — Si la debilidad política del Imperio bizantino es innegable, no pueden ponerse en duda

los grandes servicios que prestó a la civilización. Depositario de la cultura griega, fué para los bárbaros de Oriente (eslavos, árabes, etc.) lo que Roma para los de Occidente. Los bizantinos evangelizaron los pueblos eslavos; conservaron, como hemos visto, el derecho romano; salvaron los manuscritos de la antigüedad griega y crearon una de las formas del arte. El *arte bizantino* buscó sus modelos en



EL EMPERADOR JUSTINIANO Y SU CORTE (Mosaico de San Vital de Ravenna; fot. Alinari).

Persia. Es sumamente lujoso y da una impresión de suntuosidad y magnificencia asiáticas. Se distingue por la profusión con que emplea los dorados y las piedras multicolores. Es, sin embargo, un arte frío e inexpressivo. Lo más característico son los mosaicos y las iglesias de cúpulas. Su influencia se extendió a Occidente, como lo prueban las iglesias de San Vital y de San Apolinar de Ravenna, ciudad sometida al Imperio hasta el año 752.

Comienzos del poder de los papas: San Gregorio el Grande.— La Iglesia, organizada administrativamente a

estilo del imperio romano, formaba una jerarquía, cuyos jefes eran los obispos, los metropolitanos y los patriarcas. Designáronse con este nombre a los obispos de Jerusalén, Constantinopla, Antioquía y Alejandría, ciudades de brillante historia apostólica. A partir del año 476, los patriarcas de Constantinopla, fundándose en el rango de *capital única del Imperio* que ostentaba la ciudad de Constantino, reclama-



LA EMPERATRIZ TEODORA Y SU SÉQUITO (Mosaico de San Vital de Ravenna; fot. Alinari).

ban para sí la dignidad de *obispos universales*, es decir, la jefatura del orbe cristiano. A sus aspiraciones opusieron los obispos de Roma otros derechos a la primacía de la Iglesia, fundándose en su calidad de sucesores de San Pedro, príncipe de los apóstoles (1).

A fines del siglo VI ocupaba la Sede romana Gregorio III *el grande*, hábil político que, con sus virtudes, elocuencia y buen sentido, dió sólida base al poder espiritual y tem-

(1) Las prerrogativas de San Pedro sobre los demás apóstoles, invocadas por los obispos de Roma, derivan del célebre pasaje de la sagrada Escritura: *Tu es Petrus, et super hanc petram edificabo ecclesiam meam, et tibi dabo claves regni celorum*, etc. (Math., xvi, 18).

poral de los papas. Abandonada Roma por los emperadores bizantinos, de cuyo gobierno dependía, convirtiéndose el papa en el primer personaje de la ciudad, defendiéndola de enemigos, como los lombardos, y aliviando las calamidades públicas con generosos donativos. Sostuvo los derechos de la silla de San Pedro contra las pretensiones de los patriarcas de Constantinopla, quienes, no obstante el apoyo que les prestaban los emperadores, no lograron imponer su autoridad en Occidente, porque la iglesia bizantina,



[IGLESIA DE SAN VITAL DE RAVENNA (fot. Alinari).]

semillero de discusiones dogmáticas, que engendrabán infinitas herejías, se avenía mal con la iglesia latina, práctica y disciplinada. Gregorio III reformó la liturgia (1), influyó en la conversión de los visigodos y de los lombardos, envió misiones a Inglaterra y favoreció la extensión de la regla monacal de San Benito, fuerte sostén de la Iglesia.

Aparentando los obispos de Roma acatar la autoridad de los emperadores, sustrajéronse a ella hábilmente, y, velando con constancia y firmeza por la unidad del dogma, lograron imponer una misma fe y disciplina a las iglesias de Occidente.

San Benito y la regla benedictina. — La vida cenobítica, nacida en Oriente, se extendió a las provincias occidentales del Imperio durante el siglo IV de la Era cristiana. En un principio reducíase la vida de los monjes a privaciones, meditación y otras prácticas religiosas. A fines del siglo V, un noble italiano, Benito de Nursia, se estableció en el monte Cassino, cerca de Nápoles, y, después de evangelizar a muchos campesinos de aquella comarca, llegó a ser

(1) El *canto gregoriano*, único admitido en las iglesias, es obra de este pontífice.

abad de una numerosa congregación, para cuyo uso redactó unos estatutos o reglamento. Tal fué la famosa *regla de San Benito*.

Esta regla, además de los votos de castidad, pobreza y obediencia, impone a los monjes el trabajo. «La pereza es el enemigo del alma» — dice San Benito. — En consecuencia, la vida de los monjes quedó regulada, hora por hora, entre la labor corporal, la oración, los oficios divinos, etc. Muy pronto todos los monasterios la adoptaron, prestando con ello un inmenso servicio a la civilización. La regla benedictina atenúa los rigores de la vida ascética y santifica el trabajo en todas sus formas. En los campos, asolados por las devastaciones que traían consigo las guerras, replantaron los monjes numerosos cultivos. Los monasterios, convertidos en refugio de paz y trabajo, mantuvieron contra la barbarie el espíritu cristiano, y conservaron la cultura intelectual y artística, seriamente amenazada, siendo a su vez centros de enseñanza y beneficencia. Formáronse a su sombra numerosas aldeas que, con el tiempo, habían de transformarse en importantes centros de población, y propagaron el cristianismo a vastas regiones.

San Benito, inspirador de la Orden, ocupa en la historia de la civilización humana un puesto importantísimo, tanto como el de los más grandes políticos, militares o artistas. Todas las reglas monásticas de las grandes órdenes religiosas proceden de la benedictina, la cual ha dado a la cristiandad veinticuatro papas, doscientos cardenales, cinco mil seiscientos obispos, cinco mil santos y quince mil setecientos escritores.



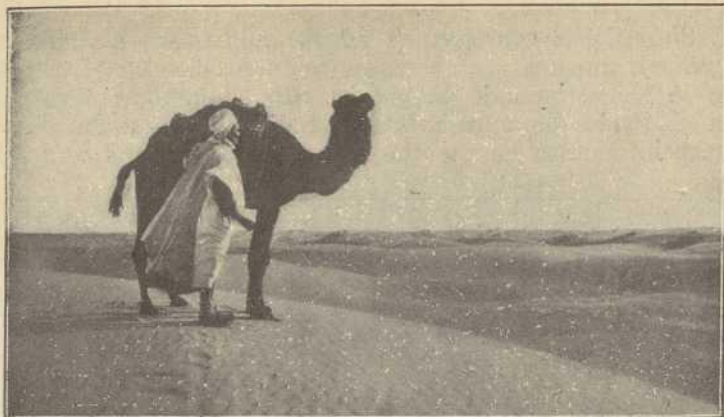
HÁBITO PRIMITIVO DE BENEDICTINO
(según Helyot).

BIBLIOGRAFIA. — Para el estudio de las materias que integran este capítulo, es absolutamente indispensable recurrir a

bibliografías extranjeras. No hay en castellano más que libros de segundo orden, y alguna monografía insignificante o traduccio-

nes, v. gr., *Los monjes de Occidente desde la época de San Benito hasta la de San Bernardo*, del conde de Montalembert, trad. castellana de V. Gebhard (Barcelona, s. a., 2 vols. in 4.º). Ver también la famosa *Crónica general de la orden de San Benito*, de Fr. Antonio de Yepes (Valladolid, 1617, 6 vols.). Para el estudio del imperio bizantino ver: Ch. Diehl, *Histoire de*

l'empire byzantin (París, Picard, 1919), obra que contiene una bibliografía sumaria del asunto, pero reciente. Para estudios más extensos hay del mismo especialista el excelente *Manuel d'art byzantin* (París, Picard, 1910), *Figures byzantines* (París, A. Colin, 2 vols.) y los *Etudes sur l'histoire byzantine* (París, A. Colin, 1912), de A. Rambaud.



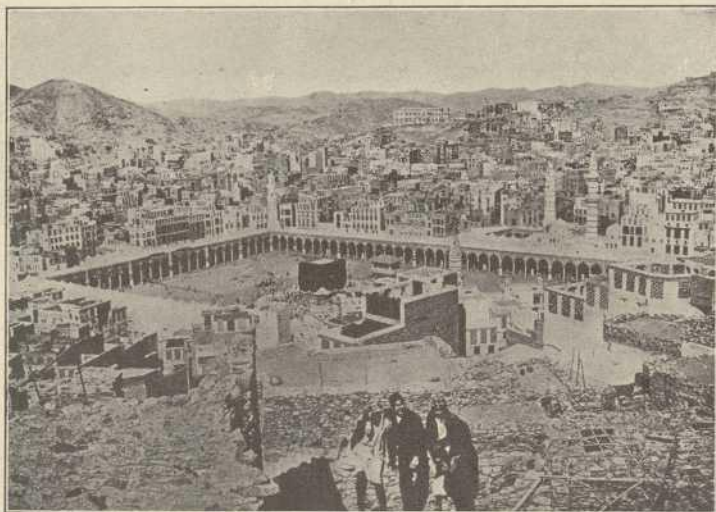
LA VISIÓN DEL DESIERTO.

LOS ÁRABES Y EL ISLAM

Arabia y sus habitantes. — Es Arabia una península asiática, situada entre el desierto de Siria al norte, el mar Rojo al oeste, el mar de las Indias al sur y el golfo Pérsico al este. Cuatro veces mayor que España, comprende regiones muy distintas en extensión y fertilidad. De clima seco y ardiente, produce sabrosos dátiles, incienso, algodón y café (el célebre moka), gozando merecida fama sus caballos y camellos, sin los cuales sería un país inhabitable.

Los árabes, descendientes supuestos de Ismael, hijo de Abraham y de su esclava Agar, son afines de los hebreos y otros pueblos semitas. Pastores nómadas, como los antiguos patriarcas israelitas, vivían antiguamente organizados en tribus, gobernadas por jefes electivos (cheiks). Belicosos y amantes del pillaje, estaban en constante guerra unos con otros. Crueles, aunque generosos y hospitalarios, aficionados a la poesía y a la elocuencia, amantes de la libertad, su carácter ofrece una singular mezcla de barbarie y nobleza.

Su religión consistía en adorar numerosas divinidades (*genios*), muchas de las cuales recibían culto en el templo de la Meca, llamado la *Kaaba*. Sin embargo, parece que en el fondo de aquella variedad de cultos existía cierta creencia confusa en un dios único y supremo (*Alá taala*).



LA MECA (fot. Underwood).

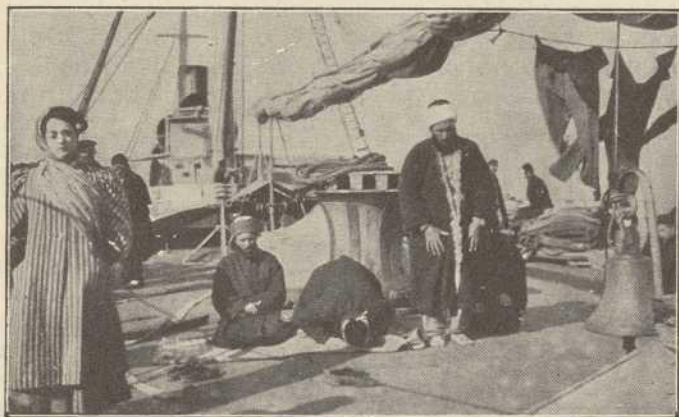
Durante el siglo VI hubo en Arabia un movimiento de opinión contra la idolatría y, ya fuesen influencias cristianas o judaicas, ya la persistencia de antiguas tradiciones o la revolución iniciada por algunos hombres eminentes, el hecho es que la tendencia al monoteísmo existía en Arabia cuando nació Mahoma.

Mahoma y su obra. — Pocos fundadores de religiones son tan conocidos como Mahoma.

Perteneciente a la tribu de los Coreixitas, nació en la Meca el año 575 de nuestra Era. Huérfano a los pocos años, y sin fortuna, se dedicó al comercio, contrayendo luego matrimonio con una viuda rica. De costumbres sencillas, sobrio, amigo de la soledad, poco hablador, sentencioso,

caritativo y benévolo, Mahoma, cuando hubo cumplido los cuarenta años de edad, se retiró a un monte, pasando en él largos días entregado a la meditación, y concibió el propósito de convertir a los árabes a la religión del Dios único.

Presentóse como profeta, es decir, enviado o inspirado de Dios: «sólo Dios es Dios y Mahoma su profeta». Los co-



MUSULMANES EN ORACIÓN (fot. tomada a bordo de un buque conduciendo peregrinos a la Meca, comunicada por la señora Pastors, viuda de Simón).

mienzos de su apostolado fueron difíciles, pues no logró convertir más que a algunos amigos íntimos, encontrando fuerte oposición en la tribu de los Coreixitas, que tenía a su cuidado el culto de la Kaaba. Mahoma no se desalentó; pero, perseguido por sus adversarios, hubo de buscar refugio en Medina. Esta *huida*, llamada *hegira*, es la Era adoptada por todos los pueblos musulmanes (622 después de J. C.).

Una vez en Medina se erigió en jefe de un partido guerrero e intolerante, y apelando a las tribus del desierto, fácilmente convertidas por afán de botín, emprendió la *guerra santa* contra la Meca, que conquistó, derribando los ídolos de la Kaaba. Al morir Mahoma, en el año 632, todas las tribus árabes habían adoptado el *islamismo*, es decir, *la sumisión a la fe en Dios*.

La religión mahometana: el Corán. — Nada más sencillo que la religión predicada por Mahoma. El dogma se reduce a la creencia en un Dios único, en el juicio final, la resurrección de los muertos y la predestinación. Prescribe como deberes la oración precedida de abluciones, el ayuno, la limosna y la peregrinación a la Meca. Esta religión está contenida en el Corán, libro sagrado de los mahometanos, escrito después de la muerte de Mahoma. Otros preceptos minuciosos regulan no solamente la vida moral, sino la civil, de suerte que el Corán es a la vez credo y código. Recomienda, como principal deber, la justicia; abomina del robo, el fraude, el homicidio, el adulterio; ensalza el perdón de las injurias y las obras de misericordia. La pluralidad de mujeres es permitida, pudiendo tener el musulmán hasta cuatro esposas legítimas. El uso del vino, la carne de cerdo y los juegos de azar están prohibidos. Los creyentes obtendrán como recompensa el Paraíso, mientras que los infieles serán castigados con infinitos tormentos. Religión sencilla, aunque no

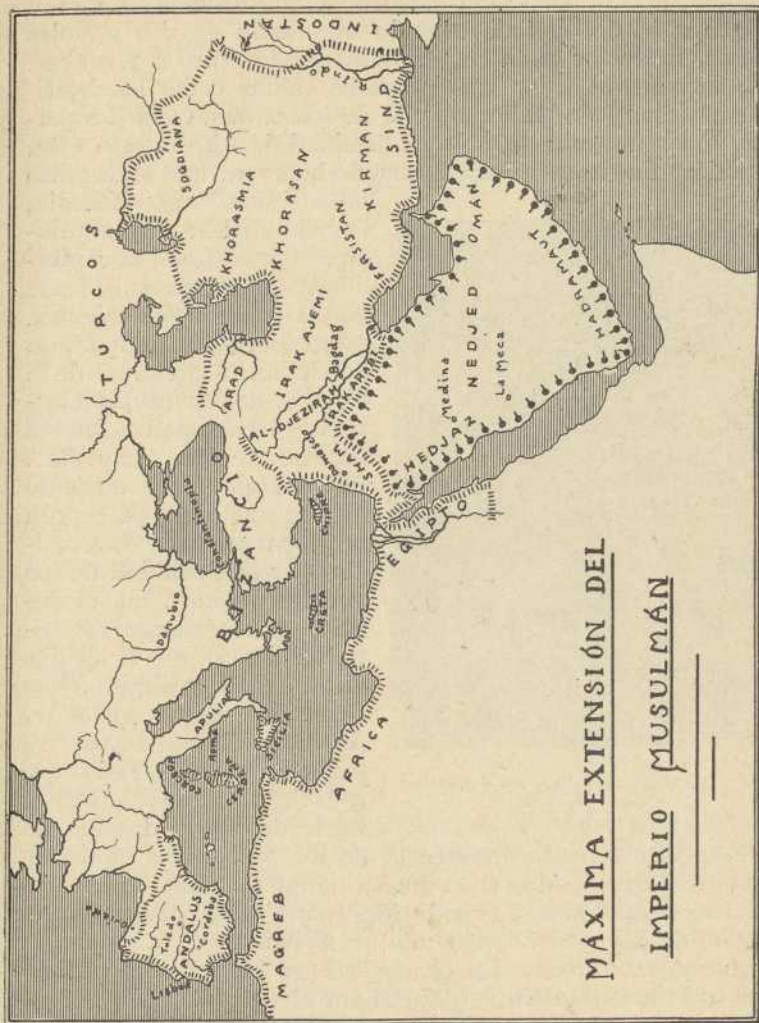


MURALLAS DE DAMASCO (fotografía).

original, acomodada al temperamento y a las costumbres de los pueblos asiáticos y africanos, ha podido ser calificada de «fruto de los países cálidos».

El califato. — Mahoma, en calidad de profeta y legislador de los árabes, dejó, al morir, una doble sucesión religiosa y política. Los herederos de aquella autoridad espiritual y temporal tomaron el título de *califas*, o sea *vicarios del Profeta*.

Comenzó el califato siendo electivo. Su primer período, durante el cual reinaron sucesivamente Abu-Bekr, Omar, Otmán y Alí (632-660), se caracteriza por las luchas entre dos partidos religiosos, el de los Coreixitas, representado por Abu-Bekr y Otmán, antiguos adversarios del profeta que deseaban vengarse, y el de los sectarios intransigentes,



MÁXIMA EXTENSIÓN DEL
IMPERIO MUSULMÁN

EXTENSIÓN DEL MUNDO MUSULMÁN EN EL SIGLO VIII.

agrupados en derredor de Alí, yerno de Mahoma, y de Omar llamado *el San Pablo* del islamismo. Sus disidencias dieron origen a la división del mundo musulmán en dos grandes sectas, la de los *sunnitas*, seguida por los turcos y árabes, que consideran a los tres primeros califas como los legítimos sucesores de Mahoma, y la de los *chiitas*, como los persas, fieles únicamente a la legitimidad de Alí. Muerto éste, triunfó un adversario suyo, llamado Moavya, que transmitió

la sucesión a su familia, los Omniadas, cuyos príncipes transfirieron la capitalidad a Damasco, desde donde gobernaron, además, como soberanos temporales.

El hecho principal de la historia de los *califas* electivos y *Omniadas* fué la rapidez de sus conquistas. Con arreglo a un versículo del Corán, que preceptúa la *guerra santa*, y favorecidos por la debilidad de los pueblos vecinos, los bizantinos y los persas, sometieron los primeros califas Siria, Persia y Egipto. Los Omniadas franquearon el río Oxus (Amur-Daria) y penetraron en el Indostán, a la vez que sometían el norte de África después de



MINIATURA PERSA DEL SIGLO XIV (Biblioteca nacional de París).

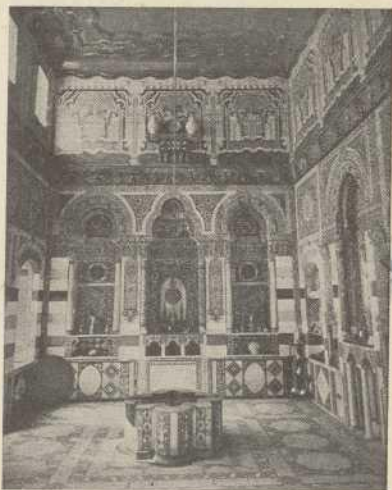
vencer la obstinada resistencia de los berberiscos, quienes, una vez convertidos a la nueva religión, fueron sus más fanáticos auxiliares y, conducidos por Tarik, pasaron el estrecho de Gibraltar, derribando, en la llanura de la Janda, la monarquía visigoda. En el año 719 se extendía el califato del Indo al Atlántico, y del Sahara al Caspio.

Su desmembración. — A mediados del siglo VIII los Omniadas fueron depuestos por los Abbasidas, que transfirieron la capital de su inmenso imperio a Bagdad (762).

Un príncipe superviviente de la familia Omniada, Abderrahman, se declaró independiente en España (751), logrando fundar, tras cruentas luchas, el califato de Córdoba. Hubo desde entonces dos califatos, el de Bagdad y el de Córdoba.

Los primeros califas Abbasidas, como Harum-el-Raschid, Al-Mamun, etc., lograron conservar íntegramente su imperio. Bajo su mando prosperaron las ciencias y las artes; pero, a fines del siglo x, los emires o gobernadores de las provincias se rebelaron, declarándose independientes. Quedó el califato fraccionado en numerosos reinos. Los califas de Bagdad llamaron en su ayuda a los turcos seldjúcidas, pueblo bárbaro procedente de la llanura del Turkestán, los cuales en un principio estuvieron a sueldo en la corte, como mercenarios, acabando por apoderarse del gobierno después y señorear las provincias occidentales del Asia (1058).

De un modo análogo brilló el califato cordobés, desde su fundación hasta principios del siglo xi, bajo los Abderrahmanes y otros príncipes sucesores; pero, introducido el militarismo por Almanzor, y habiéndose formado en el norte de la península Ibérica la joven y belicosa monarquía castellana, se desmembró el califato, formándose con sus provincias una serie de pequeños estados (*reinos de Taifas*), en los cuales brilló esplendorosa la civilización árabe; pero mermados por las guerras civiles, provocadas por el fanatismo bereber, desaparecieron, absorbidos por el creciente poder militar de Castilla y Aragón.



INTERIOR DE UNA CASA PARTICULAR DE DAMASCO (fot. Kargopoulos).

La civilización árabe en Oriente y Occidente. — La dominación árabe en Oriente y Occidente desarrolló una

civilización que, por espacio de quinientos años, hizo de los musulmanes los más ricos y más inteligentes del orbe. Contribuyeron a su formación los persas, que, bajo la dinastía de los Sasánidas, habían creado un estado de cultura de los más brillantes que se han conocido en Oriente, y los bizantinos, depositarios de la tradición grecolatina.



BAÑOS ÁRABES DE PALMA DE MALLORCA
(fot. Escalas).

Los árabes se apropiaron las ciencias, las artes, la poesía y la erudición del mundo antiguo, que propagaron por medio de numerosas escuelas. La corte de los califas se llenó de arquitectos, geómetras, matemáticos, geógrafos, naturalistas y médicos, que tradujeron y comentaron las obras de filósofos y escritores griegos, principalmente de Aristóteles. Sus relaciones con los países orientales, como India y China, hicieron que propagasen notables inventos, como las llamadas *cifras árabes*, el álgebra, la brújula y la pólvora. Los médicos árabes y judíos descubrieron o revelaron las propiedades

de numerosas substancias, como el ruibarbo, el alcanfor, el mercurio y el alcohol, a la vez que con sus viajes contribuyeron notablemente a la extensión de los conocimientos geográficos.

Los musulmanes españoles superaron a sus maestros del Oriente. En el orden de la civilización material inventaron ingeniosos sistemas de regadío, que convirtieron en vergeles las famosas huertas de Valencia, Murcia y Granada. Perfeccionaron la industria hispanorromana, y pudo Europa surtirse de armas en Toledo, sedas en Granada, paños en Cuenca y Segovia, cueros en Córdoba. Los metales, aceites, azúcar, etcétera, dieron origen a un activo comercio, mientras que

las populosas ciudades de Andalucía, Toledo, Valencia y otras muchas, fueron otros tantos centros intelectuales, cuyas universidades y bibliotecas eran la admiración del mundo.



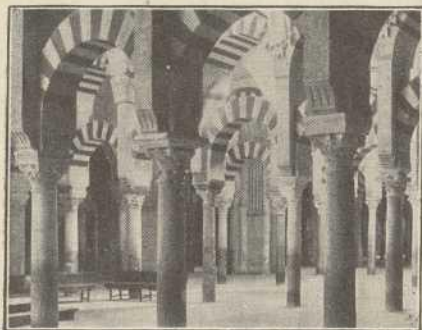
MEZQUITA DE MEHEMED-ALÍ EN EL CAIRO.

Las bellas artes. — Además de la poesía y de la música, a que fueron muy aficionados, cultivaron los árabes las artes plásticas, principalmente la arquitectura, porque el Corán les prohíbe la representación de seres vivientes. Esto no obstante, cultivaron los árabes la escultura y la pintura. La primera consistió, principalmente, en la representación de animales. En pintura tuvieron artistas célebres, y hubo escuelas pictóricas en determinadas ciudades del Oriente. En Jerusalén había una mezquita cuyas puertas estaban decoradas con imágenes del Profeta, y pinturas murales representando las penas del infierno y las delicias del paraíso. Hay que advertir que del género de pintura del que nos han quedado más abundantes reliquias es la miniatura, cultivada principalmente por persas y turcos, y que las pinturas arábicas más antiguas que se conservan no son anteriores al siglo XIII.

La arquitectura, mezquitas y palacios, se caracterizan por sus columnas, ligeras y delgadas, por la rica variedad de su ornamentación, consistente en combinaciones de líneas y figuras geométricas, además de los motivos tomados de la vegetación, cuyo conjunto constituye los llamados *arabescos*.

«Otra originalidad de la arquitectura árabe son las bóvedas de estalactitas, agregaciones de prismas de yeso, de un efecto muy pintoresco.»

Una mezquita comprende una sala, donde se reúnen los fieles; un patio, con una fuente para las abluciones,



MEZQUITA DE CÓRDOBA (fot. Garzón).

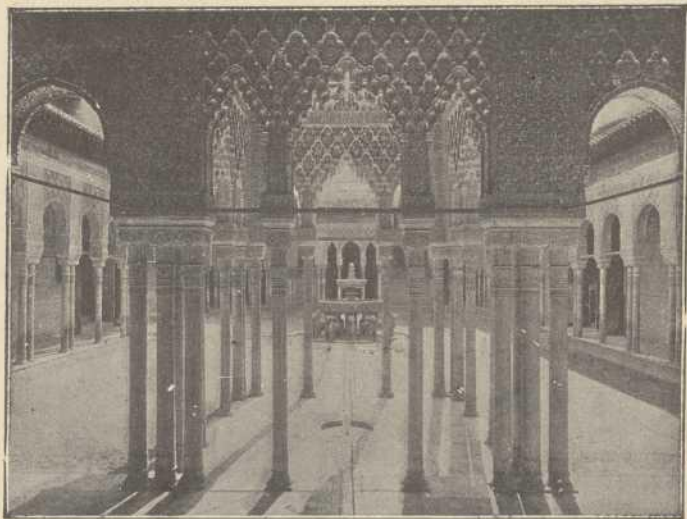
y el minarete, alta torre desde donde el *muezín* pregona la oración. Los palacios y las casas carecen de adornos exteriores. Las habitaciones están orientadas hacia un patio interior, plantado de árboles, refrescado por una fuente o surtidor. A consecuencia de la fragilidad de su construcción, la mayor parte de los monumentos árabes han desaparecido. Quedan al-

gunas joyas, como la mezquita de Omar en Jerusalén, la de Mehemet-Alí en el Cairo, llamada «la mezquita de alabastro», y en España la incomparable mezquita de Córdoba — siglo VIII, — aparte de otras alhajas arquitectónicas, de época posterior, como la famosa Alhambra, construída en el siglo XIV.

El arte árabe español creó dos formas especiales, la *mózarabe* y la *mudéjar*, que influyeron grandemente en el de los pueblos cristianos de la Península. Sus ejemplares no se reducen a la arquitectura religiosa, sino que se extendieron a la civil y a la militar. Sus tipos abundan en Sevilla y Toledo, habiéndose prolongado su construcción hasta fines del siglo XV, como lo prueba, v. gr., el magnífico castillo de los Fonseca, en la provincia de Segovia.

Servicios prestados por los árabes a la civilización.

— La civilización árabe deriva de Grecia y Persia, habiendo entrado en ella factores orientales muy complejos. Sus cultivadores pertenecían a muy diversos pueblos, no teniendo de *árabe* más que la lengua. El proselitismo religioso de los



PATIO DE LOS LEONES EN LA ALHAMBRA DE GRANADA (fot. Garzón).

musulmanes produjo, pues, el inmenso beneficio de revelar a muchos pueblos bárbaros y aislados del Occidente los secretos de las antiquísimas civilizaciones helénica y oriental, que habían llegado a su alcance por mediación del imperio bizantino.

BIBLIOGRAFÍA. — Para el estudio del islamismo es obra importantísima el *Essai sur l'histoire de l'islamisme*, de R. Dozy (trad. por V. Chauvin, París - Leyde, 1879). Obras extranjeras traducidas tenemos: A. Muller, *El islamismo en Oriente y Occidente* (t. V de la *Hist. univ.* de G. Oncken); Le Bon, *La civilización de los*

árabes, trad. de L. Carreras (Barcelona, Montaner y Simón, 1886). La edición francesa de esta obra (París, 1884) contiene una buena bibliografía sobre la civilización de los árabes. — A. Gilman, *Historia de los sarracenos*; trad. de F. Guillén Robles (colec. *Hist. de las Naciones*). R. Dozy, *Hist. de los musulmanes esp. hasta la con-*

quista de Andalucía por los almorávides, trad. de F. Castro (Madrid-Sevilla, 1887-1888, 4 vols.); ídem, *Investigaciones sobre la historia y literatura de España durante la Edad Media* (íd., íd.), etcétera. La bibliografía arábigo-española es abundante. Francisco J. Simonet, *Historia de los mozárabes de España* (t. XIII de las *Memorias de la R. A. de la Histo-*

ria, Madrid, 1897-1903); E. Saavedra, *Estudio sobre la invasión de los árabes en España*. Un excelente resumen de la civilización árabe en Oriente y Occidente se hallará en el *Manuel d'art musulman*, de Saladin y Migeon (Paris, Picard, 1917, 2 vols., el I dedicado a la arquitectura y el II a las artes plásticas e industriales).

EL IMPERIO CARLOVINGIO

La monarquía franca: los carlovingios. — La monarquía merovingia, desgarrada por largas guerras civiles entre los nobles que se disputaban el ejercicio de las dignidades y funciones del poder, no pudo consolidarse. A fines del siglo VII, una familia de ricos propietarios de Austrasia, emparentada con los mayordomos de palacio, poderosa por sus riquezas territoriales y por el número considerable de *vasallos*, pobladores de sus dominios, tenía gran prestigio en la nobleza. Pepino de Heristal, mayordomo de Austrasia, representante de aquella familia, conquistó, por la batalla de Testry, la mayordomía de Neustria, cuyos nobles buscaron su favor y protección. Extendió después sus dominios a Borgoña y gobernó todo el reino, con el título de *duque de los francos*.

Heredóle su hijo *Carlos Martel*, famoso guerrero, que libró a Francia de una invasión musulmana, destrozando al ejército del emir de Córdoba en Poitiers. Le sucedió *Pepino el breve*, quien, con objeto de arrebatar la corona a los merovingios y *legitimar* los hechos consumados, pidió y obtuvo la sanción del papa Zacarías, siendo reconocido como *rey de los francos*. De este modo fué substituída la dinastía de los merovingios (752), cuyos monarcas, aunque respetados, no ejercían en realidad el poder.

Naturaleza de la monarquía carlovingia. — El triunfo de los carlovingios sobre los *reyes holgazanes* fué debido al arraigo de un principio de gobierno completamente nuevo, a saber: el principio de *fidelidad* o *vasallaje*. Los desórdenes y la anarquía, producidos por *cuatro siglos de invasiones incesantes*, habían anulado la autoridad pública, naciendo de aquí tal confusión en los intereses y relaciones

sociales, que los débiles solicitaron en defensa propia el apoyo de los poderosos: la *Iglesia* y la *aristocracia*, fortalecidas por infinitas *inmunidades*. Como los carlovingios, además de su poder patrimonial, venían ejerciendo el primer cargo político del Estado, fué su protección una doble garantía, motivo suficiente para que aumentara con facilidad el número de sus vasallos.



ARMADURA CARLOVINGIA.

Por otra parte los papas, interesados en que cesara el desorden producido por las invasiones, no hallando apoyo entre los soberanos de Constantinopla, cuya autoridad nominal deseaban eludir, y amenazados por el peligro lombardo, apelaron a los carlovingios. Los lombardos, efectivamente, se habían apoderado del *exarcado de Ravena* y amenazaban el *ducado de Roma*. El papa

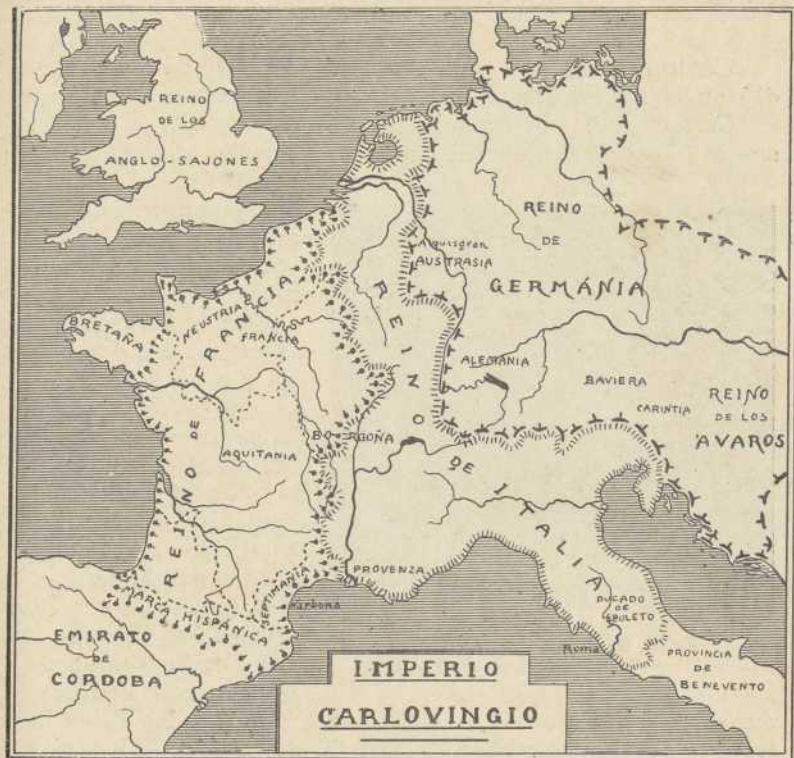
Esteban II pasó los Alpes y fué personalmente a solicitar el apoyo del rey de los francos, Pepino, a quien coronó, y pasando éste a Italia, derrotó a los lombardos, arrebatándoles el *exarcado* y la *pentápolis* (país de Rímini y Ancona), de cuyos territorios hizo *donación a San Pedro* en la persona del obispo de Roma. Nació de aquí la alianza entre la familia de Heristal y la Santa Sede, que renovaron los monarcas y pontífices sucesivos.



ESTATUITA CARLOVINGIA LLAMADA «DE CARLOMAGNO» (Paris. Carnavalet).

Otra novedad en la monarquía carlovingia fué su *con-*

sagración por el episcopado, ratificada por el pontífice, con lo que vino a tomar cierto carácter religioso, del cual se originó su derecho a intervenir en los asuntos eclesiásticos, y, en la práctica, su subordinación a la autoridad espiritual.



IMPERIO DE CARLOMAGNO

Según la leyenda, nacida de un documento apócrifo fabricado contra Otón III, la donación de Roma a los pontífices fué hecha por Constantino al papa Silvestre. Cuéntase que, hallándose Constantino enfermo de lepra, en castigo de las persecuciones ordenadas contra los cristianos, disponíase, por consejo de los sacerdotes paganos, a curarse bañándose en sangre de niños recién nacidos. Preparábase al efecto a degollar tres mil inocentes; pero ante los lamentos de las madres le faltó valor. Entonces se le aparecieron en sueños

San Pedro y San Pablo, quienes le aconsejaron que se dirigiera al papa Silvestre, que le sanaría. El papa le doctrinó en la fe y el emperador quedó curado. Agradecido entonces a su milagrosa curación y queriendo dejar en completa libertad al jefe de la Iglesia, le cedió la ciudad de Roma, con la soberanía de todo el Occidente, y se fué Constantino a residir a Constantinopla.

Carlomagno: sus guerras. — A Pepino el breve sucedió su hijo Carlos, conocido en la Historia con el nombre de *Carlomagno*. Por espacio de treinta años fué la guerra su principal actividad, llegando a cincuenta y tres el número de sus expediciones militares, dirigidas principalmente contra Italia, Germania y España.



LA CORONACIÓN DE CARLOMAGNO (Miniatura del siglo XV de la Biblioteca Nacional de París).

En Italia destruyó la monarquía lombarda y ratificó las donaciones de su padre a la Santa Sede; pero se ignora si guardó para sí o abandonó la soberanía de los territorios pontificios a la Iglesia. En Germania emprendió numerosas guerras contra los sajones y otras tribus bárbaras, que fueron convertidas al cristianismo. En España intervino en las disensiones de los musulmanes, y fundó la *marca hispánica*, origen de los condados de Cataluña. La única expedición a España personalmente dirigida por Carlomagno fué la del año 778, que terminó con el desastre de Roncesvalles, de tanta significación en la poesía de los tiempos medios.

Con todas estas conquistas formó Carlomagno un vasto Imperio, que se extendía desde el Atlántico al Oder y desde el mar del Norte al Garigliano en Italia y a Cataluña en España. Numerosos pueblos de raza eslava, que hoy habitan la cuenca del Danubio y afluentes, fueron tributarios del

Imperio. Carlomagno estableció, para defenderlos, numerosas *marcas* o territorios militares en las fronteras.

Restauración del Imperio de Occidente. — Las conquistas de Carlomagno extendieron considerablemente el cristianismo y el poder de la iglesia católica, que las sancionó solemnemente. El pontífice León III, continuando la política de sus antecesores, imploró el auxilio de Carlomagno en la dieta de Paderborn, quien, reiterándole su adhesión, pasó a Roma, donde recibió de sus manos, con la aclamación del pueblo, la corona de *emperador de Occidente*, el 25 de diciembre del año 800.

Con este hecho rompíase el lazo de dependencia que *legalmente* unía los pontífices y los países occidentales de Europa al Imperio de Constantinopla, a la vez que reconocíase a Carlomagno como *heredero de los césares romanos*. Esta transferencia de la dignidad imperial al rey de los francos, llamada *restauración del imperio de Occidente*, fué, en lo sucesivo, de complicadas consecuencias.



CARLOMAGNO Y EL PAPA LEÓN III A LOS PIES DE S. PEDRO (Mosaico de San Juan de Letrán).

Gobierno de Carlomagno. — Conócese el sistema de gobierno de Carlomagno por una colección de documentos, llamados *las capitulares*, que contienen diversas materias: leyes, actas conciliares, instrucciones a los agentes imperiales, notas y reglamentos de economía doméstica, etc. El imperio de Carlomagno no difería, en su constitución interna, de la monarquía merovingia; pero, como la acción personal de aquel príncipe en el gobierno fué muy otra que la de sus antecesores merovingios, su obra revistió todas las apariencias de una *restauración imperial*, y su

persona fué equiparada, en la memoria de las gentes, a la de los antiguos césares.

Carlomagno fué, sin embargo, un rey a la manera germánica. Sin fausto ni apariencias, administró sabiamente las rentas de sus dominios particulares. Hombre activo y enérgico, exigió de sus súbditos el juramento de fidelidad en las asambleas generales, y para conservar la fuerza armada impidió que los hombres libres cayeran bajo el yugo

exclusivo de los grandes. Los duques, condes, etc., desempeñaron los cargos del Estado, judiciales, financieros y militares; pero siempre impidió Carlomagno que aquellos cargos fueran hereditarios. Para evitar que los nobles laicos y eclesiásticos, en posesión de sus tierras, se sustrajeran a los deberes militares, les convirtió en representantes de la autoridad imperial. Tales fueron los *misi dominici*, comisarios temporales, escogidos por el emperador para la salvaguardia de los oprimidos contra los abusos de los funcionarios públicos.



CARLOS EL CALVO Y SU CORTE (Mss. del siglo IX de la Biblioteca Nacional de París).

Carlomagno no dispuso de ejército permanente, ni de impuestos regulares, ni de una jerarquía de funcionarios; pero, con análogos medios a los de sus antecesores, supo realizar grandes hazañas, establecer un gobierno fuerte y poderoso, aunar fuerzas discordes y rodearse de todo el prestigio para merecer el dictado de *emperador de Occidente*.

Renacimiento de las letras. — Carlomagno propúsose elevar el nivel intelectual y moral del clero, entonces único educador de las masas. Para ello se rodeó de los más célebres literatos de su tiempo, casi todos extranjeros; el in-

glés Alcuino, el lombardo Paulo Diácono, el español Teodulfo, poeta el mejor de su tiempo, que, refugiado en Francia a raíz de la invasión musulmana, pudo dar a conocer los adelantos de las escuelas peninsulares. Carlomagno vivía familiarmente con ellos, favoreciendo con donaciones y empleos a los más instruídos, eclesiásticos en su mayor parte.

En los conventos, abadías y diócesis se establecieron escuelas. Aquella cultura fué eminentemente latina; pero florecieron los estudios filosóficos, literarios, históricos y gramaticales, especialmente el género epistolar. Los *Anales* de Eginhardo, aunque imitan a Suetonio, son una de las mejores obras históricas de la Edad Media. Grande fué la perfección que alcanzó también la escritura, que, con la barbarie de los siglos de las invasiones, había decaído hasta hacerse ilegible. Los documentos de la época carlovingia son de fácil lectura, y atestiguan el esfuerzo de aquella sociedad bárbara por asimilarse e imitar la cultura latina.



LOTARIO EMPERADOR (Mss. del siglo IX de la Biblioteca Nacional de París).

Desmembración del imperio carlovingio: tratado de Verdun. — Estable-

cido por los lazos de *fidelidad* y *vasallaje*, el imperio de Carlomagno no fué duradero. Dividido entre sus sucesores, príncipes débiles e incapaces, y atacado por enemigos exteriores, como los eslavos, sarracenos y normandos, su disgregación fué rápida e inevitable.

Ludovico Pío, hijo de Carlomagno, inclinado a la vida monacal, sin condiciones para el mando, hizo en el año 817 un reparto del Imperio entre sus hijos, Lotario, Luis y Pepino, y un nuevo reparto hecho en 829 en favor de Carlos, otro hijo habido de un segundo matrimonio, promovió la sublevación de sus propios hijos, que le depusieron.

Continuaron las discordias entre sus descendientes, que tras muchas vicisitudes acabaron en el *tratado de Verdun* (843), distribuyéndose entre sí los territorios del Imperio. Carlos, llamado *el calvo*, se quedó con las provincias occidentales; Luis, llamado *el germánico*, con las orientales, y Lotario con los territorios de Italia y las provincias trasalpinas de Europa central, con el nombre de Lotaringia (Lorena).

De aquel tratado suelen derivar los historiadores la existencia *nacional* de Francia, Alemania e Italia; pero conviene advertir que la formación de estas naciones fué muy posterior. El tratado de Verdun representa la anulación de la autoridad pública, el triunfo de un nuevo sistema político social, que caracterizó los países europeos durante la Edad Media: *el feudalismo*.

Los normandos. — Los *normandos*, palabra que significa «hombres del norte», de raza germánica, procedían de las costas noruegas o de las islas del Báltico, comarcas frías y estériles. La escasez de recursos, su fanatismo y espíritu aventurero, les lanzaron sobre las provincias occidentales y meridionales de Europa. Hábiles marinos, formaban bandas guerreras, unidas en derredor de jefes intrépidos, llamados *reyes de mar*. Desafiando las tormentas, navegaban por las costas, remontaban el curso de los ríos y saqueaban los pueblos, estableciéndose donde les convenía. A mediados del siglo IX comenzaron sus incursiones por Francia, España y demás países del Mediterráneo occidental, estableciéndose en el sur de Italia.

Los sucesores de Carlomagno, después de combatirlos, acabaron por tomarlos a sueldo, y *Carlos el simple* les cedió, en 911, los territorios de la cuenca inferior del Sena, país que se convirtió en el rico ducado de Normandía.

Los normandos se convirtieron al cristianismo. Su espíritu aventurero y expansivo les llevó hasta las costas de Germania y de Rusia; colonizaron las islas septentrionales de Europa, como Islandia, llegando a abordar las costas de América del Norte.

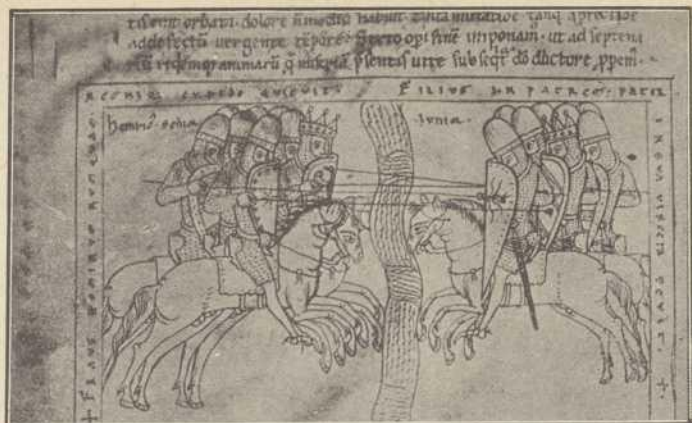
Ultimos carlovingios. — Desde el tratado de Verdun hasta fines del siglo X, la historia de Francia se reduce a

una serie de guerras entre los postreros descendientes de Carlomagno, cuyos esfuerzos iban encaminados a aumentar su patrimonio: tierras y vasallos, verdadera fuerza social y política de aquel tiempo en que no existían leyes generales, ni administración, ni impuestos, ni ejército. El país quedó fraccionado en vastas propiedades particulares, que eran otras tantas soberanías. Los títulos de rey y emperador fueron respetados, pero desobedecidos.

Una familia noble, los Capetos, que se había distinguido por su bravura resistiendo a los normandos, fué designada por los nobles para llevar la dignidad real. La elección de *Hugo Capeto* en la asamblea de Senlis (987) representa el triunfo de los principios de *fidelidad* sobre los de la *monarquía*. Este mismo carácter electivo que *de hecho* tuvo la realeza demuestra que el fundamento de la institución monárquica estaba en las riquezas y poder personal de los llamados a ejercerla.

BIBLIOGRAFIA. — Para estudiar a fondo la época de Carlomagno ver desde luego Eginard, *Vie de Charlemagne*, ed. et trad. par L. Halphen (París, Champion, 1923, vol. des «Classiques de l'Hist. de France au moyen âge»); Nit-hard, *Histoire des fils de Louis le Pieux*, ed. et trad., par Ph. Lauer (París, Champion, 1926, en la misma colección). Para más detalles acúdase a A. Molinier, *Les sources de l'histoire de France...* I, págs. 181-276. — Para los trabajos modernos de que ha sido objeto esta época ver el artículo *Charles* en la *Biobibliografía* de Chevalier y las bibliografías que acompañan las obras

generales de historia de Francia, v. gr., la de Lavisse y Rambaud. Es muy importante, como cuadro general de la Francia carlovingia, el tomo VI de la obra de Fustel de Coulanges, *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France* (París, Hachette, 1892), y como trabajo resumido muy recomendable, la *Histoire de la France racontée à tous* (París, Hachette), publicada bajo la dirección del eruditísimo historiador Fr. Funk-Brentano, vol. *Le Moyen-Age*, cuyos capítulos van seguidos de sumarias, pero útiles, indicaciones de fuentes contemporáneas de los acontecimientos y de bibliografía moderna.



ENCUENTRO ENTRE CABALLEROS (Miniatura de una crónica del siglo XIII. Biblioteca de la Universidad de Jena).

EL FEUDALISMO

El feudalismo. — Se da el nombre de *feudalismo* a la organización o régimen políticosocial de los pueblos europeos durante la Edad Media. En lo social, el feudalismo fué un régimen nacido de la desmembración de la propiedad, y en lo político, de la desmembración de la soberanía.

Sus orígenes y naturaleza. — Los orígenes históricos del feudalismo son confusos y su formación muy compleja. Sin ser exclusivamente germánico ni romano, el régimen feudal se formó a raíz del establecimiento de los germanos en la sociedad romanizada del occidente y sur de Europa, desenvolviéndose lentamente, sin intervención de gobierno alguno ni concurso de leyes escritas, sin insurrección ni lucha armada, por una transformación gradual de las instituciones y de las costumbres, y de una manera análoga en Francia, Alemania, Países Bajos, Italia y España cristiana; extendiéndose después a Inglaterra, Sicilia, Oriente y países

Escandinavos. Como no fué un régimen uniforme, es imposible reducirlo a una fórmula general que no esté en contradicción con muchos casos particulares (1). Las raíces del feudalismo están en otras instituciones anteriores a la época en que se presenta formado, principalmente el *precario* y el *beneficio*.

En tiempo de las invasiones germánicas, y aun antes, la principal riqueza, el capital, era *la tierra*. Repartida en grandes lotes o dominios (*latifundios*) entre escaso número de propietarios, el mayor de los cuales era *el fisco*, esto es, *el Estado*, hubo de apelarse, para su cultivo, a asalariados. Como la escasez de numerario (esto es, de dinero) hacía imposible disponer de numerosos cultivadores, y como era difícil también disponer de esclavos, como en la antigüedad, porque el cristianismo los había emancipado, hubieron los propietarios de recurrir a *contratos* para asegurar el cultivo de las tierras. El más general y característico fué el contrato llamado *precario*, que consistía en la cesión de un lote de tierra, por el propietario al cultivador, a cambio de obtener de éste una *renta* o *servicio* (*corvea*). Revocable en un principio este contrato, se hizo con el tiempo hereditario, convirtiéndose en *usufructo oneroso perpetuo*.

Fenómeno análogo al ocurrido con el trabajo agrícola ocurrió con los servicios públicos. No siendo posible remunerar con *sueldo*, a la manera moderna, a los funcionarios públicos, se les remuneró con la concesión usufructuaria de un dominio fiscal, concesión llamada *beneficio*, que andando el tiempo se hizo también hereditaria, convirtiéndose en *feudo*; palabra que ha dado nombre al régimen feudal.

Con el régimen feudal desapareció la idea de *propiedad*, tal como la entendieron los antiguos, y el concepto de *Estado*, tal como lo entendemos los modernos. En el aspecto social, el feudalismo se caracteriza, pues, por la manera de poseer la tierra, y en su aspecto político por la existencia de una jerarquía de poderes, obrando con independencia unos de otros, salvo en la obligación mutua de cumplir determinados deberes personales.

Sus caracteres distintivos. — Tres fueron los rasgos o caracteres habituales del régimen feudal en su período álgido (siglo XI al XIII):

(1) Esta es la razón de no haberse publicado *tratados generales* acerca del régimen feudal, salvo los de vulgarización más o menos extensos. Las obras que tratan del feudalismo son *monografías de carácter local*. Ver la BIBLIOGRAFÍA de este capítulo.

1.º *Posesión del suelo en vez de propiedad, y su división en grandes dominios o señoríos.*

El disfrute de la tierra era, para su poseedor, no sólo vitalicio, sino hereditario; pero nunca alcanzaba la plena propiedad, porque carecía de los derechos de enajenarla y de legarla. Además, este usufructo era condicional, porque estaba sujeto a la prestación de tributos y de servicios personales.



HOMENAJE FEUDAL
(Miniatura del Archivo de la Corona de Aragón).

2.º *Régimen señorial*, esto es, apropiación de los derechos políticos y administrativos que habían pertenecido al rey o al Estado.

El señor ejercía en su dominio los derechos inherentes a la soberanía: justicia, impuestos, derecho de hacer la guerra, acuñación de moneda, etc.

3.º *Jerarquía de señores entre sí*, establecida por el doble lazo del feudo y del homenaje.

La dependencia mutua de los señores derivó de haber recibido sus dominios unos de otros, hecho que cada cual declaraba formalmente de generación en generación.

Señores y vasallos: reciprocidad de deberes y derechos. — Los deberes del vasallo con su señor estaban prescritos por el contrato, base del derecho feudal, y variaban hasta el infinito según la *costumbre* y otras circunstancias; pero los más esenciales eran la *fidelidad*, el *servicio militar*, el *consejo* y los *subsidios*.

El vasallo que traicionaba a su señor era declarado *felón*, y perdía, ipso facto, el feudo.

La duración del servicio militar variaba de uno a cuarenta días.

Por el consejo venía obligado el vasallo a ayudar al señor en sus deliberaciones y en la administración de justicia.

Los subsidios eran a modo de donativos voluntarios otorgados al señor en circunstancias extraordinarias (rescate, matrimonio de sus hijas, etc., etc.).

A los deberes del vasallo correspondían los del señor, el cual debía aconsejarle en casos difíciles, auxiliarle en sus guerras, defenderle en justicia, proteger su viuda o hijos, mantenerle el feudo, etc. El señor que despojaba injustamente a su vasallo, que atentaba contra su honor o su vida, perdía vasallo y feudo.



ARMADURA DEL SIGLO XII.

El lazo de unión entre señores y vasallos se establecía mediante una promesa formal, casi religiosa, llamada *fe*, palabra que designaba la dependencia entera de la persona moral. El acto por el cual se expresaba se llamó *homenaje*, y la ceremonia que la hacía visible, *investidura*.

Sociedad feudal: sus elementos constitutivos. — La sociedad feudal, en

medio de sus múltiples complicaciones, estuvo constituida: 1.º por una aristocracia guerrera de señores laicos y eclesiásticos, soberanos en sus dominios, regidos por un derecho especial que tenía por principio la libertad, limitada por contratos y promesas recíprocas; y 2.º por las masas urbanas o rústicas, sometidas bajo la inmediata dependencia de aquélla.

La primera comprendía los *nobles*, con más derechos que deberes; la segunda los *villanos*, con más deberes que derechos.

Jerarquía feudal. — Los duques, condes, obispos y abades, revestidos de poderes, *enfeudaron* parte de sus dominios a simples hombres libres, a cambio de la fidelidad

y el servicio militar, resumen y esencia de las obligaciones feudales. Nació de aquí una jerarquía cuyos elementos fueron, en primera línea, aquellos grandes feudatarios, duques, condes, marqueses, vizcondes, etc. a los que seguían los barones, ricos hombres, etc., y, finalmente, los caballeros (*milites*), poseedores de pequeños feudos, sin más diferencias que el rango de su poder y de su riqueza. Libres en su persona y en la posesión de sus tierras exentas de cargas serviles, gozando de los mismos derechos, hermanos de profesión, unidos por el *honor*, se consideraron como una clase social superior y constituyeron la *nobleza*. Esa jerarquía feudal, fundada en las relaciones personales y en las condiciones locales, varió indefinidamente según los países y las épocas.

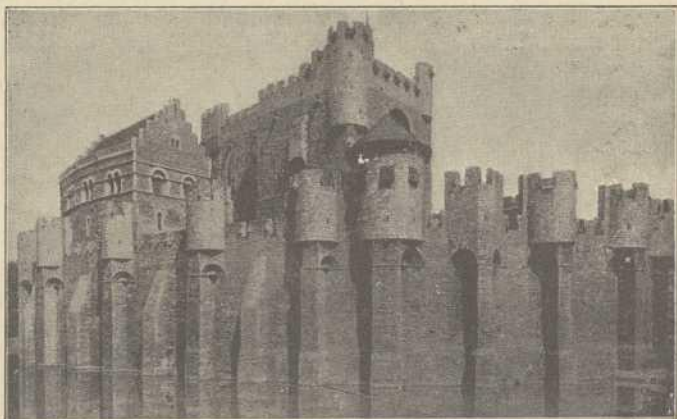
La Iglesia feudal. — Así como los señores laicos debían su poder territorial y señorial a los feudos, la Iglesia debió el suyo a las donaciones. La jerarquía feudal eclesiástica estuvo constituida por los obispos y por los abades. Los primeros fueron, generalmente, señores feudales urbanos; los segundos, rurales. Los dominios de los monasterios se acrecentaron mediante legados o donaciones debidas a la piedad de los fieles; unos para expiar violencias cometidas o aplacar remordimientos; otros con el fin de ampararse bajo el dominio de los monjes, más suave y paternal que el de los laicos.

Obispos y abades ejercían también absoluta autoridad sobre las poblaciones urbanas o rústicas de sus dominios, y poseyeron los mismos derechos de soberanía que los señores laicos, incluso el derecho de hacer la guerra. Con este objeto *enfeudaban* a los laicos una parte de sus dominios.

El pueblo. — Las clases populares (*serviles*), campesinos, artesanos, etc., se designaron en la sociedad feudal con el nombre de *villanos* (1), palabra que significó «habitante de un dominio señorial». Hubo entre ellos diversos grados, según los feudos y según los tiempos; pero, en general, las dos clases características fueron los *villanos francos*

(1) Sin embargo, el nombre de *villanos* solía aplicarse a la población rural. La palabra *villa* significó primitivamente *propiedad rural*. Las *ciudades* (municipios) o conservaron sus antiguas libertades municipales o, con el desarrollo de la industria y del comercio, las adquirieron. Ya fuese por compra, por privilegio o por la violencia, tuvieron entonces *fueros* propios que les permitieron el disfrute de ciertas ventajas negadas a los aldeanos.

y los *siervos*. Descendientes los primeros de los antiguos colonos, que carecían del derecho de ciudadanía, y los segundos de los esclavos, a quienes el cristianismo había elevado a la dignidad de *hombres* que la sociedad pagana les negó, su condición social fué poco a poco igualándose. Quedaron, sin embargo, formando parte de la tierra que cultivaban, *siervos de la gleba*, sujetos unos y otros al régimen señorial, pago de rentas y tributos, prestación de trabajos personales, etc., en provecho del señor, soberano único del dominio.



CASTILLO DE LOS CONDES DE GANTE (Construido en 1180, es un magnífico espécimen de arquitectura feudal).

Una diferencia fundamental existió, sin embargo, entre los *siervos* y los *villanos francos*. Estos eran libres en su persona y usufructuarios perpetuos del lote de tierra que cultivaban, sin más obligación que el pago de rentas fijas, establecidas previamente por la *costumbre*, mientras que los siervos carecían de derechos: eran, según la expresión de los tiempos, *tallables* y *corveables a merced* (1). Sin embargo, el uso acabó por establecer, v. gr., que los señores no pudieran arrebatárles las tierras que cultivaban, y otras ventajas, con lo cual su situación mejoró paulatinamente.

(1) *Talla* equivalía a tributo personal, y *corvea* a todo trabajo efectuado en provecho del señor del dominio, rey o noble, sin remuneración alguna.

El régimen feudal no empeoró la condición del pueblo, porque, basado en el contrato, llegó a penetrar lentamente en todas las clases sociales, preparando su emancipación.

Estados feudales. — Con el régimen feudal desaparecieron las relaciones políticas entre los habitantes de los distintos países europeos. No hubo impuestos públicos, ni servicio militar, ni tribunales de justicia; sino cargas privadas, guerras y tribunales privados. El derecho común era la independencia absoluta de todo señor bastante rico y poderoso para bastarse a sí propio. Cuando los lazos del vasallaje se relajaron, el señor feudal llegó a ser soberano absoluto. «Todo barón es soberano en su baronía.» Un señorío vino a ser un *Estado en miniatura*.

Las guerras feudales. — La gran pasión de la sociedad feudal fué la guerra. Suscitábase, no ya por motivos de interés o de amor propio, sino por el placer de guerrear. El *derecho de guerra privada* fué ejercido incluso contra el rey.

Los nobles, pesadamente armados, hacíanse prisioneros fácilmente, sometiéndose a fuertes rescates. Las tropas o *mesnadas*, impotentes contra los castillos, saqueaban o incendiaban las cosechas. De modo que las verdaderas víctimas eran los villanos. La Iglesia, víctima también de tan feroces instintos, procuró atenuar la guerra estableciendo la *tregua de Dios*, que obligaba a suspender las hostilidades durante algunos días, generalmente del sábado al lunes. Los reyes procuraron también reducir las guerras entre los nobles, quienes hubieron de ceder ante el progreso económico y los adelantos en el armamento.

Residencia de los señores, y símbolo de la vida feudal, fueron los castillos, edificados desde el siglo IX a tenor de las necesidades de la mutua defensa. Solían levantarse en lo alto de eminencias naturales o artificiales; perfeccionándose el arte de la fortificación, desde el siglo XI al XIII, hasta convertirse en vastos y complejos recintos fortificados, capaces de albergar, en caso de guerra, a los siervos de la comarca con sus ganados. En tiempo de paz los señores se distraían entregándose con pasión a la caza y otros ejercicios corporales, singularmente las *justas y torneos*, en los que hacían gala de fortaleza y bizarría, ostentando el lujo de sus caballos, armas y arreos militares.

Justicia feudal. — Aun cuando la guerra fué en la sociedad feudal la suprema apelación, no faltó administración de justicia. Rasgo característico de la justicia feudal fué que todo juicio o sentencia debía ser dictada por los *pares*, es decir, los iguales del procesado, constituídos en una especie de *Jurado*: el barón por un tribunal de barones; el caballero, por caballeros, etc. Las clases populares llegaron con el tiempo a beneficiar de este concepto de la justicia.



UN TORNEO EN EL SIGLO XV (Miniatura de un mss. de la Biblioteca real de Bruselas).

Con arreglo a las creencias de entonces, el procedimiento judicial aplicado en la administración de justicia eran las *ordalias* o *juicios de Dios*, es decir, *pruebas*, mediante las cuales Dios manifestaba de parte de quién estaba la culpa o la inocencia. Las más frecuentes eran el *duelo judicial* o desafío entre los contendientes, la prueba del agua o del hierro candente, la prueba de la cruz, etc., etc.

La Caballería. — Se llamó así la institución nacida de las costumbres guerreras de los tiempos medios. Su origen fué la educación de los jóvenes destinados a la profesión o ejercicio de las armas. Previo el aprendizaje, hecho en el castillo de sus padres, o en el de algún señor a quien ser-

vían como escuderos, se les admitía en la profesión mediante una ceremonia simbólica: eran *armados caballeros*.

Más tarde intervino la Iglesia y, mezclando a la ceremonia primitiva otras nuevas, revistió la profesión caballerisca de cierto carácter sacerdotal, análogo al de la consagración de los reyes.

El caballero debía ser casto, probo y fiel; protector de la Iglesia y de los débiles. De este modo la idea de los deberes morales se incorporó a la de los deberes militares. Después se completó su educación con los deberes de la cortesía (1), esto es, el respeto a la mujer y la idealización o exaltación del sentimiento del amor.

Las rudas costumbres de la sociedad feudal modificáronse, pues, con arreglo a ciertas reglas de conducta, que establecieron además un lazo de compañerismo entre los caballeros de todos los países.

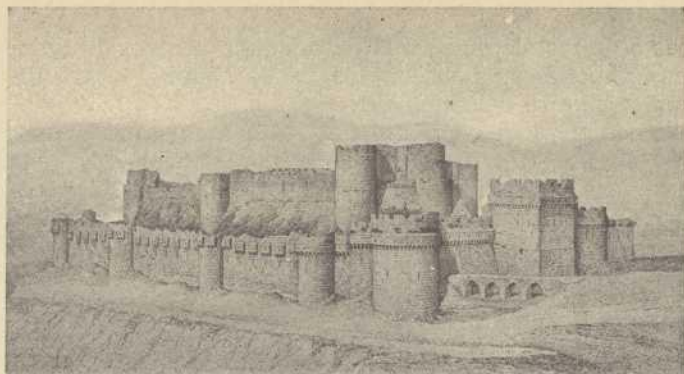
BIBLIOGRAFIA. — La índole del feudalismo, institución esencialmente local, cuyos caracteres han de estudiarse no en la historia general de cada *nación*, sino en la de cada pueblo, hace que no existan trabajos generales, ni tampoco bibliografías. Como estudio de conjunto puede verse V. Mortet, en el t. XX de la *Grande Encyclopedie* (París, 1885 y ss.) art. *Féodalité*. J. Calmette, *La Société féodale* (París, A. Colin, 1923), y L. Gantier, *La Chevalerie* (París, H. Welter, 3.ª ed., 1895), muy interesante como libro descriptivo. Indicaciones bibliográficas muy útiles, en el t. II de la *Histoire Générale de Lavissey* y Rambaud, y en el *Manuel des institutions françaises. Périodes des capétiens directs*, de A. Luchaire (París, Hachette, 1892).

El feudalismo en España ha

sido tratado muy medianamente en la monografía de A. de la Escosura, *Juicio crítico del feudalismo en España* (Madrid, 1856), y con mayor conocimiento por don Antonio de Benavides, en la introducción a las *Memorias de don Fernando IV de Castilla*, publicadas por la *Academia de la Historia* (Madrid, 1860).

Las monografías acerca del régimen feudal, en las antiguas regiones españolas, no son muy abundantes; pero hay algunas de valor, v. gr., *El régimen señorial y la cuestión agraria en Cataluña durante la Edad Media*, del señor Hinojosa (Madrid, 1905). Útiles indicaciones bibliográficas de este asunto se hallarán en el estudio de P. Boissonade, *Les études rel. à l'hist. de l'Espagne* (París, s. a. extr. de la *Rev. de Synthèse historique*).

(1) Según los textos españoles, las virtudes que debía poseer un caballero (siglo XIII) son: 1.ª guardar lealtad al señor, aun a costa de la propia vida y de la de los parientes más allegados; 2.ª conocer y juzgar el derecho; 3.ª jamás decir mentira ni quebrantar la palabra empeñada; 4.ª ser valiente en armas; 5.ª ser fiel amigo; 6.ª mostrarse franco y pródigo con todos, especialmente en las fiestas y en el juego y con las damas y con los caballeros pobres; 7.ª buscar siempre la compañía de los mejores. (Véase R. Menéndez Pidal: *La leyenda de los infantes de Lara*, Madrid, 1896, p. 26, n. 2).



FORTALEZA DE LOS CRUZADOS EN SIRIA, LLAMADA «KRAK DE LOS CABALLEROS».

LAS CRUZADAS

Las cruzadas. — Se designan con este nombre las expediciones militares que los pueblos cristianos de Europa promovieron, desde fines del siglo XI a mediados del XIII, con objeto de rescatar el Santo Sepulcro del dominio musulmán. Alentadas por la Iglesia y emprendidas por la nobleza feudal, constituyen el hecho más característico de los tiempos medios, a la vez que preparan su transformación.

Cruzada significa «guerra a los infieles o herejes, hecha con asentimiento y en defensa de la Iglesia». Las guerras de esta naturaleza fueron frecuentes y numerosas durante la Edad Media; pero entre ellas hubo ocho de muy diversa índole y resultados, emprendidas desde 1095 a 1270, únicas que han conservado la denominación de *cruzadas*.

Sus causas. — Fueron múltiples y muy complejas, señalándose como primera y principal, ya que no la única, *el fervor religioso*.

Desde el siglo IV numerosos peregrinos europeos, a impulso de un sentimiento de piedad, ávidos de expiar sus

culpas o de fortalecerse en la fe, acudían, a costa de grandes fatigas y peligros, a visitar los *santos lugares*, teatro de la pasión y muerte del Salvador.

La conquista del Oriente por los árabes no interrumpió aquel movimiento, antes al contrario, cristianos y musulmanes mantuvieron relaciones pacíficas que, además de favorecer los intereses comerciales, permitían a los peregrinos acudir a Tierra Santa. Pero a principios del siglo IX, cuando la fe religiosa iba en aumento, el califa Hakem destruía, en un momento de arrebató,



CONCILIO DE CLERMONT (Miniatura del siglo XV de la Biblioteca Nacional de París).

el Santo Sepulcro, y poco después los turcos seldjúcidas, pueblo bárbaro y fanático, se apoderaban del califato de Bagdad, interrumpiéndose brusca-mente el tráfico mercantil con Europa, a la vez que los peregrinos eran víctimas de toda clase de vejaciones y atropellos. La creciente hostilidad de ambas religiones, el espíritu aventurero de la sociedad feudal, el peligro que para la cristiandad representaban los triunfos del islamismo, las aspiraciones de los pontífices de extender la supremacía de la iglesia católica sobre los países del imperio bizantino (1), los temores que al comercio mediterráneo inspiraba la barbarie de los turcos, tales fueron, entre otros, los factores políticos, sociales y económicos que, unidos al sentimiento religioso, produjeron las cruzadas.

(1) Los países griegos sometidos a Constantinopla dependían de la *iglesia griega*, cuya enemistad con la latina se había ido acentuando desde mediados del siglo IX, hasta romper solemnemente con ella en 1054. Titúlase a sí misma *iglesia ortodoxa*, no admite la supremacía del papa, ha conservado el griego en la liturgia y muchos usos del cristianismo primitivo, como la comunión en las dos especies (pan y vino), el matrimonio de los clérigos, etc. Los europeos occidentales consideraban a los griegos como herejes y les odiaban como a los musulmanes. La civilización oriental, bizantina y musulmana, era, para los europeos de entonces, una misma cosa. Algunos papas, principalmente Inocencio III, propusieron someter la Iglesia griega a la latina, sin conseguirlo.

La primera cruzada: sus resultados. — Comenzaron aquellas expediciones en 1095.

Precedidas de universal explosión de delirio religioso, señábase como promotor de la primera a un oscuro monje de Amiens, llamado *Pedro el ermitaño*, cuyas entusiastas predicaciones levantaron enormes muchedumbres que, al grito de *¡Dios lo quiere!*, lanzáronse de sus hogares camino de Oriente y, pasando de las orillas del Rhin a Baviera, y



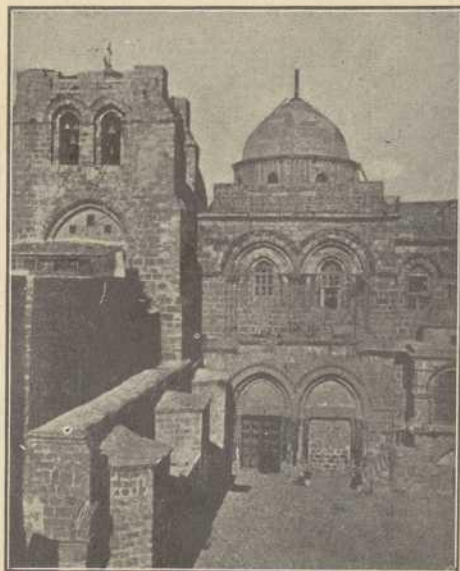
JERUSALÉN (fot. J. B.).

por Austria y Esclavonia a Constantinopla, seguidas de otras bandadas de fanáticos y desheredados, murieron de miseria o sucumbieron a manos de los turcos en Asia Menor (agosto de 1096).

La leyenda ha simbolizado en el ermitaño de Amiens el entusiasmo de la primera cruzada, cuyo verdadero promovedor fué el papa Urbano II, en el concilio de Clermont (1095). Favorecidos por concesiones espirituales y temporales (1), numerosos caballeros franceses, belgas, alemanes,

(1) Los que partían para la cruzada alcanzaban la remisión de sus pecados y otras ventajas. El deudor no podía ser demandado por su acreedor, ni el acusado por los tribunales, ni el beligerante por su adversario. Un señor no podía retener a su siervo, siendo éste libre de vender la tierra que cultivaba. Los bienes y las familias de los cruzados quedaban bajo la salvaguardia de la Iglesia.

italianos, etc., *se cruzaron* (1), y formando grupos armados y equipados a sus expensas, sin jefe común, se dirigieron, unos por tierra, otros por mar, a Constantinopla, como primera etapa y punto de partida para la conquista del Santo Sepulcro. Figuraban, entre otros muchos, Godofredo de Bouillon, duque de Lorena, Roberto de Vermandois, Roberto de Flandes, Bohemundo el normando, duque de Tarento, etc.



IGLESIA DEL SANTO SEPULCRO (de fotografía).

Después de algunos meses de estancia en Constantinopla, el emperador Alejo les facilitó paso al Asia Menor en la primavera del año 1097, dando comienzo a una serie de campañas contra los turcos, cuyos hechos más señalados fueron la toma de Nicea, la batalla de Dorylea y el sitio y asalto de Antioquía. Los triunfos de los cruzados fueron debidos a la descomposición que experimentaba entonces el califato de Bagdad, desgarrado por

discordias intestinas. El ejército de los cruzados, compuesto por guerreros de toda procedencia, carecía también de disciplina y de jefe, aunque suele señalarse a Godofredo de Bouillon como caudillo de aquel abigarrado ejército, en el cual no faltaban rivalidades, odios y disensiones que, a la larga, habían de contribuir al fracaso de la empresa. En julio de 1099 unos cincuenta mil cruzados llegaron ante los muros de Jerusalén, ciudad que tomaron por asalto, pasando a degüello a sus habitantes.

El ejército de los cruzados, compuesto por guerreros de toda procedencia, carecía también de disciplina y de jefe, aunque suele señalarse a Godofredo de Bouillon como caudillo de aquel abigarrado ejército, en el cual no faltaban rivalidades, odios y disensiones que, a la larga, habían de contribuir al fracaso de la empresa. En julio de 1099 unos cincuenta mil cruzados llegaron ante los muros de Jerusalén, ciudad que tomaron por asalto, pasando a degüello a sus habitantes.

(1) *Cruzarse* era el acto simbólico de la promesa contraída de partir para Tierra Santa. Consistía en adosar al vestido una *cruc*, de donde nació la palabra *cruzados*.

Dueños de una parte de Siria y Palestina, fundaron los cruzados el *reino de Jerusalén* (1), eligiendo como soberano a Godofredo de Bouillon, que llevó el título de *barón del Santo Sepulcro*, sucediéndole al año su hermano Balduino, conde de Edesa.

Numerosos cruzados regresaron a Europa. Los que permanecieron en Oriente continuaron guerreando contra los turcos, que desde Egipto y Damasco les hostilizaban. Con el auxilio de las flotas de Pisa, Génova y Venecia, florecientes repúblicas marítimas del Mediterráneo, brilló durante algún tiempo la soberanía cristiana en Oriente. Otro auxilio poderoso para los cruzados fueron las órdenes religiosomilitares de



CABALLERO DE SAN JUAN DE JERUSALÉN (según Helyot).



TEMPLARIO (según Helyot).

San Juan de Jerusalén y de los *Templarios*, nacidas entonces y destinadas a proteger a los peregrinos, asistirlos y defenderlos. Los Templarios, especialmente, adquirieron fabulosos bienes en todos los países de Europa y se hicieron temibles por su poder y riqueza.

Las cruzadas durante el siglo XII. — La conquista de Edesa por los turcos, en 1144, puso en peligro la existencia del reino de Jerusalén, desgarrado por discordias civiles. A instancias del pontífice Eugenio III y de San Bernardo, uno de los más grandes oradores de los tiempos medios,

los reyes Luis VII de Francia y Conrado III de Alemania

(1) Además del *reino de Jerusalén* los cruzados conquistaron otros territorios, con los que constituyeron el principado de Antioquía y los condados de Edesa, Trípoli y otros.

se encaminaron al Oriente; pero sus ejércitos fueron destruidos. Tal fué la *segunda cruzada*.

Después de aquella estéril expedición comenzó para los cristianos de Palestina un período de desastres. El hábil *Saladino*, musulmán de grandes talentos políticos y militares, conquistó el Egipto, reuniéndolo al principado de Damasco. El reino de Jerusalén, situado entre Egipto al sur y Siria musulmana al norte, pudo resistir a sus adversarios mientras estuvieron divididos; pero una vez Saladino hubo



FEDERICO BARBARROJA YENDO A LA CRUZADA (Mss. del siglo XII. Biblioteca del Vaticano).

reunido aquellos territorios, el sostenimiento de los cristianos fué más difícil. Además, la discordia entre los grandes, la incuria y debilidad de los reyes, apresuraron su caída. Tras la victoria de Tiberíades, Jerusalén cayó en poder de Saladino (1187).

Europa, que desoía las lamentaciones periódicas de los cristianos de Oriente, se conmovió ante los recientes desastres. Exhortados por la Iglesia, tres monarcas europeos emprendieron nueva cruzada: el inglés Ricardo *Corazón de León*, el rey de Francia Felipe Augusto y el emperador alemán Federico Barbarroja. Los resultados no fueron tampoco satisfactorios. Barbarroja, famoso guerrero y diplomático, pereció ahogado en Asia Menor, al vadear un río. El príncipe inglés, preocupado únicamente de sus hazañas caballerescas, hubo de abandonar Tierra Santa después de atraerse la animosidad de sus contemporáneos. Felipe Au-

gusto, que había acudido de mala gana a la expedición, la abandonó también, para no verse eclipsado ante las heroicidades del inglés, su rival. Aquella *tercera cruzada*, mal dirigida, tuvo, sin embargo, un resultado satisfactorio: la conquista de San Juan de Acre, puerto de Palestina que estuvo aún por espacio de un siglo en poder de los cristianos. La suerte de éstos experimentó cierta reacción a la muerte de Saladino, por las guerras civiles que estallaron luego entre los herederos del caballeresco sultán.

Las últimas cruzadas. — El instigador de la *cuarta cruzada* fué el pontifice Inocencio III. Hábil político, comprendió que la fuerza del poderío turco estaba en Egipto, y en este sentido quiso dirigir a los cruzados (1201). Los soberanos europeos permanecieron sordos al llamamiento, acudiendo, sin embargo, nobles franceses, alemanes e italianos, acaudillados por Bonifacio, marqués de Monferrato; si bien la expedición no se encaminó a Palestina, sino contra Constantinopla. Muy oscuras y complicadas son las causas de la desviación que experimentó el plan de cruzada. Señálense, entre otras, la hostilidad de los barones alemanes, y del marqués de Monferrato, a la política papal; su antipatía por el imperio bizantino y la astucia de los venecianos en defensa de sus intereses comerciales en Egipto, los cuales peligraban si este país caía en poder de los cruzados. Sea como fuere, la expedición fué una aventura; un negocio para Venecia, y para los cruzados una ocasión de vengar agravios, reales o supuestos, de los griegos.

Cayó Constantinopla en su poder (1204), y en unión de los venecianos se repartieron el imperio griego. Sin embargo, el *imperio latino*, que fundaron, muy semejante al reino de Jerusalén, se vió abandonado por Europa, y duró solamente poco más de medio siglo (1261).

Los griegos, que se habían mantenido independientes en Nicea y Trebisonda, reconquistaron Constantinopla, conducidos por Miguel Paleólogo, fundador de su postrer dinastía.

Durante el siglo XIII hubo todavía otras cuatro cruzadas, aunque sin resultado positivo. Las dos últimas fueron dirigidas por San Luis, rey de Francia, piadoso monarca que murió víctima de la peste ante los muros de Túnez (1270).

Carácter y consecuencias de las cruzadas. — La finalidad que en un principio se propusieron los cruzados no pasó de ser un *ideal*, y el carácter de sus expediciones no es el de una conquista, sino de una gran emigración de Europa al Oriente. Unidos los cruzados de toda procedencia en derredor de un rey, de un señor o legado pontificio,



TINTORETTO: «TOMA DE CONSTANTINOPLA POR LOS VENECIANOS» (Palacio ducal de Venecia).

más que ejércitos regulares, formaron bandas aisladas «de peregrinos armados» que peleaban en desorden, sin plan ni disciplina. Aunque hicieron prodigios de valor, las dificultades de tan largo camino a través de países pobres, de clima enervante, la impedimenta, sus rivalidades y otras mil causas, hicieron vanos sus esfuerzos. Los verdaderos fundadores de los principados cristianos de Oriente fueron los mercaderes y aventureros de los países mediterráneos, que tomaron a los cruzados como instrumento para el desarrollo de sus empresas mercantiles.

Cesaron las cruzadas, porque cesaron también las causas que las habían promovido. Los reyes y los nobles prefirieron acrecentarlos, a ir en busca de fantásticos dominios en Oriente. Los comerciantes, enriquecidos por el tráfico, comprendieron que la paz era más ventajosa para ellos que la guerra. Las poblaciones rurales comenzaron a sentirse con mayor desahogo y seguridad una vez cesó la frecuencia de las guerras privadas. Con el trato de los pueblos orientales aumentó la tolerancia religiosa. Los pontífices, convencidos del fracaso de sus designios políticos para convertir a infieles y herejes, y minada Europa por nuevas herejías, relegaron a segundo término los asuntos del Oriente. La sociedad, con la pérdida de sus individuos más aventureros, se volvió más práctica y atenta a sus intereses.

Las consecuencias de las cruzadas fueron, sin embargo, importantísimas en todos los órdenes de la vida y transformaron profundamente la sociedad europea.

En el orden social y político contribuyeron a la emancipación de las clases serviles y a la decadencia de las soberanías feudales, en beneficio del poder real; en el orden religioso atenuaron el fanatismo intransigente; en el orden económico aumentaron la riqueza mediante el incremento del tráfico, y en el orden científico contribuyeron a propagar por Occidente los elementos de la cultura oriental.

BIBLIOGRAFIA. — Para el estudio de las cruzadas hay que recurrir a bibliografías extranjeras, pues en España no tenemos más que traducciones de obras completamente anticuadas e inservibles, como la conocida *Historia de las Cruzadas*, de Michaud y Poujoulat (trad. de Sáenz de Urraca, Madrid, 1858); otra id., Barcelona, Montaner y Simón, con los magníficos dibujos de Gustavo Doré. Es útil, sin embargo, la *Historia de las Cruzadas*, de B. Kugler (t. V de la *Hist. univ.* de Oncken), trabajo de conjunto muy aceptable, y la monografía erudita y documentada del académico señor Fernández de Navarrete, *Disertación histórica sobre la parte que tuvieron los es-*

pañoles en las guerras de ultramar o de las cruzadas, etc., publ. en las *Mem. de la A. de la H.*, t. V (1817), págs. 37-204. Véase también J. I. Valenti, *Urbano II y el concilio de Clermont* (Valencia, 1895). Consúltese, pues, Michaud, *Bibliographie des croisades* (París, 1822, 2 vols. in 8.º) y el artículo *Croisades de la Topo-Bibliographie de Chevalier*.

Entre las publicaciones modernas ver, desde luego, la *Histoire anonyme de la première croisade*, ed. et trad. par Louis Brehier (París, Champion, 1924, col. des classiques, citada); N. Jorga, *Histoire des croisades* (París, J. Gamber, 1924) y G. Dodu, *Le royaume latin de Jérusalem* (París, Picard, 1914).

ALEMANIA E ITALIA FEUDALES

EL PONTIFICADO Y EL IMPERIO

(843-1270)

Alemania feudal: el sacro imperio. — La historia política de Alemania, en los tiempos medios, se caracteriza por el triunfo del principio electivo, la querrela de las investiduras y la debilidad del poder imperial. A partir del tratado de Verdun (843), formó Alemania el *reino de los francos orientales* o Germania, cuya corona ciñeron sucesivamente algunos descendientes de Carlomagno. Comprendía cinco territorios: Franconia, Sajonia, Suabia, Baviera y Lorena, especie de confederación de cinco pueblos, de idioma y usos comunes, gobernados por duques, en cuyos dominios coexistía una aristocracia de condes y obispos, muy poderosos por sus riquezas e inmunidades.

Extinguida la descendencia de Carlomagno (911), fué electiva la corona, aunque estuvo vinculada alternativamente en las familias ducales de Franconia, Sajonia y Suabia.

Alcanzó primeramente la dignidad imperial la *casa de Sajonia*, cuyo principal monarca fué Otón I el grande. Elevado al trono en 936, impuso su autoridad a los restantes ducados, rechazó a los eslavos y húngaros, y por su matrimonio con Adelaida, viuda de Lotario, *rey de Italia*, ciñó la simbólica *corona de hierro de los lombardos*. Siguiendo la tradición, fué coronado en Roma por el pontífice e instauró el *sacro imperio germánico*, adquiriendo para sí y sus sucesores derechos a establecer su dominación en Italia; pero el título de *emperador* y *rey de romanos*, que en lo sucesivo ostentaron los príncipes alemanes, no fué un poder efectivo, sino una

dignidad, una aspiración a la soberanía de la cristiandad latina.

La dinastía de los Otones se extinguió en 1025, pasando entonces la dignidad imperial a los duques de Franconia, que se sucedieron durante un siglo (1125), caracterizado por la lucha entre el Papa y el Emperador, por *la cuestión de las investiduras*.

Italia feudal: la Iglesia y la reforma cluniacense. —

En los tiempos medios imperó en Italia el régimen feudal, como en los restantes países europeos. A una gran variedad de señoríos (ducado de Friul, marquesado de Toscana, ducados de Spoleto, Capua, Benevento, Nápoles, Gaeta, Amalfi, etc.), se sumó el desenvolvimiento de los municipios, particularmente los de Lombardía, numerosos y muy poblados, los cuales, regidos algunos por eclesiásticos poderosos, como los arzobispos de Ravena, Milán, etc., convirtieron en repúblicas municipales o en señoríos rivales de los dominios de los laicos. Los poderosos señores de Italia central ejercían una especie de tutela anárquica sobre la Santa Sede, disputando al clero y pueblo romano la elección pontificia. Aumentó aquella anarquía la injerencia de los emperadores alemanes, quienes, con motivo de su coronación, pasaban por la Península con su séquito de caballeros, exigiendo la sumisión de ciudades y territorios, que con frecuencia se resistían, aumentando los desórdenes y las violencias.

La Iglesia atravesaba, pues, un período de crisis, nacido no sólo de las circunstancias políticas de entonces, sino de la *confusión de poderes*, inherente al régimen feudal imperante.

Los obispos y abades, dignatarios *espirituales*, eran además señores *temporales*, investidos de cierto poder político.



EL EMPERADOR OTÓN RECIBIENDO EL HOMENAJE DE LAS NACIONES (Pintura rhenobizantina del siglo X. — Museo Condé).

Vasallos de los duques o condes, contraían las obligaciones propias de todo señor feudal: el homenaje y el servicio mili-



MONJE CARTUJO (Según Helyot).

tar. Muchos de ellos carecían de vocación religiosa y profesaban el sacerdocio únicamente para disfrutar de las riquezas inherentes a los beneficios eclesiásticos. Vivían como los laicos, a quienes compraban las dignidades para revenderlas o legarlas. Semejante corrupción de costumbres y el tráfico de que eran objeto las cosas santas, llamado *simonía*, produjeron escándalo y la indignación de las personas piadosas que permanecían fieles al espíritu cristiano. Muchos monasterios, arruinados por las guerras, dispersos ante las invasiones normandas o secuestrados por los laicos, habían dejado de obser-

var la regla de San Benito y se hallaban en plena decadencia.

Estalló entonces fuerte reacción contra el espíritu mundano que inficionaba la Iglesia, naciendo nuevas órdenes monacales, más austeras, como la de los cartujos, a la vez que se reformaba la orden benedictina en los monasterios existentes. Principal foco de aquella reforma fué la abadía de Cluny, fundada en 910 en Borgoña. Emancipados de toda jurisdicción, los monjes cluniacenses sólo dependían del Papa. Sus primeros abades, fomentando la austeridad y vida de sacrificio entre los monjes, lograron imponerse y centralizar numerosos monasterios, que muy pronto se convirtieron en



MONJE CLUNIACENSE (Según Helyot).

otros tantos centros de propaganda contra los abusos existentes y en defensa de la autoridad del jefe de la Iglesia.

Aunque constantemente a merced de las facciones políticas, y secuestrada después la silla de San Pedro por el naciente poder de los emperadores alemanes, afianzó el pontífice su autoridad en todas partes a medida que se extendía el espíritu reformador de Cluny. Los legados pontificios deponían los obispos convictos de mal vivir o de haber obtenido su diócesis por compra o cualquier otro medio reprobado, mientras ganaba terreno el ideal de preeminencia de la sociedad eclesiástica sobre la sociedad laica en numerosos concilios, uno de los cuales, el de Letrán, había decretado, en 1059, que «el Papa sería en lo sucesivo elegido por los cardenales, obispos, presbíteros y diáconos de la Iglesia romana».

Gregorio VII: la cuestión de las investiduras. — Un monje de Cluny, Hildebrando de Hill, hombre de genio, fué elegido Papa en 1073, con el nombre de Gregorio VII. Ya los pontífices que veinticinco años antes habían ocupado la Sede habíanse inspirado en sus consejos, encaminados a reformar totalmente las costumbres y disciplina de la Iglesia.

Carácter austero, e inflexible en sus propósitos, prosiguió Gregorio VII las reformas eclesiásticas mediante numerosas disposiciones, dictadas principalmente contra la simonía y el matrimonio de los clérigos. Se propuso después emancipar la Iglesia del poder temporal; de ahí sus enérgicas prohibiciones a los príncipes laicos de dar la investidura de ningún beneficio eclesiástico, y a los clérigos de recibirla de manos de ningún laico.



GREGORIO VII PAPA (Miniatura de un mss. de la Biblioteca Universitaria de Leipzig).

Efectivamente, los laicos, al conferir a los eclesiásticos un beneficio de carácter espiritual (curato, obispado, abadía), anejo a un feudo, usurpaban los derechos espirituales de la Iglesia. Esta, a su vez, al reclamar el derecho de conferir la investidura del feudo, anejo al cargo eclesiástico, se arrogaba derechos temporales. Tal fué el famoso *conflicto de las investiduras*.

Gregorio VII prohibió a los príncipes contemporáneos el tráfico de las dignidades eclesiásticas, bajo pena de ex-



SOBERANO ALEMÁN DANDO LA INVES-
TIDURA A UN OBISPO.

comuniación y amenaza de desligar a sus súbditos del juramento de fidelidad. Al emperador Enrique IV de Franconia, príncipe arrogante y disoluto, exhortábase no sólo a la renuncia de las investiduras eclesiásticas, sino que le intimaba suspender la guerra contra los sajones rebeldes. En concepto de Gregorio VII, el poder de la Santa Sede es superior a los tronos, y *los reyes deben al Papa sumisión y obediencia*.

Según Gregorio VII, dos poderes se reparten el gobierno de este mundo: el *poder temporal*, con su jerarquía de reyes, duques, condes, etcétera, cuyo jefe es el Emperador; el *poder*

espiritual, con el Papa a la cabeza. «El poder apostólico — decía — es como el Sol; el poder temporal, como la Luna. Del mismo modo que la Luna no da más luz que la que recibe del Sol, los emperadores, reyes y príncipes reciben su autoridad del Papa, que la recibe de Dios.» Esta famosa teoría fué invocada por sucesivos pontífices.

El emperador convocó en Worms una asamblea de obispos hostiles a la reforma cluniacense y depuso al papa. Este excomulgó al emperador, desligando a sus súbditos del juramento de fidelidad. La excomuniación del emperador, aumentando el número de sus enemigos, motivó una revuelta en Alemania; pero Enrique, para conjurar el peligro, fingió someterse, dirigiéndose en pleno invierno a Canosa, castillo perteneciente a la condesa Matilde de Toscana, adicta a la

Santa Sede, donde imploró y obtuvo, no sin dificultad, el perdón del papa. Tal fué la *humillación de Canosa*, célebre victoria alcanzada por el pontífice sobre el poder temporal.

La lucha no cesó, sin embargo. El emperador alemán deshizo a sus rivales e invadió de nuevo Italia, deponiendo a Gregorio, que huyó de Roma y hubo de refugiarse en la corte de los normandos, vasallos de la Santa Sede, establecidos en Sicilia, muriendo a poco en Salerno. «*Amé la justicia y aborrecí la iniquidad, por eso muero en el destierro.*»

Continuó el conflicto con diversas vicisitudes bajo los emperadores y los pontífices que sucedieron a Gregorio VII, y Enrique IV, hasta el *concordato de Vorms* (1122), por el que el emperador renunció a la *investidura espiritual por el báculo y el anillo, reservándose la temporal por el cetro y la espada*. Esta transacción no resolvió el pleito. Salió, empero, debilitada la autoridad imperial y robustecida la pontificia, gracias a la austeridad, energía y grandeza de alma de los pontífices reformadores, cuya principal figura es Gregorio VII, que, no obstante su carácter altanero y violento, consiguió emancipar la Iglesia del brutal despotismo de la aristocracia feudal.

Los Hohenstaufen: güelfos y gibelinos. — La lucha entre el Pontificado y el Imperio continuó bajo una nueva dinastía: los emperadores de Suabia. Al extinguirse la casa de Franconia, en 1125, aspiraron a la corona imperial los príncipes descendientes de la casa de Sajonia y de Baviera, vástagos de la familia de los Welfes (güelfos), en competencia de los cuales fué elegido (1138) Conrado de Hohenstaufen, señor de *Weiblingen*, cuyos partidarios se llamaron gibelinos.

Los nombres de *güelfos* y *gibelinos* no se aplicaron únicamente a aquellas familias rivales y los suyos, sino que, haciéndose extensivos en otros países a las luchas políticas de la época, significaron respectivamente partidarios de la supremacía pontificia los *güelfos* y de la *imperial* los *gibelinos*. Unos y otros simbolizan la rivalidad entre el Pontificado y el Imperio, pero también encubren multitud de luchas locales, de carácter social y político, cuyos desarrollo y episodios hay que buscar en la historia de cada ciudad o territorio.

Los emperadores Hohenstaufen que con más encono y energía lucharon por afirmar la dominación imperial en Italia fueron *Federico I Barbarroja* (1152-1190) y su nieto *Federico II* (1220-1250).

Dueño de ricos dominios, altivo y caballeresco, quiso Federico I hacer valer sus derechos de soberano de Germania y rey de romanos. De aquí numerosas guerras que duraron todo su reinado. En Italia pretendió imponerse a las ciudades; pero éstas resistieron, y, secundadas por el papa Alejandro III, formaron la *liga lombarda*, derrotando en la batalla de Legnano (1176) al emperador, que reconoció por la paz de Constanza la independencia de los municipios italianos.



FEDERICO BARBARROJA (Miniatura de la Biblioteca vaticana).

Un hijo de Federico, Enrique VI, contrajo matrimonio con Constanza, heredera del reino normando de Sicilia (1186). La injerencia de los emperadores alemanes en el sur de Italia exacerbó la lucha con los pontífices, cuya política fué evitar que sus rivales, añadiendo a su corona el dominio efectivo de aquellos territorios, señoreasen

Italia, Inocencio III (1198-1216), Honorio III (1216-1227), Gregorio IX (1227-1241) e Inocencio IV (1241-1256), fueron los pontífices que con mayor energía se opusieron al designio de los Hohenstaufen, calificados de «raza de víboras», «hidra de siete cabezas».

La contienda se prolongó durante el reinado de Federico II, príncipe de gran cultura, admirador de la civilización musulmana, pérfido político, el mayor enemigo que tuvo la Santa Sede. Vencido, sin embargo, en Italia, prosiguieron la lucha sus descendientes. El papa Urbano IV, decidido a exterminar los terribles Hohenstaufen, enfeudó el reino de Sicilia a un príncipe francés, Carlos de Anjou, quien venció en Benevento (1266) y Tagliacozzo (1267) a

los postreros descendientes de aquella familia. Sin embargo, desafectos los sicilianos a la dominación angevina, se sublevaron en Palermo, haciendo una matanza de franceses, conocida con el nombre de *vísperas sicilianas*, y apelando al rey de Aragón, Pedro III el Grande, casado con doña Constanza, nieta de Federico II, acudió el aragonés en su auxilio, venciendo a los franceses e incorporando Sicilia a la corona aragonesa (1285).

La política pontificia había vencido a los emperadores alemanes. Triunfó el feudalismo en Alemania e Italia, quedó la Iglesia emancipada del Imperio, el poder espiritual del poder temporal, pero la solución de aquella formidable contienda no fué definitiva para la Santa Sede ni para Italia, pues se perpetuó en aquel país, dando origen a largas guerras entre Francia y España durante mucho tiempo.

BIBLIOGRAFIA. — No existe, que sepamos, ningún libro español especialmente dedicado a historiar las luchas entre el Pontificado y el Imperio, a excepción de los capítulos de las Historias generales. Cuestión por demás

muy compleja, es forzoso acudir a bibliografías extranjeras. Un buen estudio de conjunto es el de James Bryce, *Le Saint Empire romain germanique*, trad. fr. (París, A. Colin, 1890, in 8.º).

LAS MONARQUÍAS FEUDALES DE OCCIDENTE

Inglaterra: la conquista normanda. — Los reinos anglosajones, pacificados a raíz de su conversión al cristianismo, desaparecieron a principios del siglo IX, arruinados por terribles invasiones de piratas daneses, procedentes de Noruega y Dinamarca, los cuales acabaron por establecerse en los territorios de la *heptarquía*, destruyendo su naciente civilización y sumiendo el país en la barbarie.

La historia de aquel período es un catálogo de matanzas, interrumpidas únicamente por la restauración pacífica y bienhechora de Alfredo el Grande (871-901), a cuya muerte recrudecieron las violencias de los feroces invasores. Sin embargo, la barbarie no fué obstáculo a la fusión de razas, y a mediados del siglo XI fué restaurada la antigua dinastía sajona en la persona de *Eduardo el Confesor*.

En aquel tiempo los normandos establecidos en el noroeste de Francia (ducado de Normandía) eran la raza privilegiada de Europa cristiana. Con gran rapidez se habían asimilado la lengua francesa, la civilización latina y el espíritu caballeresco de los tiempos, que alcanzó en ellos notable perfección. Sus proezas militares se habían extendido hasta el sur de Italia y Oriente.

Eduardo el Confesor, pariente de Guillermo el Bastardo, duque de Normandía, en cuya corte se había educado, facilitó a los normandos acceso a Inglaterra, otorgándoles beneficios y empleos en detrimento de los indígenas. Murió sin hijos en 1066, y entonces un poderoso señor sajón, llamado *Haroldo*, apoyado por sus colegas, se proclamó rey. Guillermo, fundándose en que Eduardo le había designado como sucesor, y en un pretendido juramento de fidelidad del

mismo *Haroldo*, pretendió la corona, apelando al pontífice, que le otorgó la investidura del reino de Inglaterra.



PREPARATIVOS PARA LA CONQUISTA DE INGLATERRA (*Tapicería de Bayeux*).

Guillermo, después de grandes preparativos, reunió un fuerte ejército, compuesto, en su mayor parte, de aventureros de toda procedencia, y una poderosa armada, con la cual, a fines de septiembre de 1066, cruzó el canal de la Mancha. El 14 de octubre venció a Haroldo, en la célebre



INVASIÓN NORMANDA EN INGLATERRA (*Tapicería de Bayeux*).

batalla de *Hastings*, siendo poco después coronado rey en Londres.

Dominación normanda. — Pocos ejemplos ofrece la Historia de una conquista más completa de un pueblo por



LOS CABALLEROS NORMANDOS EN LA BATALLA DE HASTINGS (*Tapicería de Bayeux*).

otro como la conquista normanda. Al triunfo de Hastings siguió la expoliación de los vencidos (1). Los vencedores, transformados en caballeros, se repartieron las tierras, aunque bajo la autoridad del rey, quien se adjudicó la mejor



LA MUERTE DEL REY HAROLDO EN HASTINGS (*Tapicería de Bayeux*).

parte y, además, se reservó la soberanía de condados y ciu-

(1) Guillermo mandó hacer el catastro de Inglaterra para que sirviera de base a la nueva organización de la propiedad. El resultado se consignó en un libro (que todavía existe) llamado por los sajones desposeídos «el libro del juicio final» (*Domesday book*).

dades, la jurisdicción suprema y el derecho exclusivo de acuñar moneda. Los nobles no obtuvieron sus dominios, sino dispersos en diferentes condados, en los cuales los *sherifs* o vizcondes representaron la autoridad del monarca, quien exigió el juramento de fidelidad, no sólo a sus barones, sino a los vasallos de aquéllos. Un catastro cuidadosamente hecho le proporcionó sólida base para establecer el impuesto.

Inglaterra, durante siglo y medio después de la conquista, fué un país francés. En ella prevalecieron el idioma, las costumbres y las instituciones importadas por los normandos, es decir, el régimen feudal; pero, establecido con arreglo a un reparto hecho por la voluntad y bajo la dirección de un rey victorioso, carecieron los nobles de soberanía. La corona consolidó su dominación con ayuda de un código militar cruel, y robustas instituciones administrativas, judiciales y militares, cuyo símbolo ha perdurado en la famosa *torre de Londres*, que en el año 1079 hizo levantar Guillermo el Conquistador.

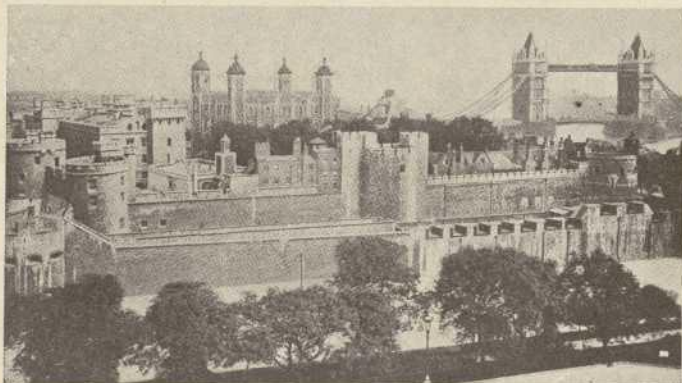
La fusión entre vencedores y vencidos fué rápida y completa en brevísimo tiempo, sin que sean conocidas las causas ni las circunstancias que la determinaron (1); pero es sabido que ya en el siglo XII era difícil distinguir un anglo-normando de un sajón, incluso por el traje, existiendo entre ambos elementos pobladores un odio y antipatía comunes hacia los normandos del continente.

La naturaleza insular del país, la comunidad étnica de origen, la homogeneidad del territorio, la opresión del poder real, etc., tales son los factores con que los historiadores británicos explican la formación de la nacionalidad inglesa, a raíz de la conquista normanda.

Monarquía inglesa: la Carta Magna. — Después del reinado de los hijos de Guillermo, príncipes ávidos y violentos, heredó la corona de Inglaterra, a mediados del siglo XII, un príncipe francés, Enrique de Anjou, llamado *Plantagenet*, biznieto del Conquistador. Reyes los más po-

(1) Esta cuestión ha sido objeto de numerosos estudios, discusiones y teorías las más opuestas. Walter Scott, en su célebre novela *Ivanhoe*, describe con vivos colores los sufrimientos y menosprecio de los sajones bajo el yugo de los normandos; teoría a la que Agustín Thierry quiso dar fundamento científico en su *Historia de la conquista de Inglaterra por los normandos* (París, 1825), libro que alcanzó gran celebridad (hay una traducción castellana, publicada en Cádiz en 1842). Otros escritores, principalmente el inglés Freeman, han restablecido la verdad histórica, profundamente alterada por los románticos.

derosos de su siglo, por los extensos territorios que poseían en Francia, fueron los Plantagenet vasallos de la corona francesa, contra cuyos monarcas estuvieron en constante lucha. Inglaterra fué para ellos una posesión accesoria, de la cual, como dueños absolutos, sacaban los recursos necesarios para sus guerras continentales. Su poder opresor produjo revueltas, y sus frecuentes ausencias favorecieron la independencia de los barones ingleses.



LA TORRE DE LONDRES (primer término).

A fines de aquel siglo ocupó el trono *Juan sin tierra*, príncipe perverso y cobarde, que fué vencido por Felipe II Augusto, y habiéndose después humillado ante el pontífice para recuperar su herencia de Normandía, trató despóticamente a los ingleses. Los nobles, uniéndose con los caballeros y las ciudades, formaron una coalición que obligó al rey a jurar unos estatutos que fijaban el límite de sus prerrogativas y estipulaban los derechos de sus súbditos. Tal fué la famosa *Carta Magna*, especie de constitución, por la que el reino inglés quedó convertido en una *monarquía limitada* (1215).

Las disposiciones principales de aquel memorable documento son:

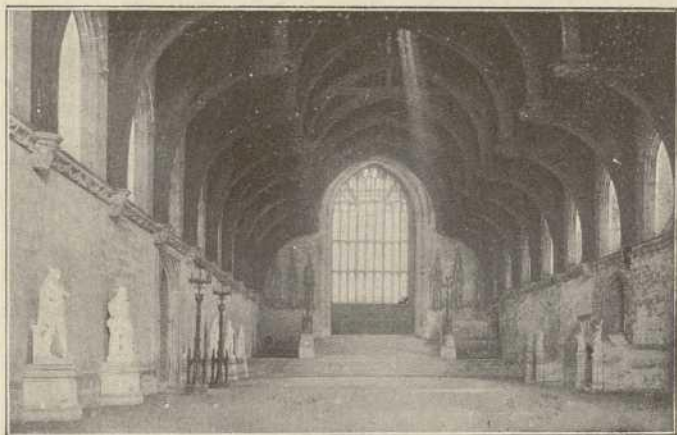
1.^a Que el rey gobernaría asistido por un *común consejo del reino* investido de atribuciones judiciales.

2.^a Que el rey no podría imponer tributos extraordinarios sin consentimiento del Consejo.

3.^a Que los bienes de los particulares serían inviolables, y

4.^a Que ningún hombre libre podría ser encarcelado sin sentencia firme de sus jueces, con arreglo a las leyes del reino.

La *Carta Magna* no contiene grandes innovaciones. En el fondo no es más que la ratificación del derecho feudal, establecido por la *costumbre*; pero hay que advertir que en otros países, donde existía también aquel derecho, desapareció hollado por el absolutismo del poder real, mientras que en Inglaterra, la aristocracia y el pueblo unidos, obligaron a los reyes a respetarlo.



ANTIGUA SALA DE SESIONES DEL PARLAMENTO DE INGLATERRA (siglo XIV).

El Parlamento. — Esta famosa institución, que tanta celebridad había de alcanzar en la historia del pueblo inglés, nació en el transcurso del siglo XIII.

A la muerte de Juan sin tierra fué reconocido rey su hijo Enrique III (1216-1272). Rodeado de favoritos franceses, descontentó a sus súbditos por la política que seguía en el continente, dejando de observar, además, la *Carta Magna*. Los barones se coligaron nuevamente, presentándose armados en una asamblea convocada por el monarca en Oxford, donde impusieron a Enrique los *Estatutos* o *Provisiones* de este nombre, nuevo esfuerzo que limitaba los poderes del jefe del Estado (1258).

Dábase el nombre de *Parlamento* al Gran Consejo que, por disposición de la Carta Magna, intervenía en el gobierno del reino. Los *Estatutos* de Oxford establecían, entre otras cosas: 1.º reunión del Parlamento tres veces al año, con anuencia del rey o sin ella; 2.º designación de quince personas, elegidas por el rey y su Consejo, para discutir los negocios públicos en unión de los nobles y el clero; 3.º nombramiento por el Consejo de los grandes funcionarios de la Corona.

Enrique III no respetó los Estatutos; pero los nobles, laicos y eclesiásticos, apoyados por las milicias de Londres, le hicieron prisionero y convocaron un Parlamento extraordinario (1265), en el cual fueron llamados los representantes del estado llano (villas y ciudades). De este modo el antiguo *Consejo* se convirtió en asamblea de representantes del país.

Prevaleció luego la costumbre de que el monarca convocara el Parlamento una vez al año, estableciéndose además una separación entre los nobles (*señores y obispos*) y la clase media (*caballeros y burgueses*). Los primeros formaron la *Cámara de los lores*, y los segundos la *Cámara de los comunes*.

El Parlamento representa, en la historia de Inglaterra, un papel importantísimo.

Francia: los Capetos. — A fines del siglo x Francia se hallaba dividida en *grandes feudos*, entre otros los ducados de Normandía, Borgoña, Aquitania, los condados de Flandes (NE. de Francia y parte de Bélgica actual), Anjou, Tolosa, Champagne y otros muchos. Los reyes eran otros tantos *señores feudales*, ejerciendo únicamente autoridad en sus propios dominios. El homenaje que recibían de los grandes feudatarios no era más que una ceremonia.

Los descendientes de Carlomagno fueron reemplazados en 987 por los Capetos, dinastía que ocupó el trono hasta 1328.

La dinastía de los Capetos cuenta catorce reyes: Hugo Capeto (987-996), Roberto *el Santo* (996-1031), Enrique I (1031-1060), Felipe I (1060-1108), Luis VI *el Gordo* (1108-1147), Luis VII *el Joven* (1147-1180), Felipe II *Augusto* (1180-1223), Luis VIII (1223-1226), San Luis (1226-1270), Felipe III *el Atrevido* (1270-1285), Felipe IV *el Hermoso* (1285-1314), Luis X (1314-1316), Felipe V *el Largo* (1316-

1322) y Carlos IV *el Hermoso* (1322-1328). Unicamente tres de ellos, Felipe Augusto, San Luis y Felipe IV *el Hermoso*, son importantes, en cuanto su reinado explica la formación de la monarquía francesa.

En un principio reduciase el *dominio real* a un pequeño territorio situado entre el Sena y el Loire, con las ciudades de Orleans y París. La monarquía fué electiva; pero Hugo Capeto, primer rey de aquella familia, supo hacer elegir y consagrar en vida, como sucesor a su hijo, costumbre que fué mantenida por sus descendientes, haciendo así hereditaria la corona.

La historia de los Capetos es el desarrollo de los elementos que habían de integrar la monarquía absoluta, el esfuerzo lento, pero constante, de aquellos príncipes para conseguirlo. Sus primeras manifestaciones (hasta fines del siglo XIII) fueron las guerras entre los reyes y los grandes feudatarios, principalmente bajo Felipe II Augusto y Luis IX.



FELIPE AUGUSTO
(Escultura de la Catedral de Reims).

Reinado de Felipe Augusto. — Este monarca, apodado por sus contemporáneos *prudente*, fué un político astuto, que supo aprovechar y alentó las discordias reinantes en la familia real inglesa, feudataria de los reyes franceses por el ducado de Normandía y otros territorios del oeste. Durante cuarenta y tres años de reinado batalló casi siempre contra los reyes de Inglaterra o sus barones, a costa de los cuales engrandeció los dominios de la corona, anexionándose Normandía, Turena, Anjou y otros feudos. Este engrandecimiento motivó los recelos de los grandes barones del norte, del conde de Flandes y el emperador de Alemania, con cuyo auxilio formó el inglés *Juan sin tierra* una coalición que Felipe Augusto destrozó en la batalla de Bouvines, consolidando sus conquistas (1214).

Más adelante veremos cómo la cruzada albigense, ocurrida en este reinado, redundó en provecho de la monarquía de los Capetos.

Extendió Felipe Augusto su autoridad a numerosos centros urbanos, creó unos funcionarios llamados *bayles*, encargados de administrar justicia en su nombre y exigir cuentas a los administradores feudales, que se llamaban *prebostes*. Rey feudal por excelencia, su espada y su astucia le convirtieron en el primer soberano de Francia.



SAN LUIS
(Escultura del siglo XIII. Museo de Cluny).

San Luis. — La monarquía francesa pasó por un período de reacción feudal durante la minoría de Luis IX, salvándola el heroísmo de doña Blanca de Castilla, «una gran mujer, diplomática y valiente», princesa española que educó a su hijo haciéndole «el rey santo que la historia no ha cesado de admirar».

Fué San Luis modelo acabado del cristiano y del caballero. Toda su política interior y exterior, su legislación, sus empresas, no tuvieron otra aspiración que la de realizar el ideal cris-

tiano. La obra política legada por sus antecesores se consolidó en sus manos, por el ascendiente de sus virtudes. Apuesto guerrero, venció en *Taillebourg* y *Saintes* una liga de barones apoyada por el rey de Inglaterra, el eterno rival de la dinastía, a quien San Luis tuvo la generosidad de devolver, por el tratado de París, algunas conquistas.

Prohibió las guerras privadas y el duelo judicial. Intervino como árbitro en las disensiones de los barones para apaciguar sus querellas y extendió a vastos territorios el derecho de apelación a la *justicia del rey*. Verdadero padre del pueblo, santificó en su persona la realeza, que para las

generaciones de aquel tiempo personificó la paz, el orden y la justicia.

Después de San Luis, el monarca más importante de la dinastía de los Capetos, fué Felipe IV el Hermoso; pero como en su reinado ocurrieron acontecimientos de mucha trascendencia, complicados con otras cuestiones de carácter general, nos ocuparemos de él en otro capítulo.

Reinos cristianos en la península ibérica. — La conquista de la península Ibérica por los musulmanes (711-714) puso fin a la monarquía visigoda. Sin embargo, en las regiones pirenaicas subsistieron, aislados y distintos, algunos pequeños reinos que, al abrigo de sus montañas y reunidos por la fe de Cristo, formaron otros tantos centros de resistencia, de cuyo seno había de brotar, tras largas y complicadas vicisitudes, la pujante nación española. Tales fueron: *Asturias*, refugio primitivo de la nobleza goda, escapada ante los moros invasores; *León*, reino tradicionalista, arcaico, depositario de los antiguos usos, carácter y legislación del extinguido reino visigótico; *Castilla*, monarquía guerrera, caracterizada por sus instituciones democráticas y por una legislación municipal variada e innovadora; *Navarra*, donde revivió el espíritu autonomista e indomable de los vascos, y *Cataluña*, extensión o supervivencia de la antigua Aquitania (1).

Mientras subsistió el califato de Córdoba (siglo VIII al XI), los estados cristianos defendieron penosamente su independencia; pero cuando aquél, minado por luchas civiles, se fraccionó en multitud de soberanías (*reinos de Taifas*), los reinos del norte tomaron la ofensiva y emprendieron la reconquista del territorio nacional.

Campeones principales de aquella lucha fueron Castilla y Aragón, reinos nacidos del testamento de Sancho el Mayor, rey de Navarra (1035) (2).

A fines del siglo XI, Alfonso VI conquistó Toledo (1085),

(1) Hay quien afirma que ni los musulmanes ni los visigodos llegaron a dominar la Península en toda su extensión, y que el movimiento inicial de la Reconquista partió precisamente de las regiones en que no imperó por completo ninguno de aquellos dos pueblos invasores. Véase Freeman *Histoire générale de l'Europe par la géographie politique*, trad. fr. de Lefevre, Paris, A. Colin, 1886, p. 551.

(2) A principios del siglo XI fué Navarra el reino más poderoso de España cristiana. Extendíase por occidente, más allá del Ebro, y abarcaba la Cantabria, Vizcaya, Guipúzcoa y los condados de Aragón, Sobrarbe y Ribagorza.

asegurando a Castilla la posesión del valle del Tajo, y creó después el condado de Portugal, convertido más tarde en reino (1).

En los comienzos del siglo XII, Alfonso I *el batallador*, de Aragón, arrebató a los moros Zaragoza (1118) y otras plazas, pudiendo dominar el valle del Ebro. Algunos años más tarde (1137) se unía Aragón a Cataluña, formando un poderoso reino, que había de engrandecerse después con florecientes territorios en el sur de Francia y extenderse a lejanos países mediterráneos.

Prosiguieron las conquistas en la centuria siguiente. Poco tiempo después de la gran victoria de las *Navas de Tolosa* (1212), en que Alfonso VIII de Castilla, ayudado por los reyes de Aragón y de Navarra, libraba Andalucía de la dominación almohade, las campañas de San Fernando y de Jaime I de Aragón arrancaban progresivamente de manos de los moros los restantes territorios de Andalucía, Valencia, Murcia y las Baleares, de modo que a fines del siglo XIII vino a reducirse el dominio musulmán al reino de Granada.

Asegurado el éxito de la reconquista, quedó la Península repartida entre cinco estados: Granada, Portugal, Navarra, Castilla y Aragón. Estos dos últimos fueron los más extensos y poderosos, presentando su historia notables diferencias.

Castilla y Aragón: caracteres de aquellas monarquías. — Castilla comprendía los territorios de Asturias, Galicia, León, Castilla la Vieja, las Vascongadas, Castilla la Nueva, Murcia y los reinos andaluces de Jaén, Córdoba y Sevilla. Como todas las de su época, fué Castilla una *monarquía limitada*. En ella imperaron usos y costumbres feudales, aunque sin desarraigar por completo el principio monárquico tradicional, heredado de los visigodos, y tenazmente conservado por el antiguo reino leonés. Ejercieron sus monarcas los derechos inherentes a la soberanía; pero la adquisición de nuevos territorios en las guerras de reconquista, aumentando las riquezas y privilegios de la nobleza, convirtieron a ésta en un poder temible. Largas mi-

(1) El condado de Portugal fué creado (1107) por Alfonso VI de Castilla, que lo dió en dote a su hija Teresa, casada con Enrique de Lorena. Su hijo Alfonso fué proclamado rey de Portugal en fecha incierta.

norías pusieron el gobierno en manos de los magnates, que con frecuencia usurparon bienes o derechos de la corona.

Algunos príncipes, como Alfonso XI y Pedro el Cruel, apelaron a medios violentos para robustecer su autoridad; estallaron sangrientas guerras fratricidas, que, además de retardar la reconquista, pusieron en grave peligro la monarquía, principalmente bajo la casa de Trastámara, período álgido de la anarquía feudal en Castilla.

El reino de Aragón comprendió, primeramente, las actuales provincias de Huesca, Zaragoza y Teruel. Unido después a Cataluña, se extendió a Valencia, las Baleares, el Rosellón, Nápoles, Sicilia y Cerdeña.

Aragón, Cataluña y Valencia fueron tres reinos con organización y gobierno propios, sin otros vínculos que la pertenencia a un mismo rey. La autoridad de éste, limitada por los privilegios de la nobleza, estuvo, como en las demás monarquías feudales, en constante conflicto con la aristocracia, que dispuso de gran poder político y militar, sancionado por privilegios reales. Los monarcas, apoyados en las florecientes ciudades mediterráneas, extendieron su influjo a lejanos países del Oriente; pero su poder sufrió gran menoscabo en el interior del reino, donde imperaba, unida y poderosa, la nobleza, cuya fuerza radicaba en la Unión, no, como en Castilla, en el poderío personal de los magnates. Con razón pudo decir Fernando el Católico, refiriéndose a la nobleza de Aragón y de Castilla, que tan difícil era dividir a la una como unir a la otra.

BIBLIOGRAFIA. — Para el estudio de las cuestiones que integran este capítulo acúdase a las historias nacionales de Inglaterra, Francia y España, y a sus respectivas bibliografías. Por lo que respecta a aquellas naciones, las obras históricas traducidas al castellano carecen de valor, siendo indispensable el conocimiento

de sus respectivos idiomas. Como base de orientación para estudios o lecturas serias téngase presente el libro de Ch. V. Langlois, *Manuel de Bibliographie historique* (París, Hachette, 1901-1904). Un buen libro reciente es el de Augusto Longnon, *La formation de l'Unité française*, p. p. H. F. Delaborde (París, A. Picard, 1922).



ANDREA DELLA ROBBIÀ: ENCUENTRO DE SAN FRANCISCO Y SANTO DOMINGO
(Loggia de San Pablo, Florencia).

LA IGLESIA EN LOS TIEMPOS MEDIOS

Supremacía del Pontificado. — El Papa (1), considerado como sucesor de San Pedro y vicario de Jesu risto, había adquirido, durante los primeros siglos del cristianismo, la suprema dirección de la Iglesia en Occidente. Fieles a su misión, combatieron los pontífices numerosas herejías nacidas en Oriente y, reivindicando la supremacía de la Sede apostólica, mantuvieron en Occidente la integridad de la fe. La preponderancia que adquirieron en Roma aumentó, conforme se relajaban los lazos de dependencia que la unían a Constantinopla, mientras que su alianza con los carlovingios, o más bien la decadencia del imperio de Carlomagno, favoreció la formación del *patrimonio de San Pedro*, o Estado pontificio, que, acrecentado más tarde con nu vas donaciones, dió a los papas un poder revestido de doble autoridad, la *espiritual* y la *temporal*.

(1) La palabra *papa*, derivada del griego *pappas* (padre), fué aplicada al jefe de la iglesia romana a partir del siglo xi.

El poder pontificio, exteriorizado en las cruzadas, se consolidó con la querrela de las investiduras, la reforma del clero y la lucha contra las herejías.

La reforma del clero fué llevada a cabo por la energía de Gregorio VII, Urbano II y otros pontífices, que lograron triunfar de la resistencia de los obispos simoníacos, imponer el celibato y restaurar el principio electivo en la provisión de cargos eclesiásticos, excluyendo a los laicos. En su tarea fueron secundados por numerosas órdenes monásticas, nacidas durante el siglo XII, como los cartujos, cistercienses, camaldulenses y otras muchas, que devolvieron a la Iglesia la austeridad primitiva y cuyos monasterios no fueron independientes unos de otros, como sucedía antes, sino que, sometiéndose los de cada grupo a una dirección única, formaron propiamente las *Órdenes religiosas*. Así, por ejemplo, Cluny contaba, en el siglo XI, más de dos mil monasterios bajo su jurisdicción.

Más adelante, con otros fines y carácter nuevo, nacieron, a principios del siglo XIII, las *Órdenes mendicantes*.

Las Órdenes mendicantes. —

La relajación de las Órdenes monásticas, su aislamiento, la propaganda de la herejía y el gran movimiento religioso característico de los tiempos, explica el nacimiento de las Órdenes de San Francisco y de Santo Domingo, llamadas *Órdenes mendicantes*.

Juan Bernardone, hijo de un rico comerciante de Asís (Italia), nació en 1182. Dícese que fué apodado *Francesco*



SAN FRANCISCO DE ASÍS (por Cimabue).

por sus amigos, por la facilidad y soltura con que hablaba francés (1). Disipado en su juventud, comenzó luego a hacer limosna, hasta el extremo de malvender, con este objeto, una cantidad de géneros de su padre, y, reprendido por éste en presencia del obispo, renunció a la herencia paterna. Su reputación de santidad hizo que se le juntaran algunos jóvenes, y presentándose en 1215 al pontifice, obtuvo, no sin dificultad, la aprobación de su orden.



FRAILE FRANCISCANO (Según Helyot).

Nadie ha encarnado el ideal del cristianismo como San Francisco, exactamente calificado de *segundo Jesucristo*. Predicó la pobreza, la abnegación, la humildad y la paciencia. Fué un asceta contemplativo, modificado por un amor sin límites y una infatigable caridad con el prójimo. Al orgullo y crueldad de su época, opuso la humildad y la paciencia, calificando la pobreza de «reina de las virtudes, por la cual vino Jesús al mundo para desposarse y engendrar todos los hijos de la perfección».

Los franciscanos se llamaron por humildad *minoritas*, propagándose tanto la Orden que a los cuarenta años de su fundación contaba ciento ochenta conventos.

Tipo del misionero activo y práctico fué Santo Domingo, considerado como el precursor de San Ignacio de Loyola.

Domingo de Guzmán nació en Caleruega (provincia de Burgos), en 1180. De noble familia, estudió teología en la universidad de Palencia, y nombrado después canónigo de la catedral de Osma, acompañó a su obispo, en 1203, a una misión al sur de Francia, asiento de numerosas herejías. En 1207, fué autorizado por los legados pontificios para predicar contra los herejes. Hombre reflexivo, resuelto,

(1) El nombre de pila de San Francisco fué, efectivamente, Juan; pero su padre, que tenía muchos amigos en Francia y cuya esposa era francesa, le cambió aquel nombre por el de Francisco (Joergensen. *Saint-François d'Assise*, trad. fr. de Th. de Wizewa, París, 65.^a edición, 1922).

bondadoso y lleno de celo por la propagación de la fe

Della fede cristiana santo atleta
Benigno a'suoi e a'nemici crudo.

(Dante, *Paradiso*, XII)

se propuso convertir a los herejes por medios pacíficos: la instrucción y la exhortación. En 1215 pasó a Roma, y no obstante las disposiciones del concilio de Letrán, que prohibían la creación de nuevas Ordenes, el pontífice aprobó la de Santo Domingo por el mismo papa llamada de «hermanos predicadores».

Las Ordenes mendicantes fueron una innovación, y su objeto reformar la sociedad laica. La franciscana se dirigió a la reforma de las costumbres, la dominicana a la reforma de las creencias. Ambas emplearon idénticos medios: renuncia de los bienes temporales, residencia en las villas y ciudades para estar en contacto con el pueblo, predicación continua. Los *frailes mendicantes*, abandonando las dulzuras de la vida, imitaron a los apóstoles, dedicándose a despertar el sentido moral adormecido e instruir a los ignorantes. Su aparición contribuyó a devolver la fe a la sociedad, y fueron amados del pueblo. Los grandes hombres del siglo XIII fueron franciscanos o dominicos: Santo Tomás, San Buenaventura, San Raimundo de Peñafort, Ramón Llull, Alberto el Grande, Rogerio Bacón, Duns Scoto, etc.



SANTO DOMINGO (Convento de las Dueñas, en Zamora; fot. Mendizábal).

Las herejías durante los siglos XII y XIII. — El movimiento religioso característico de los tiempos medios se manifestó también con la aparición de numerosas here-

jas. Muchas de ellas pertenecían a tiempos anteriores; pero en su mayor parte eran nuevas, presentándose como aspiración a una forma más pura del cristianismo, o como regresión al espíritu primitivo de la Iglesia. Entre otras muchas, las principales fueron la de los *valdenses* y la de los *cátaros*. La primera, fundada por Pedro Valdo (1177), rico comerciante de Lyon, que le dió nombre, reducíase a imitar a los apóstoles (pobreza y predicación) y a divulgar el conocimiento de la Sagrada Escritura, que Pedro Valdo se había hecho traducir en lengua vulgar.



FRAILE DOMINICO (Según Helyot)

Los *cátaros* (*puros*) profesaban doctrinas maniqueas (creencia dualista del bien y del mal). Fué una herejía importada de Bulgaria que arraigó en Italia, Alemania y mediodía de Francia, principalmente en Albi, de donde les vino a sus adeptos el nombre de *albigenses*. Aquellas sectas, no sólo constituían una oposición dogmática a las doctrinas sustentadas por la Iglesia, sino que aspiraban a reformar la jerarquía eclesiástica o suprimirla. Mezclaban a su ascetismo predicaciones revolucionarias.

Cruzada albigense.—Desde la caída del imperio romano, el norte y sur de Francia constituyeron dos países diferentes, aislados y enemigos uno de otro. Los Capetos no ejercían autoridad ninguna sobre los países de *langue d'oc* (1), que constituían varios señoríos feudales, siendo el más poderoso de ellos el condado de Toulouse, donde la influencia de Roma antigua había dejado profunda huella en el derecho y en las instituciones municipales, hasta el extremo de ser mucho mayores las afinidades entre un catalán y un súbdito del conde de Toulouse que entre éste y un habitante de Orleans o de París.

(1) Del latín hablado en Francia durante la dominación romana se formaron dos lenguas: la *langue d'oc* y la *langue d'oïl*, habladas respectivamente al sur y al norte del Loire.

Idéntica diversidad existía desde el punto de vista religioso. Los productos y las ideas de Oriente habían penetrado con facilidad en el Mediodía. La vida fácil, alegre y voluptuosa había transformado las costumbres. Junto a una brillante caballería feudal, convivía una burguesía activa, rica e independiente. Florecían las artes, singularmente la poesía espiritual y ligera de los trovadores. Pero también las costumbres se habían corrompido en la nobleza y el alto clero. Sin embargo la tolerancia era general. Albigeneses y católicos vivían en buena armonía, negándose los señores a perseguir a sus súbditos por cuestiones de fe. Ofrecía, pues, el *Languedoc* vasto campo a las predicaciones de la Iglesia. Elevado Inocencio III a la Sede pontificia, en 1198, envió en calidad de legados, para combatir la herejía, algunos monjes cistercienses, a los cuales, en 1206, se unió Santo Domingo de Guzmán, que predicó por espacio de diez años con más perseverancia que resultado.

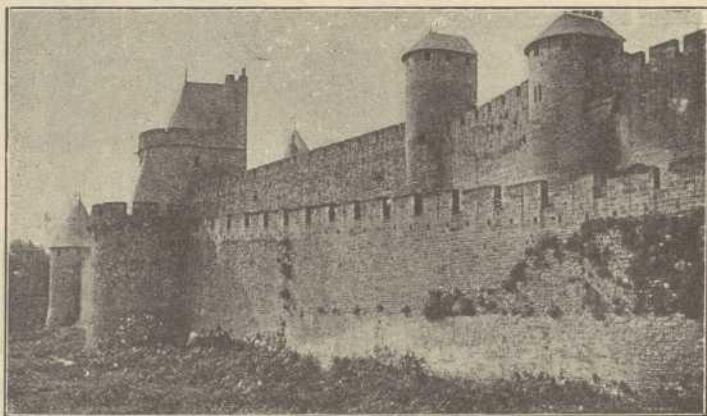
No adelantaba gran cosa la conversión, cuando, en 1208, *Pedro de Castelnau*, legado pontificio, que amenazaba a Raimundo VI, conde de Toulouse, con las iras de la Iglesia, por la protección que dispensaba a sus súbditos herejes, fué asesinado. Inocencio III lanzó excomunión contra Raimundo, desligando a sus súbditos del juramento de fidelidad, y declaró «entregar sus dominios al primer ocupante», incitando a los príncipes cristianos a que fueran contra los herejes, «peores que los sarracenos».

Comenzó entonces una guerra feroz, que duró veinte años. Al llamamiento del pontífice acudieron numerosos caballeros del norte, franceses, alemanes (y también del mediodía), a las órdenes del conde Simón de Montfort, bajo la suprema dirección del abad del Cister, Armando, legado pontificio. Raimundo VI, amedrentado, hizo penitencia y se sometió, alcanzando el perdón; pero no así su vasallo el



INOCENCIO III (Iglesia de Subiaco: fresco del siglo XIII).

vizconde de Carcassone y de Beziers, que fué vencido. Los cruzados, gente fanática, sedientos de botín, pasaron a sangre y fuego aquellos ricos territorios, que fueron adjudicados a Simón de Montfort. Como el conde de Toulouse no se avino a combatir a sus súbditos, volvióse la cruzada en contra suya. Pedro II de Aragón, cuñado suyo, intervino en su favor; pero fué derrotado y muerto en la batalla de Muret (1213). Los estados del conde fueron adjudicados a Montfort y demás cruzados, que exterminaron a los herejes. Continuó después la guerra con carácter político y dinástico,



CARCASSONE (Murallas del siglo XIII).

hasta 1229, en que, cedidos por Amaury, hijo de Simón de Montfort, sus derechos a Luis VIII, fué el Languedoc incorporado, en tiempo de Blanca de Castilla, al dominio de los Capetos.

La inquisición. — La cruzada albigense redundó en provecho del *poder secular*, cuyo concurso había solicitado la Iglesia para extirpar la herejía; pero ésta subsistía aún. Con el fin de acabar con la heterodoxia fué instituído entonces por la Iglesia el famoso tribunal de la Inquisición.

Aunque pueden ser considerados como primeros *inquisidores* los legados que Inocencio III envió al sur de Fran-

cia, en 1198, aquella institución no fué organizada hasta 1229, en el concilio de Toulouse, que determinó el funcionamiento de la *inquisición episcopal*. Los obispos habían de escoger en cada parroquia un clérigo y dos laicos honorables, los cuales se encargaban, previo juramento, de denunciar a los sospechosos de herejía. En 1233, Gregorio IX confió la *inquisitio hereticæ pravitatis* a los frailes dominicos, para ejercerla, de un modo permanente, en nombre del Papa.

La jurisdicción inquisitorial fué separada de la ordinaria. Las funciones de los inquisidores consistían en interrogar a los sospechosos y oír los testigos, cuyos nombres no se comunicaban al acusado, ni eran tampoco admitidos todos ellos indistintamente. Inocencio IV autorizó el tormento para arrancar declaración al acusado. Las penas consistían en abjuración pública del error (acto, o *auto de fe*), destitución, multas, prisión temporal o perpetua. A los clérigos convictos de herejía y a los laicos *relapsos* se les aplicaba la pena de muerte por el fuego y la confiscación de bienes en provecho de los príncipes seculares, circunstancia que aumentó los abusos y el número de víctimas. Fué establecida la inquisición en el sur de Francia, teniendo por principales centros Carcassona, Albi, Toulouse, extendiéndose a Italia, Alemania y España, donde revistió, con el tiempo, caracteres especiales distintos de los de aquella *inquisición eclesiástica*.

Apogeo del poder pontificio. — El poder absoluto de que dispusieron los pontífices durante la Edad Media, en los asuntos espirituales como en las cuestiones temporales, llegó a su mayor apogeo durante el siglo XIII. Fué una obra de lenta centralización, elaborada por múltiples circunstancias. Desde el siglo XII se reservó el Papa la absolución de ciertos pecados graves, los procesos de canonización, la declaración de autenticidad de las reliquias, las dispensas, las exenciones de la jurisdicción episcopal, la convocación de los concilios ecuménicos, etc., etc. Los príncipes, como fieles de la Iglesia, estuvieron sometidos a las mismas obligaciones que los simples particulares, y sus infracciones castigadas con la excomunión o el entredicho, viéndose obligados a acatar la autoridad del jefe de la Iglesia.

BIBLIOGRAFIA. — Para el estudio de las cuestiones de este capítulo véase Helyot *Histoire des ordres monastiques, religieux et militaires...* (París, 1721, 8 vols.); A. Luchaire, *Inocent III* (París, Hachette, 1905-1908, 6 vols.); E. Gebhart, *L'Italie mystique. Histoire de la renaissance religieuse au moyen âge* (París, 8.ª ed. Hachette, 1917). La mejor biografía de San Francisco es la del danés Joergenssen, de la que hay traducción castellana. La mejor obra sobre la Inquisición medieval es, desde luego, la de H. Ch. Lea, *Histoire de l'Inquisition au moyen*

âge, trad. fr. de S. Reinach (París, Alcide Picard, s. a., [1904], 3 vols.). Un breve e interesante artículo de dicho traductor puede verse en *Cultes mythes et religions*, t. II, p. 401, y ss. Otros libros muy interesantes sobre esta famosa institución son, desde luego, Ch. Molinier, *L'inquisition dans le midi de la France* (París, Fischbacher, 1881) y el *Manuel de l'inquisiteur*, de B. Gui, ed. et trad., par G. Mollat (París, Champion, 1926-1928, dos vols. de la colección de clásicos de la Historia de Francia en la Edad Media).



YPRES; HALLE AU DRAPS (Antes de 1914).

EL REGIMEN COMUNAL

Poblaciones urbanas y rurales. — Establecido el régimen feudal en los distintos países de Europa quedaron borradas las *diferencias nacionales* entre sus pobladores, que se distinguieron únicamente por la clase social a que pertenecían. En vez de españoles, franceses, alemanes o italianos, no hubo sino *clérigos*, *nobles* o *villanos*. Los nobles (laicos y eclesiásticos) fueron los únicos poseedores del suelo. Los habitantes de las ciudades apenas diferían por su condición de los aldeanos. «La casa de Dios — decía un obispo del siglo XI — es triple: unos rezan, otros pelean, otros trabajan.» Pero a fines del siglo XI se inició una transformación profunda en las poblaciones urbanas y rurales, que los historiadores designan con el nombre de *revolución comunal*.

Las ciudades durante la Edad Media. — La historia de las ciudades europeas durante los primeros siglos de la Edad Media (antes del siglo XI) es casi desconocida.

En tiempos del Imperio romano, muchas de ellas habían poseído un régimen autonómico, desaparecido ante la creciente centralización del poder público en Roma. En el siglo IV estaban en plena disolución. El régimen municipal desapareció totalmente durante el período anárquico de las invasiones germánicas. Adquirieron entonces autoridad política y administrativa los obispos (*defensor civitatis*), convirtiéndose la mayoría de ciudades en *señoríos episcopales*,



PALACIO COMUNAL DE BRUSELAS

a la vez que algunas, a consecuencia de las guerras o de los repartos territoriales inmediatos entre los príncipes, pasaron a manos de señores laicos. Otras fueron destruidas. Durante la elaboración de la sociedad feudal las ciudades fueron, pues, escasas o mediocres, porque la vida, en los primitivos siglos medios, fué esencialmente rural.

Formáronse, no obstante, nuevos centros urbanos, a la sombra de abadías o castillos señoriales; si bien, a causa de la ruina del comercio, no alcanzaron gran desarrollo. Las necesidades de la defensa hicieron que se aglomerasen sobre reducido territorio, y no hubo entre *villas* y *ciudades* más diferencia sino que

estas últimas fueron amuralladas. Unas y otras estuvieron sometidas al dominio de sus respectivos señores. Sus pobladores no contaron como clase social; pero fatalmente la solidaridad de intereses o las prácticas religiosas establecieron entre ellos ciertos lazos corporativos. Fundadas las parroquias, nacieron las cofradías o hermandades, y más tarde los gremios, gérmenes rudimentarios de la organización comunal.

Causas de la revolución comunal. — De fines del siglo X al XIII — con arreglo a las circunstancias locales —

produjose en el occidente de Europa un movimiento social contra la explotación arbitraria de los señores, cuyo resultado fué la emancipación de villas y ciudades constituídas en *comunidad*; movimiento debido a múltiples causas; pero, principalmente, al renacimiento del trabajo y al desarrollo del comercio.

Cuando la sociedad feudal quedó organizada (fines del siglo X), prevaleció la tendencia al orden. Señores hubo que se esforzaron en organizar y explotar mejor sus feudos.

Abriéronse mercados y comenzaron a trabarse relaciones de ciudad a ciudad, de pueblo a pueblo. Las ciudades situadas a orillas del Mediterráneo, que jamás habían interrumpido sus relaciones con Oriente, las aumentaron durante la época de las peregrinaciones, y después con las cruzadas, naciendo de aquí el impulso de la industria y del comercio, que no se redujo a transformar la vida económica, es decir, a acrecentar la riqueza, sino que con ellos se originó una intensa transformación de la vida social, porque los mercaderes (comerciantes), dada la

índole de su profesión, necesitaron mayor holgura y libertad para ejercerla, y aspiraron, naturalmente, a sacudir los derechos señoriales, opresivos y vejatorios.



PALACIO COMUNAL DE BRUGES

Factores y extensión del movimiento comunal. —

El principal factor de la emancipación comunal fué, pues, el desarrollo del tráfico. Las comunidades se emanciparon, principalmente, por obra de los comerciantes, constituídos en asociaciones. Tan es así que en algunas ciudades, como por ejemplo Ypres, la lonja de comercio — *halle aux draps*

— fué su primera *casa de la villa*. Comenzó la emancipación en las ciudades mediterráneas, siguiendo después el movimiento la línea de las grandes rutas comerciales de aquellos tiempos. Las primeras en emanciparse fueron, sin embargo, las de España, aunque por circunstancias especiales y distintas de las de otros países.



BEFFROI DE BRUGES

En efecto, la reconquista movió a los reyes y señores a otorgar *fueros* y libertades a los moradores de las ciudades fronterizas, como medio eficaz para defender sus tierras. De aquí que el movimiento comunal comenzara en nuestra Península un siglo antes que en las demás naciones.

En Lombardía y sur de Francia se inició durante la segunda mitad del siglo XI; en el norte de Francia, Inglaterra y Flandes, a principios del XII.

La emancipación fué parcial o total, comprendiendo, en este último caso, la soberanía política. La emancipación parcial se hizo por compra, pacíficamente,

mientras que la emancipación total fué obra de la violencia.

Generalmente las demás clases sociales — clero y nobleza — fueron hostiles al movimiento; pero los nobles acabaron por ceder, ya por dinero o por miras políticas. Los reyes favorecieron también la independencia de las ciudades; pero no en sus tierras, sino en las de sus vasallos, como arma política contra éstos. Los derechos comunales (franquicias) quedaron consignados en un documento llamado *carta* o *fuero*. Variaban indefinidamente, si bien algunas de ellas sirvieron de base o modelo a las demás. De las ciudades se extendió el movimiento comunal a los pueblos rurales, que obtuvieron también franquicias por concesión de sus señores o por medios revolucionarios.

Comunidades: sus clases. — Llamáronse, pues, *comunidades* todos aquellos centros de población, urbanos o rurales, que habían adquirido una situación más o menos independiente, análoga a la de los feudos, con relación a su señor. Hubo dos especies de comunidades: *libres* o *autónomas* y *francas* o *aforadas*.

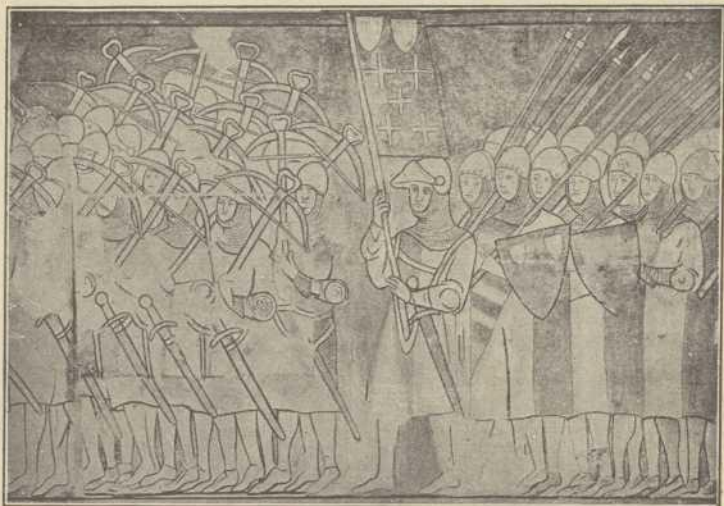


ASAMBLEA POPULAR (Miniatura de un mss. de la Biblioteca Real de Bruselas).

Las primeras (las de Lombardía, muchas de Francia y Flandes, y las de Alemania a partir del siglo XIII) eran aquellas cuyos habitantes se habían asociado bajo la garantía de mutuo juramento, para constituirse en comunidad. Vasallas, pero no súbditas de su señor, constituían *señorío colectivo*, y, ejerciendo plena soberanía, formaban parte de la sociedad feudal. Su *carta* o *fuero* regulaba sus relaciones con el soberano, administrándose la comunidad a sí propia. Gobernábanse por medio de magistrados y jueces, de libre elección, tenían derecho de hacer la paz o la guerra, usaban sello propio, se rodeaban de murallas flanqueadas de torreonnes, construyéronse un palacio, la *casa comunal*, o una alta torre — *beffroi* — para vigilar los contornos, y en ella colocaron la campana para llamar a consejo o a las armas.

Sus ciudadanos gozaron de los mismos derechos, pero no de la misma participación en el gobierno, que fué monopolizado por los ricos comerciantes «patricios o notables».

La organización política de todas aquellas comunidades fué idéntica. Una magistratura electiva (*cónsules* en las ciudades lombardas y del mediodía de Francia, *maire* — alcalde — en las del Norte, *burgomaestre* en las de Flandes, etc.),

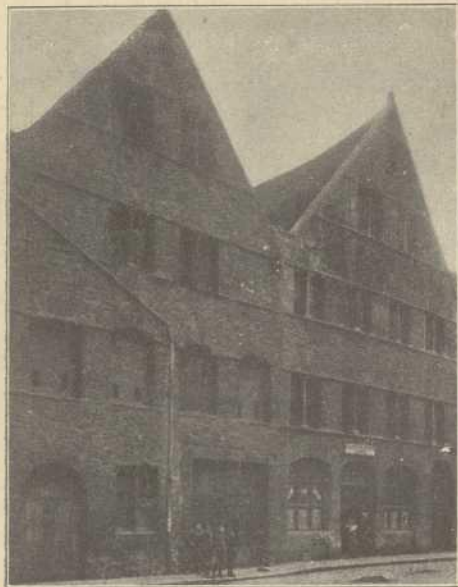


MILICIAS DEL SIGLO XIV (Pintura mural que existía en una iglesia de Gante, hoy desaparecida).

un Concejo electivo también (*jurados, echevinos, capitulares, etc.*, según los países) y una Asamblea compuesta de todos los cabeza de familia.

Las comunidades *francas* o *aforadas* eran aquellas que se habían emancipado sin violencia, a precio de dinero, por conveniencia de sus señores o a petición de sus habitantes. Aunque colocadas bajo la jurisdicción señorial (noble u obispo), poseían fuero o carta, que fijaba o restringía los derechos señoriales, o bien establecía una municipalidad electiva y una jurisdicción. Las hubo de tres clases: unas (en España e Inglaterra) que por la extensión de sus derechos políticos eran casi autónomas. Nombraban sus justicias, administraban sus caudales y dependían inmediata-

mente del rey; otras (norte de Francia y muchas españolas) que compartían el gobierno con su soberano, y otras, finalmente, que sólo tenían franquicias civiles, consistentes en la fijación de tributos y justicia. Entre estas últimas figuran las de los dominios reales en España, Francia e Inglaterra.



CASAS DEL SIGLO XII, EN Tournai (Bélgica).

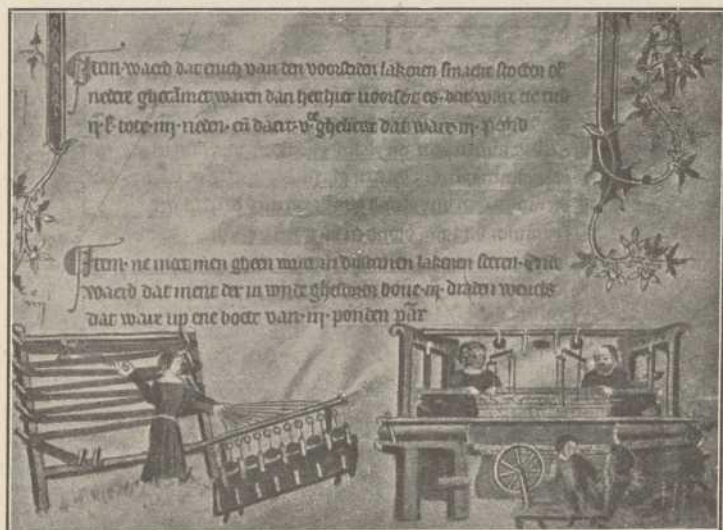
La decadencia política de las comunidades comenzó a iniciarse en Francia a fines del siglo XIII, mientras que en otros países, como Flandes, Alemania e Italia, alcanzaron su mayor apogeo durante los siglos XIV y XV.

Aspecto de las ciudades durante la Edad Media. — Las ciudades medievales no ofrecían un aspecto uniforme, sino vario y pintoresco. Las casas de los notables eran pequeñas fortalezas, las de los demás tenían un solo piso, en el que habitaba la

familia, hallándose en el piso bajo la tienda o taller, donde se trabajaba a la vista del público. Quedan todavía algunos interesantes ejemplares de aquellas construcciones en Alemania y Bélgica.

Emancipación de las clases serviles. — Durante los primeros siglos de la Edad Media la situación de las clases rurales, diseminadas por campos y aldeas, y entregadas a las faenas agrícolas, fué muy precaria. Los *siervos* y los *villanos francos* se diferenciaban de los antiguos esclavos en que poseían un nombre, una familia y el usufructo de la tierra que cultivaban. Además, la religión iguala el siervo

al señor ante Dios. No obstante, villanos y siervos eran víctimas de la explotación señorial (manosmuertas, tallas arbitrarias, formaridaje, capitación, etc.). Su condición miserable produjo en algunos países, durante el siglo X, sangrientas revueltas, seguidas de crueles represalias; pero, a partir del siglo XI, mejoró, aunque paulatinamente y de muy distinto modo, según los países. Contribuyeron a la



LA INDUSTRIA TEXTIL EN FLANDES EN LA EDAD MEDIA (De un mss. de los archivos municipales de Ypres).

emancipación de las clases serviles diversas causas, pudiendo señalarse como principal la necesidad pecuniaria en que se hallaban los señores para emprender largas guerras o expediciones lejanas, principalmente las cruzadas, que ejercieron en este hecho decisiva influencia.

La manumisión no fué gratuita, sino onerosa; individual o colectiva, según los casos. Como el siervo manumitido adquiría derecho a entrar en el estado eclesiástico, o a formar parte de la burguesía de las ciudades libres, estas circunstancias favorecieron las manumisiones colectivas, ya por especulación, ya para evitar, por parte de los señores, la

despoblación, o bien para estimular la repoblación de sus dominios, fundándose de este modo *villafrancas* o *villanuevas*, tan numerosas en todos los países.

Nacimiento del estado llano. — Fué una consecuencia de la revolución comunal. Este hecho, tan vario y complejo, produjo en la sociedad una transformación profunda. Los villanos, que en otros tiempos habían pertenecido



CASAS DE LAS CORPORACIONES EN LA GRAN PLAZA DE BRUSELAS.

a un señor, laico o eclesiástico, para quien trabajaban y de cuya merced vivían, eleváronse a la categoría de hombres libres, alcanzando la plenitud de derechos civiles. Constituyeron entonces la nueva clase social llamada *burguesía*, es decir, habitantes de *burgos* o ciudades fortificadas. En algunos países, como España y Francia, fueron los burgueses el principal apoyo de los monarcas. Representantes del derecho público, y mantenedores de la tranquilidad, fueron llamados al consejo del reino (desde la segunda mitad del siglo XII a principios del XIV, según los países) para autorizar los impuestos en unión de la nobleza y del clero, constituyendo lo que se llamó el *estado llano*. Nuevas asambleas,

llamadas *Cortes* en España y Portugal, *Parlamento* en Inglaterra, *Estados Generales* en Francia y *Dietas* en Alemania, inauguraron el régimen representativo, de tanta trascendencia en la historia de los pueblos civilizados.



ARTESANOS (De un mss. del siglo XIV).

La industria en los tiempos medios.—El trabajo industrial en los tiempos medios pasó por dos fases sucesivas y simultáneas: 1.^a la de los talleres señoriales; 2.^a la de las corporaciones gremiales. Durante la primera se limitó la industria a la producción necesaria para satisfacer las necesidades locales,

con escasa o nula exportación; pero, con el desarrollo del espíritu colectivo aumentó la producción, y nacieron los gremios, que aparecen completamente organizados desde el siglo XIII. Cada gremio comprendía tres categorías de obreros; *aprendices*, *oficiales* y *maestros*, con sus reglamentos, su caja común, su santo y su bandera. No es posible saber el grado de bienestar de las clases obreras; pero no consta que existiera antagonismo entre obreros y patronos. El número de gremios varió según la importancia de cada ciudad, extendiéndose a todos los oficios y profesiones por toda Europa.



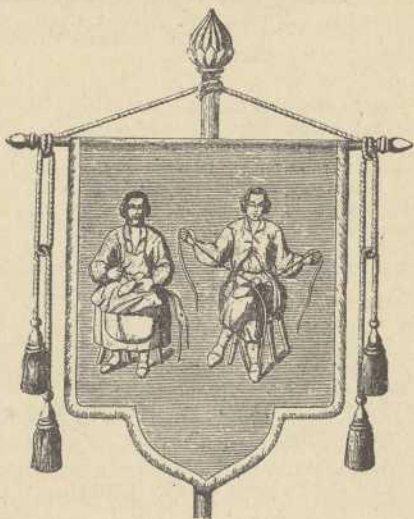
MERCADERES (De un mss. del siglo XIV).

El comercio en la Edad Media. — A partir del siglo XII la situación económica de Europa se transformó profundamente. Principales plazas mercantiles fueron las ciudades marítimas situadas en la confluencia de las llanuras fértiles, o sobre las grandes rutas geográficas naturales. Por influencia de las Cruzadas fué el mar Mediterráneo centro de activísima navegación, y en sus orillas estuvieron los grandes depósitos o almacenes de productos orientales. Los griegos

y musulmanes fueron los traficantes de los productos de Arabia, Indostán y la China, acudiendo en su busca, los comerciantes de Occidente, a los puertos de Siria y Egipto (Alejandría), para revenderlos después en Europa. Pisa, primeramente, después Venecia, Génova, Marsella y Barcelona, fueron centros importantísimos de aquel comercio. Los productos del Oriente, transportados por los mercaderes de aquellas ciudades, penetraban en Europa central y septentrional por dos vías: al oeste por los valles del Ródano y del Saona; al

este, desde Lombardía, por los pasos de los Alpes centrales, Suiza y el valle del Rhin. En los extremos de ambas rutas se hallaban, en Flandes y Alemania, dos grandes centros para el canje de las mercancías del norte y del mediodía: Bruges, que vendía las telas y paños fabricados en Flandes; Hamburgo, Brema y Lübeck, que explotaban los productos de Rusia y países escandinavos: pieles, cera, salazones, etc.

El comercio durante la Edad Media era lento y peligroso, viéndose obligados los traficantes a ir armados para defenderse de las rapiñas de las gentes de guerra. Con objeto de amparar sus mercancías, continuamente amenazadas por el pillaje feudal, formaron los comerciantes poderosas



FENDÓN DEL GREMIO DE ZAPATEROS DE ISSODUN
(De un mss. del siglo XIV).

ligas o asociaciones, la más célebre de las cuales fué la *liga hanseática*, comenzada en 1241 por la unión de Lübeck y Hamburgo, en la cual entraron, una tras otra, la mayor parte de ciudades del Báltico y Países Bajos.

Con el fin de poder dedicarse a sus negocios con menor peligro, juntábanse los comerciantes en épocas fijas en diversas ciudades, los días de alguna fiesta religiosa, naciendo así las ferias, que fueron de gran importancia, no sólo para el comercio, sino para el cambio de ideas, convirtiéndose en factores de gran trascendencia en el desenvolvimiento de la civilización.

BIBLIOGRAFIA. — La historia social y económica de los países europeos es muy compleja, siendo necesario para su estudio acudir a numerosos libros. La bibliografía es por lo tanto vastísima y heterogénea. Entre otras muchas obras se consultarán con fruto las siguientes: H. Pirenne, *Histoire de la Belgique* (Bruxelles, 1902-1921, 5 vols., en publicación); E. Levasseur, *Histoire des classes ouvrières et de l'industrie en France avant 1789* (París, 2.ª ed., 1900-1901, 2 vols.); Octave Noel, *Histoire du commerce du monde* (París, Plon, 1891-1906, 3 vols.); G. d'Avenel, *Histoire économique de la propriété, des salaires, des denrées, etc., depuis 1200 jusqu'en*

1800 (París, E. Leroux, 1913-1919, 5 vols.), obra resumida por el mismo autor en el libro *La fortune privée à travers sept siècles* (París, 3.ª ed., A. Colin, 1913); Id., *Payans et ouvriers depuis sept-cents ans* (París, 5.ª ed., A. Colin, 1913); Idem, *Decouvertes d'histoire sociale, 1200-1910* (París, Flammarion, 1920); P. Boissonnade, *Le travail dans l'Europe chrétienne au moyen âge V-XV siècles* (París, F. Alcan, 1921; vol. 7 de *l'Histoire universelle du travail*, en publicación), etc. — Para España, ver R. Ballester, *Bibliografía de la Historia de España* (Gerona, 1921), capítulo *Historia económica*, passim.



ESCUELA MONÁSTICA. TALLA FLAMENCA (*Mus. de Cluny*).

LA CIVILIZACIÓN MEDIEVAL

Carácter de la civilización medieval. — La Iglesia, omnipotente en los tiempos medios, árbitra, directora y educadora de los individuos y de la sociedad, sintetiza también la cultura en todas sus manifestaciones. Sin perjuicio de su originalidad y de su vigor, la civilización medieval fué ante todo eclesiástica, no desprendiéndose de este carácter sino muy lentamente, por una emancipación gradual de las ciencias y de las artes.

Creencias, costumbres y supersticiones. — Fué la Edad Media, singularmente en los siglos XII y XIII, una época de brutales costumbres, apetitos groseros, ignorancia y fe religiosa sincera; pero supersticiosa y pueril. La religión fué el elemento vital de la sociedad; los dogmas fijados por el concilio de Nicea no variaron; pero algunas creencias y ciertas prácticas religiosas alcanzaron extraordinario desarrollo, entre otras, el culto a la Virgen y a los santos, las peregrinaciones, la pasión por las reliquias y la preocupación por el diablo.

El culto a la Virgen, que había sido secundario en los primeros tiempos del cristianismo, comenzó a idealizarse en el siglo XII, en armonía con el espíritu caballeresco de los tiempos y el misticismo popular. Los monjes exaltan sus perfecciones, las órdenes mendicantes propagan sus milagros entre el pueblo, y las más bellas catedrales son edificadas en su nombre, consagrándole, además, muchas fiestas del año, un día de la semana (los sábados) y las famosas *letanías* «llenas de poesía y de fervor, en las que se le aplican las expresiones pintorescas del *Cantar de los cantares*». La importancia de la Virgen en el arte religioso es extraordinaria.



ESTUDIANTE DE LA UNIVERSIDAD DE OXFORD EN LA EDAD MEDIA.

Más asequible al vulgo fué aún el culto de los santos, porque las muchedumbres comprendían mal el espíritu del cristianismo y no concebían en toda su pureza los grandes dogmas cristianos. Cada profesión u oficio tuvo sus santos favoritos, a quienes invocaban o de quienes solicitaban protección. Los poemas en lengua vulgar, los dramas populares, los sermones, contaban sus milagros o proponían sus virtudes como ejemplo, considerando la santidad asequible a todos los hombres, desde el

rey al mendigo. De este modo se formó la *Leyenda dorada* (1), único alimento espiritual del pueblo. Forma del culto, característica de los tiempos medios, fueron las peregrinaciones. Jerusalén, Roma y Santiago de Compostela ejercieron gran atractivo sobre las muchedumbres, en las que persistía vivo el espíritu de las Cruzadas. Las peregrinaciones, sacando al hombre de la monotonía de la vida cotidiana, estimularon los viajes, abrieron comunicaciones entre los pueblos y contribuyeron a extender las creaciones de la literatura y del arte.

(1) Para comprender la civilización de los tiempos medios es absolutamente indispensable el conocimiento de la Biblia y de las *Vidas de Santos* que constituyen la *Leyenda dorada*, enciclopedia piadosa que en el siglo XIII recopiló el dominico Jacobo de Voragine, de la que existen traducciones en romance, v. gr., la de Teodor de Wizewa, *La légende dorée* (Paris, 21.ª ed., Perrin, 1923).

La credulidad de aquellos tiempos se manifestó en el carácter fetichista de la veneración de las reliquias, a las cuales llegaron a atribuirse virtudes mágicas, convirtiéndolas en amuletos o talismanes.

Otra superstición muy extendida fué la del diablo. Aunque Santo Tomás decía que las penas del infierno habían de ser tomadas en sentido simbólico, la imagen de Satán atormentó la imaginación de las gentes, siendo para muchos un estimulante más eficaz que el amor a Dios y la esperanza del paraíso. La Iglesia, singularmente desde el siglo XIV, multiplicó en sermones y leyendas, en pinturas y esculturas, las terribles escenas del juicio final, y los suplicios de los condenados, para vencer la resistencia o la incredulidad de las muchedumbres.

Lenguas romances. — Del latín vulgar comenzaron a desprenderse hacia el siglo IX numerosas lenguas, que han recibido el nombre de *neolatínas*, *romances* o *románicas*. Influyeron en su formación el temperamento de cada pueblo, la conformación de sus órganos vocales, la diversidad de sus orígenes etnográficos, etc. No sólo cada nación, sino cada *provincia*, tuvo su *habla* característica, muchas de las cuales fueron absorbidas por sus análogas. Las principales lenguas romances han quedado hoy reducidas a seis: castellano, francés, italiano, galaicoportugués, provenzal (con los dialectos catalanes) y rumano.



RECTOR DE LA UNIVERSIDAD DE PARÍS EN LA EDAD MEDIA.

Literatura. — En un principio, aun cuando las lenguas vulgares estaban formadas, no produjeron obras literarias. La única clase social que cultivaba las letras era el clero, que se servía del latín para escribir crónicas y obras de teología. La lengua vulgar predominó cuando comenzaron a escribir los laicos (siglo XIII). Los centros en que se cultivaron las letras latinas fueron los monasterios, capítulos de regulares (canónigos) y obispos. Desde la desaparición de la cultura romana hasta el siglo XI, los clérigos no

escribieron más obras en prosa que anales, crónicas y biografías, principalmente vidas de santos.

La poesía laica nació y se desarrolló durante el período álgido del feudalismo, produciendo una poesía épica, llamada *cantares de gesta*, cuyos principales asuntos fueron las proezas de los héroes de aquellos tiempos, v. gr., en España, el *poema del Cid*, el de *Fernán González*, conde de Castilla, los *Infantes de Lara*, etc.; en Francia las hazañas

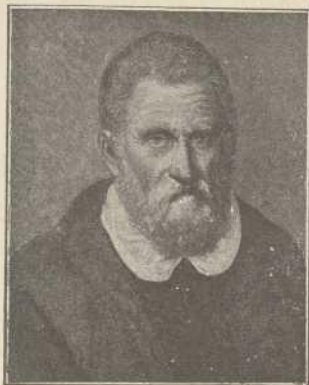


ESCENAS DE LA VIDA ESTUDIANTIL EN EL SIGLO XIII (portal Sur de la Catedral de París).

de Carlomagno y sus barones contra los sarracenos o sus indóciles vasallos, siendo el más famoso la *Canción de Rolando* y su muerte en Roncesvalles. Todos estos poemas reflejan las ideas, costumbres y pasiones de la sociedad feudal.

Los cantares de gesta tomaron también asunto de las tradiciones de los celtas de la Gran Bretaña e Irlanda — el ciclo del rey Artús y los caballeros de la Tabla Redonda —, que narran combates contra gigantes, monstruos o encantadores, y finalmente se inspiraron en tradiciones y leyendas de la antigüedad — ciclo de Troya —, en especial la leyenda de Alejandro Magno, que la imaginación oriental metamorfoseó en una especie de mago de los cuentos de las *mil y una noches*.

La cultura, más refinada, del Mediodía dió lugar a un género poético distinto: la poesía galante de las cortes de amor, que canta los sentimientos del corazón humano (la pasión, la melancolía, los celos, odio, ensueño, etc.), y sus poetas se llamaron *trovadores* — es decir, inventores —, poesía expresada en lengua armoniosa y sonora, cantada por los *juglares*, músicos ambulantes, que se acompañaban sus canciones con instrumentos musicales, sirviendo de entretenimiento a los señores en los castillos y al pueblo en los mercados y plazas.



SUPUESTO RETRATO DE MARCO POLO
(Siglo XVI. — Gal. Badia. — Roma).

Ciencias y enseñanzas: las universidades.— El saber, durante la Edad Media, fué monopolio de

la Iglesia. Las escuelas estuvieron instaladas en los monasterios y catedrales. Enseñábanse las *siete artes liberales*, que constituían el *trivium* (gramática, retórica, dialéctica) y el *cuatrivium* (aritmética, geometría, astronomía y música). Esta clasificación de los conocimientos humanos, que remonta al siglo VI y subsistió hasta el fin de la Edad Media, iba encaminada a la utilidad de la Iglesia. La gramática para comprender los textos, la retórica para deducir las reglas de la elocuencia sagrada, la astronomía para que los clérigos supieran determinar las fiestas movibles y fijar el calendario, la música para aprender el canto llano. Más tarde despertó



SANTO TOMÁS, POR FRAY ANGÉLICO (Museo de San Marcos, Florencia).

la tendencia hacia nuevos estudios; pero los fines de la educación fueron los mismos. Se estudió geografía «para que ningún eclesiástico ignore la situación de las comarcas habitadas por los infieles y los caminos que a ellas conducen»; se estudiaron idiomas orientales con la idea de formar misioneros, etc.



ABADÍA DE LAACH (ALEMANIA), 1112-1200. TIPO DE ABADÍA ROMÁNICA.

A la cabeza del movimiento intelectual de los tiempos medios, principalmente a partir del siglo XIII, estuvieron las universidades. La más célebre, si no la más antigua, fué la de París.

Nació a principios del siglo XIII, de la asociación formada por profesores y estudiantes. Aparece constituida en 1221, y diez años después contaba cuatro facultades — teología, medicina, jurisprudencia y artes —. Para amparar a los estudiantes pobres, las personas piadosas fundaban hospicios, y para moralizar a los ricos se estableció el internado, fundando colegios. Uno de ellos fué la famosa *Sorbonne* (1), fundada por Roberto Sorbon, capellán de San Luis. La Universidad de los tiempos medios fué una institución eclesiástica; pero se



CLAUSTRO DE S. TRÓFIMO DE ARLES (Aia del siglo XII).

(1) Nombre que todavía conserva la Universidad de París.

multiplicó, y cada centro universitario cultivó una especialidad determinada. La Sorbona fué célebre por los estudios teológicos y filosóficos, distinguiéndose en la medicina la de Montpellier, y en el derecho romano la de Bolonia. En Inglaterra hubo la de Oxford, y en España las de Palencia, Salamanca, Lérida, etc.

Los estudios tomaron gran impulso en el siglo XIII, por la difusión de los escritos de Aristóteles y sus comentaristas musulmanes, traducidos al latín y divulgados desde España. En matemáticas la aritmética de los árabes sucedió a los antiguos métodos de cálculo; pero las ciencias positivas no hicieron grandes progresos, a causa de las supersticiones de la época y de los prejuicios escolásticos. Es cierto que se conoció la pólvora y la brújula; pero las ciencias naturales y la medicina permanecieron en gran atraso.

El conocimiento de la Tierra, en cambio, progresó. Las regiones septentrionales de Europa — Alemania, Scandinavia, Polonia y Rusia — entraron en la comunidad cristiana. Los cruzados y los

musulmanes españoles suministraron preciosas noticias del Oriente. Los escandinavos descubrieron las islas Feroe, Islandia, Groenlandia y arribaron a las costas de Norteamérica, descubrimiento que permaneció desconocido.

El siglo XIII fué la época de los grandes viajes por el antiguo continente. Los reyes enviaron embajadores o misioneros, como Rubruquis y Plano Carpino, a las apartadas regiones asiáticas. De todos aquellos viajeros, el más célebre es el veneciano Marco Polo — 1256-1323 — que estuvo durante veinticuatro años en Persia, Armenia, Tartaria y China; regresando después a Europa, donde fueron conoci-



CASA ROMÁNICA EN LA CHAISE-DIEU (FRANCIA)
(*fol. Thiollier*).

dos sus viajes, que habían de influir poderosamente en los ulteriores progresos de la geografía.

La escolástica. — La «ciencia de la escuela» o *escolástica*, es una filosofía, suprema ciencia de los tiempos medios, a cuyo estudio se aplicaron con extraordinaria tenacidad las inteligencias más preclaras: Alberto el Grande, Santo Tomás de Aquino, llamado *el ángel de la Escuela*,

Duns Scoto, Ramón Llull, Rogerio Bacón, etc. Los escolásticos aceptaban las doctrinas de la Iglesia; pero, llenos de admiración por la lógica de Aristóteles, pretendían resolver todas las cuestiones por medio de la dialéctica o arte de argumentar. En vez de observar los hechos, empleaban el tiempo en sutilezas de raciocinio y juegos de palabras. Para los hombres de la Edad Media, la ciencia no consistió en estudiar las cosas en sí mismas, sino en interpretar «el sentido que Dios ha puesto en ellas para nuestro bien». El mundo fué para ellos un símbolo, un libro de doble sentido, que

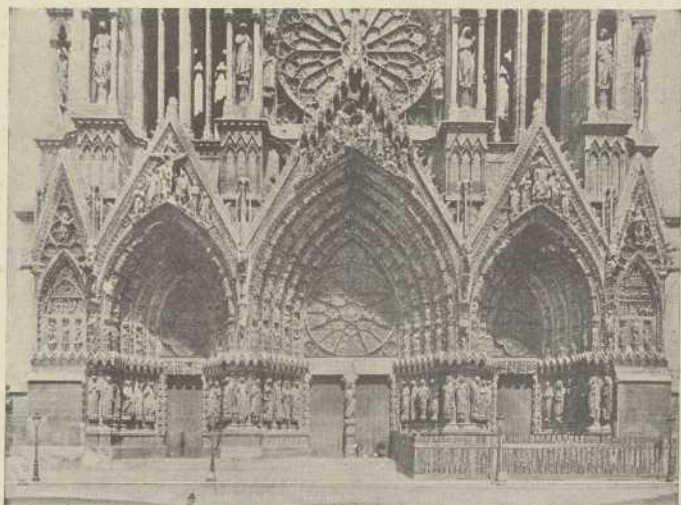


NUESTRA SEÑORA DE PARÍS (Siglo XIII).

el conocimiento de las Sagradas Escrituras (la Biblia) permite descifrar.

La ciencia de los tiempos medios no fué más que la ciencia de los antiguos, abreviada por compiladores, reducida a su más mínima expresión. La Tierra — decían — está inmóvil en el centro del Universo. Los siete planetas, esto es, la Luna, Venus, Mercurio, el Sol, Marte, Júpiter y Saturno, escalonados en el espacio sobre la Tierra, giran alrededor de ésta con velocidades desiguales. El firmamento, en el que brillan las estrellas, marca el límite del mundo. Analizando el Universo vemos en él únicamente cuatro elementos: tierra, fuego, agua y aire. El Universo es una armonía. En el círculo

de cada uno de los siete planetas hay una sirena que canta una nota musical, notas que forman un maravilloso concierto, la música de las esferas celestes, que las almas perciben antes de unirse con el cuerpo, lo que explica el encanto que en nosotros produce la música, algo así como la nostalgia de una patria perdida. La distancia de la Tierra a cada planeta la relacionaban con las siete cuerdas de la lira. A los cuatro elementos corresponden los cuatro puntos cardinales (símbolo, a su vez, de los cuatro ríos del Paraíso terrenal), los cuatro vientos, las cuatro estaciones, las cuatro edades de la vida,

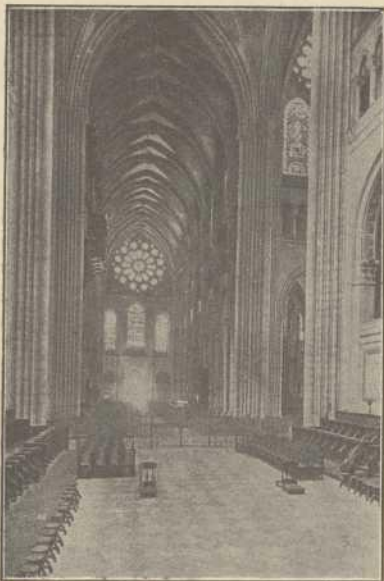


PARTE INFERIOR DE LA FACHADA DE LA CATEDRAL DE REIMS (antes de 1914)

las cuatro virtudes cardinales. Las cuatro ciencias del *cuatrivium* y las tres del *trivium* dan el número siete, que se corresponde con la cifra de los planetas y con los siete tonos o notas de la música, símbolo de la armonía universal.

El hombre era también considerado como un mundo en pequeño, y por tanto una armonía. El cuerpo humano, decían, ha sido formado de la armoniosa unión de los cuatro elementos: su carne de la naturaleza de la tierra, su sangre de la del agua, su aliento de la del aire y su calor vital de la del fuego. No sólo es el hombre un resumen del mundo, sino su imagen: la cabeza recuerda la esfera del Universo; los siete orificios de la cabeza, que son las vías abiertas a los sentidos, hacen pensar en los siete planetas, ornamento del cielo, etc. La idea que la Edad Media se hacía de las diversas comarcas de la

Tierra difería poco de la transmitida por la antigüedad. Las zonas situadas más allá de los límites del antiguo imperio romano eran misteriosas y se las suponía pobladas de seres extraños, monstruosos o fantásticos; v. gr., pigmeos o enanos de dos codos de alto, cinocéfalos (hombres con cabeza de perro), grifos (aves de cuatro patas, mitad águilas mitad león), el unicornio (cuadrúpedo análogo al asno con un cuerno en la cabeza), el basilisco (mixto de pájaro y serpiente), etc.



INTERIOR DE LA CATEDRAL DE CHARTRES.

Para los teólogos de la Edad Media, la Naturaleza era un símbolo y los seres vivos expresión de los pensamientos de Dios. De todas las obras simbólicas consagradas a la Naturaleza, las más curiosas son los libros llamados *Bestiarios*, que el cristianismo comentaba deduciendo de ellos una significación simbólica, v. gr., los símbolos de los cuatro evangelistas: San Mateo, simbolizado en la figura de un hombre porque su evangelio comienza con la genealogía de Jesús según la carne; San Marcos, simbolizado en un león, porque los primeros versículos de su evangelio nos hablan del profeta clamando en el desierto, cuyo símbolo es el león; San Lucas, simbolizado en un toro, animal destinado al sacrificio, porque el evangelio de San Lucas comienza por el sacrificio

ofrecido por Zacarías, y San Juan, simbolizado en el águila, porque este evangelista nos transporta desde un principio al seno de la divinidad, y el águila es el único animal que mira al sol de cara.

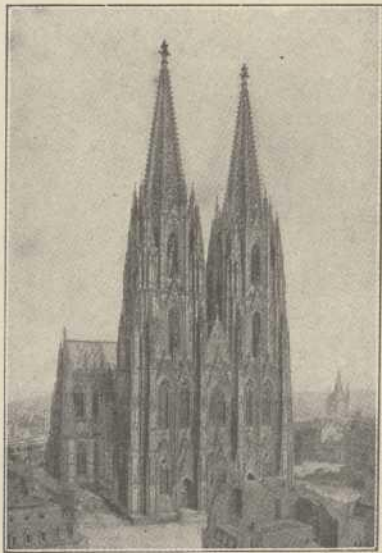
El simbolismo a que tan aficionados eran los doctores de la Edad Media se extendía incluso a la Sagrada Escritura. Enseñaban, efectivamente, que la Biblia debía interpretarse en cuatro sentidos diferentes: histórico, alegórico, tropológico y anagógico. En su sentido histórico da a conocer la realidad de los hechos; el alegórico muestra el antiguo Testamento como una representación del Nuevo; el tropológico revela una verdad moral oculta en la letra de la Escritura, y el anagógico deja entrever *a priori* los misterios de la vida futura

y de la bienaventuranza eterna. Por ejemplo: Jerusalén, en el sentido histórico, es la ciudad de Palestina; en el alegórico, la Iglesia militante; en el tropológico, el alma cristiana, y en el anagógico, la Jerusalén celeste. Tal era el método adoptado por la *Escuela*.

Como en la Edad Media las comunicaciones eran difíciles y los libros escasos, las ideas se difundían con gran lentitud. De aquí que los libros eran repeticiones unos de otros, enciclopedias. Las obras científicas más famosas de la Edad Media son grandes enciclopedias. La *Suma teológica* de Santo Tomás, el *Speculum majus* de Vicente de Beauvais y alguna otra, resumen todo el saber de la época.

Las bellas artes: arquitectura románica. — La civilización romana legó a las sociedades bárbaras de Occidente su arquitectura, y la basílica romana, lugar de reunión destinado a usos civiles, se convirtió en iglesia cristiana. Durante cuatro siglos el mismo modelo sirvió en Occidente; pero, después, hacia el año 1000, nació, derivado de la antigua basílica romana, un arte nuevo, que un escritor del siglo XIX llamó con propiedad *románico*, y que suele designarse también con la denominación de *monacal*.

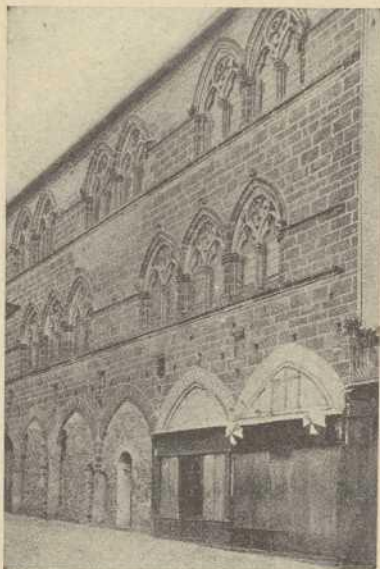
La iglesia románica está construída en forma de cruz latina, es decir, que la nave más larga está cortada a los dos tercios de su longitud por un crucero perpendicular. Para preservarla de posibles incendios se revistió de piedra la bóveda; sus ventanas son, generalmente, de *arco de medio punto* y, finalmente, está provista de una o varias torres que forman cuerpo con el edificio. Para soportar el peso de la bóveda, los arquitectos románicos tuvieron que reforzar los muros y los pilares. Los muros, gruesos y sólidos, toleran pocos huecos; por lo tanto, la luz de las iglesias románicas



TORRES DE LA CATEDRAL DE COLONIA.

SE INTERCAM
Y REVISTAS PARA
— LIBRERÍA —
— SYSTEM —
— 20 1

es siempre insuficiente. Idénticas exigencias de solidez obligaron a aumentar la anchura y disminuir la altura de los edificios. De aquí el carácter que presentan las iglesias de este estilo; son macizas, un tanto pesadas y pegadas al suelo, a pesar de las torres que las elevan y dominan. Su decoración (típanos y capiteles) es convencional, fantástica o geométrica. El aspecto de la iglesia románica da una sensación de calma majestuosa y severa.



CASA DEL SIGLO XIII EN CORDES (Francia).

La arquitectura románica fué propagada por los órdenes monásticos, singularmente la de Cluny, contribuyendo también a su difusión las invasiones normandas y las Cruzadas. Los grandes edificios religiosos de la época románica no fueron las catedrales, sino las abadías, emporio de riqueza y cultura, hasta la segunda mitad del siglo XII.

La arquitectura románica comprende dos grandes escuelas: *la lombarda*, extendida desde Suecia a Italia meridional y de ahí hasta las fronteras del imperio bizantino, y la francesa, diseminada por una parte de Italia, Francia, Inglaterra, España, Palestina y Siria. La primera es notable por

su uniformidad de estilo; la segunda por su diversidad, debiéndose tener presente que el arte se modifica en cada caso particular, impregnándose de numerosas influencias y motivos locales, que hacen su variedad indefinida.

La arquitectura románica ha sido comparada a las lenguas romances, por el fondo latino de ambas. Una y otras han admitido en su formación diversos elementos, extraños al elemento principal, dando lugar a la existencia de numerosas escuelas arquitectónicas, comparables a los dialectos en las lenguas romances.

Abundan las iglesias románicas en el norte y centro de España, desde Cataluña a Galicia; v. gr., la abadía de Ripoll,

San Pedro de Galligáns en Gerona, San Pedro de Tarrasa, San Pedro de Huesca, Santo Domingo de Soria, San Vicente de Avila, San Martín de Frómista (Palencia), la catedral vieja de Salamanca, la Veracruz de Segovia, de forma circular, construída a imitación del Santo Sepulcro de Jerusalén, la catedral de Zamora, la colegiata de Toro, la de San Isidoro de León y la catedral de Santiago de Compostela, importantísima en la historia del arte románico español.

En Francia la más antiguas y numerosas iglesias románicas se hallan al sur del Loire, v. gr., la catedral de Angoulême, San Tróximo de Arles, etc.; en Alemania, las catedrales de Spira, Worms y Maguncia; en Italia, la de Pisa, etc. La sola enumeración de las iglesias románicas ocuparía muchas páginas.

Como construcciones accesorias a los templos hay que considerar las *criptas*, los *claustros* y los *pórticos*.

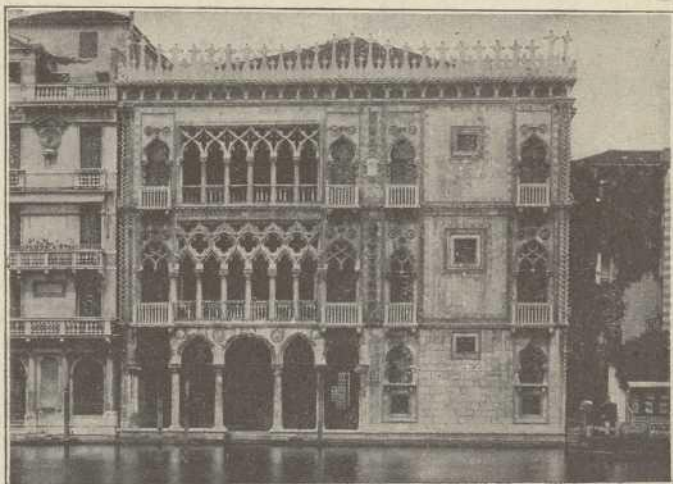
La cripta era una capilla o iglesia subterránea, edificada, en recuerdo de las catacumbas, generalmente debajo del coro y ábside de las iglesias principales; v. gr., en España, las de San Vicente de Avila y Santiago de Compostela. El claustro era una galería cubierta, bordeada de arcadas, destinada al paseo de los religiosos en derredor de un jardín o patio. El claustro era el lazo de unión entre la iglesia y las dependencias del monasterio. Dentro del estilo románico hay claustros de gran belleza, v. gr., los de Santillana de la Mar (Santander), Ripoll, catedrales de Gerona, Tarragona, etc.; San Tróximo de Arles, en Francia, etc. Los pórticos



PALACIO DE JACQUES COEUR EN BOURGES (Francia).

ticos situados ante la fachada de algunas iglesias servían de lugar de reunión a los fieles. Es un tipo de construcción muy español, v. gr., el de San Martín de Segovia.

La arquitectura civil y militar románica es menos importante que la religiosa. Sin embargo, no faltan interesantes ejemplares en España, Francia, etc., v. gr., la casa de Tárrega, la de la Chaise-Dieu, las murallas de Avila, etc.

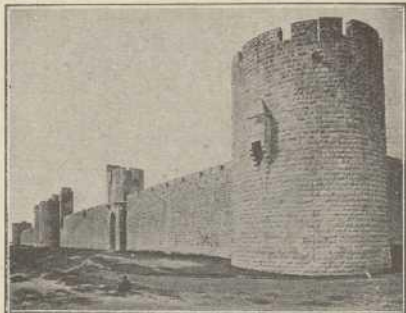


LA CA D'ORO (Venecia).

Arquitectura gótica. — Por una evolución natural del arte románico, nació hacia el siglo XII otro arte más original y atrevido, llamado *gótico* u *ojival*, denominaciones que han sido objeto de controversia y que pueden estudiarse en los tratados especiales. Algunos le designan también con el nombre de *arte francés*, por haber derivado de los magníficos monumentos construídos en la cuenca del Sena (*île de France*), en el dominio primitivo de los Capetos. Caracteriza la arquitectura gótica *la ojiva*, nombre dado vulgarmente a dos arcos que se cruzan en un punto (*arcos apuntados*), pero que en realidad «está formada por los ner-

vios salientes que sostienen una bóveda, aumentando su resistencia» (1).

A diferencia de las de estilo románico, las iglesias góticas son más elevadas, los muros están perforados por anchas ventanas, en forma lanceolada, y, no bastando a soportar el empuje de las bóvedas, se las reforzó con *arbotantes*, apoyados en *contrafuertes* exteriores al edificio. Es la iglesia gótica un tipo de construc-



MURALLAS DE AIGUES-MORTES (La torre es del siglo XIII).



ESCULTURAS DEL PÓRTICO DE SAN TRÓPIMO DE ARLÉS (Siglo XII).

ción originalísimo, único, habiendo sido comparada a «un animal cuya osamenta fuese, al menos en parte, exterior a su cuerpo» (2). Se ignora si la invención de las bóvedas ojivales que caracterizan la arquitectura gótica religiosa nació en Francia, Inglaterra o Siria.

La iglesia gótica produce una impresión de ligereza y elevación. Llena de ventanas, rosetones y pináculos, parece un encaje de piedra. Es como una exaltación del alma hacia el cielo. Sus torres, altísimas, rematadas por agudas flechas,

han sido calificadas de «plegarias petrificadas». Realmente,

(1) Salomón Reinach, *Apolo* (París, 1907), p. 120.

(2) Idem id.

statueram inna q̄ elegit. **M**uma cimo
libonis demozatur: et senen eius bo
diaboli tenam. **H**imamum est vne
mentis: dum: et telin ipius ut man
festant ill. **O**eli ma semp ad omnia
qm̄ ne quiete de la q̄o peccos meos. Pe
spice in me et miserere mei: q̄ amicus et
paup̄ sum ego. **N**ublatas carnis ma
multiplicatae sunt: tenecit tibi meos
renuam. **N**obis humilitate mea: et la
renuam: et amittit in uisita delicta
mea. **R**espice inimicos meos qm̄ mal
aplicati sunt: et ratio in quo occidit me.
Ut dicitur in psalmo: **U**tilitati aiam meam et erite me: no
letam qm̄ sperauit me. **M**occeos ce
teno ad obsecum meobi: q̄a sustinui te.
Litū ps̄ illi: ex omnib; tribulatioib; suis.
Teletca: cuius psalmo: **E**d.
me domine qm̄ ego in inicitia
mea ingressus sum: et in uisio
ne peccati non infirmatus. **P**ro
me dicit et tempe me: ut rones
meos q̄o: meam. **I**n m̄ta tu
ante oculos meos ē: et complacui
in ueritate tua. **N**on feci aiam cordium
meos: q̄a in iniqua genitib; nō inuo
abo. **D**um ecclesiam malignam an: q̄a
in ipis non seredo. **L**anabo inter in
nocentes manus meas: et erit ualio al
tate tuam dicit. **R**audi in uocem
iudis: et erant amissa mirabilia tua.
Ne dicitur de uocem domus tue: et loci bi
tationis glie me. **E**t p̄tas cū ipis
a iam meam: q̄a uis sanguinū uita
mea. **I**n quo: m̄abo iniquitate su:
detur eorum implecti ē in mentib;. **R**e
ant in uocem a me: in gressus sui: redire
in et miserere mei. **P**es m̄s stant in ro
teco: in oculis teneciam te domine.
Cantus in fine: **I**n psalmo: **M**utius.
O **O** **I**
ntus illum
nauo mea
salus mea
tancto: **O**
minis p̄ec
tor: ut me
a quo t̄pti
talo: **O** no
ppian sup



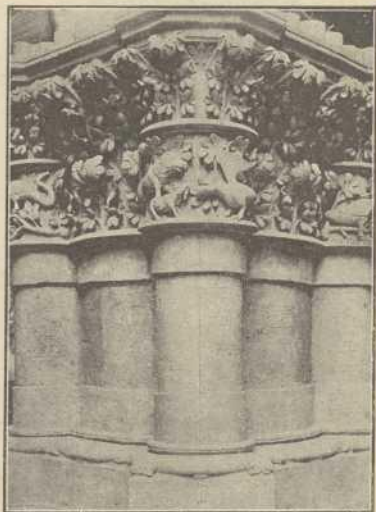
me nocent: ut ed me carnes meas.
O iubilante me inimici mei: ap̄ in his
m̄as sunt: et ceciderunt. **S**ic iubilante
ad uisum me castia: non timetis: come
um. **S**ic iubilante ad uisum me plium
non timetis: et mixto sp̄alo: **N**o
pey ad omnia hanc iniquum: ut in
tem in uocem dicit oib; dieb; uite mee.
Veritatem uoluntatem dicit: in uisum
templum eius. **D**um abscondit me in
tabnaculo suo in uocem malos: peccate
me in abscondito tabnaculi sui. **I**n
p̄ta exaltant me: et nō exaltant
p̄ur me am sup̄ inimicos meos. **D**ur
cui: et in uoluntate in tabnaculo ei ho
stiam uocerationis: cantabo op̄sal
mum dicitur dicit. **E**t raudi dicit no
com meam q̄el amam ad ecc: in uocem
ce a uocem. **I**bi dicitur: meū: ex
quidit te facio meā: faciem meā: to
mine requiram. **E**t raudi dicit: q̄a
ame: ne technos in m̄as in uocem
uocem: m̄s esto ne uocem quas me. **I**n
respicias me dicit saluans in s̄. **I**n
ra meos et mater meā uocem in uocem
me: dicit aut assumptis me. **E**gan
p̄e in uocem in uocem: et dicit me
sem in uocem in uocem meos. **E**
et dicit me in uocem in uocem me
qm̄ in uocem in me: et in uocem in
memoria est in uocem in uocem. **I**n
uocem in uocem: in uocem in uocem. **E**
p̄tas in uocem in uocem: in uocem in
uocem in uocem in uocem in uocem.
O **D** **E**
clamabo dicit me: nō file
as ame: ne equitacas a
me: r̄as firmatas de
uocem in uocem. **E**
in uocem in uocem: in uocem in uocem. **E**
ro te: dum ex collo manis meas ro
templum sem tuū. **E**st in uocem in
me am p̄ccos: q̄a in uocem in
quidam ne p̄tas me. **O** in uocem
pacem in uocem in uocem. **O** in uocem
cordis eoz. **O** in uocem in uocem in
noquitam in uocem in uocem. **E**
c̄t̄roam oya manū eoz: in uocem
redet in uocem eoz ipis. **O** nō
intellectum oya dicit: in uocem in uocem

los templos góticos son la expresión más elocuente del *ideal* religioso de la Edad Media.

El estilo gótico evolucionó rápidamente. Propagado por los monjes cistercienses, las grandes catedrales francesas, como Nuestra Señora de París, las de Reims, Chartres, Amiens, Bourges, Laon, etc., fueron imitadas en todos los países cristianos; en Inglaterra la catedral de Canterbury, en Alemania las de Colonia y Strasburgo, en Bélgica las de Amberes y Bruselas, en Italia la de Milán, en España las de León y Burgos, del más puro estilo francés, además de muchas otras de factura local propia, como las de Sevilla, Salamanca, Barcelona, Tarragona, Gerona, Palma de Mallorca, considerándose, entre las españolas, como arquetipo de originalidad y grandeza, la de Toledo, muchas de ellas provistas de claustros de gran belleza.

No se limitaron los arquitectos góticos a construir templos, sino que este estilo se extendió a los edificios civiles y militares. Entre los primeros descuellan los palacios comunales de Flandes, v. gr., los de Bruges, Bruselas y Lovaina, las *Lonjas* de comercio, como las de Valencia, Barcelona y Palma de Mallorca; casas y palacios de particulares, como el suntuoso *hotel de Jacques Cœur*, en Bourges, la *Ca d'oro* de Venecia y otros muchos.

Tipo de arquitectura militar son, v. gr., las murallas de *Aigues Mortes* y las de Carcasona en Francia, los numerosos castillos españoles, como el de Bellver en Palma de Mallorca, el de la Mota en Medina del Campo, las Torres de Serranos en Valencia, etc., etc.



CAPITEL DE LA CATEDRAL DE REIMS
(Siglo XIII).



a) La siembra



b) La recolección



c) El forrajeo



d) La siega



e) La trilla



f) El estrujado de la uva

Escultura y pintura. — El arte medieval se relaciona íntimamente con el pensamiento cristiano, pensamiento que impregna las obras artísticas, escultóricas y pictóricas desde el siglo XI al XV. Completamente ajeno a los acontecimientos sociales y políticos de su época, es hijo de las especulaciones de los teólogos y de los ensueños de los místicos, reflejando con gran fidelidad los sucesivos aspectos del cristianismo.

En el desarrollo de este arte se distinguen tres fases: 1.^a románico o monacal, 2.^a gótico simbólico y 3.^a gótico historicodidáctico.

El *románico* o *monacal* florece durante los siglos XI y XII. Es un arte decorativo, majestuoso, convencional, abstracto, que desdeña o ignora la Naturaleza. Manifiéstase en el labrado de los capiteles (de extraordinaria variedad), en los frisos, en los tímpanos de las puertas de las iglesias, donde aparecen esculpidas grandes composiciones religiosas, v. gr., el pórtico de San Tróximo de Arles en



LA VIRGEN DORADA (Catedral de Amiens).

Francia; la puerta de la abadía de Ripoll, en Cataluña; el magnífico *pórtico de la Gloria*, de Santiago de Compostela, y otros análogos. Los orígenes de este arte, como ha demostrado un crítico moderno (1), están en Oriente; en las miniaturas, tapices y mosaicos con que el Oriente cristiano decoraba las iglesias, arte decorativo que penetró en Occidente y sirvió de modelo a los artistas monacales. Entre numerosos ejemplos que podrían citarse bastará señalar, v. gr., el de la portada de la abadía de Ripoll, cuyos originales son las miniaturas de una Biblia catalana que se

(1) E. Male, *L'art religieux du XIII siècle* (Paris, 1922).

custodia en el Vaticano. Del mismo modo los monstruos que aparecen esculpidos en tímpanos y capiteles (águilas bicéfalas, cuerpos dobles con una sola cabeza, grifos, etc.) no son más que reproducciones de tejidos persas, árabes o bizantinos. Aparte de estos elementos decorativos, nació, a fines del siglo XI, probablemente en las abadías cluniacenses,



LA VISITACIÓN (Catedral de Reims).

la escultura monumental románica, que tradujo en la piedra la liturgia cristiana, la vida de los santos, las herejías, etc.; todo el anhelo espiritual de los tiempos.

El arte del siglo XII es esencialmente monacal. No quiere decir esto que todos los artistas fuesen monjes; pero generalmente eran quienes dictaban los temas a los artistas. En los monasterios se guardaban ricos manuscritos miniados, todos los tesoros del arte cristiano primitivo. Si a veces el arte monacal se nos presenta como un arte de visionarios, es que el monje, en la profundidad del monasterio, vivía una vida de ensueño entre lo real y lo invisible, *el más allá*. El monje habla con los muertos, ve fantasmas, *aparecidos*,



EL ÁNGEL DE LA SONRISA (Catedral de Reims).

ángeles y demonios. La pesadilla del diablo le atormenta. Todo esto se refleja en el arte monacal.

A diferencia del románico, el decorado y la escultura góticos son eminentemente realistas. Obra de *imagineros* laicos, buscó su inspiración en la Naturaleza, aunque siempre bajo la dirección de la Iglesia. Prescindiendo de las gárgolas y algunas esculturas secundarias, sus representaciones se inspiran en los libros santos, en las leyendas piadosas, motivos del reino vegetal o animal, símbolos de las estaciones, de las labores agrícolas, las artes, ciencias y alegorías morales. El arte gótico no fué objeto de contemplación desinteresada, sino la expresión de la vida. No se propuso agradar, sino enseñar por medio de imágenes. Fué una enciclopedia para uso de los analfabetos, traducida por la escultura o por la pintura de las vidrieras. Los artistas, dóciles intérpretes de los teólogos, esculpieron en estatuas y bajorrelieves todos cuantos conocimientos reputaba la Iglesia útiles al pueblo: la historia del mundo, los dogmas religiosos, la vida de los santos, la jerarquía de las virtudes, la variedad de las ciencias, artes y oficios. Finalmente, a partir del siglo XIV, el arte gótico, sin perder su primitivo simbolismo, se hizo histórico y didáctico. A la dulce expresión de las vírgenes, santos y bienaventurados del siglo XIII, a la representación



ESCULTURAS DE LA CATEDRAL DE REIMS
(Siglo XIII).

del Cristo enseñando, sucedió el arte apasionado y doloroso, que habla a la sensibilidad, obra de poetas y místicos, discípulos de San Francisco de Asís, cuyo tema favorito fué el drama de la Pasión.

BIBLIOGRAFIA. — Para el estudio de un asunto tan vasto y tan complejo como la civilización de una época no es posible indicar más que obras elementales de carácter general, en las que hallará el estudioso todas las indicaciones bibliográficas que pueda apetecer. Véase: Lavissee et Parmentier, *Album historique* (París, A. Colin, 1895-1907), vols. I-II; J. Pijoán, *Historia del Arte* (Barcelona, Salvat, s. a., 3 vols. ricamente ilustrados); S. Reinach, *Historia general de las artes plásticas*, trad. de R. Doménech, 3.^a ed. (Madrid, 1916), de la colección *Ars una...*, en la que hay publicados otros tomos, traducidos también al castellano, dedicados a las bellas artes en diversos países, como Francia, Inglaterra, Flandes, Norte de Italia, España, etcétera. De carácter muy elemental, pero útil, es el *Resumen de la historia de arte*, de M. D. D. (Barcelona, M. Durán y C.^a), muy bien ilustrado. — Por lo que respecta a España, véase en R. Ballester, *Bibliografía de la Historia de España*, las secciones *Arqueología*, *Historia del Arte*, *Tradiciones y leyendas*, *Historia de la literatura*, *Historia de la enseñanza*.

Por lo que se refiere a las nacio-

nes extranjeras, acúdase a las bibliografías que citamos en anteriores capítulos. A falta de ellas, véase para el estudio de la civilización francesa en la Edad Media M. Ch. Des Granges, *Histoire illustrée de la littérature française* (París, Hatier), libro que ha alcanzado numerosas ediciones, ilustrado con documentos de época y utilísimas notas bibliográficas, que eximen de largas investigaciones; A. Cheruel, *Dictionnaire historique des institutions et costumes de la France* (París, Hachette, 10.^a ed., 1910), libro utilísimo, no obstante su fecha. Para estudios superiores, acúdase a C. Enlart, *Manuel d'archéologie française* (París, Picard, 1904-1920, 3 vols., arquitectura religiosa, ídem civil y militar y el vestido. Para Inglaterra, ver J. R. Green, *Histoire du peuple anglais*, trad. fr. de Gabriel Monod (París, Plon, 1888, 2 vols.); para Bélgica, H. Pirenne, *Histoire de Belgique*, Bruxelles, 5 vols., en publicación). De gran interés para el estudio social es la obra de Lacroix et Seré, *Histoire et description des moeurs et usages, du commerce et de l'industrie, des sciences, des arts, des littératures et des beaux arts en Europe* (París, 1848-51), etc.

EL PODER REAL Y LA DECADENCIA DEL PAPADO

Engrandecimiento del poder real: la monarquía francesa. — A partir del siglo XIV el poder real se acrecentó mediante la evolución de las ideas políticas y de las instituciones, evolución debida singularmente al renacimiento del derecho romano que, de una manera contraria al feudalismo, establece la indivisión de la soberanía y la omnipotencia real en materia de gobierno: *Quidquid principi placuit legis habet vigorem*. Esta evolución empezó a manifestarse en Francia, en la monarquía de los Capetos, que se había consolidado por el arraigo del principio hereditario de sucesión al trono y la extensión del dominio real a vastos territorios, principalmente bajo los reinados de Felipe Augusto y Luis VIII.

Felipe el hermoso: los legistas. — Al reinado de Felipe IV el hermoso (1285-1314) se le ha llamado «reinado de los legistas», porque fué dirigido por unos consejeros o funcionarios que dieron a la política de su tiempo un marcado carácter *imperialista*, es decir, conforme a los principios del antiguo derecho romano, encaminado al establecimiento de la autoridad del rey en materia de leyes, administración de justicia y hacienda.

Los legistas, como Guillermo de Nogaret, Enguerrand de Marigny, Guillermo de Plasian, etc., eran hombres de humilde prosapia, de carácter violento y amigos de procesos. Adictos a la institución real, profesaban la teoría de que los intereses del Estado justifican todos los medios. El rey les colmó de favores y prerrogativas, siendo ellos los que en realidad gobernaron. Los grandes acontecimientos del reinado de Felipe el hermoso revisten, en efecto, la forma de

procesos. Los principales, que nos demuestran el gran poder adquirido por la monarquía francesa de aquel tiempo, fueron el *proceso de Bonifacio VIII* y el de los *templarios*.

Querella con Bonifacio VIII: atentado de Agnani. — Bonifacio VIII, elegido papa en 1294, habíase formado, como Gregorio VII e Inocencio III, un elevado concepto



BONIFACIO VIII POR GIOTTO (Basílica de San Juan de Letrán).

del poder pontificio, afirmando, entre otras cosas, que «todo lo que sea útil a la Iglesia es permitido». En 1296 publicó una bula — *Clericis laicos* — prohibiendo a los príncipes seculares exigir subsidios a los clérigos y que éstos pagasen tributos a los laicos sin autorización de la santa sede, amenazando con el entredicho a las ciudades que impusieran contribución al clero.

Felipe el hermoso, que aconsejado por los legistas habíase formado también un alto concepto del poder real, prohibía al mismo tiempo la exportación de oro y plata del reino, prohibición equivalente a impedir que la santa sede percibiera los tributos eclesiás-

ticos. El pontífice, ante las súplicas del episcopado francés, y amenazado además por sus enemigos (los Colonna y el rey de Nápoles), rectificó, autorizando a los laicos, por la bula *Etsi de statu* (1297), la percepción de los derechos feudales eclesiásticos y de los donativos consentidos por los preladados, permitiendo al rey de Francia la requisición de subsidios del clero, en caso necesario, y cediéndole la mitad de la colecta de Tierra Santa (1) y otros ingresos. La querella no cesó, sin embargo.

(1) Desde la época de las Cruzadas, la santa sede había establecido un tributo en todas las diócesis para recoger fondos con que subvenir a los gastos de aquellas expediciones que la Iglesia había tomado a su cargo. El tributo continuó siendo percibido por la curia romana mucho tiempo después de haber cesado por completo las Cruzadas.

Ocasión de conflicto entre ambas potestades era también la competencia de jurisdicción, pues el papa reivindicaba la suprema apelación de las causas eclesiásticas llevadas ante el tribunal del rey, quien, a su vez, pugnaba por emancipar la Iglesia francesa de la dominación de los pontífices, para mejor dominarla, mientras los legistas defendían la conveniencia de restringir la jurisdicción eclesiástica y otras ideas laicas.

Habiendo reclamado Felipe el hermoso la destitución del obispo de Pamiers (Languedoc), mortal enemigo suyo, a quien había procesado por conspirador, replicó Bonifacio VIII con la bula *Ausculta fili*, en la que acusaba al rey de atentar contra los privilegios eclesiásticos, y le privaba además de recibir subvención alguna del clero. Convocaba después al episcopado francés en Roma, para reformar «el rey y el reino».

Felipe, para mover la opinión contra el pontífice, puso en circulación bulas falsificadas por los legistas, en las que el papa se atribuía exorbitantes pretensiones a la supremacía temporal sobre el reino.

Convocó después (1302) una asamblea, a la que, además del clero y la nobleza, asistieron diputados de todas las ciudades (1). Nobles y burgueses declararon tener sus feudos del rey y no del papa; el clero declaró que no era libre de desobedecer al monarca.

Entretanto, acudían los obispos franceses a Roma, convocados por el pontífice, quien, por la bula *Unam Santam*, establecía, en términos no muy precisos, la superioridad del



FELIPE IV EL HERMOSO (Según la colección iconográfica de Du Tillet).

(1) Aquella asamblea es considerada por los historiadores franceses como la primera reunión de los *Estados generales* o cortes del reino.

poder espiritual, e intimaba nuevamente al rey a que rectificara su conducta, so pena de excomunión.

El rey, en otra asamblea de prelados y barones, acusó a Bonifacio de crímenes enormes, y apeló a un concilio ecuménico para juzgarlo.

El legista Guillermo de Nogaret fué encargado de llevar a Roma la citación al papa. Llegado que hubo a Italia, se puso en connivencia con los Colonna, enemigos personales del pontífice, que se hallaba en Agnani, su pueblo natal.



CLEMENTE V (Catedral de Avignon).

Nogaret reclutó gentes de armas que, al grito de «viva el rey de Francia», entraron violentamente en Agnani. El anciano pontífice resistió con entereza el ultraje de sus enemigos, de los cuales fué libertado, muriendo al cabo de poco tiempo. Nadie se levantó para protestar de la ofensa que el rey de Francia había inferido al vicario de Jesucristo.

Traslación de la santa sede a Avignon. — La humillación de Bonifacio VIII puso la santa sede en manos del monarca francés. Tras el breve pontificado de Benedicto XI, que per-

donó al rey, pero no a los autores del atentado de Agnani, la anarquía reinante dividió el colegio cardenalicio en dos partidos: el partido francés, adicto a Felipe, tolerante con la supremacía del poder real, y el partido italiano, defensor de la supremacía pontificia. Después de muchas intrigas y discusiones, el partido italiano consintió en transigir, aceptando la candidatura del arzobispo de Burdeos, Bertrand de God, que en las luchas anteriores se había mostrado ardiente partidario de la santa sede. Elegido papa con el nombre de Clemente V, por influjo del monarca francés, quedó sometido a sus exigencias.

Después de recorrer con su corte varias ciudades, y temiendo las violencias de los señores italianos, fijó Clemente V su residencia en Avignon (1308), comenzando para el papado una nueva fase de su historia.

Proceso y supresión de los templarios. — Otro de los hechos que demuestran el poder de Felipe el hermoso, y también la inmoralidad y la crueldad de su política, es el proceso seguido contra la orden del Templo.

Constituían los templarios una orden religiosomilitar, fundada en Oriente en la época de las primeras cruzadas. Exentos de la jurisdicción real, colmados de privilegios por los pontífices, dueños de grandes riquezas y excelentes ad-



AVIGNON Y EL PALACIO DE LOS PAPAS (N. D. fot.).

ministradores, eran los capitalistas de la época, pudiendo prestar grandes sumas a reyes y a príncipes. El rey de Francia les debía quinientas mil libras.

A fines del siglo XIII, el Templo, como las demás órdenes monásticas, se había relajado en sus costumbres y, no respondiendo su existencia a las necesidades para que había sido creada, estaban los templarios algo desacreditados, singularmente desde que San Juan de Acre, último baluarte de los cristianos en Oriente, había caído en poder de los turcos (1291). Su prosperidad económica, y el misterio con que ocultaban sus asuntos, aguijoneó la curiosidad popular y

dió pie a toda suerte de calumnias, que encontraron eco en la credulidad de los tiempos.

Fuese temor, codicia, o ambas cosas a la vez, el rey de Francia decidió perderles. Sus hábiles legistas, con la misma facilidad que habían hallado *testigos* para acusar a Bonifacio VIII, los encontraron para acusar a los templarios de herejía, impiedad, prácticas idolátricas, etc. Denunciados a la inquisición, estimulada en su celo por los agentes del rey, fueron entregados a los tribunales y decretado por Felipe su encarcelamiento en todo el reino (1307), con la consiguiente confiscación de bienes.

Las acusaciones se apoyaban en confesiones arrancadas por el tormento, la amenaza de la hoguera o la promesa del perdón, sin que existiera prueba externa de culpabilidad.

Tratándose de una orden religiosomilitar, sometida únicamente a la jurisdicción eclesiástica, reclamó el papa su intervención en el asunto. El rey manifestó que obraba a instancias de la inquisición, añadiendo que los bienes de los templarios quedaban, a reserva del resultado del juicio, a disposición de la santa sede. En vista de ello, el pontífice, por la bula *Pastoralis preeminentiæ* (1307), ordenó a los soberanos de Europa que procediesen, de la misma manera que lo hacía el rey de Francia, contra los templarios, cuyos bienes serían, en caso de culpabilidad, aplicados a la cruzada. Nombráronse inquisidores para que los templarios de todos los países fuesen detenidos por orden de sus respectivos soberanos.

Finalmente, después de muchas dificultades, el proceso fué llevado ante el concilio ecuménico de Vienne (Francia), en 1312. La culpabilidad no se había afirmado más que en Francia, donde los obispos e inquisidores se habían convertido en instrumento de la voluntad real. El papa, cómplice involuntario del rey, se había comprometido ante Europa, por la bula arriba citada y otras posteriores, en que se afirmaba la culpabilidad de los templarios.

Reunido el concilio, pidió el pontífice que fueran condenados sin ser oídos. Los templarios que se presentaron para defender la orden, fueron encarcelados. Como en Alemania, Italia y España los concilios provinciales habían declarado no hallar nada criminal ni en la orden ni en sus miembros, negábase el concilio a acceder a la petición de Clemente V,

cuando llegó Felipe el hermoso y comenzó, ayudado por las autoridades laicas, a hacer presión a los eclesiásticos. Amenazó, demás, remover el proceso de herejía contra Bonifacio VIII, petición que implicaba un ataque a los cardenales promovidos por él y a la legitimidad del propio pontífice reinante.

La presión ejercida por el rey y el papa, de común acuerdo, acabó por triunfar, aceptando el concilio, por la bula *Vox in excelso*, la abolición de la orden del Templo sin haber sido juzgada.

Sus bienes fueron cedidos a otras órdenes, como los hospitalarios, o secuestrados por el poder civil, sobre todo en provecho del rey de Francia.

Los miembros de la orden fueron sometidos al juicio de concilios provinciales, menos los jefes, que habían de ser juzgados por la santa sede. De quince mil caballeros, sin contar los hermanos sirvientes y los afiliados de que constaba la Orden, ramificada por todos los países de Europa, unos murieron quemados, otros se acogieron a otras órdenes, otros vivieron a pensión de los que se habían apropiado sus bienes, otros anduvieron errantes y desamparados, viviendo de su trabajo.

El gran maestre de la orden, Jacobo Molay, y otros cuatro grandes dignatarios, esperaban, presos en París hacía siete años, el juicio definitivo. Sentenciados a cárcel perpetua por una comisión de cardenales delegados del papa, retractaron sus primeras declaraciones, manifestando que su crimen era el de haber hecho traición a su orden, que era santa y pura, y que las acusaciones lanzadas en contra suya eran falsas. Declarados herejes relapsos, fueron quemados a fuego lento. Su valor les valió la reputación de mártires. El rey acaparó sus bienes. La tragedia de los templarios fué, por tanto, una expoliación, revestida de forma legal por los legistas de Felipe el hermoso y demás cómplices, hombres hábiles, pero poco escrupulosos.

Instituciones de Felipe el hermoso. — Felipe el hermoso, rey tiránico y sin escrúpulos, que impuso su voluntad sin respeto al derecho ajeno, organizó una administración dócil y regular. Del antiguo consejo del rey, o tribunal de los pares, formó el *Gran Consejo* para los asuntos

políticos y administrativos, la *Cámara de cuentas* para todo lo relativo a hacienda y el *Parlamento*, tribunal supremo de justicia.

El Parlamento contribuyó mucho a extender la autoridad real y restringir la de los señores, porque la monarquía se halló investida de soberanía judicial. Otras innovaciones, como la de otorgar patentes de nobleza a jurisperitos y burgueses, y reservarse el rey la prerrogativa de acuñar moneda, etc., dieron a la monarquía francesa un carácter despotico, que augura lo que había de ser en tiempos posteriores.

Extinción de los capetos. — A la muerte de Felipe el hermoso reinaron sucesivamente sus tres hijos, Luis X, Felipe V y Carlos IV, con exclusión de las hembras.

El primogénito, Luis X, murió sin dejar varones. Una asamblea, que no revestía el carácter de *Estados generales*, excluyó a la hija del rey difunto, dando la corona a Felipe V *el largo*, a quien se atribuye haber invocado la *ley sálica* para excluir, en lo sucesivo, a las hembras del trono. Afirmación errónea, pues aquella ley no se cita en documento alguno anterior a 1358.

Después de Felipe V reinó su hermano Carlos IV, llamado también el *hermoso*, como su padre, y a su muerte (1328) una nueva asamblea decretó la exclusión del más próximo pariente, Eduardo III de Inglaterra, nieto de Felipe IV por su madre Isabel, otorgando la corona a Felipe de Valois, de la rama colateral de los capetos, que inauguró en Francia la dinastía de su nombre.

BIBLIOGRAFIA. — Para el estudio de las cuestiones de este capítulo ver E. Renan, *Etudes sur la politique religieuse du règne de Philippe le Bel* (París, C. Levy, 1899). El proceso de los Templarios ha sido estudiado de una manera definitiva por el doctor Enrique Fincke en su libro *El Papado y la extinción de los templarios* (en alemán) (Munster, 1907, 2 vols.). Puede leerse en Dossier, *L'affaire des templiers* ed. et trad. par G. Lizerand (París, Champion, 1923; en la colección de Clásicos

de la hist. de Francia en la Edad Media). En castellano el del P. Rodríguez Campomanes, *Disertaciones históricas del Orden y Caballería de los Templarios* (Madrid, 1747). Respecto a la cuestión de la supuesta *ley sálica*, de tanta trascendencia en España, véase la docta monografía de P. Viollet, *Comment les femmes ont été exclues en France de la succession de la couronne* (París, 1893, Extr. de las *Memorias de la Academia de Inscripciones y bellas letras*).



ESTATUA SEPULCRAL DE FELIPE VI DE VALOIS. (*Louvre*).

DECADENCIA DEL FEUDALISMO

(1328-1453)

Guerra de cien años. — Se llama así el período de guerras sostenidas entre Francia e Inglaterra durante casi todo el siglo XIV y primera mitad del XV; período que comprende también, en la historia de Francia, una serie de luchas sociales y políticas, complicadas con la guerra extranjera, que atormentaron aquel país, haciéndole pasar por terribles crisis, en las que peligró su existencia nacional y que los historiadores han podido calificar de «larga y dolorosa enfermedad de crecimiento».

Los períodos. — Suele dividirse la historia de la *guerra de cien años* en cuatro períodos, a saber:

- 1.º Desde sus comienzos hasta la paz de Bretigny (1337-1360).
- 2.º Reinado de Carlos V (1364-1380).
- 3.º Desde el advenimiento de Carlos VI hasta el tratado de Troyes (1380-1415).
- 4.º Reinado de Carlos VII (1429-1453).

Advenimiento de los Valois: origen de la guerra.

— Al morir Carlos IV, sin sucesión masculina, heredó el trono de los capetos Felipe de Valois, que tomó el nombre de Felipe VI. Esta decisión, apoyada en la pretendida *ley sálica*, fué contrariada por Eduardo III de Inglaterra, nieto de Felipe IV por línea femenina, que pretendió la corona.

Felipe de Valois, príncipe fastuoso, amigo de fiestas y torneos, se hallaba rodeado de una nobleza ávida de aventuras y deseosa de ocasiones para satisfacer su ardor guerrero. Eduardo de Inglaterra, hombre violento y orgulloso, consideraba a su pariente el rey de Francia como usurpador.

El antagonismo dinástico, causa accidental de la guerra, tenía en el fondo otros motivos, a saber: la secular antipatía entre Francia e Inglaterra, desde la época en que los reyes de esta nación poseían feudos en Francia, y la rivalidad económica de franceses e ingleses en Flandes. Los ingleses vendían sus lanas a los flamencos (1) y veían con malos ojos la buena armonía que reinaba entre el conde de Flandes y el rey de Francia (2), circunstancia que podía encubrir una amenaza a su comercio. La ambición del rey Eduardo y los intereses de sus súbditos tendían, pues, a la guerra.



EDUARDO III (según su estatua sepulcral de la abadía de Weisminster. Fot. Walker).

Situación de los adversarios. — Francia era un país agrícola, rico y bien poblado. El rey señoreaba extensos territorios. La política de los legistas había dado fruto; la autoridad real era acatada. En cambio, las posesiones del rey de Inglaterra eran menos extensas y más pobres, y su

autoridad menos absoluta, aunque poseía territorios en Francia: los condados de Ponthieu y de Guyenne. Sin embargo, la inferioridad militar de Francia era evidente. Como el servicio *de hueste* feudal no excedía de un plazo limitado,

(1) Inglaterra, en los tiempos medios, era un país agropecuario, cuya principal riqueza radicaba en la exportación de lanas a las ciudades manufactureras de Flandes, como Gand, Bruges y otras.

(2) Felipe de Valois había castigado a los flamencos sublevados contra su señor, el conde Luis de Nevers, derrotándoles en la batalla de Cassel (1328), restableciendo la autoridad del conde su aliado.

haciendo difíciles las guerras lejanas y duraderas, y las clases urbanas, enriquecidas con la industria y el tráfico, se eximían del servicio con el pago de una tasa fija, resultó que la profesión militar se hizo exclusiva de una parte de la nobleza, que alquiló sus servicios al rey. El ejército se componía, pues, de caballeros que, además de ir revestidos de pesadas armaduras, estaban acostumbrados a la táctica feudal, habituados a combatir por su cuenta, orgullosos y faltos de disciplina.

El ejército inglés, por el contrario, estaba formado por gente del pueblo o por compañías de mercenarios. Eduardo III había obligado a sus súbditos a ir a la guerra. Equipados de distinto modo que los caballeros, formaban una infantería armada de ballestas y otras armas arrojadizas. La diferencia de armamentos dió por resultado un nuevo modo de combatir.



BATALLA DE CRECY
(de un mss. de la Bibl. nac. de Paris).

Comienzos de la guerra: Crecy y Poitiers.

— Eduardo III declaró la guerra al de Valois en 1337. El conde de Flandes, aliado del rey de Francia, encarceló a los ingleses que se hallaban en sus estados. Eduardo respondió con represalias. Las ciudades flamencas, Gand a la cabeza, dirigidas por Artevelde, se unieron en defensa de sus intereses mercantiles y se sublevaron, declarándose por Eduardo, que buscó aliados en Alemania y entre los señores de los Países Bajos. La victoria naval de *la Esclusa* le franqueó el canal de la Mancha.

Encendióse después la guerra en la Bretaña francesa, apoyando ambos monarcas a dos contrarios pretendientes a aquel ducado, vacante por muerte de Juan III.

Finalmente, Eduardo desembarcó en Normandía, ven-

ciendo a los franceses en Crecy (1346), batalla de gran significación en la historia militar, porque, con la superioridad de la infantería, inició una serie de desastres en la caballería feudal, siendo la primera en que fueron empleadas las armas de fuego. Un año después se apoderaron los ingleses de Calais, que habían de conservar [hasta 1558.



ESTATUA SEPULCRAL DEL PRÍNCIPE NEGRO EN LA ABADÍA DE WESTMINSTER.
(Fot. Walker).

Felipe VI murió en 1350. Sus prodigalidades le obligaron a abrumar a sus súbditos con gravosos impuestos, entre otros la odiosa gabela de la sal, que había de subsistir durante muchos siglos. Engrandeció sus dominios adquiriendo por compra la provincia del Delfinado, que otorgó a su primogénito, concesión de la que derivó el apodo de *delfín* que en lo sucesivo llevaron en Francia los príncipes herederos de la corona.

Le sucedió su hijo Juan el Bueno, príncipe caballeresco, sin condiciones de gobernante. En 1355 y 1356 reunió los Estados generales para allegar fondos con que afrontar los gastos de la guerra. Los subsidios pedidos fueron otorgados; pero a condición de intervenir los Estados

en la administración pública y en el voto de los impuestos.

Otro gran desastre experimentó entonces Francia. El príncipe de Gales, hijo de Eduardo III, llamado *el príncipe negro*, gobernador de la Guyenne, que se había distinguido en la batalla de Crecy, atacó las provincias centrales de Francia, y, por circunstancias análogas a las de aquella batalla, derrotó un numeroso ejército de caballeros franceses en *Poitiers*, donde quedó prisionero el rey Juan, que fué llevado cautivo a Inglaterra.

Regencia del Delfín: revolución parisién: la jacquerie. — Prisionero el rey de Francia, hizose cargo del gobierno, con el título de lugarteniente del reino, el *delfín* Carlos, príncipe reflexivo y prudente, sin aficiones militares. El país estaba devastado, la mayor parte de los nobles prisioneros, y los aldeanos y burgueses muy irritados contra aquéllos, a quienes inculpaban del desastre de Poitiers, acusándoles de perfidia y cobardía.

El delfín convocó los *Estados generales* (1356-1357), que se constituyeron con una gran mayoría de representantes del *estado llano*, porque, además de asistir los diputados de las ciudades, muchos nobles prisioneros enviaron en su lugar clérigos o burgueses. Al frente de la burguesía ciudadana, irritadísima contra los nobles, singularmente contra los consejeros del rey, figuraba el preboste de los comerciantes de París, Esteban Marcel, bajo cuya dirección manifestaron los Estados generales sus intentos de apoderarse de la dirección del gobierno. Consiguieron nombrar un comité para proceder al examen de



JUAN EL BUENO (*Galería Mazarina-París*).

la situación económica del reino, y exigir responsabilidades a los que habían dilapidado el tesoro nacional y conducido el país al desastre de Poitiers. Como la información no dió resultado, quisieron que se procesara a los grandes funcionarios civiles y judiciales, creando al mismo tiempo un consejo de reformas, compuesto de representantes de los tres órdenes (clero, nobleza y burguesía), que los Estados generales pudieran reunirse, sin asentimiento real, y otras garantías. El delfín hubo de ceder a la violencia de los revolucionarios, y sancionó los acuerdos de la anterior asamblea, promulgando una ordenanza, en 1357, por la que los

Estados generales asumían el voto del impuesto, la administración del erario e intervención superior en el gobierno, disposiciones que restringían las regias prerrogativas. Pero las diferencias sociales y los odios de clase, la rivalidad de intereses entre las diversas provincias representadas, la falta de sinceridad en la corte y en el príncipe, hicieron fracasar los acuerdos.

Esteban Marcel, abandonado por numerosos diputados, quiso imponerse por la violencia. Llamó en su ayuda al príncipe *Carlos el malo* de Navarra, que, aprovechándose del general desconcierto, pretendía la corona, y autorizó a



CAMPESINOS DEL TIEMPO DE LA GUERRA DE CIENTO AÑOS (de un mss. de la Bibl. nac. de Paris).

los campesinos (*jacques*) de los alrededores de París y provincia de *l'île de France* para defenderse de los atropellos y vejaciones de que les hacían víctima las gentes de guerra.

Se desencadenó entonces una lucha feroz, de carácter social, llamada *la jacquerie*. Promovida por la resistencia de los aldeanos, exasperados por los abusos de

los hombres de armas, degeneró en escenas de pillaje desenfrenado. Los *jacques*, dando rienda suelta a los odios de clase y a sus instintos de venganza, provocaron terribles represalias (1358), en las que perecieron más de veinte mil víctimas.

Fracasada la insurrección en los campos y la tentativa revolucionaria de Esteban Marcel, agotadas las fuerzas del país, víctima de los atropellos de las bandas mercenarias sostenidas por el rey de Inglaterra o el pretendiente de Navarra, y cautivo el monarca, se firmó la *paz de Bretigny* (1360), conservando el inglés sus vastas posesiones en el suroeste y norte de Francia. Al cabo de algún tiempo murió Juan el Bueno.

Segundo período de la guerra: Carlos V y Duquesclin. — El segundo período de la guerra de cien

años (1364-1380) fué de relativa prosperidad. El rey Carlos V, que la historia designa con el adjetivo de cauto o prudente (*sage*), era un gran político. Cuando subió al trono, Francia estaba en paz con los ingleses; pero el país sufría

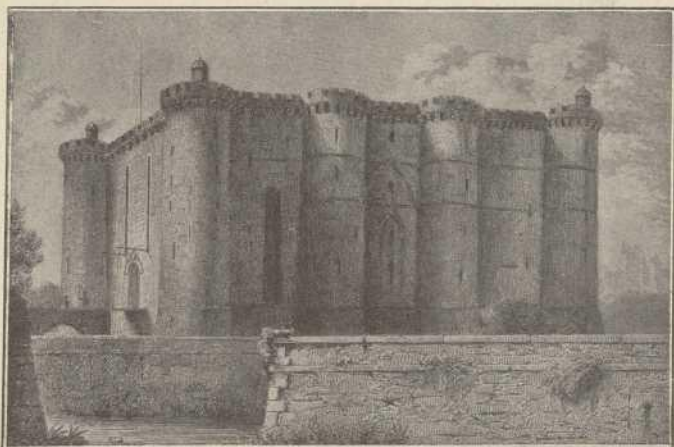


CARLOS V Y SU CORTE (El personaje colocado a la izquierda del rey es Duguesclin. — (Mss. de la Biblioteca Nacional de París).

un grave daño, a saber: *las compañías*, pequeños cuerpos de tropas mercenarias (compuestas principalmente de bretones y gascones), reclutadas por jefes puestos a sueldo de todo aquel que les pagaba. Su formación se explica por la insuficiencia de las *levas feudales* para campañas de larga duración. Las llamadas compañías suplían los ejércitos perma-

nentes. Sus jefes eran de nacionalidad y condición diversa.

Puestas a servicio de los reyes de Inglaterra, de Francia o de Navarra, después de la paz de Bretigny quedaron muchas de ellas en *huelga forzosa*; pero continuaron tratando a Francia como país conquistado, apoderándose de pequeñas plazas o castillos indefensos, viviendo a expensas del aldeano o desvalijando a los viajeros y comerciantes. Eran un terrible azote.



LA BASTILLA EN TIEMPOS DE CARLOS V (*Grabado antiguo*).

Entonces fué cuando se dió a conocer el célebre Bertran Duguesclin, un bretón que desde muy joven había hecho en su país la guerra de emboscadas y aventuras, pudiendo de este modo conocer la organización de las *compañías* y su táctica. Conocidas sus proezas, extendióse la nombradía de su valor, llegando a ser uno de los mejores capitanes de su época.

Puesto a servicio de Carlos V, venció al príncipe de Navarra, obligándole a renunciar a sus pretensiones. Hizo dos expediciones a España en favor de Enrique de Trastámara, en su lucha contra Pedro el Cruel, apoyado por los ingleses, y, aunque fué hecho prisionero en la batalla de Nájera, intervino en el drama de Montiel.

Nombrado después condestable de Francia, emprendió la guerra contra los ingleses. Aleccionado por larga experiencia, conocedor de la táctica de las *compañías*, empezó una lucha de detalle, guerra de sorpresas y emboscadas, cerrando a los enemigos villas y ciudades, a fin de agotarles por cansancio. Su éxito fué extraordinario, quedando los dominios de los ingleses reducidos a un corto número de plazas. Concluyó con ellos una tregua en 1375. Algún tiempo después murieron Carlos V y su célebre capitán Duguesclin.

El reinado de Carlos V fué una época de reparación de los pasados desastres, de administración proba y regular, de fortalecimiento de la monarquía. Los ingleses perdieron muchas de sus fuerzas, a la vez que los abusos de las famosas *compañías* fueron reprimidos. Rey enfermizo y sedentario, pero clarividente y aplicado, favoreció Carlos V las letras y las artes. Entre otras cosas se le deben la formación de la *biblioteca del rey*, germen de la biblioteca nacional de París, el engrandecimiento del Louvre y otras construcciones, entre ellas la célebre Bastilla.



JUAN SIN MIEDO (Museo Condé).



FELIPE EL ATREVIDO, DUQUE DE BORGONA (Museo de Versailles).

Tercer período: borgoñeses y armagnacs. — La paz y prosperidad de Francia durante el reinado de Carlos V no fué duradera. Dejó este monarca, al morir, un hijo de doce años, Carlos VI, durante cuya menor edad gobernaron sus tíos, los duques de Berry y de Anjou, que dilapidaron en conveniencia propia los tesoros del reino. Más funesta fué todavía

la injerencia en el gobierno de otro tío del rey, *Felipe el atrevido*, duque de Borgoña.

Era hijo de Juan el bueno. Su padre, en premio al valor que había demostrado en la batalla de Poitiers, cedióle para sí y sus descendientes el ducado de Borgoña. A esta provincia Felipe añadió Flandes francesa (nordeste de Francia actual), y su matrimonio con Margarita, heredera del condado de Flandes, le convirtió en uno de los príncipes más poderosos del occidente de Europa.



ENRIQUE V DE LANCÁSTER (Galería nacional de Londres).

A la mayor edad de Carlos VI (1388), gobernaron los antiguos consejeros de su padre (*los mar-mousets*). Iba el reino camino de la prosperidad, cuando el desgraciado monarca enloqueció repentinamente.

La suerte de Francia quedó entonces a merced de los regentes y de sus partidos. Gobernó primeramente Luis I, duque de Orleans, a quien hizo asesinar su rival *Juan sin miedo*, duque de Borgoña, hijo y sucesor de Felipe el atrevido. Aquel asesinato encendió la guerra civil entre *borgoñones* y *armagnacs* (1), partidos políticosociales que dividieron a Francia en dos bandos irreconciliables, desde

París a la última aldea. Unos y otros cubrieron el país de ruinas, llegando en sus odios a ofrecer la mitad del reino a los ingleses, con tal de exterminar al partido contrario. El fondo de aquella contienda era la lucha de clases, la nobleza feudal contra la burguesía y el patriciado de las ciudades.

La guerra con Inglaterra habíase aplacado a causa de los trastornos ocurridos en aquel país, que en 1399 había cambiado de dinastía; pero en 1413 retoñó. Enrique V de Lancáster renovó las pretensiones de sus antepasados a la corona francesa, alcanzando la gran victoria de Azincourt (1415), que remató con la conquista de Normandía.

(1) Los adversarios del duque de Borgoña fueron llamados *armagnacs* porque su jefe, Carlos de Orleans, estaba casado con la hija de Bernardo VII, conde de Armagnac, uno de los más poderosos señores del mediodía de Francia.

Los amigos del *delfín* (el futuro rey Carlos VII) asesinaron al duque de Borgoña *Juan sin miedo*. El partido borgoñón, con el nuevo duque Felipe el bueno, se alió a los ingleses, estipulando, por el tratado de Troyes, el matrimonio de la hija del monarca enajenado, Catalina de Francia, con Enrique V de Inglaterra, a cuyo rey y sucesores pertenecerían las dos coronas, fallecido que hubiera Carlos VI. La esposa de éste consintió en que fuese desposeído su propio hijo, el delfín Carlos. Muerto Carlos VI, y a poco Enrique V, fué reconocido rey de Francia e Inglaterra, conforme al tratado de Troyes, el hijo de este último, Enrique VI. Como aun era menor, gobernaron en su lugar dos regentes, uno en cada reino. Pero el delfín desposeído se proclamó también rey de Francia, con el nombre de Carlos VII, guardándole únicamente fidelidad las provincias del centro.

Carlos VII de Orleans: patriotismo de los franceses. — Carlos VII, llamado irónicamente por sus contrarios *rey de Bourges*, ciudad donde tenía su corte, era un hombre indeciso, impresionable, desprovisto de magnanimidad, indolente y receloso. Instru-



CARLOS VII, POR FOUQUET (Louvre)

mento más bien que jefe del partido armagnac, permanecía en sus castillos del Loire, dilapidando en fiestas el escaso dinero que ingresaba en el tesoro, abandonando el gobierno de sus menguadas provincias a favoritos indignos o mediocres. Reducíase su fuerza militar a tropas mercenarias extranjeras, si bien contaba con la fidelidad de sus partidarios, hallándose rodeado de algunos hombres audaces y rudos, como La Hire, que no se desalentaban jamás, y estaban dispuestos a disputar el terreno al enemigo palmo a palmo.

La guerra se deslizaba con desesperante lentitud. El país, saqueado por los angloborgoñones, era, como dice un contemporáneo, «un mar en el que cada cual tenía tanto

señorío como fuerza». Los ingleses, establecidos sólidamente en Normandía no dominaban, sin embargo, en Francia, más que en virtud del apoyo del duque de Borgoña.

El regente inglés, conde de Bedford, decidió apoderarse de la línea del Loire, tras de la cual se abrigaba Carlos VII. La llave era Orleans. En 1428 comenzó el sitio de esta plaza,



LA VISIÓN DE JUANA D'ARC
(fresco del Panteón de París).

que sus habitantes defendieron bravamente por espacio de cinco meses; pero, derrotados luego en un encuentro y sin esperanza de socorro, la causa del rey parecía perdida. En la corte misma se hablaba de buscar refugio en el Delfinado, Escocia o España.

Sin embargo, el país no se sentía indiferente a situación tan angustiosa. La guerra había sido, en sus primeros tiempos, una guerra feudal; pero después de los desastres de Crecy y Poitiers, cuando las *compañías* inglesas, establecidas en ciudades y castillos, saqueaban comarcas y maltrataban a campesinos y burgueses, los sufrimientos comunes incubaron en el alma popular un sentimiento

de patriotismo, que no tardó en revelarse. El milagro fué debido a una mujer heroica, a la *doncella de Orleans*.

Juana d'Arc. — La misión de Juana d'Arc es una de las más grandes y enigmáticas de la Historia, habiendo sido interpretada con muy distintos criterios. Juana d'Arc nació, en 1412, en Domremy, aldea situada entre la Champagne y Lorena (NE. de Francia). Hija de unos campesinos acomodados, recibió únicamente educación religiosa, pasando la vida en el pueblo, entre los menesteres

de la casa y las prácticas devotas. Robusta, resistente, activa y dotada de una gran confianza en sí misma, comenzó a los trece años de edad a tener éxtasis y visiones. Se le apareció primero san Miguel arcángel, después santa Catalina y santa Margarita, enviados de Dios para velar por ella. En un principio los celestes mensajes reducíanse a ordenarle plegarias; pero al cabo, cuando en Domremy comenzaron a sentirse las inquietudes y zozobras de la guerra, y a inspirar lástima el país y la monarquía, las apariciones celestes se trocaron en mandatos ineludibles de aportar al rey el mensaje libertador.

Burlando la voluntad paterna, hizose conducir por uno de sus parientes a presencia del señor de Baudricourt, capitán de uno de los castillos reales, a quien enteró de su *misión*, sin que el militar le diera crédito; pero fué tal su porfía, que consiguió al fin ser enviada con una pequeña escolta a presencia de Carlos VII, habiendo hecho para ello un penoso viaje, en pleno invierno, a través de país enemigo. Después que hubo visto al príncipe, y afirmado con la entereza de la más profunda convicción que sólo él era el legítimo soberano, le manifestó haber recibido, de orden divina, la misión de librar a Orleans, conducirle a que fuera coronado en Reims y expulsar de Francia a los ingleses.

¶ Su sencillez, su convicción, su fervor y la agudeza de sus respuestas, lograron triunfar de la incredulidad de los cortesanos y de las vacilaciones del monarca, que se decidió a confiarle la dirección de un convoy y un cuerpo de tropas en auxilio de Orleans.

Los sitiados la acogieron con entusiasmo, y conducidos por la doncella comenzaron las victorias. A los pocos días fueron los ingleses obligados a abandonar el sitio, y tras un corto período de felices campañas, Carlos VII fué coronado en Reims (1429). Quiso después Juana d'Arc apoderarse de París, pero el rey retardó las operaciones. Después de una campaña de tres meses, la doncella se dirigió a Compiègne, sitiado por los angloborgoñones, y en mayo de 1430 fué hecha prisionera.

La captura de la heroína colmó de gozo a los ingleses, que tenían interés en hacerla condenar como hereje y hechicera para reanimar el espíritu de sus tropas y desacreditar la causa de Carlos VII. El obispo de Beauvais, Pedro

Cauchon, afiliado al partido inglés, hizo incoar el proceso (por la justicia eclesiástica). Juana fué condenada a prisión perpetua; pero como los ingleses estaban sedientos de venganza, se buscó un subterfugio para declararla relapsa y condenarla a la hoguera, siendo quemada en Rouen el año 1431, «por hereje, relapsa, apóstata, idólatra». El rey nada hizo para salvarla.

Mientras los escritores católicos admiten la misión divina de Juana d'Arc, otros la consideran como una alucinada, que creía en las apariciones celestiales o que obró inspirada por un patriotismo hijo de las circunstancias. Es difícil explicar la formación psicológica y sentimental de la sublime doncella; pero es indudable que estuvo dotada del genio necesario para reanimar el espíritu de los franceses, decaído ante aquella prolongada serie de desastres, convertir la facción en patriotismo, comunicar a las tropas su fe ardiente y su confianza en el triunfo, hechos que pueden muchas veces calificarse de verdaderos milagros. Juana d'Arc ha sido canonizada en 1920.

Fin de la guerra. — Las victorias de Juana d'Arc señalan el fin de la dominación inglesa en Francia y de la *guerra de cien años*. La principal causa de aquel cambio de fortuna fué la desavenencia entre los ingleses y el duque de Borgoña, Felipe el bueno, quien concluyó con Carlos VII el tratado de Arras, obteniendo algunos territorios y ciudades (1433). La guerra contra los ingleses continuó todavía durante veinte años; pero, como carecían del apoyo del partido borgoñón, fueron perdiendo la Normandía y demás territorios ocupados, no quedándoles más que la plaza de Calais (1453).

Resultado de la guerra de los cien años. — Al extinguirse la dinastía de los capetos directos (1328), la sociedad feudal en Francia se había transformado profundamente; de un lado por el progreso del poder real, y también por el ascendiente de las clases rurales y burguesas.

La *guerra de cien años* fué una guerra civil, tanto como una guerra extranjera, y produjo la decadencia de la nobleza, de las villas y ciudades. Los nobles, vencidos en Crecy, por los arqueros ingleses y por la artillería (primera vez que

se emplea en las batallas), y dispersados en Poitiers, perdieron la confianza en sí mismos y se desmoralizaron, entregándose a toda clase de excesos y crueldades. Las dos facciones de *borgoñones* y *armagnacs*, llevando el odio y la división a todas partes, incluso a las comunidades religiosas, fueron más funestas a la nobleza y al país que las devastaciones de los ingleses. Las ciudades, tomadas una y otra vez por asalto, desgarradas por luchas intestinas y agobiadas por los impuestos, acabaron por someterse al rey. Los villanos, desesperados, lanzáronse a la rebelión, y como fueron reprimidos por la violencia, quedaron los campos yermos y las aldeas sin moradores.

Los *Estados generales* fueron los que en las épocas más críticas salvaron al país de su ruina, ejerciendo las funciones de gobierno; pero en sus mismas luchas de clases se anularon, otorgando al rey el derecho exclusivo de alistar tropas e imponer *tallas* (tributos) en todo el reino.

La única institución, pues, que en medio de aquella decadencia universal quedó firme fué la monarquía, que prevaleció sobre los demás poderes arruinados en derredor.



ENRIQUE VII TUDOR (*Gal. nac. de retratos de Londres*).

Decadencia del feudalismo en Inglaterra. — Los sucesores de Enrique III, hijo de Juan sin tierra, fueron Eduardo I (1272-1307), Eduardo II (1307-1327), Eduardo III (1327-1377) y el nieto de este último, Ricardo II (1377-1399), en el cual se extinguió la dinastía de los Plantagenets. Otro nieto de Eduardo III, Enrique IV de Lancáster, inaugura la dinastía de su nombre, que se continuó en las personas de Enrique V (1413-1422) y Enrique VI (1422-1461).

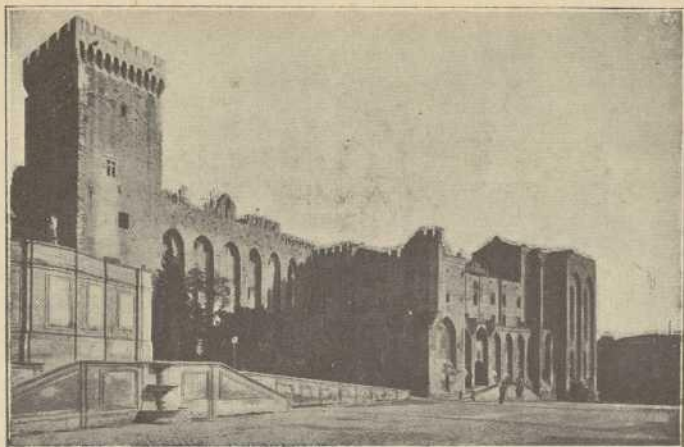
La historia interior de Inglaterra, desde fines del siglo XIII a mediados del siglo XV, se reduce a la lucha entre la monarquía y la aristocracia. La guerra de cien años puso a los reyes en el apuro de pedir frecuentes subsidios al Par-

lamento, el cual se aprovechó para extender sus derechos a expensas de las prerrogativas de la corona. El gobierno, a pesar de la creciente importancia de las villas y ciudades o *comunales*, mantuvo cierto carácter aristocrático.

Terminada la guerra de cien años, estalló en Inglaterra una larga guerra civil, llamada *de las dos rosas*, entre los partidarios de la familia de York (rosa blanca) y la de Lancaster (rosa encarnada), que se disputaban el trono. La querrela dinástica no era sino un pretexto. El resultado fué el exterminio de la aristocracia feudal, cuyos bienes vacantes iban siendo confiscados por la corona. A fines del siglo XV recayó ésta en las sienes de Enrique VII Tudor, que dió comienzo a la dinastía de su nombre.

BIBLIOGRAFIA. — Las fuentes para el estudio de un período tan complejo como el de la guerra de cien años son numerosas, singularmente en Inglaterra y Francia. Es, por tanto, indispensable acudir a las bibliografías de aquellos países. — Léanse con preferencia las narraciones contemporáneas de los acontecimientos, de las que hay publicadas muchas ediciones, singularmente las crónicas de Froissart. Véase, por ejemplo, *Les Chroniques de J. Froissart, édition abrégée avec texte rapproché du français moderne*, par Mme. de Witt (París, Hachette, 1887). — Entre las obras

modernas véase R. Delachenal, *Histoire de Charles V* (París, Picard, 1916, 3 vols.); Simeon Luce, *La France pendant la guerre de cent ans* (París, Hachette, 1890); *La jeunesse de Bertrand du Guesclin* (París, idem), etc. La bibliografía de Juana d'Arc es vastísima. Véase acerca de la famosa doncella de Orleans el libro de H. Vallon, *Jeanne d'Arc* (París, Hachette, 1875, 2 vols.); *Jeanne d'Arc a Domremy*, del citado historiador Luce, etc.; tema inagotable, pues no se limita a estudios históricos, sino que invade el campo de las bellas letras.



PALACIO DE LOS PAPAS EN AVIGNON

DECADENCIA DE LA IGLESIA

BIBLIOTECA
PÚBLICA
TORO

El «cautiverio de Babilonia». — En el transcurso del siglo XIV perdió el papado la influencia que en siglos anteriores había ejercido en la cristiandad. El ultraje de Agnani tuvo funestas consecuencias para la Iglesia, minada por diversos y profundos males.

Clemente V, elegido a instancias de Felipe el hermoso, se consideró con mayor seguridad lejos de Roma, agitada por discordias políticas, y tras muchas vacilaciones y rodeos fijó su residencia en Avignon (1). Seis papas sucesivos imitaron su ejemplo. El período de setenta años (1308-1378), durante el cual los pontífices residieron en aquella ciudad, «cautivos del rey de Francia», ha sido llamado, por analogía con determinado período de la historia antigua del pueblo de Israel, *cautiverio de Babilonia*. Efectivamente, la proxi-

(1) Avignon no pertenecía al rey de Francia. Fué comprado por el papa Clemente VI en 1348, a la reina Juana de Nápoles por 80,000 florines de oro.

midad a Francia apartó al papado de la influencia imperial, sometiéndolo, en cambio, a la de los reyes franceses.

Llevaron los papas en su palacio de Avignon una existencia mundana e indolente, atesorando riquezas para sostener el lujo de su corte y subvenir a las necesidades de la administración. A este fin hubieron de exigir grandes contribuciones a la cristiandad, que promovieron quejas y protestas, singularmente de algunos reyes, que querían reservarse el derecho de fijar los impuestos a su clero nacional.



GREGORIO XI (*Catedral de Avignon*).

Cisma de Occidente.

— La ausencia de los pontífices de Roma motivó quejas, principalmente en Italia. Algunas ciudades de los dominios del papa se constituyeron en repúblicas independientes, llegando los partidos de güelfos y gibelinos, antes irreconciliables, a unirse en un sentimiento de odio común a la influencia que los reyes franceses ejercían sobre el papado.

Amenazados además los pontífices con la pérdida de su poder temporal en Italia, dejáronse persuadir, y en 1376, Gregorio XI, influído por las súplicas de la virtuosa santa Catalina de Sena, regresó a Roma, muriendo allí dos años después (1378).

Reunido el colegio cardenalicio para elegir sucesor, como



RELIEVE REPRESENTANDO EL REGRESO DEL PAPADO A ROMA (*Santa F. Romana*).

la mayoría de cardenales eran franceses, se amotinó el pueblo de Roma, exigiendo con amenazas un papa italiano, y en efecto, fué elegido el arzobispo de Bari con el nombre de Urbano VI. El carácter no muy conciliador del elegido, o sus propósitos autoritarios de reformar los abusos de la Iglesia, motivaron gran descontento entre los cardenales del partido francés, los cuales se constituyeron nuevamente en cónclave (1), y, alegando que la elección de Urbano VI no era válida, por haber sido hecha bajo las amenazas y el tumulto del pueblo, eligieron otro papa, que tomó el nombre de Clemente VII, el cual, seguido de sus partidarios, se estableció en Avignon.

Hubo, pues, dos papas: uno en esta última ciudad y otro en Roma. La cristiandad se dividió en dos partidos: *urbanistas* y *clementistas*, con gran escándalo de las conciencias. Cada papa, proclamándose legítimo, excomulgaba a su adversario y a sus respectivos adherentes. Roma y Avignon se convirtieron en teatro de un escandaloso tráfico de indulgencias y dignidades eclesiásticas.

El cisma duró cuarenta años (1378-1418). Los cardenales de Roma y Avignon, respectivamente, haciendo caso omiso del papa adversario, le oponían otro cada vez que vacaba la Sede.

A Clemente VII sucedió en Avignon Benedicto XIII, y a Urbano VI sucedieron en Roma Bonifacio IX, Inocencio VII y Gregorio XII.

Semejantes abusos inspiraron a los buenos cristianos el



WICLEF (Grab. por Picart; siglo XVII).

(1) Cónclave de Fondi, más allá de la frontera napolitana.

deseo de hacerlos cesar y de devolver a la Iglesia su pureza primitiva. Intervino la universidad de París, escuela de grandes teólogos, proponiendo, entre otras soluciones que fracasaron, la convocación de un concilio ecuménico para resolver el conflicto.

Entretanto, los cardenales de uno y otro bando, descontentos, se reunían en Pisa (1409), eligiendo un nuevo papa, Alejandro V. Hubo entonces tres papas: *cisma tricéfalo*. Muerto Alejandro V fué elegido Juan XXIII, que negoció con los soberanos la reunión de un concilio ecuménico, que todos deseaban, y puesto de acuerdo con el emperador Segismundo fué designada, para celebrarlo, la ciudad imperial de Constanza (1414).



JUAN HUSS (Grab. por Picart; siglo XVI).

Wiclef y Juan Huss.

— El escándalo y corrupción de la Iglesia durante el siglo XIV había motivado algunas tentativas radicales de reforma.

Juan Wiclef, profesor de la universidad de Oxford, comenzó a predicar contra la autoridad del papa, las indulgencias, el culto de los santos, la ociosidad de los monjes, etc. Tradujo la Biblia al inglés y compuso un catecismo atacando la confesión auricular, el celibato de los clérigos y el dogma de la eucaristía. Sus predicaciones fueron bien acogidas por la burguesía de Inglaterra que, en tiempo de Eduardo III y su sucesor, había solicitado del Parlamento la votación de leyes contra las exacciones de los legados pontificios, y la provisión de beneficios eclesiásticos a favor de los extranjeros. Sus partidarios, llamados *lollardos*, exageraron las consecuencias de aquellas doctrinas, y el pueblo, interpretándolas a su manera, cometió toda clase de excesos contra

los nobles y los ricos, dando lugar a sangrientas represiones.

Un profesor de la universidad de Praga (Bohemia), llamado Juan Huss, hombre erudito y virtuoso, adoptó las ideas de Wiclef. En escritos y sermones censuró severamente los abusos del papado, las riquezas y vida mundana del alto clero, la corrupción de las órdenes monásticas, las indulgencias y otros abusos. Condenadas sus opiniones por el arzobispo de la universidad de Praga, excomulgado por el pontífice y condenado por el concilio de Constanza, Huss fué quemado por hereje; pero los checos o eslavos de Bohemia, adversarios de los alemanes, tomaron partido por las doctrinas del reformador, y estalló una sangrienta guerra civil, que duró mucho tiempo. Todas aquellas luchas, agravadas por odios de raza, revisten cierto carácter social y preludian la gran revolución religiosa del siglo XVI.

Concilio de Constanza: fin del cisma de Occidente. — Convocadas por Juan XXIII, uno de los tres papas reinantes, con el asentimiento de numerosos príncipes, y el decidido apoyo del emperador Segis-

mundo, más de ciento cincuenta mil personas acudieron a Constanza, abriéndose las sesiones del concilio en 1414.

Rechazada la presidencia de Juan XXIII, acusado de simonía, el concilio se declaró legalmente constituido (1) y manifestó que, «representando la Iglesia militante toda entera, constituía un concilio ecuménico, indisoluble e intransferible; que todo cristiano, incluso el papa, debíale



EL PAPA LUNA (Grab. del siglo XVIII).

(1) No lo estaba, sin embargo, con arreglo a la doctrina canónica, puesto que, según ésta, un concilio, para ser ecuménico, debe representar la Iglesia entera, es decir, la colectividad en unión de su jefe.

obediencia en todo lo concerniente a la fe, extirpación de la herejía y reforma general de la Iglesia, *in capite et in membris*».

Resuelto a terminar el cisma, procedió el concilio a depouner los tres papas existentes. Fué depuesto primeramente



MARTÍN V (Grab. por Picart; siglo XVII).

Juan XXIII; el de Roma, Gregorio XII, abdicó voluntariamente. El de Avignon era un aragonés, Pedro de Luna, intitulado Benedicto XIII. Este famoso prelado, sucesor de Clemente VII, había resistido con extraordinaria tenacidad las intimaciones de los teólogos de la Sorbona, sin avenirse a renunciar la tiara. El concilio, después de dos años de vanas gestiones, lo depuso también (1317); pero Benedicto, retirado en Peñíscola, continuó llamándose papa hasta su muerte (1424), recomendando a los dos cardenales que le habían mantenido fidelidad que le designaran

sucesor, y efectivamente, uno de ellos se intituló papa todavía, con el nombre de Clemente VIII (1).

Haciendo, pues, caso omiso de Benedicto XIII, el concilio de Constanza eligió papa al virtuoso cardenal Odón Colonna, que tomó el nombre de Martín V, terminando de este modo, en 1418, el gran cisma de Occidente.

Otros concilios: consecuencias del cisma. — El papa Martín V eludió emprender en la Iglesia las reformas solicitadas por el concilio de Constanza. Con este objeto, su sucesor Eugenio IV convocó el concilio de Basilea, rehusando también las reformas pedidas, y, para evitarlas, trans-

(1) Este antipapa fué Gil Sánchez Muñoz, natural de Teruel. Renunció voluntariamente a la tiara en 1429 y fué después obispo de Mallorca, donde murió.

firió el concilio a Ferrara y después a Florencia. Las disensiones no cesaron hasta 1449. La Iglesia recobró la unidad, pero quedó muy disminuído el prestigio del papado. Las tentativas de los padres de los concilios de Constanza y Basilea para subordinar la autoridad pontificia a la de los concilios, fracasó. Los papas continuaron siendo jefes absolutos de la cristiandad; pero, habiendo querido evitar una reforma en el siglo xv, no pudieron impedir una revolución en la centuria siguiente.

BIBLIOGRAFIA. — Además de las obras generales que tratan del papado (v. gr., Ludovico Pastor, *Historia de los papas desde fines de la Edad Media*, trad. del P. Ruiz Amado, Barcelona, G. Gili, 1910-1911, 12 vols., y más elemental la de Hayward, *Histoire des papes*, París, Payot, 1920), ver singularmente para las materias de este capítulo, Jacques Lenfant, *Histoire du concile de Constance* (Amsterdam, 1714, 2 vols.); id., *Histoire du Concile de Pise* (Amsterdam, 1724,

2 vols.); id., *Histoire de la guerre des hussites et du concile de Basle* (Utrecht, 1731, 2 vols.). — La bibliografía de Avignon se halla en la *Topobibliografía* de M. Chevalier, t. I. Una obra excelente, moderna, acerca de la crisis religiosa del siglo xv es la de Noel Valois, *Le pape et le concile* (París, A. Picard, 1909, 2 vols.). Véase también el estudio de E. Gebhart, *Sainte Catherine de Sienna* en el libro *Moines et papes* (París, Hachette), págs. 63-133.

ALEMANIA E ITALIA EN EL SEGUNDO PERIODO DE LA EDAD MEDIA

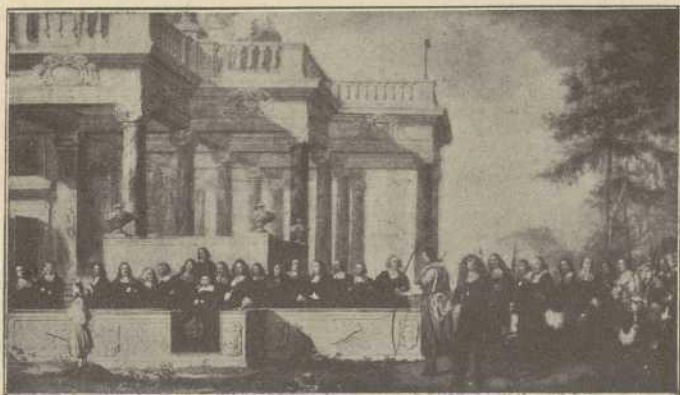
Alemania: el largo interregno. — Se llama así el período comprendido entre la muerte de Federico II Hohenstaufen (1250) y el advenimiento de la casa de Habsburgo al trono imperial (1273). Durante aquel período, algunos príncipes extranjeros, como Alfonso el sabio de Castilla, Ricardo de Cornuailles, etc., llevaron el título de emperador; pero no ejercieron autoridad alguna.

Los antiguos ducados nacionales se desmembraron paulatinamente. Sobre sus ruinas erigieron su poder una multitud de señores laicos y eclesiásticos, que se titularon *príncipes*, y tras ellos, numerosos *condes* y *caballeros*. Estos últimos, poseedores únicamente de un castillo (*burgo*), situado en los puntos estratégicos para dominar algún río o camino, vivían del merodeo, a expensas del caminante. Tales eran los *burgraves* o *caballeros bandidos* de Alemania en aquellos tiempos.

Los señores eclesiásticos, príncipes o abades, poseían vastos territorios, ejerciendo en ellos plena soberanía. Las antiguas ciudades, fundadas a la sombra de algún obispado o palacio imperial, habíanse emancipado, constituyendo las *ciudades libres*.

Una variedad tan grande de señoríos convirtió el mapa de Alemania, a fines del siglo XIII, en un mosaico muy complicado. El emperador carecía de poder para hacerse respetar. Príncipes, obispos, caballeros y ciudades hacíanse la guerra unos a otros, no reinando en Alemania más que *el derecho del puño*, es decir, la fuerza.

Advenimiento de los Habsburgo. — La derrota de los Hohenstaufen señala el triunfo del feudalismo en Alemania; pero ello no impidió que fuera conservada la dignidad imperial. Después del *largo interregno* fué elegido emperador el conde *Rodolfo de Habsburgo*, que poseía únicamente algunos dominios en Alsacia y Suabia. Caballero prestigioso y político práctico, renunció a la quimera de sus antecesores de dominar en Italia — *la cueva del león*, — y, atento únicamente a engrandecer su patrimonio, venció a Otocar, rey de Bohemia, arrebatándole los territorios de



LA LEYENDA DE GUILLERMO TELL (Cuadro del siglo XVII. — Museo de Bruselas).

Austria, Styria, Carniola y Carinthia, cuya investidura otorgó a su hijo Alberto I, que ocupó después el trono imperial. Alberto I (1298-1308) fracasó en sus propósitos de convertir en hereditaria la corona y aumentar sus bienes patrimoniales incorporando Bohemia al dominio de los Habsburgo, pues fué asesinado cuando se dirigía a someter a los montañeses de Suiza sublevados.

Emancipación de Suiza. — Este país, esencialmente alpestre, habitado en los tiempos medios por rudos y enérgicos pastores, estaba incorporado al imperio germánico desde principios del siglo XI, bajo la autoridad de señores feudales laicos y eclesiásticos. En el siglo XII algunas

ciudades, como Zurich, Basilea, Friburgo y otras, enriquecidas por el comercio, habían obtenido franquicias municipales. Los cantones situados en lo más áspero de las montañas dependían de los condes de Habsburgo. Las vejaciones de aquellos señores, o un deseo de libertad, promovieron la formación de una liga en los cantones de *Uri*, *Schwyz* y *Unterwalden*, que, extendiéndose durante el siglo XIV a otros cantones y ciudades, dió por resultado la independencia del país, tras las victorias de *Morgarten* y *Sempach*, ganadas por los confederados. El origen de este hecho ha sido explicado por la poética leyenda de *Guillermo Tell*.



EL ROEMER EN FRANCFORT
(Lugar destinado a la elección imperial).

Gessler, gobernador austríaco en el cantón de Uri, ordenó a los suizos que saludasen, como símbolo de autoridad, su sombrero, colocado en lo alto de un poste sobre la plaza pública de Altorf. Un hábil arquero, llamado Guillermo Tell, se resistió a cumplir la orden, siendo condenado por Gessler a derribar de un tiro de ballesta una manzana colocada sobre la cabeza de su propio hijo, con evidente peligro de causarle la muerte. Tell salió vencedor de la ruda prueba; pero, como hubiese manifestado que de serle adversa la fortuna habría matado al gobernador, éste le hizo encarcelar. El arquero, escapado después de su prisión, mató a Gessler, muerte que fué la señal del levantamiento de los montañeses contra la opresión de los austríacos.

La bula de oro. — Durante casi todo el siglo XIV y primer tercio del XV (1308-1438), las dinastías de Luxemburgo, Baviera y Bohemia dieron emperadores a Alemania, interrumpiéndose la fortuna de los Habsburgo a raíz de la trágica muerte de Alberto I, cuyos descendientes no habían de alcanzar la dignidad imperial hasta un siglo después.

Todos los emperadores de aquellas dinastías renovaron infructuosamente sus pretensiones a la dominación en Italia. Carlos IV de Bohemia (1347-1378) organizó la poliarquía feudal alemana, promulgando, en la dieta de Nuremberg (1356), el código llamado *la bula de oro*, que confería el derecho de elegir emperador a *siete electores*, derecho vinculado por sucesión varonil en las principales familias de príncipes o dignatarios imperiales. La dignidad electoral se concedía al rey de Bohemia, al conde palatino del Rhin, al duque de Sajonia, al margrave de Brandeburgo y a los arzobispos de Maguncia, Tréveris y Colonia; ocupando los electores el primer rango entre los dignatarios de la corona. En lo sucesivo la elección de *emperador y rey de romanos* se haría en Francfort, por mayoría de votos; siendo el elegido consagrado en Aquisgran. El postrer emperador de la casa de Bohemia fué Segismundo (1411-1437), cuyo reinado transcurrió entre las sangrientas cruzadas contra los *husitas* y la intervención de aquel soberano en el cisma de occidente.

Engrandecimiento de la casa de Austria. — Después de Segismundo recayó de nuevo la corona imperial en un príncipe Habsburgo, Alberto II. Durante los años transcurridos desde la muerte de Alberto I, los Habsburgo habían engrandecido sus dominios en las regiones del Danubio y del Rhin, dominios que, después de haber estado repartidos entre diversos príncipes de aquella familia, fueron heredados por Federico III, que erigió el Austria en archiducado y adoptó la famosa divisa: A E I O U (*Austriae est imperium orbis universi*). Su hijo Maximiliano contrajo matrimonio con la heredera del ducado de Borgoña, María, hija de *Carlos el Temerario*, señor del Franco-Condado, el Artois, Flandes y Países Bajos (1477).

Maximiliano I (1493-1519), elegido emperador, fué un príncipe poderoso, como Alemania no había tenido desde lejanos tiempos. Se esforzó cuanto pudo para que prevaleciera el orden y la justicia en el Imperio, proclamando *la paz perpetua*, para poner término a las guerras feudales y al bandidaje de los nobles. Para castigar las infracciones a la paz creó la *cámara imperial*, un impuesto llamado el *dinero común*, y dividió el Imperio en *diez círculos* o territorios. Sin embargo, todas aquellas instituciones fueron

puramente nominales, como el mismo emperador declaraba, diciendo que «los demás reyes tenían súbditos, pero que él sólo gobernaba reyes».



MAXIMILIANO I DE HABSBURGO Y SU FAMILIA (por Strigel, Museo de Viena) (1)

A partir de Maximiliano I, la fortuna de la casa de Austria no cesó de engrandecerse, como veremos, por una serie de enlaces matrimoniales ventajosos, que justificaron el célebre dístico latino:

(1) Los personajes representados en el cuadro son: Maximiliano I, su esposa María de Borgoña, su hijo Felipe el Hermoso, y sus nietos: Carlos V, Fernando y Luis de Hungría.

Bella gerant fortes, tu, felix Austria nube,
Nam que Mars aliis dat tibi regna Venus (1).

Italia: reinos, repúblicas y tiranías. — Después de la caída de los Hohenstaufen, Italia continuó, nominalmente, formando parte del *Sacro Imperio*; pero, en realidad, fraccionada en multitud de reinos, principados, señoríos y repúblicas; estados independientes unos de otros, aliados o enemigos, según las circunstancias, presa de continuas disensiones intestinas.

La historia de todos aquellos estados recuerda la de las antiguas *ciudades griegas* que, con un territorio restringido, representaron un papel importantísimo. La industria y el comercio les suministraron caudales para realizar grandes empresas. Venecia y Génova, como Atenas en la antigüedad, pudieron equipar poderosas escuadras, ser dueñas de un extenso imperio colonial y brillar como emporio de las letras y de las artes.



SIENA; PALACIO DEL PODESTÁ. (Siglo XIV).

Entregados a sus propias fuerzas, fundaron los Estados italianos su independencia en medio de los mayores trastornos, y presentaron todas las formas políticas imaginables.

La monarquía fué el régimen del ducado de Saboya, en el norte de la península; del reino de las dos Sicilias en el sur, y de los estados de la Iglesia en el centro.

La isla de Sicilia, con las provincias continentales del sur, esto es, el territorio que en el siglo XI había constituido el *reino normando de las dos Sicilias*, adquirido posteriormente por los emperadores de la casa de Suabia, quedó, a conse-

(1) «Deja guerrear a los fuertes; tú, Austria feliz, cástate, pues lo que Marte concede a los demás, a ti te lo da Venus.»

cuencia de las *visperas sicilianas* y acontecimientos sucesivos, dividido en dos partes: la del norte en poder de los príncipes de la casa de Anjou; la del sur incorporada a la corona de Aragón; dos reinos separados y enemigos, frecuentemente en lucha, que no había de terminar hasta después de muchos siglos.

Los *estados pontificios*, a saber, la ciudad de Roma, la Campania, el ducado de Spoleto y otros territorios de Italia central, formaban un todo compacto; pero, como el papa carecía de ejército, le era muy difícil hacerse obedecer.

Durante el período del *cautiverio de Babilonia* aquellos estados fueron teatro de luchas anárquicas. Un tribuno popular, Cola Rienzi, fué durante algún tiempo dueño de Roma, donde instauró una municipalidad republicana, a estilo de las antiguas ciudades griegas, y aspiró en vano a unir en una federación a todos los pueblos italianos.

En las ciudades de la región lombardoveneciana las instituciones municipales habían triunfado de los poderes feudales; pero, en el siglo XIII el régimen comunal decaía, envuelto



SENADOR VENECIANO.
(Museo Pezzoli. — Milán).

en las luchas intestinas y las guerras de ciudad a ciudad. La mayoría de habitantes, dedicados a la industria, al comercio o a la banca, deseando un gobierno estable que pusiera fin a las querellas interminables de güelfos y gibelinos, otorgaron el poder al *podestá*, esto es, a un magistrado mercenario, generalmente extranjero, que garantizaba el orden público y una justicia equitativa; pero muchos de aquéllos, ambicionando el poder, se aprovecharon de los desórdenes para usurparlo y hacerse proclamar *señores* por el pueblo, estableciendo así el gobierno llamado *tiranía*, análogo al de los antiguos usurpadores de las ciudades helénicas.

Las repúblicas: Génova. — El régimen republicano predominó en tres grandes ciudades: Génova, Venecia y Florencia. La república de Génova, a partir del siglo X,

estuvo gobernada por cónsules. Preocupada únicamente de su comercio marítimo, arruinó a Pisa, su rival, en 1284, y disputó a Marsella y Barcelona el tráfico en el Mediterráneo occidental. En Oriente luchó en competencia con Venecia, ayudando a los Paleólogos a destruir el *imperio latino*, fundado en Oriente por los cruzados y venecianos. Estableció factorías en el Mediterráneo oriental; pero fué vencida por su rival del Adriático.

Venecia. — Venecia, gobernada desde el siglo VIII por un *dux*, vitalicio, de elección popular, se convirtió en una república aristocrática y después en una oligarquía. A fines del siglo XIII el derecho electoral fué arrebatado al pueblo y transferido a un *gran consejo* o *senado*, cuyos miembros, renovados anualmente, tenían a su cargo la política extranjera. La autoridad suprema quedó vinculada en algunos centenares de familias patricias, cuyos nombres estaban inscritos en el *libro de oro*. Más tarde fué creado el *consejo de los diez*, en el cual residía el poder

ejecutivo, y de cuyo seno se formó otra magistratura, especie de inquisición política, en cuyas manos llegó a concentrarse todo el poder de la república. El *dux* fué, en lo sucesivo, un funcionario a quien se tributaban todos los honores, pero cuyo poder era nominal. Sin embargo, era el representante de la *serenísima república*, el encargado de velar por el cumplimiento de las leyes con rigor inexorable. Las costumbres políticas de Venecia recuerdan los tiempos heroicos de la antigua república romana.

En el siglo XIII fué Venecia la primera potencia marítima



SAN MARCOS DE VENECIA

de Europa. Poseía unos cuatro mil buques mercantes, equipados por más de treinta mil marineros, y una flota de guerra de cuarenta y cinco galeras, sin contar las flotillas estacionadas en los mares de levante.

Desde el siglo X celebrábase anualmente en Venecia una fiesta, simbólica de los *desposorios de la república con el mar*. El dux, a bordo de un magnífico buque, llamado *Bucentauro*, arrojaba al mar una sortija de oro.



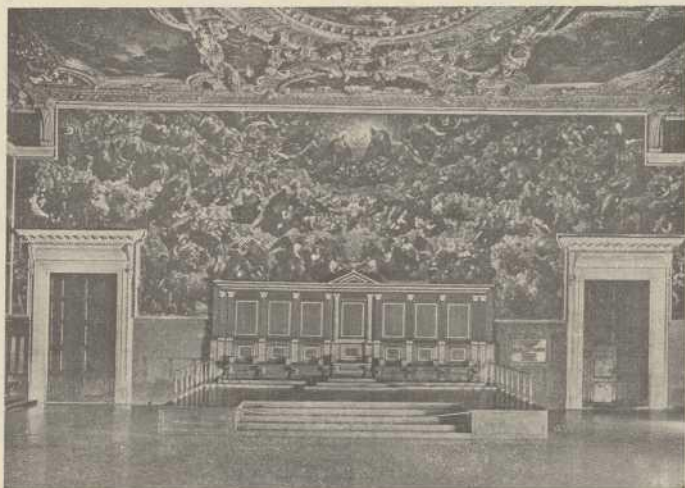
PALACIO DE LOS DUX DE VENECIA.

El tráfico marítimo hacíase por medio de flotas, compuestas de un determinado número de buques, que salían juntos para regresar juntos también al puerto de salida. La república prohibía la entrada en sus puertos a los navíos extranjeros. Toda su política tendía al desarrollo del comercio. Monopolizaba la venta de ciertos géneros, como el algodón, y era casi la única que importaba los más ricos productos orientales. Su industria era floreciente y sus banqueros estaban en relación con todo el mundo mercantil de su época.

Sus viajeros, como el célebre Marco Polo, llegaban a los confines del Oriente, a impulsos de la curiosidad científica o del afán de extender el comercio de su patria. Sus magní-

ficas iglesias, como San Marcos, y sus suntuosos palacios atestiguan el esplendor de un pasado glorioso, al que imprimen cierto carácter novelesco sus canales y sus góndolas.

Florenxia. — Florenxia fué una república que puede compararse a la antigua Atenas, tanto por su afición a las bellas artes, como por el espíritu inquieto de sus habitantes y por el carácter de sus instituciones.



LA SALA DEL GRAN CONSEJO DE VENECIA (*Palacio ducal*).

Su población la componían industriales y comerciantes, principalmente fabricantes de paños (lana y seda) y banqueros. En unión de los médicos, boticarios, jueces, notarios, etcétera, aquellas corporaciones formaban las *artes mayores*, compuestas de burgueses ricos. Los artesanos de los pequeños oficios formaban las *artes menores*. Disputáronse el poder las artes mayores y menores, o sean las clases media y plebeya, con exclusión de la nobleza, triunfando las clases burguesas ricas, que monopolizaron el gobierno hasta fines del siglo XIV, en que una familia de banqueros, los Médicis, arruinaron el poder de la aristocracia burguesa y la constitución republicana, apoyándose en el bajo pueblo. Florenxia

fué una ciudad industrial y financiera. Por la transformación de los paños de lana burdos en finas telas de brillantes colores, las manufacturas de seda y el monopolio bancario, se transformó en uno de los estados más ricos de Europa.



VENECIA; EL GRAN CANAL.

Numerosas revoluciones y guerras civiles desgarraron a Florencia en el siglo XIV; pero felizmente aquellas violentas sacudidas no impidieron el florecimiento de las artes y de las letras, dándose el caso de que Florencia, la ciudad de Italia más castigada por las agitaciones políticosociales, fué la más fecunda en hombres de genio.

BIBLIOGRAFIA.—Bryce (obra citada en el capítulo del Pontificado y el Imperio. F. T. Perrens, *La civilisation florentine du XIII au XV siècle* (París, s. a., vol. de la Hist. illustrée publ. sous la direction de Zeller et Vast); E. Gebhart, *L'Italie mystique* (París, Hachette, 8.^a ed., 1917); H. Hauvette, *Dante. Introduction*

a l'étude de la Divine Comédie (París, Hachette, 1912); Georges Renard, *Histoire du travail à Florence* (París, ed. d'Art, s. a., 2 vols.). A. Baschet, *Histoire de la chancellerie secrète* (París, Plon, 1870), obra capital para el conocimiento de la república veneciana en la Edad Media.



PETRARCA, DANTE Y GIOTTO.
(friso de Benozzo Gozzoli en S. Francisco de Montefalco. Fot. Alinari).

LA AURORA DEL RENACIMIENTO

LOS GRANDES INVENTOS

El Renacimiento. — Llámase Renacimiento la evolución intelectual que reemplazó las ideas y las formas artísticas de la Edad media. Iniciado a fines del siglo XIII, no terminó hasta expirar el siglo XVI, limitándose en un principio a las clases superiores, ricas o aristocráticas, para propagarse después, por la invención de la imprenta, al resto de la sociedad.

El nombre de *Renacimiento* deriva del error de haber sido concebido únicamente como una resurrección de las artes, la literatura y la ciencia de la antigüedad, como una imitación de las obras maestras de Grecia y Roma. Sin embargo, aquel movimiento fué como *el despertar del genio de invención*.

Sus caracteres esenciales, que le distinguen profundamente de la Edad media, son dos: 1.º la pasión por la antigüedad, olvidada o mal comprendida en los tiempos medios, y 2.º la creación de un arte y una ciencia emancipados de la Iglesia. El Renacimiento no se manifestó de súbito, sino lentamente, a medida que la sociedad se transformaba. Apareció primero en Italia, pasando de allí a España, Francia, Flandes, Alemania e Inglaterra, revistiendo en cada país formas diversas, con arreglo al genio de los pueblos y a sus circunstancias históricas.

Precursores del Renacimiento: Dante, Petrarca y Boccaccio. — En el siglo XIV el dialecto toscano se convirtió en lengua nacional literaria, por obra de tres grandes escritores: Dante, Petrarca y Boccaccio.



DANTE, POR GIOTTO.
(Museo de Florencia).

las creencias cristianas, es decir, los horribles tormentos de los condenados (*infierno*), las angustias de los que esperan (*purgatorio*) y las dichas infinitas de los bienaventurados (*paraíso*). Este poema produjo un efecto extraordinario, no sólo por sus bellezas, sino porque, además de ser la epopeya religiosa de la edad media, es un libelo político, una sátira de costumbres contemporáneas, de gran interés para los italianos del siglo XIV. Por esto su lectura es difícil para nosotros, debiendo hacerse en alguna edición comentada.

La *Divina Comedia* ejerció gran influencia, primeramente

Dante Alighieri (1265-1321), natural de Florencia, era gibelino. En su juventud tomó parte activa en las luchas que desgarraban su ciudad natal. La violencia de las pasiones políticas sobreexcitó su imaginación poderosa y melancólica. Desterrado de su patria, se refugió en Verona, donde compuso la *Divina Comedia*, grandioso poema, que describe la existencia ultraterrena del hombre conforme a



PETRARCA (Gal. Borghese).

porque fijó las formas de la lengua italiana y, además, porque, presentando paralelamente el mundo antiguo y el mundo cristiano, preparó la afición al estudio de la antigüedad, factor esencial del Renacimiento. Fué también motivo de inspiración para los artistas. Los estudios a que ha dado lugar el famoso poema del Dante son innumerables, sin que pueda decirse que esté agotado el asunto.

Petrarca (1304-1374) fué un gran poeta lírico, en cuyo *Cancionero* y en sus admirables *Sonetos* revélase la gracia de la lengua italiana. Apasionado por Virgilio, Cicerón, Tito Livio, y por el arte de los antiguos, adquirió reputación europea por sus escritos latinos, inaugurando el culto que los hombres del Renacimiento tributaron a la antigüedad. Petrarca ha sido llamado «el primer hombre moderno».

Si Dante y Petrarca crearon la poesía italiana, *Boccaccio* (1313-1375) creó la prosa. Su principal obra es el *Decamerón*, pintura fiel de las costumbres licenciosas de Italia en el siglo XIV. Además, Boccaccio contribuyó mucho a popularizar el estudio de la lengua y la literatura griegas.



BOCCACCIO, POR A. DEL CASTAGNO (*Ex convento de Santa Apolonia de Florencia*).

Comienzos del Renacimiento: causas que lo favorecieron. — El Renacimiento nació en Toscana, principalmente en Florencia. Además de los escritores que modelaron la lengua italiana en formas bellísimas, no igualadas, multiplicábanse en Italia, en los siglos XIII y XIV, las universidades.

A las antiguas enseñanzas añadiéronse las del griego y del latín clásicos, estudios que dieron por resultado la renovación de los sistemas filosóficos, substituyéndose a la

concepción dogmática de la Edad media, la concepción crítica moderna. El estudio del derecho romano ejerció también una gran influencia en la formación del espíritu público; pero lo que más favoreció aquel movimiento fueron las condiciones políticossociales del país, la vida activa de las ciudades y su prosperidad económica. El primer rango pertenece a Florencia. La historia del renacimiento italiano, hasta fines del siglo xv, es la historia de Florencia. Los más profundos pensadores, los más grandes escritores, los artistas más geniales, fueron florentinos.



LORENZO DE MÉDICIS.
(Museo de Florencia).

Desde 1389 estuvieron al frente de los negocios públicos de Florencia los Médicis, ricos banqueros, que alentaron las artes y las letras con verdadera pasión

y magnificencia: Cosme, fundador de la dinastía, su hijo Pedro y singularmente Lorenzo, llamado *el magnífico*, poeta, filarmónico, anticuario, orador, fastuoso y epicúreo sin exceso. En su corte se juntaron representantes de todas las manifestaciones del ingenio, a saber: matemáticos, geógrafos, médicos, filósofos, eruditos, historiadores, literatos, escultores, pintores, arquitectos, grabadores, etc. Como los Médicis favorecían a los artistas, las demás familias de Florencia, aliadas o enemigas, los Pitti, los Strozzi, etc., seguían su ejemplo. Esta protección a los sabios, o



PALACIO DE LA SEÑORÍA DE FLORENCIA.



PALACIO STROZZI. (Florencia).



mecenado, (1), fué otorgada por los demás soberanos de Italia, los pontífices entre ellos. Como las condiciones políticas y sociales que favorecieron el Renacimiento fueron análogas en toda Italia, se extendió aquél desde Florencia a Roma, Nápoles, Milán y Venecia; incluso las ciudades secundarias, como Urbino, Ferrara, Mantua, etc.



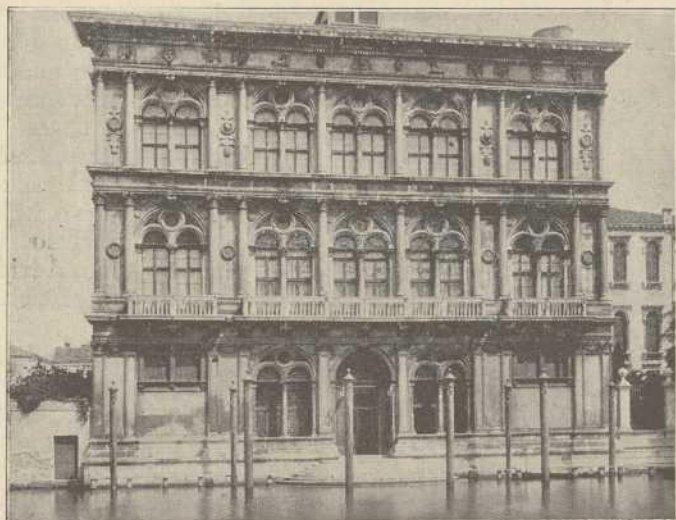
CARTUJA DE PAVIA.

Renacimiento de las bellas artes: arquitectura, pintura y escultura. — El renacimien-

(1) Palabra derivada del nombre *Mecenas*, amigo del emperador romano Augusto, que se aplica a todos los que con su fortuna ayudan a los sabios o artistas, fomentando de este modo la cultura pública.



CATEDRAL DE FLORENCIA Y CÚPULA DE BRUNELLESCHI.



PALACIO VENDRAMINI-CALERGI. (Venecia).

to de la arquitectura, de la escultura y de la pintura es también originario de Toscana. Comenzado a fines del siglo XIII, se desenvolvió sin interrupción hasta fines del siglo XVII, y tuvo numerosas escuelas. Entre los arquitectos de la primitiva escuela toscana el más ilustre es Arnolfo di Cambio, cuya obra más grandiosa sea quizá el *palacio de la Señoría* de Florencia, tanto por su aspecto como por los recuerdos que evoca. En aquella tumultuosa ciudad, cuyo gobierno se veía precisado a defenderse del motín callejero, quiso el arquitecto que el palacio comunal impu-



LA ANUNCIACIÓN, POR FRAY ANGÉLICO.
(Museo de San Marcos, Florencia).



PUERTA DEL BAPTISTERIO DE FLORENCIA, POR GIBERTI.
(Representa la reina de Saba en la corte de Saomón).

siera, por la fuerza de sus muros, respeto y temor; atemperándolos, sin embargo, con un elemento de elegancia, como las ventanas de esbeltas columnas, las arcadas y el gracioso *campanile*.



SAN JORGE, POR DONATELLO (Mus. nacional de Florencia).

El primer período de la arquitectura del Renacimiento italiano se extiende hasta fines del siglo xv. Consecuencia de los progresos del espíritu laico, la arquitectura civil sobrepuja a la religiosa. El tipo característico de esta arquitectura es el palacio florentino, construcción maciza, rodeando un patio cuadrangular, con pórticos y columnas, y cuyo exterior conserva todavía el carácter de las fortalezas de la Edad media. Tal es, v. gr., el *palacio Strozzi*, obra de Benedetto da Majano. La imitación del arte antiguo figura solamente en el decorado del interior de los palacios. La influencia del arte antiguo en los artistas del Renacimiento fué hija del medio ambiente creado por literatos y filólogos, y no se acentuó en toda su fuerza hasta el siglo xvi. Los artistas de los siglos xiv y xv, continuando la tradi-

ción gótica, buscaron su inspiración en la naturaleza; no en el pasado, cuya influencia en la arquitectura se revela únicamente en la ornamentación. La iglesia italiana del Renacimiento, difiere de la gótica en los elementos decorativos tomados del arte romano, v. gr., columnas, frontones, y en que está por lo general coronada por una cúpula,

apoyada sobre un plano cuadrado, v. gr., la grandiosa cúpula de Brunelleschi, de la catedral de Florencia.

De aspecto menos severo que los florentinos son los palacios venecianos del Renacimiento. En la república del Adriático el arte gótico no había penetrado hasta el siglo XIV, mezclándose con influencias orientales, que le dan una fisonomía particular, como se ve, v. gr., en el *palacio ducal*.

Así es que la arquitectura del Renacimiento fué allí algo tardía, no manifestándose hasta la segunda mitad del siglo XV, pudiendo citarse, como tipo característico, el hermoso palacio *Vendramini-Calergi*, construido en 1481. Para formarse una idea de la importancia de la arquitectura del Renacimiento habría que recorrer numerosas ciudades de Italia, en las que se multiplicaron prodigiosamente las construcciones. Sin embargo, la verdadera arquitectura del Renacimiento, caracterizada no ya por el uso decorativo, sino constructivo, tuvo su centro principal en Roma, donde los monumentos de la antigüedad suministraron los modelos.

La pintura y la escultura del Renacimiento no fueron tampoco una imitación de los monumentos antiguos, sino el desenvolvimiento lógico del estilo gótico naturalista, que, haciendo revivir en Italia el realismo de los primeros siglos, buscó la belleza más que la expresión.

Prescindiendo de las primitivas escuelas de Pisa y Siena, el primer pintor florentino fué Giotto (siglo XIV), célebre por sus frescos de Asís. Giotto se inspiró en los artistas góticos y en la naturaleza, formando una escuela muy numerosa y muy extendida por Italia, cuyo más grande artista fué fray Angélico da Fiessoie, pintor, por excelencia, del



LA CANTORÍA (Relieve de Lucca della Robbia. — Mus. de Santa Maria de Florencia).

cristianismo, tal como lo había entendido San Francisco de Asís. Fray Angélico supo expresar como nadie la felicidad de la fe, la beatitud de los elegidos.



UNA FUNDICIÓN DE CAÑONES EN EL SIGLO XV (Grabado de la época).

La escultura florentina comenzó con Ghiberti (1378-1465), que modeló los relieves que reproducen escenas bíblicas y decoran las dos grandes puertas del bautisterio de Florencia, «dignas — decía Miguel Angel — de ser las del Paraíso». Contemporáneo de Ghiberti fué *Donatello*, escultor realista por excelencia, cuyas estatuas, bajorrelieves

y retratos hacen vivir en el bronce y en el mármol los modelos, conforme al ideal florentino; es decir, vigorosos, robustos y expresivos.

A la misma época y a la misma escuela pertenece el delicioso escultor *Lucca della Robbia*, cuyos bajorrelieves son todo expresión y vida. Casi todas las grandes obras de los



LORENZO COSTER. (Por Campen).

escultores florentinos se conservan en su país de origen.



GUTENBERG. (Retrato anónimo de Strasburgo).

Los grandes inventos. — Durante los siglos XIV y XV importantes inventos cambiaron por completo la manera de vivir de los pueblos europeos, abriendo ancha carrera de progresos indefinidos. Los principales fueron la brújula, la pólvora y la imprenta.

La *brújula* (cajita), aguja imantada que tiene la propiedad de inclinar sus polos en la dirección norte, fué conocida por los chinos, quienes se sirvieron de ella en la navegación desde el siglo VIII de nuestra Era. Los árabes la em-



JUAN FUST. (Grabado de la época).

de hebreis uoluntatis additū noue-
 rit tunc usq; ad duo p̄nta. n̄ra t̄ra
 d̄m̄onis d̄m̄itazat ed̄m̄itazat. qui sim-
 pliciter finorū a septuaginta inter-
 prebus nō discordat. Hec ego et vo-
 bis et studioso cuiq; fecisse me sciens
 nō ambigo multos fore qui uel inui-
 dia uel supercilio maleuere contumere
 et uidere predara quam discere: et de
 turbulento magis riuo quam de pu-
 rissimo fonte potare. *Explicit prologus
 Inapit liber h̄ptorū uel soliloq̄orū.*

Sciens uir qui nō
 abijt in cōsilio im-
 piorū: et in uia pe-
 catorum nō fecit:
 et in cathedra p̄sti-
 t̄ie nō sedit. *Et*
 in lege domini uoluntas eius: et in lege
 eius iudicia h̄ie die ac nocte. Et erit
 tamq; lignū quod plātarum est seors
 decursum aquarū: qđ fructū suū dabit
 in se suo. Et foliū eius nō defluet: et
 omnia quecūq; facit prosperabūtur.
 Non sit impij nō sit: sed tamq; pul-
 uis que p̄corie uetus a facie reue-
 sta nō resurgit impij i iudicio: neq;
 peccatores in cōsilio iustorū. Quoni-
 am nouit dominus uia iustos: et iec
 impiorum peccat. *Psalmus diuid*
*Quare tenuerit gētes: et ppli me-
 ditati sunt inania s̄. A* t̄erit
 reges reue et principes contumant in
 unū: aduersus d̄m̄i et aduersū m̄tū eū.
 Circūpant uincta eos: et piciam
 a nobis iugū iporū. Qui habitat in ce-
 lis irascitur eos: et d̄s subleuabit eos.
 Qui loquet̄ ad eos in ira sua: et in
 furore suo conturbabit eos. Ego au-
 tem cōstitui h̄m̄ re ad eo super syon
 montem sanctū eū: p̄oicas p̄ceptū
 eius. Dominus dicit ad me filius

meus es tu: ego hodie genui te. *O*
 Bula a me et dabo tibi gentes heredi-
 tatem tuā: et possessione m̄a inuice
 tece. *R* ego eos i iuga ferrea: et tan-
 q̄ uos liguli cōstringes eos. Et n̄c
 reges intelligit: eod̄m̄i q̄ iudica-
 tis t̄erā. *S* et uis d̄m̄i i amore: et re-
 ultate ei cū uenore. *P*prehendit di-
 sciplinam: ne quādo irascatur domi-
 nus et peccatis de uia iusta. *C*um re-
 arsent in brui ira eius: braci omnes
 qui cōfundunt in eo. *Psalmus diuid*
Cum fugerit fugati ab̄solon filij sui

Domine qđ iniquitatem sunt qui
 ambulāt me: multi insurgūt ad-
 uersum me. *N*uli dicūt auque me:
 nō est salus ipsi in deo eius. *E*u autē
 d̄m̄i susceptor me: es: gloria mea et re-
 aleas caput meū. *D*ore mea ad de-
 m̄m̄i d̄m̄m̄i: et gaudent me de mō-
 te s̄do suo. *E*go domini et loquor
 sum: et resurrexi quia d̄s susceptor me.
*N*on timeo milia populi circumdan-
 tio me: resurge h̄ie saluū me fac deus
 meus. *Q*uoniam ai p̄uallit om̄es
 aduersantes michi sine caula: deues
 peccatorū cōt̄m̄it. *D*omini est salus:
 et super populū tuum benedictio tua.
*I*n finem in c̄m̄m̄ibus. *Psalmus d*
Quare iudicari gaudent me deus
iudicare me: i turbulacione dila-
 tati michi. *M*iserece mei: et gaudi q̄
 ratio nē mea. *F*ilij hominū usq; quo
 genui corde: ut quid diligis uanita-
 tem et queris medicum. *E*t scitote
 quonia misericordia d̄s factum suū:
 d̄s gaudent me cū d̄m̄a uero ad eū.
E rascimini et nolite peccare: qui di-
 nos in cordibus gestis in cubilibus
 uelras compungimini. *S*ac̄ritate
 sacrificiū iusticie et sperare in domino:
 multi dicunt qđ ostendit nobis tequa.

plearon en la época de las cruzadas, dándola a conocer a los pueblos de Europa (siglo XII). Se ha atribuido su aplicación a Flavio Gioja de Amalfi; pero se ignora el origen preciso de la *verdadera brújula*, que, como todos los inventos, pasó por una serie de evoluciones, no generalizándose su uso hasta fines del siglo XV. La trascendencia de este invento fué extraordinaria, pues hizo posibles los grandes viajes.

La invención de la *pólvora* se atribuye a los chinos, habiendo sido importada a Europa por los musulmanes. En España se usó ya en la segunda mitad del siglo XIII, en el sitio de Niebla, por Alfonso el sabio, y en 1346 la emplearon los ingleses en la batalla de Crecy. Las consecuencias del uso de la pólvora no se produjeron sino muy lentamente, y los adelantos en el perfeccionamiento de las armas de fuego fueron muy tardíos. Sin embargo, la pólvora hizo inútiles las fortifica-

ciones feudales y las férreas armaduras. Hubo necesidad de recurrir a nuevos medios de defensa y de ataque. La desigualdad entre el caballero y el infante desapareció. Los reyes, únicos personajes lo bastante ricos para adquirir artillería de mucho coste, dispusieron de gran fuerza. La formación de los ejércitos permanentes fué el gran apoyo de las monarquías. Por otra parte, el empleo de las armas de fuego dió a los europeos una gran superioridad sobre los pueblos de Asia, Africa y América.

La invención de la *imprensa* fué preparada por otros inventos análogos, primeramente por la *xilografía* o grabado



IMPRESA PRIMITIVA DE HARLEM (hacia 1440).
(Grab. del siglo XVII).

en madera, usado en Harlem (Holanda), y después por la *tipografía* o empleo de caracteres movibles, atribuida a Lorenzo Coster, editor de Harlem. Sin embargo, Juan Gutenberg aportó tales perfeccionamientos al arte tipográfico que es considerado como inventor de la imprenta.

Juan Gensfleisch, llamado *Gutenberg*, nació en Maguncia, hacia el año 1400. Después de vivir algunos años en Strasburgo, donde practicó la tipografía, regresó a su ciudad natal, y tras largos ensayos, comenzados en 1436, asociado a un rico burgués llamado Fust, logró inventar la manera de fundir en plomo los tipos tallados en madera. Otro inventor desconocido resolvió el problema de la aleación del plomo y el antimonio

para fundir los tipos, y el medio de fundirlos en moldes que sirvieran para reproducir indefinidamente los mismos caracteres. Gutenberg imprimió, antes del año 1456, una *Biblia* en folio, llamada «de las cuarenta y dos líneas», que es el primer libro impreso conocido.

De Maguncia se propagó la imprenta a las demás ciudades de Europa con asombrosa rapidez. En 1464 fué establecida en Italia. Los primeros impresos en italiano proceden de Venecia. Aldo Manucio, protegido por varios príncipes, fundó en Venecia una imprenta, de la que salieron magníficas ediciones de Platón, Aristóteles, Plutarco, Herodoto y otros célebres clásicos griegos, sin contar numerosos comentarios, libros de astronomía, etc. En Flandes tuvo gran celebridad la imprenta



ALDO MANUCIO.
(Grab. holandés del siglo XVII).



CRISTÓBAL PLANTINO.
(Grab. holandés del siglo XVII).

de Plantino, en Amberes, actualmente convertida en magnífico museo del arte tipográfico. En Francia fué establecida la imprenta el año 1469, y en 1474 en España, correspondiendo a Zaragoza el honor de haber introducido en nuestro país el maravilloso invento (1). De 1474 a 1475 datan las más antiguas impresiones de Zaragoza y Valencia, v. gr., la *Etica de Aristóteles*, el *Certamen poétich*, el *Comprehensorium Johannis*, etc. Después fué establecida en Barcelona, y entre las ciudades castellanas: Sevilla en 1476, Salamanca en 1480, Zamora en 1482, Toledo en 1483, Burgos en 1485, Murcia en 1487. Durante el resto del siglo xv se extendió a muchas otras ciudades: Gerona en 1483, Miramar (Mallorca) en 1485. El número y variedad de libros impresos en los últimos años de aquel siglo es, en realidad, sorprendente, como el primor con que están ejecutados, siendo relativamente abundantes las obras en lengua vulgar que alternan con las latinas, así clásicas como escolásticas. Todos los libros impresos antes del año 1500 se llaman *incunables*.

Numerosas disposiciones legislativas, encaminadas a favorecer la publicación y la venta de libros, atestiguan la protección que al invento de Gutenberg otorgaron reyes, príncipes y papas, apreciando la importancia de un invento que ensanchaba indefinidamente los horizontes del pensamiento, y cuyas consecuencias han sido en realidad incalculables, pudiendo considerarse, si no el primero, como uno de los principales factores de la civilización universal.

BIBLIOGRAFIA. — Para el estudio de los orígenes y primeros tiempos del Renacimiento véase el excelente libro de E. Muntz,

Les précurseurs de la Renaissance (París-London, libr. de l'art, 1882, fol.). Para la obra de Dante y su época véase el citado libro de Hauvette.

(1) M. Serrano Sanz: *La imprenta de Zaragoza es la más antigua de España. Prueba documental* (Zaragoza, tip. de Mañeru, 1915).

LOS PUEBLOS ORIENTALES

Europa oriental. — En la Edad media los países del oriente de Europa formaron parte del *imperio Bizantino*, o fueron ocupados por tribus paganas, establecidas en los territorios que los pueblos germanos habían abandonado al establecerse en las provincias del imperio de Occidente. El vacío dejado por los germanos fué llenándose, a partir del siglo VI de nuestra Era, por los eslavos y los turanios.

Los *eslavos* comprendían tres grandes grupos de pueblos: los *eslavos del norte* (polacos, checos, moravos, etc.); los *eslavos del sur* (croatas, serbios), y los *eslavos orientales* o rusos. Entre los eslavos del norte por un lado, y los del sur y este por otro, se intercaló un pueblo turanio de raza amarilla, los *húngaros* o *magyares*. Los principales estados formados por los eslavos fueron los reinos de *Bohemia* y *Polonia*.

Reinos de Bohemia y Polonia. — La historia de Bohemia, país ocupado desde el siglo VI por los checos, comienza con el siglo IX, época de su conversión al cristianismo por los misioneros Cirilo y Methodio, procedentes de Constantinopla. Continuada la obra de conversión por misioneros alemanes en el siglo X, Otón el Grande les asimiló a su imperio, fundando el obispado de Praga (capital de Bohemia, hoy Checoslovaquia), sufragáneo de Maguncia. Sus jefes nacionales tomaron el título de reyes a fines del siglo XII, prestando vasallaje al emperador de Alemania. En el siglo XIII fué Bohemia el centro de un poderoso reino eslavo; pero su rey Otocar II fué vencido por Rodolfo de Habsburgo, cayendo sus estados bajo la soberanía de los emperadores alemanes, los cuales la elevaron a un alto grado de esplendor. En tiempo de Carlos IV de Bohemia fué Praga

una de las más grandes capitales de Europa. Su universidad tuvo gran nombradía. Finalmente, en el siglo xvi, Bohemia pasó a formar parte de la corona de los Habsburgo, en la persona de Fernando I, hijo de la princesa española doña Juana la loca, casada con el archiduque de Austria Felipe el hermoso.

El reino de Polonia, constituido en el siglo x, con territorios del curso medio del Oder y del Vístula, y convertidos sus habitantes al catolicismo, logró mantenerse emancipado durante los siglos medios, no dependiendo de los emperadores alemanes sino accidentalmente.

Los eslavos del sur constituyeron también reinos independientes a expensas del imperio de Bizancio, que les transmitió su religión y demás elementos de cultura.

Los pueblos eslavos aparecen tardíamente en la historia. Cuando los pueblos latinos contaban ya con un largo pasado de glorias y progreso, y los germanos recibían la influencia de la cultura grecolatina, ellos se encontraban en pleno período patriarcal. Colocados a la vanguardia de Europa, tuvieron que luchar constantemente con las naciones asiáticas. Tal es el carácter de su historia.

Hungría. — Los *húngaros* comenzaron a figurar en Europa hacia el siglo ix, siendo el azote de los alemanes, hasta que los emperadores del siglo x, como Enrique I y Otón el grande, les confinaron en la llanura danubiana. Fueron también convertidos al cristianismo. La monarquía *magyar* o *corona de San Esteban* alcanzó su mayor extensión territorial en el siglo xiv, tras una serie de conquistas hechas a sus vecinos los eslavos y los bizantinos; pero decayó luego paulatinamente, siendo incorporada, como Bohemia, a la monarquía de Fernando I Habsburgo, a principios del siglo xvi.

El Imperio de Oriente. — La historia del imperio Bizantino, desde el siglo viii al xv, es una lucha continua contra los pueblos eslavos y asiáticos que asaltaban sus fronteras. La proverbial desorganización política y social del Imperio, minado por querellas religiosas, intrigas palaciegas y motines sangrientos, no fué obstáculo a su conservación, que los historiadores atribuyen a dos causas funda-

mentales: 1.^a, la superioridad de la cultura bizantina, y 2.^a, las condiciones geográficas de la península Balcánica, especialmente la posición inexpugnable de Constantinopla. A principios del siglo XIII cayó aquella ciudad en poder de los cruzados; pero, en 1261, Miguel Paleólogo logró reconquistarla y restaurar el Imperio, cuyo fraccionamiento continuó, no obstante, bajo los príncipes de aquella postrer dinastía.



PINTURA INDIA DEL SIGLO XVII REPRESENTANDO A TAMERLAN CON SUS TROPAS
Bibl. nac. de Paris.

Los turcos. — Los *turcos otomanos* u *osmanlis*, pueblo de raza amarilla procedente del Turkestán, entraron al servicio del sultán seljúcida de Iconium, a fines del siglo XIII, y, aprovechándose de las rivalidades entre los estados turcos, les sometieron. Pueblo militar por excelencia, convertido al mahometismo, crearon sus soberanos un cuerpo de tropas escogido, los *gentzaros*, que les dió una gran superioridad militar sobre los griegos y demás pueblos orientales. Con este poderoso instrumento de conquista se apoderaron rápidamente de

las ciudades del litoral del Asia Menor, y desde allí pasaron a Europa. *Murat I* (Amurates) hizo de Andrinópolis la capital de su imperio. Su hijo, *Bayaceto el rayo* (1389-1402), conquistó Macedonia y Tessalia, entrando después en la *Hellada* y *Peloponeso*. Un ejército de cien mil cruzados alemanes, bohemos, franceses, etc., conducidos por el emperador Segismundo y otros príncipes, pereció a manos de los turcos en la batalla de Nicópolis (1399).

Los mogoles. — Proponíase Bayaceto apoderarse de Constantinopla, cuando hubo de conducir sus tropas al Asia, amenazado su imperio por la invasión de otros pueblos

bárbaros, los *mogoles*, conducidos por Tamerlán, nuevo Atila, que señoreaba vastos dominios, desde la China a Moscú. Bayaceto fué vencido en la gran batalla de *Angora* (antigua Ancyra), en 1402; pero el gran imperio *mogol* subsistió únicamente en Asia.

Caída de Constantinopla. — Los griegos, húngaros, búlgaros y eslavos, siempre rivales y divididos, no supieron aprovecharse del desastre sufrido por los turcos en *Angora*. Estos, al contrario, lograron repararlo, uniéndose bajo la autoridad de los descendientes de Bayaceto. En 1451, Mahometo II, príncipe refinado, cruel y ávido de gloria, decidió hacer de la bella Constantinopla la capital de su imperio, donde reinaba Constantino XII Dracósés, último monarca de la dinastía de los Paleólogos. Mahometo II sitió la ciudad con formidable ejército y armada, empleando artillería, y aunque Constantino resistió heroicamente, el 30 de mayo de 1453 la tomó por asalto, «estampando su mano ensangrentada en el templo de Santa Sofía».



MAHOMETO II.
(Gal. de Sir H. Layard en Venecia).

Imperio otomano. — La caída de Constantinopla puso fin al imperio bizantino y dió asiento a los turcos otomanos entre las naciones europeas. Mahometo II se apoderó de Grecia, Morea y otros territorios. Murió en 1481, pensando en nuevas conquistas «hasta hacer que su caballo comiera cebada sobre el altar de San Pedro de Roma».

Los turcos, establecidos en Europa y occidente de Asia, no substituyeron a los pueblos sometidos, limitándose a formar un ejército acampado entre las naciones cristianas

del Oriente, de las cuales les separa en absoluto la religión. Los vencidos conservaron sus creencias, sus idiomas, leyes civiles, etc., quedando únicamente obligados al pago de gravosos impuestos y a la arbitrariedad de los gobernadores turcos.

Rusia. — Las tribus eslavas del oeste de Rusia actual fueron sometidas y organizadas en nación por *normandos*, conducidos por Rurik, que les dieron el nombre de *rusos*. Un descendiente de Rurik, llamado Wladimiro (912-1015), contrajo matrimonio con una princesa bizantina, convirtiéndose él y su pueblo al cristianismo griego. La Rusia de aquel tiempo comprendía el país de los lagos (Ilmen, Peipus) y la región del Dnieper, con dos capitales: Novgorod *la grande*, ciudad mercantil, y Kiev *la santa*, con numerosas iglesias, entre ellas la catedral de Santa Sofía, adornada con frescos sobre fondo de oro e inscripciones griegas. Sin embargo, en el siglo XIII, Rusia se descompuso en numerosos principados, pasando después al dominio de los *tártaromogoles*, pueblo asiático que la señoreó hasta fines del siglo XV, época en que Juan III el grande logró emancipar a su pueblo del yugo tártaro y echar los cimientos de la *gran Rusia*, cuya capital fué Moscú. Casado con Sofía Paleólogo, sobrina del último emperador de Bizancio, fueron desde entonces los soberanos rusos los herederos del cisma griego, y representantes de la cristiandad oriental frente a los infieles. Rusia, sin embargo, no entró en relación con los estados europeos hasta el siglo XVII.

BIBLIOGRAFIA. — León Cahun, *Introduction à l'histoire de l'Asie. Turcs et mongols des origines à 1405* (Paris, A. Colin, 1896); A. Rambaud, *Histoire de la Russie*, y A. Leger, *Histoire de l'Autriche-*

Hongrie (Paris, Hachette, vols. de *l'Hist. univ.* p. sous la direction de V. Duruy); Ch. Diehl, *Hist. de l'empire byzantin* (Paris, Picard, 1919).

FORMACIÓN DE LAS MONARQUÍAS ABSOLUTAS

Las monarquías absolutas. — El acontecimiento político que caracteriza la historia de Europa durante la segunda mitad del siglo xv, señalando el ocaso de la Edad media, es la ruina de los grandes señoríos feudales y el triunfo de las monarquías absolutas, hecho que se manifestó singularmente en las grandes naciones occidentales de Europa: Francia, Inglaterra y España.

Francia durante la segunda mitad del siglo XV. — En Francia, cuando Carlos VII hubo reconquistado los territorios poseídos por los ingleses y disuelto las compañías de mercenarios que devastaban el país, estableció un impuesto perpetuo y organizó un ejército permanente, haciendo que su autoridad fuese reconocida por los vasallos de la corona. Sin embargo, a su muerte (1461), no todo el reino obedecía al poder real, pues frente al monarca subsistían algunos vasallos poderosos, a quienes las circunstancias habían hecho independientes. Su poder derivaba de regias concesiones. Efectivamente, a medida que las antiguas familias de feudatarios se habían extinguido, los feudos vacantes eran heredados por los reyes, quienes los cedían a título hereditario (con reversión a la corona) a sus hijos segundones y demás parientes de la familia reinante. Semejantes donaciones constituyeron los *feudos principescos*. Siete había en Francia a mediados del siglo xv, siendo los más poderosos los ducados de *Borgoña* y de *Bretaña*.

Casa de Borgoña. — El ducado de Borgoña, feudo francés instituido por Juan el bueno, se engrandeció rápidamente por una serie de matrimonios, compras, herencias y

conquistas de los duques Felipe el atrevido (1363-1404), Juan sin miedo (1404-1419) y Felipe el bueno (1419-1467). A mediados del siglo xv formaba dos grupos separados por la Champagne, posesión del rey de Francia, y Alsacia y Lorena, tierras del Imperio. El primer grupo se extendía del Sena al Jura (ducado de Borgoña, Franco-Condado, etc.); el segundo, de la Somme al Zuiderzée (NE. de Francia actual, Bélgica, Holanda y Luxemburgo).

Felipe el bueno se intitulaba «duque por la gracia de Dios», y era en realidad el soberano más poderoso y rico de Europa. Llamábanle «el gran duque de Occidente». Ostentaba su prodigiosa fortuna en magníficas fiestas (1), y, a ejemplo de los reyes, fundó la orden de caballería llamada del *toisón de oro*; pero fracasaron sus proyectos de alcanzar la dignidad real.



FELIPE EL BUENO, DUQUE DE BORGÑA
(Mus. de Lille).

Su hijo Carlos el temerario ambicionó reunir todos sus estados en un territorio compacto, y extender sus dominios a expensas de sus vecinos, desde el mar del Norte al Mediterráneo, trocando luego su corona ducal por una real; pero encontró un tenaz adversario en el rey de Francia.

Luis XI y Carlos el Temerario. — El hijo de Carlos VII, Luis XI (1461-1483), vivió en buena armonía con Felipe el bueno; pero no con su heredero, Carlos el temerario, hombre dotado de una gran ambición, pródigo, vanidoso y violento. Complaciase en exasperar a sus enemigos, y tratando a sus súbditos como pueblos conquistados, pretendía, valiéndose de la fuerza, fundar una dinastía nueva sin lazo de unión alguno con sus antepasados. Luis XI era

(1) La corte de los duques de Borgoña era una continua fiesta: torneos, fastuosas cabalgatas, bailes, espectáculos magníficos y banquetes interminables. Cuando se celebraron las bodas de Felipe el Bueno, las calles de Bruges estaban adornadas de preciosos tapices; un león de piedra no cesó de derramar vino del Rhin por espacio de ocho días consecutivos. La descripción de la *fiesta del faisán*, dada en Lille, por aquel duque, parece un cuento de hadas.

en un todo opuesto al duque de Borgoña. Despreciaba el fausto y las riquezas, vivía con gran sencillez; pero le dominaba la pasión del poder. Aunque valiente, prefería la diplomacia a la guerra, las combinaciones de la política a los azares de la campaña. Todos los medios le parecían buenos para la consecución de sus fines, seducción, corrupción, perfidia, asesinato; procedimientos habituales de la política de aquel tiempo.

Carlos el temerario quiso desmembrar los dominios del monarca francés, con cuyo objeto intervino en algunas coaliciones de los nobles, enemigos del rey; pero sus intentos fracasaron. Para realizar sus proyectos de conquista dirigió luego su ambiciosa actividad hacia el este, mezclándose en los asuntos de Alemania, soñando en incorporar la Lorena a sus estados. Entretanto, Luis XI negociaba con todos los enemigos del ambicioso duque, quien, exasperado de su aislamiento, se lanzó imprudentemente contra los suizos, alsacianos, austríacos y loreneses, que le derrotaron, muriendo frente a Nancy (1477).



LUIS XI (Miniatura de la Biblioteca Nacional de París).

Carlos el temerario dejó únicamente una hija, la princesa María, que, amenazada por la ambición de Luis XI y por la insubordinación de los flamencos, celosos de sus franquicias, contrajo matrimonio con el archiduque Maximiliano I de Austria, llamado a reunir la considerable herencia de su familia, los Habsburgo, matrimonio de graves consecuencias, porque extinguida en los Países Bajos la dinastía nacional, obligábales a sufrir la política de unos príncipes extranjeros, y con ella una serie de conflictos, quedando en manos de los Habsburgo un poder temible, que había de convertirse en eje de la política general europea durante los primeros siglos de la Edad moderna.

Triunfo de la monarquía en Francia. — Luis XI había pasado la vida en lucha con sus vasallos, que en distintas ocasiones se habían confabulado en contra de la autoridad real, formando ligas, so pretexto del *bien público*. A todos había vencido, más por la astucia que por el valor, incorporando a la corona, por confiscación, herencia o compra, numerosos feudos, y arruinando el poderío de su temible enemigo el duque de Borgoña.



CARLOS EL TEMERARIO (Por Van-der-Weyden. Museo de Berlín).

Idéntica política siguió su hija Ana de Beaujeu, «la mujer menos loca de cuantas existen» — decía Luis XI, — durante la menor edad de su hermano, que fué luego el rey Carlos VIII, a quien casó con la duquesa Ana de Bretaña, incorporando aquel territorio a la corona.

Al expirar el siglo xv llegó, pues, Francia a ser un estado compacto, cuyas fronteras seguían casi todo el litoral del Atlántico y del Mediterráneo, y lindaba con los Pirineos, los Alpes y el Mosa. El triunfo de la monarquía sobre el feudalismo quedaba asegurado.

Establecimiento del absolutismo en Inglaterra. — La guerra de las dos rosas diezmó la nobleza en los campos de batalla, despojándola con numerosas confiscaciones. Enrique VII, primer monarca de la casa Tudor (1485-1509), acabó de arruinar a la nobleza suprimiendo los *mantenimientos*, o sea el derecho de tener fuerza armada; utilizó, como recursos corrientes para proporcionarse dinero, las llamadas *benevolencias*, dones voluntarios, que convirtió en contribuciones forzosas. El parlamento no desapareció; pero fué perdiendo muchas de sus atribuciones. De este modo fué paulatinamente estableciéndose la monarquía absoluta en Inglaterra, aunque tuvo allí un carácter distinto del de los demás países.

España: los Reyes Católicos. — Con el reinado de los Reyes Católicos (1474-1517) comienza propiamente la *historia de España*. Antes del advenimiento de aquellos monarcas los estados comprendidos en la península Ibérica vivían independientes, aislados y con frecuencia enemigos, con organización propia e intereses opuestos. La unión de Castilla y Aragón, por el matrimonio de doña Isabel y don



ENLACE DE MAXIMILIANO I Y MARÍA DE BORGÑA (Relieve del monumento de Innsbruck)

Fernando (1469), ejerció una influencia decisiva en el interior del país y preparó una nueva era, no sólo en nuestra historia nacional, sino en la del mundo.

La historia interna del reinado de los Reyes Católicos es el comienzo del establecimiento de la monarquía absoluta y de la formación de la unidad territorial, religiosa y política de España.

Al morir Enrique IV de Castilla, postrer monarca de la dinastía de Trastámara, quedó el reino sin sucesión masculina. Disputáronse la corona dos partidos: el de doña Isabel, hermana del rey difunto, y el de la hija de éste, doña Juana la *Beltraneja*, cuya paternidad atribuían a un noble llamado

don Beltrán de la Cueva. La batalla de Toro (1476) dió la corona a doña Isabel, mujer enérgica, virtuosa, dotada de excelentes condiciones para el mando. En 1469 se había casado con el heredero de la corona de Aragón, el príncipe don Fernando, que fué rey en 1479 por muerte de su padre Juan II.



FERNANDO EL CATÓLICO
(Retablo de la catedral de Granada).

Los Reyes Católicos aplicáronse primeramente a pacificar el país, sumido en la mayor anarquía. Los nobles, divididos en facciones rivales, luchaban a mano armada; en las ciudades ardía la guerra

civil. No había seguridad para las personas ni para los bienes: robos, incendios, asesinatos en todas partes. Aquel estado de cosas tenía hondas raíces en el pasado, habiéndose acentuado vergonzosamente en tiempos del último Trastámara, «época la más triste y calamitosa de nuestra historia».

Para remediar aquella situación inclináronse los Reyes Católicos a seguir «la vía del rigor más que la de la piedad». En Galicia, por ejemplo, una de las regiones más castigadas por el bandolerismo feudal, fueron arrasadas en tres meses sesenta y seis



ISABEL LA CATÓLICA
(Retablo de la catedral de Granada).

fortalezas, desapareciendo mil quinientos malhechores. En Sevilla más de cuatro mil personas, atemorizadas por el rigor

de los castigos, huyeron, a la vez que cesaban los bandos de Ponces y Guzmanes, antes en perpetua lucha. En Extremadura quedaba también vencedora la autoridad real, y se organizaban en todo el reino *hermandades* para resistir a tiranos y salteadores.

Los Reyes Católicos, siguiendo el impulso general de las monarquías del Renacimiento, hicieron el «oficio de rey». Centralizaron el poder, mediante la creación de los *consejos* y la reorganización de los tribunales de justicia; aumentaron el predominio de los legistas; intervinieron en el régimen municipal; reconquistaron el patrimonio real, singularmente por la incorporación de los maestrazgos de las Ordenes militares a la corona; crearon el ejército permanente; reformaron las Ordenes religiosas y establecieron relaciones con la Santa Sede en sentido favorable a los intereses de la monarquía. Esto, además de otras muchas reformas de carácter económico, y su política extranjera, aseguró a España el primer lugar entre las naciones de Europa.

Unidad territorial: conquista de Granada. — El restablecimiento del orden en el interior del reino permitió a los Reyes Católicos desplegar su poder en el exterior, dando salida al afán de aventuras de la nobleza dominada. Unidas las fuerzas de Castilla y Aragón, emprendieron la conquista del reino de Granada, que desde fines del siglo XIII subsistía gracias a su posición geográfica y a las circunstancias políticas de los reinos cristianos.

El reino granadino, resto del imperio de los califas, estaba ocupado por una población densa, laboriosa, entregada a las tareas agrícolas, que sacaba del país inmensas riquezas. La conquista fué difícil, empleándose en ella diez años (1481-1492). Moros y cristianos hicieron prodigios de valor, y la reina de Castilla dió pruebas de heroica tenacidad. Favorecidos los cristianos por las disensiones civiles que habían estallado entre los moros granadinos, y poniendo en juego don Fernando sus habilidades diplomáticas, Granada capituló, haciendo en ella su entrada solemne los Reyes Católicos el día 2 de enero de 1492.

Unidad religiosa: la Inquisición. — Libre España de la dominación musulmana, conservó horror a los infieles,

subsistiendo un espíritu de intolerancia, alimentado no sólo por largos siglos de guerra de reconquista, sino por ser general a la época en todos los países. La población de la Península presentaba una singular mezcla de moros, judíos y cristianos. Los Reyes Católicos, para fortalecer la unidad territorial y política en la unidad de la fe, crearon el tribunal

del *Santo Oficio de la Inquisición*. Fué organizado en Castilla, en 1480, y establecido en Aragón cuatro años más tarde, no sin oposición por parte del pueblo. El rey nombraba al gran inquisidor y confiscaba los bienes de los condenados. En un principio fueron procesados los judaizantes y moriscos, es decir, moros y judíos convertidos al cristianismo, que practicaban en secreto los ritos de sus antiguas religiones. Los *autos de fe* fueron numerosos, principalmente en Sevilla y Cádiz. Más adelante, la inquisición persiguió a los protestantes y demás sectas heterodoxas. El primer inquisidor general fué el dominico fray Tomás de Torquemada. Aquella institución fué aceptada por el



AUTO DE FE (Cuadro del siglo XV. Museo del Prado).

pueblo, que vió en ella la salvaguardia de las instituciones fundamentales del reino. Puesta en manos de los reyes, la inquisición española fué un medio de gobierno, un instrumento de despotismo.

Otra de las medidas adoptadas por los Reyes Católicos, para establecer la unidad religiosa, fué el edicto de expulsión de los judíos (1492), los cuales, en número de unos trescientos mil, fueron expatriados, en perjuicio de la industria y del comercio nacional.

La sucesión de los Reyes Católicos. — Los Reyes Católicos no dejaron sucesión masculina. A la muerte de doña Isabel (1504), heredó la corona de Castilla su hija doña Juana la loca, casada con el archiduque de Austria Felipe el hermoso, hijo del emperador Maximiliano y la duquesa María de Borgoña. Felipe gobernó Castilla en nombre de su mujer, incapacitada para reinar, pero murió prematuramente (1506), dejando dos hijos, Carlos y Fernando.

El rey católico regentó Castilla durante la menor edad de sus nietos. Su antipatía por la casa de Austria le hizo contraer, en vano, un segundo matrimonio, para procurar otro heredero a sus dominios aragoneses. A su muerte recayó, pues, la herencia de Castilla y Aragón en el príncipe Carlos de Gante, señor de extensos territorios, que había de inaugurar en España una dinastía extranjera: *la casa de Austria*.



CISNEROS (Relieve de la Universidad de Madrid).

Cisneros. — Los Reyes Católicos habían echado las bases de la unidad nacional española. Su obra política interior fué secundada por un grupo de fieles súbditos, entre los cuales descuella el célebre cardenal fray Francisco Ximénez de Cisneros, confesor de la reina, arzobispo de Toledo, gran inquisidor y regente de Castilla a la muerte de don Fernando (1516), hasta el advenimiento de Carlos de Austria (1517). Hombre austero, enérgico y de excepcionales dotes de gobierno, reformó severamente las Ordenes monásticas españolas y condujo una expedición al Africa del norte, que dió por resultado la conquista de Orán, expedición organizada por el ilustre cardenal y subvencionada con sus propias rentas. Gran defensor de la monarquía, supo tener a raya la nobleza en el difícil período de su regencia, y protegió las letras, fundando la universidad de Alcalá, centro del renacimiento literario en España.

Hechos que señalan el ocaso de la Edad media. — A fines del siglo xv las monarquías feudales se transformaron, convirtiéndose en las monarquías absolutas del Renacimiento. Las principales fueron tres: España, Francia e Inglaterra, las cuales presentan dos caracteres comunes, a saber: la *centralización*, esto es, la concentración de los poderes en una sola mano, y el absolutismo del poder real. Aquella transformación dió resultados muy diversos, según los países y las circunstancias históricas de cada uno. La transformación social y política, preparada por el triunfo de las monarquías, es el hecho fundamental que señala el ocaso de la Edad media; pero no el único, debiéndose tener presentes otros dos, de índole muy compleja, a saber: el triunfo del Renacimiento en todos los órdenes de la vida y el descubrimiento de América por Cristóbal Colón, bajo el patrocinio de España.

INDICE DE MAPAS Y GRABADOS

LA PREHISTORIA

Páginas

Boucher de Perthes.....	33
Utensilios de piedra tallada.....	36
Sepultura neolítica.....	36
Bisonte de la cueva de Altamira.....	37
Utensilios de piedra pulimentada.....	38
Reconstrucción de un palafito.....	38
Dolmen de <i>Cap a Corp</i>	39
Menhir de <i>Romañá de la Selva</i>	39
Utensilios de bronce.....	40

ANTIGUOS PUEBLOS DEL ORIENTE

El Nilo y las Pirámides.....	42
Mapa del antiguo Egipto.....	43
Escribas.....	45
Osiris, Isis y Horus.....	45
Caja de momia.....	45
Página del libro de los muertos.....	46
Sala hipóstila del templo de Karnack.....	47
La esfinge de Gizeh.....	48
La pirámide de Sakkarah.....	49
Mastaba de dos puertas.....	50
El escriba sentado.....	50
Cheik-el-Beled.....	51
Pintura egipcia.....	52
Una fiesta egipcia.....	53
Escritura jeroglífica.....	54

Escritura hierática	55
Cacería asiria	57
Mapa del Asia occidental	58
Escultura sumeria	59
Relieve de Ur-Nina	60
El patesi de Gudea	61
Estela babilónica	62
Ejército asirio	63
Asurbanipal ofreciendo un sacrificio	64
Tributarios del rey de Asiria	65
Genio alado	65
Escritura cuneiforme	66
Toro alado	66
La leona herida	67
Semitas nómadas	69
Palestina y Fenicia (<i>mapa</i>) ..	70
Indios prisioneros	72
El muro de las lamentaciones	74
Sarcófago de Eshmunazar	76
Idolo fenicio	79
Mapa de las colonias fenicias ..	80
Galera de tipo fenicio	81
Dario recibiendo la sumisión de los vencidos	84
Extensión del imperio persa (<i>mapa</i>) ..	85
Palacio de Persépolis ..	86
Friso del palacio de Susa	87
Capitel del palacio de Susa	87
Friso de los leones ..	88

HISTORIA DE GRECIA

Sarcófago de las musas	90
Mapa de Grecia antigua	91
Puerta de los leones de Mycenae	93
Homero ..	94
Zeus ..	95
Diana ..	96
Neptuno ..	97
Athena Partenos ..	98

Sacrificio a la diosa Atenea	99
Acrópolis de Atenas	102
Supuesto busto de Leónidas	105
Temístocles	106
Entrada a la Acrópolis de Atenas	107
Pericles.	108
Capitel dórico	108
Capitel jónico.	109
Capitel corintio	109
El Parthenón	110
Las parcas	111
Friso del Parthenón	111
La Venus de Milo	112
La victoria de Samotracia	113
Pintura sobre papiro.	113
Figuritas de Tanagra	114
Tipos de vasos helénicos	115
Ruinas del teatro de Delfos	116
Actor cómico.	117
Actor trágico.	117
Los luchadores	117
Escuela helénica	118
Escena de banquete	119
Lucha entre griegos y persas	121
Demóstenes.	122
Alejandro Magno	122
Batalla de Isso.	123
Mapa del imperio de Alejandro.	124

EL PUEBLO ROMANO

La loba capitolina	128
Mapa de Italia antigua	129
Sarcófago etrusco	130
Sarcófago etrusco del siglo VI	130
Arúspice	135
Sacrificio llamado <i>Suovetaurilia</i>	136
Vestal	138
Aníbal (?).	141
Escipión Emiliano.	142

El foro de Trajano	145
Senadores romanos	146
Mario	147
Sila	147
Pompeyo	148
César.	149
Caballero galo.	150
Marco Antonio	151
Cleopatra	151
Augustus Imperator	153
Mapa del imperio romano	154
Mecenas	155
Pretorianos	156
Nerón	156
Ruinas de la basílica de Pompeya	157
Arco de Calígula en Pompeya	157
Trajano.	158
Adriano	158
Relieves de la columna Trajana	159
La maison carrée	160
Cabeza colosal de Constantino	161
Gladiadores	162
Distribución de víveres al pueblo	163
Coliseo de Roma	164
Coliseo (<i>interior</i>).	164
Arco de Constantino	165
Ruinas de las termas de Caracalla	165
Puente de Gard	166
Exterior del teatro de Orange	166
Las arenas de Arles	166
El orador.	167
Esposos romanos	167
El mosaico de las palomas.	168
Cementerio romano	169
Nazareth	170
Catacumbas de San Calixto	171
El buen pastor.	173
Sarcófago cristiano primitivo	174
Basílica de San Pablo	175

EDAD MEDIA

Combate entre bárbaros y romanos	179
Un germano	180
Mujer germánica	181
Europa en el siglo v (<i>mapa</i>).....	183
Palacio de Teodorico	184
Guerrero franco	185
La Gran Bretaña en el siglo v (<i>mapa</i>)..	186
Basilica de San Apolinar	190
Justiniano.	191
Santa Sofía.	192
Interior de Santa Sofía.	193
El emperador Justiniano y su Corte. .	194
La emperatriz Teodora y su séquito. .	195
Iglesia de San Vital.	196
Hábito primitivo de benedictino	197
La visión del desierto.	199
La Meca..	200
Musulmanes en oración.	201
Murallas de Damasco	202
Extensión del mundo musulmán (<i>mapa</i>). .	203
Miniatura persa	204
Interior de una casa de Damasco	205
Baños árabes.....	206
Mezquita de Mehemed Alí.	207
Mezquita de Córdoba	208
Patio de los leones de la Alhambra ..	209
Armadura carlovingia	212
Estatueta carlovingia.	212
Imperio de Carlomagno (<i>mapa</i>)	213
La coronación de Carlomagno.	214
Carlomagno y el papa León III.	215
Carlos el Calvo y su corte.	216
Lotario, emperador.....	217
Encuentro entre caballeros	220
Homenaje feudal	222
Armadura del siglo XII	223
Castillo de los condes de Gante.	225
Un torneo	227

	<u>Páginas</u>
Fortaleza de los cruzados en Siria	229
Concilio de Clermont	230
Jerusalén	231
Iglesia del Santo Sepulcro.	232
Caballero de San Juan de Jerusalén	223
Templario	233
Federico Barbarroja yendo a la cruzada.	234
Toma de Constantinopla	236
El emperador Otón	239
Monje cartujo	240
Monje cluniacense	240
Gregorio VII papa	241
Soberano alemán dando la investidura	242
Federico Barbarroja	244
Preparativos para la conquista normanda	247
Invasión normanda	247
Los caballeros normandos	248
La muerte del rey Haroldo	248
La torre de Londres	250
Antigua sala del Parlamento	251
Felipe Augusto	253
San Luis	254
Encuentro de San Francisco y Santo Domingo.	258
San Francisco de Asís	259
Fraile franciscano.....	260
Santo Domingo.....	261
Fraile dominico	262
Inocencio III	263
Carcassone	264
Yprés: halle au draps	267
Palacio comunal de Bruselas	268
Palacio comunal de Bruges.	269
Beffroy de Bruges	270
Asamblea popular	271
Milicias del siglo XIV	272
Casas del siglo XII.	273
La industria textil.. en la Edad Media.....	274
Casas de las corporaciones	275
Artesanos	276

	<u>Páginas</u>
Mercaderes	276
Pendón del gremio de zapateros	277
Escuela monástica	279
Estudiante de Oxford	280
Rector de la Universidad de París	281
Escenas de la vida estudiantil	282
Marco Polo	283
Santo Tomás	283
Abadía de Laach	284
Claustro de San Tróximo de Arles	284
Casa románica	285
Nuestra Señora de París	286
Fachada de la catedral de Reims	287
Interior de la catedral de Reims	288
Torres de la catedral de Colonia	289
Casa del siglo XIII.	290
Palacio de Jacques Cœur.	291
La Ca d'oro	292
Murallas d'Aigues-mortes	293
Esculturas de San Tróximo de Arles	293
Página miniada	294
Capitel de la catedral de Reims	295
Medallones de la catedral de Amiens	296
La virgen dorada	297
La Visitación	298
El ángel de la sonrisa	298
Esculturas de la catedral de Reims	299
Bonifacio VIII	302
Felipe IV el hermoso	303
Clemente V	304
Avignon y el palacio de los papas	305
Estatua sepulcral de Felipe VI	309
Eduardo III	310
Batalla de Crecy	311
Estatua del príncipe Negro.	312
Juan el Bueno	313
Campesinos	314
Carlos V y su Corte	315
La Bastilla en tiempos de Carlos V	316

Felipe el Atrevido	317
Juan sin miedo	317
Enrique V de Lancáster	318
Carlos VII	319
La visión de Juana d'Arc	320
Enrique VII Tudor	323
Palacio de los papas en Avignon	324
Gregorio XI	326
Regreso del papa a Roma	326
Wiclef	327
Juan Huss	328
El papa Luna	329
Martín V	330
La leyenda de Guillermo Tell	333
El Roemer en Francfort	334
Maximiliano I de Habsburgo y su familia	336
Siena: palacio del podestá	337
Senador veneciano	338
San Marcos de Venecia	339
Palacio de los dux	340
La sala del Gran Consejo	341
Venecia: el gran Canal	342
Petrarca, Dante y Giotto	343
Dante, por Giotto	344
Petrarca	344
Boccacio	345
Lorenzo de Médicis	346
Palacio de la Señoría de Florencia	346
Palacio Strozzi	347
Cartuja de Pavía	347
Catedral de Florencia	348
Palacio Vendramini-Calergi	348
La Anunciación	349
Puerta del Bautisterio de Florencia	349
San Jorge, por Donatello	350
La Cantoría	351
Una fundición de cañones	352
Lorenzo Coster	353
Gutenberg	353

	<u>Páginas</u>
Juan Fust	353
Página de la Biblia de las 42 líneas	354
Imprenta primitiva	355
Aldo Manucio.....	356
Cristóbal Plantino	356
Pintura india del siglo XVII	360
Mahometo II.....	361
Felipe el Bueno	364
Luis XI.....	365
Carlos el Temerario.....	366
Enlace de Maximiliano I y María de Borgoña	367
Fernando el Católico	368
Isabel la Católica.....	368
Auto de fe.....	370
Cisneros	371

FIN DEL TOMO I

DEL MISMO AUTOR

NUEVA GEOGRAFÍA UNIVERSAL. — 3.^a edición.
Un vol. en 8.^o, ilustrado. Barcelona, 1930.

GEOGRAFÍA DE ESPAÑA. — 3.^a edición. — Barcelo-
na, 1926. Un vol. en 8.^o, con mapas, fotografías y
bibliografía.

CURSO DE HISTORIA DE ESPAÑA. — 5.^a edición.
Barcelona, 1931. Un vol. en 8.^o, ilustrado. Tra-
ducida al francés por Th. Légrand, París, Payot,
1927.

OBRAS FAVORABLEMENTE INFORMADAS
POR LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

BIBLIOGRAFÍA DE LA HISTORIA DE ESPAÑA, Ge-
rona, 1911, 1 vol. en 8.^o prolongado, rústica.

LAS FUENTES NARRATIVAS DE LA HISTORIA DE
ESPAÑA DURANTE LA EDAD MEDIA (417-1474).
Palma, 1908, en 8.^o

OBRA DECLARADA DE MÉRITO EMINENTE
POR LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

LAS FUENTES NARRATIVAS DE LA HISTORIA DE
ESPAÑA DURANTE LA EDAD MODERNA. — Fascículo I,
Valladolid, 1927, en 8.^o

Pedidos al autor: Tarragona, carretera Barcelona, 3

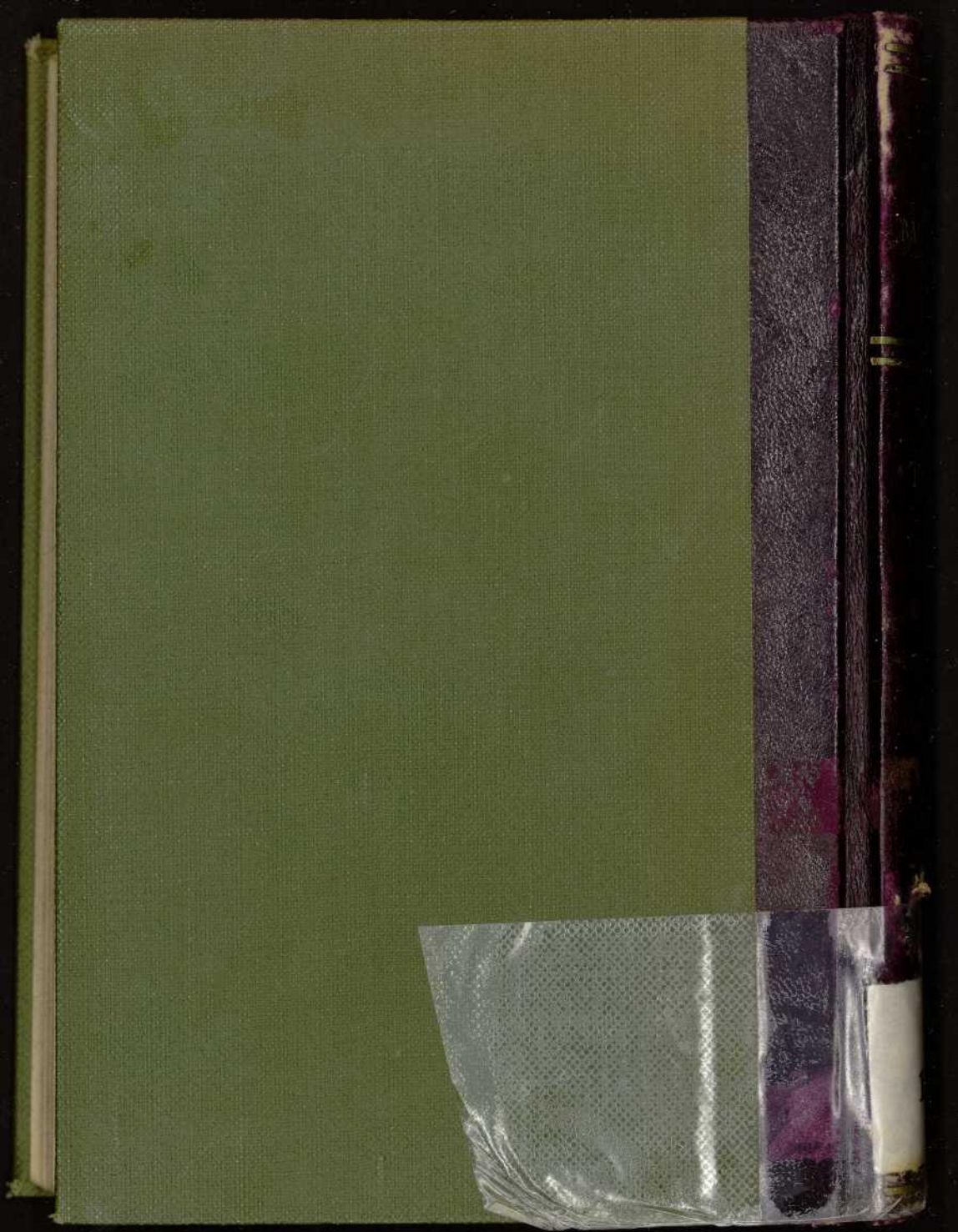
$$\begin{array}{r} 100 - 30 \\ 359 - x \end{array}$$

107,70

$$\begin{array}{r} 359 \\ 108 \\ \hline 251 \end{array}$$







BALLESTER

Tomo I

D-2
12387